

10/2/15
~~10/2/15~~

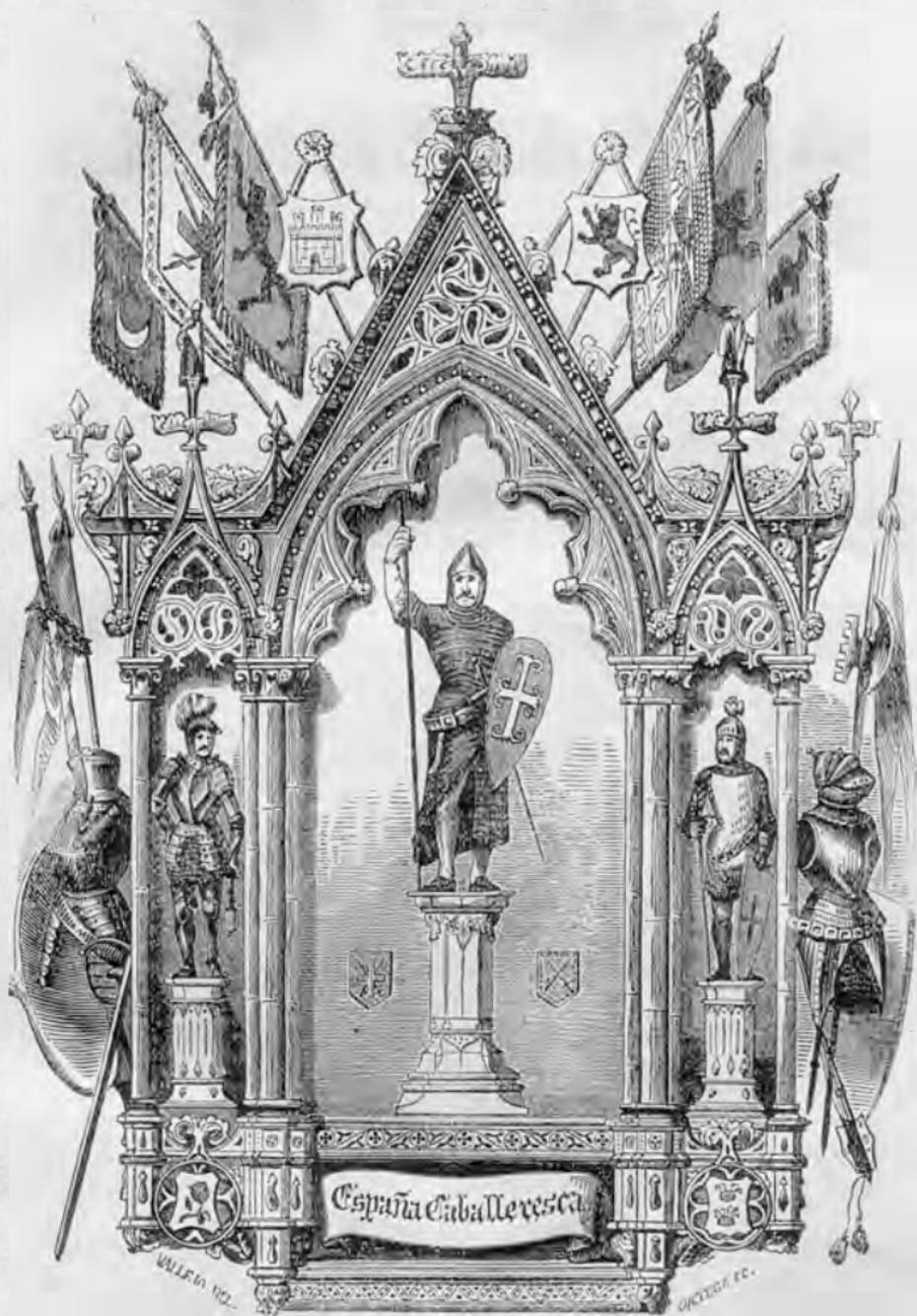
76666
1946



LA ESPAÑA CABALLERESCA.



LA ESPAÑA CABALLERESCA.



LA ESPAÑA CABALLERESCA,

CRÓNICAS, CUENTOS, Y LEYENDAS

DE LA HISTORIA DE ESPAÑA,

POR

EL EXCMO. SEÑOR DON JOSÉ MUÑOZ MALDONADO,

Toda historia tiene algo de novela
Toda novela tiene algo de historia.



MADRID, 1845:

GABINETE LITERARIO,
calle del Príncipe, número 25.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
de D. F. de P. Mellado.—Editor.

LA ESPAÑA

DE BALBUENA

CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LEYENDAS

DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

por

EL SEÑOR DON JOSE MUÑOZ MALLADO

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.



Imprenta calle del Sordo, núm. 11.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
de P. N. de P. Bellido.—Años.

GABINETE LITERARIO,
calle del Príncipe, número 22.



PROLOGO.



Toda historia tiene algo de novela,
Toda novela tiene algo de historia.



no de los síntomas mas notables de la tendencia útil de nuestra época es el inmenso número de publicaciones instructivas que aparecen todos los días en España.

Relegada la ciencia en otro tiempo á un santuario misterioso é impenetrable á los profanos, se reviste hoy con ardor de todos los medios posibles de popularidad, y despojándose de su aparato sombrío y severo para no asustar las miradas de los tímidos, se ha adornado en fin de todo lo mas ameno y agradable para instruir deleitando al mismo tiempo.

La historia, este gran maestro de la vida, donde en lo pasado se refleja el porvenir, se ha despojado á su vez de la severidad con que daba sus lecciones; ha cambiado casi enteramente los datos y las bases; ha abandonado el tono cortesano y guerrero que le habian dado la mayor parte de los historiadores antiguos y modernos, para seguir y abrazar la corriente popular, que digase cuanto se quiera, por su fuerza impulsiva es el móvil mas poderoso de la civilizacion.

Walter-Scott ha tratado asi la historia de la Escocia; ha revestido las antiguas crónicas de aquel pais, de accion, de un color local, y ha hecho con ellas sus mas interesantes novelas.

La historia, escrita de esta manera, sin espíritu de partido, sin pasion, sin esplicaciones forzadas, no tratando mas que de presentar los principales sucesos, haciendo hablar y poniendo en accion los personajes, segun su carácter, es propia para escitar la curiosidad, aun de los menos aficionados á la lectura, para entretener su imaginacion, y adornar su memoria sin fatigarla.

¿Qué historia mas interesante, mas propia para revestirla de las galas y atavíos de la novela, instruyendo y deleitando á la par, que la de los tiempos caballerescos de la España?

Este cuadro de tan grandes sucesos; este panorama de tantas, tan admirables y repentinas revoluciones, procuraremos desarrollar á la vista de nuestros lectores. Vastos dramas que tienen por héroes y por victimas un pueblo entero, y que suministran al mismo tiempo que entretienen, profundos motivos de reflexion.

Largo tiempo la España habia marchado en la carrera de la civilizacion y del progreso delante de todas las naciones del mundo.

Colonia en un principio de los Fenicios y Cartagineses, el Mediterráneo vió con orgullo surcar sus flotas, trasportando en ellas las riquezas de este privilegiado pais, y un pueblo de marineros, pilotos y mercaderes estendieron su comercio por el mundo.

Apareció Roma, ciudad en un principio de pastores y de bandidos; sus belicosos hijos se prepararon á la conquista del universo, y avanzan paso á paso. La Italia primero, despues la Sicilia, la Cerdeña, la Córcega se le someten. La Macedonia, la Grecia y el Epiro sufren su yugo. La España y la Gaula sucumben: y la Gran Bretaña, que semejante á un bagel dormido sobre sus áncoras podia contar con

el mar para detener á los vencedores , vé las águilas romanas penetrar en su recinto.

Como un vasto coloso estiende Roma sus inmensos brazos del Danubio al Atlas y desde el Océano al Eufrates. Europa, Asia, Africa, todo obedece la ley de Roma, cuando de las llanuras centrales del Asia se adelanta lentamente un pueblo bárbaro y feroz. Los Hunos empujados por otros pueblos desconocidos, se precipitan á su vez sobre los Alanos, los Alanos sobre los Godos, los Godos sobre los Germanos , y este terrible huracan de pueblos bárbaros , arrojados los unos sobre los otros, viene á caer sobre Roma y sobre las provincias sujetas á su poder.

España , una de las mas hermosas provincias romanas , pasa á la dominación visigoda, y vive feliz y tranquila cerca de tres siglos bajo el cetro de sus reyes , pero el belicoso Arabe atraviesa sobre su ligero corcel los abrasadores desiertos del Africa , viene á sentarse sobre la roca de Ceuta , y desde allí , midiendo con un golpe de envidiosa vista la distancia que le separa de la otra columna de Hércules, se apresta á hacer de la España su presa y su conquista. Tan rápido como el águila, la comarca que intenta invadir queda á su espalda. Los montes no ofrecen sino un débil obstáculo á su inmenso vuelo ; salva las alturas , y se deja caer sobre Castilla.

El entusiasmo ardiente é irresistible que señaló los primeros dias de la religion musulmana, bastaria solo para explicar la rapidez de la conquista , sin las facciones en que se hallaban divididos los Godos, el resentimiento del conde don Julian y la imprudente temeridad que comprometió en el éxito de una sola batalla la suerte de todo un imperio.

Pelayo, ese soldado de brazo de hierro , origen de una nueva raza de reyes, detiene en los montes de Asturias el ímpetu victorioso de los Arabes , dueños de toda la España, y comienza una admirable resistencia , una lucha de siete siglos , que debia formar de los pueblos, con tanto tiempo y sangre reconquistados, un imperio mas grande y poderoso que el de los Godos.

Deslumbrados con el éxito de sus triunfos , sumidos en una engañosa seguridad, los monarcas Arabes se entregan á las delicias de Córdoba y Granada en el seno de las ciencias y rodeados de las obras

maestras de esa rica arquitectura que embellecía sus palacios y mezquitas, desdeñan en un principio un enemigo pobre pero atrevido. Los sucesores de Pelayo abandonan el sistema de defensa; bajan de los montes, invaden las ciudades, y en el curso de los siglos clavaron la cruz de Cristo en los muros de las principales capitales de España. Las tierras sucesivamente arrancadas á los moros pasan al dominio de los caballeros cristianos, que las fertilizan con su industria; los conquistadores se convierten por derecho propio en señores del terreno conquistado, y la esperanza de estas adquisiciones inflama la ambicion de los nobles, especialmente de los que moraban en las fronteras de los estados Arabes. Creáronse las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, que fueron terror de la morisma, un grande elemento para la reconquista, y cuyos gefes, los grandes maestros, tan importante papel hicieron en las revueltas y discordias civiles de los siglos XIV y XV.

Alfonso VII tiene la imprudencia de dividir sus estados entre sus hijos, y las coronas de Leon y de Castilla quedan separadas, hasta que en Fernando III se reunen para siempre estas dos ramas de la monarquía goda. La guerra contra los Arabes recibe un nuevo impulso, y Fernando el Santo clava la cruz de Cristo sobre los minaretes de la mezquita de Córdoba y en los muros de Sevilla.

Jaime I de Aragon, el Conquistador, somete al mismo tiempo á Valencia, Murcia y las Islas Baleares.

Difícil era pensar á mediados del siglo trece, despues de las brillantes conquistas de Fernando III y de Jaime de Aragon, que debian transcurrir aun doscientos cincuenta años antes de someter el reino de Granada, y de libertar enteramente la patria del yugo musulman.

Con Fernando el IV comienzan las largas minorias; las regencias tempestuosas, los ódios fraternales, las guerras civiles que debian durar dos siglos!

Un nuevo sistema se levanta en medio de la antigua monarquía, que bajo el nombre de *feudalismo* forma una gerarquía de señores y de vasallos, une reciprocamente entre sí todas las clases, todos los individuos del Estado, desde el monarca, señor supremo, hasta el pechero, primero y último eslabon de la cadena. Con el feudalismo

esa confederacion de pequeños déspotas desiguales entre sí, y teniendo los unos con los otros deberes y derechos, pero revestidos todos en sus propios dominios y sobre sus vasallos de un poder arbitrario y absoluto, nacieron los ódios que escita la desigualdad de las condiciones, los peligros que arrastra el egercicio del poder, las desavenencias originadas por la vecindad, y todos sufrieron la presencia continua de la fuerza y de la guerra.

El feudalismo, empero, encerraba en si un principio de grandeza, apelaba al valor personal; los peligros en que vivian los hombres pedían alma y corazon: las armas eran sus juegos, los torneos su pasatiempo, su oficio la guerra, y la sociedad era para todos un verdadero campo de batalla.

Los anales de Sancho IV y de sus dos sucesores inmediatos, Fernando IV y Alfonso VI, presentan una série de turbaciones civiles, vergonzosas y deplorables. Los nobles, los ricos hombres se rebelan toda vez que creen haber recibido un agravio de su rey. Tienen el derecho, ó mas bien están en posesion de abjurar la obediencia por un acto solemne, que los libra de incurrir en la pena y nota de traidores. Llámase este acto *el desnaturalizarse*. Un pequeño número de familias compone una oligarquía, el peor de todos los estados. Los mismos hombres son alternativamente ministros y favoritos de los reyes, ó sus enemigos armados en campo abierto. Muchas veces cuando no pueden defenderse en sus villas y castillos, ó son escasos sus parciales, se retiran á las fronteras de Granada, y se alian con los Arabes, combatiendo al lado de los enemigos de su patria y de su religion.

El asesinato era entonces un medio de gobierno. Sancho IV asesina á Don Lope de Haro en su palacio de Valladolid. Alonso XI hace sufrir igual muerte á su primo el infante Don Juan el Tuerto, á quien atrae con engaño á su córte. Pedro I el Cruel comienza su reinado asesinando á la querida de su padre Doña Leonor de Guzman, sacrifica á la inocente Blanca de Borbón, su esposa, para arrojarse en los brazos de la hermosa María Padilla; hace dar muerte á tres de sus hermanos, presenciando él mismo la de Don Fadrique. Manda degollar alevemente al rey de Granada Alhamar, que se acoge á su hospitalidad, y hace espirar bajo el puñal de sus verdugos al maestre de Calatrava y

otros personajes de los mas distinguidos. Enrique de Trastamara vengá á su madre y sus hermanos y á la humanidad entera, matando con sus propias manos á su hermano y á su rey, cuyo trono ocupa.

Su reinado dá un respiro á Castilla, fatigada con tantas guerras civiles. Los reinados sucesivos de Juan I y Enrique III no son tan pacíficos, en particular el de este último, que comienza por una minoría. De un año sube despues al trono Juan II. Su reinado es una série de conspiraciones y guerras civiles. Rey débil fué dominado por su favorito don Alvaro de Luna. Don Alvaro justifica la confianza de su monarca, haciendo respetar la dignidad real tan largo tiempo envilecida. Se apodera con audacia de la espada de Condestable, arrancada á uno de los gefes de la faccion vencida, la empuña con mano firme y valerosa, y las victorias de Figuera y Guadix hacen estremecer en sus cimientos el trono de los Arabes de Granada.

Los enemigos de Don Alvaro escitan la codicia de don Juan II, que para apoderarse de su riqueza, débil monarca, entrega al verdugo en Valladolid la cabeza del ministro, que durante cuarenta y cinco años habia llevado sobre sus hombros todo el peso de la dignidad real.

Juan II no sobrevive largo tiempo á su favorito. Sucede en el trono Enrique IV el *Impotente*. Si el padre no fué respetado, el hijo fué despreciado. El marqués de Villena ejerce sobre el hijo el mismo imperio que sobre el padre ejerciera don Alvaro de Luna. Un nuevo favorito, Don Beltran de la Cueva, derriba al marqués de Villena. Posee la confianza del rey y de la reina. Nacen nuevos y mas grandes disturbios. Pónese en duda la legitimidad del nacimiento de la hija del rey, Doña Juana, heredera del reino, á quien llaman por escarnio la *Beltraneja*, nombre que le ha conservado la historia. Alzan por reina á Doña Isabel, hermana del rey, casada con don Fernando, príncipe de Aragon, que ocupa el trono despues de la muerte de Enrique, y de haber vencido á los parciales de la Beltraneja.

Isabel I y Fernando de Aragon con su enlace reconstituyen el poder real, la unidad nacional y religiosa de la España, y terminan con el dominio y poderío turbulento de los señores; agregan á sí la fuerza inmensa de las órdenes militares, de que se declaran maestros; completan la espulsion de los Arabes con la conquista de Granada; llevan sus armas victoriosas á la Italia; y aumentan á su poder, que no

basta á contener un mundo, otro mas rico y poderoso que Colon les descubriera.

¡Cuán interesantes son estos hechos ligeramente bosquejados, y cuán propios para ser revestidos con la forma y la gala de las novelas!

Nos hemos propuesto esplotar esta inagotable mina. Si las tres novelas que forman este primer tomo mereciesen la pública aceptación, escribiremos otras del mismo género, aprovechando los ratos de ocio que nos dejen libres otras mas graves y altas ocupaciones.

Madrid 5 de abril de 1843.





EL GABAN
DE DON ENRIQUE
EL DOLIENTE.



1391.

I.



MULTITUD de ricos hombres y nobles de Castilla, se encontraban silenciosamente reunidos en una de las capillas de la catedral de Toledo, donde se halla el enterramiento del rey don Juan el I, en una mañana del mes de diciembre del año 1391. El arzobispo don Pedro Tenorio celebraba en un altar la misa, y al llegar á la comunión tomando en sus manos la hostia

consagrada , bendijo pausada y solemnemente á la concurrencia que con la mayor devocion se postró en el suelo. Levantáronse solo dos caballeros de apuesto talle y magestuoso porte , armados con bruñidas corazas y sobre cuyos blancos mantos resplandecia la roja cruz de Calatrava. Eran el marqués de Villena , don Alonso de Aragon , condestable , y don Fadrique duque de Benavente. Tres veces doblaron la rodilla antes de llegar al altar. El arzobispo dividió en tres partes iguales la santa hostia , comulgó con ella á los dos caballeros y reservando para sí la tercera continuó devotamente celebrando la misa.

Acababa de celebrarse por este medio usado en aquellos tiempos , un pacto indisoluble , entre los dos mas poderosos ricos hombres de Castilla y el prelado de Toledo. Los caballeros que asistian en la capilla, eran los principales deudos y parciales de unos y otros.

Despues que el arzobispo se desnudó las sagradas vestiduras , abrazó á los dos ricos hombres , y dirigiéndose con ellos detrás del altar donde habia celebrado, hizo abrir una pequeña puerta de hierro que daba entrada á un enterramiento.

Un sacerdote alumbraba con una antorcha delante del arzobispo. Entró este el primero , y seguido del marqués de Villena , Benavente y demas , bajaron una multitud de escalones hasta llegar á un panteon. Componíase este de una pieza circular coronada de una bóveda de piedra, embellecida con adornos góticos , y trofeos de armas esculpidos en las denegridas paredes , que daban á este lugar al vacilante resplandor de la antorcha, un aspecto imponente y sombrío. El pavimento estaba enlosado con grandes pie-



... de
... ..
... ..
... ..
... ..



... ..
... ..
... ..
... ..



dras de mármol negro , y en medio de él se alzaba un sepulcro sobrecargado de adornos de bronce , y sobre él se veia una estatua de mármol acostada con un cetro en las manos , y en la cabeza la diadema de los reyes. Era el sepulcro donde un año antes el arzobispo habia depositado el cuerpo del rey don Juan I de Castilla, cuyo reinado habia prolongado aun mas allá de la muerte.

Don Pedro Tenorio se hallaba al lado del rey en Alcalá , cuando el 9 de octubre de 1390, queriendo don Juan hacer alarde de su gallardía y gentileza pasando revista á las tropas , metió espuelas á su caballo , el que desbocado en la carrera le arrojó sobre el suelo , dejándole muerto, á los 33 años de su edad.

Mandó en el acto el arzobispo don Pedro alzar una tienda en el mismo lugar donde el rey habia caido , puso de guardia hombres de confianza y callados que le custodiasen. Aparentó cubrir de ropa el cuerpo del rey ; daba las órdenes en su nombre , dispuso en todas las ciudades rogativas por su restablecimiento para entretener las gentes y evitar las revueltas que amenazaban entre los señores , y que apenas estaban reprimidas, pero este engaño solo pudo sostenerse por algunos dias, si bien fueron los bastantes para asegurar la sucesion del reino al hijo del rey , don Enrique, de edad de nueve años, que se hallaba en Talavera, á quien hizo venir á su lado, y por quien se alzaron pendones en todas las villas y ciudades proclamándole rey de Castilla y de Leon.

Arrodillóse el arzobispo delante del sepulcro y lo mismo hicieron todos los ricos hombres y nobles que le seguian. Solo permaneció de pié el sacerdote que tenia en su

mano la antorcha cuyos vacilantes reflejos dejaban ver la emocion que agitaba el pálido rostro del prelado.

Levantóse este despues de un brevisimo rato, y pusieronse tambien en pié todos los que le acompañaban.

—Permitaos el cielo, exclamó el prelado con acento conmovido, permitaos, buen rey, velar sobre la suerte de vuestro hijo! Cuando se vea libre de los traidores que hoy le aprisionan, y que han profanado vuestra última y sagrada voluntad, yo le traeré aquí para que aplaque y consulte vuestra sombra irritada.

—Dios oiga nuestras súplicas. El testamento del rey nos servirá de escudo y santificará nuestros medios de venganza, exclamó el duque de Benavente.

—En medio de las tinieblas hace Dios resplandecer su luz, murmuró el marqués de Villena, y su misericordia jamás abandona á los justos....

—Si, Dios es justo, continuó el arzobispo, y no abandona jamás las causas santas, y humillará la soberbia de nuestros altivos enemigos. Tenemos por nosotros la voz de su vicario en la tierra. El Papa Clemente ha enviado á su legado, fray Domingo de Santi-Ponce, y al verle entre nosotros tomarán nuestra demanda todos los prelados del reino. Los reyes de Aragon y de Francia auxilian tambien nuestra santa empresa. Yo he escrito á los pueblos y caballeros invitándoles á tomar las armas y librar el reino de los que so color de gobierno lo tiranizan. Yo les he hecho ver que la violencia de unos pocos tiene oprimida la libertad de Castilla, que en las córtes no se dá lugar á la razon, antes bien prevalece la soltura de la lengua, y las demasías: las banderías campean en palacio, y en la córte no se vé sino

gente armada. La regencia se deja llevar del arroyo de los que todo lo quieren mandar y revolver, hombres de ambicion y de bullicio. La postrera voluntad del rey don Juan, que debieran tener por sacrosanta, es menospreciada so color de haber sido hecha de priesa y aceleradamente en Portugal en el sitio de Cillorico.

—Yo fui, exclamó conmovido Pedro Lopez de Ayala, yo fui el depositario de ese tan combatido testamento; yo vi al buen rey la vispera en que perecieron tantos honrados castellanos delante de los muros de Cillorico, meditabundo, triste, sombrío, escribir de su propio puño sobre el pálido pergamino su voluntad postrera, yo le vi orar despues fervoroso al cielo, y yo recibí de su mano al marchar al asalto ese precioso documento, yo lo presenté despues de su temprana y repentina muerte á las córtes de Madrid, reunidas para tratar de asentar la gobernacion del reino durante la menor edad del nuevo rey. El conde de Trastamara me ofreció seis villas en cambio del pergamino escrito ante los muros de Cillorico. Yo no lo trocará por la mitad de Castilla. Ah ¡mi buen rey sabia que su fiel Pero Lopez era incapaz de felonía! y al mismo tiempo ocultó con ambas manos su rostro venerable, que regaban ardientes lágrimas.

—La traicion inutilizó vuestra probidad. El testamento del rey no satisfacía la ambicion de Trastamara y sus parciales. Ofendióles el que el padre nombrase por tutores de su hijo hasta la edad de quince años, y regentes del reino á don Alonso de Aragon marqués de Villena, condestable, á mí como prelado de Toledo: á don Juan de Manrique arzobispo de Santiago; al maestre de Calatrava, don Gon-

zalo Nuñez de Guzman, conde de Niebla; á don Pedro Mendoza su mayordomo mayor, y á seis ciudadanos de Burgos, Toledo, Leon, Sevilla, Córdoba, Murcia, uno de cada cual de estas ciudades, sacado por voto de sus cabildos. Altercóse mucho sobre el caso, vosotros visteis cual fué el resultado. Unos pocos quisieron que se cumpliese la voluntad del testador. Pocos menos aun reclamaron el que se obedeciese la ley del sábio don Alfonso, que ordena que los gobernadores del reino sean uno, tres, cinco ó siete. Trastamara habia ganado las córtes y hecho con sus procuradores el pacto de dividir el poder. El testamento del rey fué considerado nulo: solo por respeto á mí y por no discontentar al clero se declararon válidas las mandas que hacia á la iglesia de Toledo. El duque de Benavente y Trastamara fueron nombrados regentes, lo fué el marqués de Villena ausente en Aragon y desterrado, lo fuí yo tambien, el arzobispo de Santiago don Juan Manrique, y los maestros de Santiago y Calatrava. Las córtes se nombraron tambien á sí mismas, y decretaron que de los diez y seis procuradores los ocho por turno de tres en tres meses se juntasen con los demas gobernadores con igual voto y autoridad. En vano alegué que la muchedumbre en el gobierno seria ocasion de revueltas, hube de ceder á la violencia, á las amenazas. Un dia el conde de Trastamara mal avenido de que su voz sola no gobernase el reino, rodeó de sus parciales armados la iglesia de san Miguel. Los tutores y regentes fuimos sus prisioneros. Faltos de recursos para castigar su insolente demasia, no quisimos ser los instrumentos de su pérfida traicion, y al dia siguiente salí para mi ciudad de Alcalá y de allí á Talavera, y á esta ciudad,

adonde he convocado á cuantos tengan aun en algo la fé y honradez castellana.

El duque de Benavente dijo poniendo su mano sobre la espada:

—Yo tampoco quise tolerar tamaña mengua: yo he jurado no descansar hasta que se haga justicia á nuestra demanda, yo he reunido á mis gentes los recursos que me proporciona el conde de Alburquerque.

—Yo he venido á unirme á vosotros desde mi destierro de Aragon, donde voluntariamente me habia desterrado por agravios que me hizo el rey difunto, pero ante su tumba, dijo el marqués de Villena inclinándose reverentemente, todo lo olvido, y acudo á la voz del padre que me encomienda la guarda de su hijo.

—Hemos entrado sobre una débil barquilla, y á pesar de las tempestades nos hemos lanzado al mar, tal vez nos estrellaremos contra los escollos; tal vez una furiosa ola nos tragará. No importa! al arrojarnos á tan santa empresa, solo hemos escuchado la voz de nuestra conciencia, nos hemos lanzado á la lid sin contar el número de nuestros enemigos. Tratemos de darle feliz cabo y cima. Aquí á este lugar sagrado que el espíritu de Dios hace imponente, dentro de esta tumba dó yace el padre, por cuyo hijo vamos á combatir sin tregua ni descanso, confiaremos los documentos escritos; la santidad de estos nobles despojos los protegerá en el caso de una derrota: desgraciado el que venga á buscarlos, porque Dios castiga á los profanadores!

Dijo el arzobispo, y encerró respetuosamente dentro de la tumba una porcion de pergaminos que contenian el

testamento del difunto rey, que era como la bandera de los señores coligados contra la regencia de Trastámara, y los documentos que habían servido para formar la confederación, y que en el caso posible de un descalabro hubiesen sido causa de atroces venganzas de los vencedores contra los vencidos.

Repentinamente se oyó un ruido en los escalones que bajaban á la bóveda.

Era el arcediano de Écija Fernán Martínez, eclesiástico de un celo fanático, de formas atléticas y voz estentórea, que había recorrido los pueblos de Castilla predicando contra los opresores del rey, y que había persuadido á la reina viuda doña Beatriz que se hallaba en Maqueda, á que saliendo de su retiro viniese á juntarse á los parciales del arzobispo y de Benavente.

—Qué quereis? le preguntó con un tono altivo el arzobispo, que sentía verse interrumpido con su llegada.

—La reinal! la reina acaba de llegar, acompañanla muchos nobles, y un recadero de la orden de Calatrava trae las nuevas de que Juan de la Cerda, alcaide de Mayorga, ha levantado el pendon por el duque de Benavente.

—Yo os lo había dicho, venerable arzobispo, Zamora seguirá su ejemplo. El alcaide Villaizan me ha prometido decidirse, Dios protege visiblemente nuestra empresa.

El arzobispo abrazando á Benavente y Villena, dió muestras de gozo, y los nobles se dieron mutuamente y como felicitándose, las manos.

—Vamos á besar la mano de la reina y hacerla pleitesía y homenaje, dijo el de Benavente brillando en su rostro la mas pura alegría, y el arzobispo y los grandes



señores salieron de la bóveda dejando confiado al secreto de la tumba el secreto de la liga, que iba de nuevo á encender la guerra civil en Castilla.

Toledo estaba hecho una ciudad de armas. Los tercios que cada uno de los señores habia reunido para formar el ejército de los mantenedores del testamento del rey se hallaban estacionados, en tanto que habia durado la junta de los confederados en la catedral, en la plaza de este gótico y suntuoso templo y en la de Zocodover y habian jurado no deponer las armas hasta conseguir el triunfo de su noble empresa. Sobre el alcázar de Toledo tremolaba una bandera con las armas reunidas del arzobispo, Benavente y Villena, y á cada momento avisaban los vigías de la torre, la llegada de nuevos peones y caballos que venian á juntarse y tomar parte en la lid que se preparaba. Los castellanos se habian acostumbrado á las contiendas civiles, y el espíritu de revueltas era inherente á aquel siglo.

Con grandes aclamaciones de las tropas fueron recibidos los grandes á su salida de la catedral. El de Benavente, mozo aun y gallardo, cautivaba la atencion general, y su semblante altivo y severo siempre, dejaba este dia verse apacible y satisfecho; él sabia solo entre tantos como se dirigian á rendir su cortés homenaje á la reina, que doña Beatriz se habia decidido á venir á Toledo y á prestar á la causa de los confederados la influencia de su nombre y de sus amigos, porque él estaba á la cabeza de aquella parcialidad. Los grandes y los nobles iban á besar la mano de la que un tiempo fué su reina. Benavente iba ademas á besar la mano de una muger hermosa que amaba, y de quien era correspondido.

Doña Beatriz era jóven, viuda; si bien no era una hermosura de su tiempo, era agraciada, y mientras estuvo en el trono, esposa de don Juan el I, su beldad y hermosura fué el objeto de las trovas y cantigas de los mas excelentes trovadores: que todas las mugeres son hermosas miradas sobre un trono, y solo se descubren gracias y encantos en ellas, porque una corona encubre las mas marcadas imperfecciones.

Doña Beatriz, hija del rey don Fernando de Portugal, debió haber heredado la corona de su padre á su muerte. Con esta esperanza se casó con ella el rey de Castilla Juan I que se hallaba viudo y con dos hijos, el uno el rey don Enrique, para cuya libertad se habian confederado algunos grandes y prelados, y el otro su hermano, el infante don Fernando.

Doña Beatriz se habia casado con don Juan como se casaban entonces, como se casan ahora los reyes, sin haberse visto, ni amarse. Muerto su padre, los portugueses que aborrecen de muerte á los castellanos, rehusaron un rey de Castilla. Apeló este á la única razon que hay para sostener con éxito esta clase de litigios, á las armas. El rey de Castilla invadió el Portugal, talando los campos, destruyendo las ciudades. Los portugueses alzaron por rey á don Juan Avis, maestre de esta órden, derrotaron completamente á los castellanos en la célebre batalla de Aljubarrota penetrando en Castilla, haciéndoles firmar una paz humillante.

Don Juan enfermo, miraba con desvío ya, viendo frustrado el alcanzar la corona de Portugal, á Beatriz que habia perdido la herencia de su padre, que poco despues con

su muerte perdió el trono tambien de Castilla , quedando sola sin hijos con quien consolarse en sus infortunios , sin una patria á donde volver, porque su permanencia en Portugal era un motivo de alarma para don Juan de Avis que le habia usurpado la corona. Reina sin trono de dos que le habia destinado la suerte , estrangera en Castilla , viuda jóven sin hijos , su corazon escuchó el lenguaje del amor que le hablaba quizá por la vez primera uno de los hombres mas gentiles de la época , uno de los ricos hombres mas distinguidos de Castilla , el poderoso duque de Benavente.





III.



DON Pedro de Trastamara, primo hermano del difunto rey don Juan el I, habia quedado dueño de la regencia despues que el arzobispo de Toledo y el duque de Benavente abandonaron á Madrid y se retiraron á sus ciudades, indignados de que para hacer prevaler su dictámen los hubiese aprisionado un dia entero poniendo cerco á la iglesia de San Miguel, donde se reunia el consejo de la Gobernacion.

Bien conocia que el arzobispo de Toledo acostumbrado á mandar el reino en el tiempo de Juan I , no se avendria fácilmente á dejarle en pacífica posesion del gobierno. Acostumbrado á conducir los ejércitos castellanos en los dias de peligros y de combates , el arzobispo lo mismo manejaba la espada que el háculo pastoral , y muchas veces los tercios castellanos le habian visto combatir á su cabeza, ya en los muros de Cillorico , ya en Coimbra , ya en la desgraciada batalla de Aljubarrota.

No le inspiró al pronto temor alguno viéndole retirado en Alcalá y en Illescas , y visitar su arzobispado con celo apostólico.

El duque de Benavente se habia retirado á la ciudad de su título , y aunque menos reservado que el arzobispo, y orgulloso como jóven y rico-hombre amenazaba públicamente á Trastamara , este despreciaba sus amenazas; y sojuzgados ya los regentes acalló con dádivas y gracias á los descontentos y creyó su dominacion segura.

El arzobispo en tanto empleó su tiempo en ponerse en comunicacion con los demas prelados del reino, concertóse con el de Benavente, llamó en su auxilio al marqués de Villena , que por hallarse en Aragon era hasta entonces neutral en las cuestiones de gobierno , y formó la confederacion que públicamente habia alzado sus pendones en Toledo , Palencia, Mayorga y otros puntos.

Don Pedro de la Trastamara que vió formarse sobre su cabeza la tempestad , que conocia el genio audaz y emprendedor del arzobispo don Pedro Tenorio, trató de oponer toda la resistencia posible á sus proyectos.

Castilla habia hecho grandes esfuerzos dos años antes

para la conquista de Portugal, cuya corona debió reunirse á don Juan por doña Beatriz. Su dinero, la flor de sus soldados se habia consumido en esta campaña, sus esperanzas perecieron en la derrota de Aljubarrota. El tesoro real estaba exhausto, lo poco que existia en sus arcas lo habia distribuido Trastamara para poder pagar á sus parciales, para comprar á los que intentaban oponerse y ponian precio á sus conciencias y convicciones.

El arzobispo de Toledo habia hecho un llamamiento al clero; el Papa Clemente VII, con la presencia de un legado autorizaba la confederacion, los obispos y los monges ofrecian donativos de sus rentas, escitaban á los nobles y plebeyos á que lo hiciesen en proporcion á sus fortunas.

El regente Trastamara en la guerra anterior del Portugal, pretestando mentidos agravios recibidos por el rey, habia abandonado las tropas castellanas, y pasádose en Coimbra al lado de sus enemigos. Desde allí marchó á Francia, y un año despues el rey don Juan demasiado generoso, le perdonó su criminal traicion, pero conociéndole bien no quiso nombrarle por guardador de su hijo, y uno de los gobernadores del reino.

No se habia olvidado aun en Castilla la defeccion de Trastamara. Para hacer frente á la nueva guerra que iba á encenderse, Trastamara recurrió á los judíos, algunos de estos habian contratado prestarle sumas inmensas.

Los judíos eran sumamente aborrecidos en Castilla. El tráfico y el comercio estaba esclusivamente en sus manos; eran ricos, poderosos, pero el último y mas pobre castellano hubiera desdeñado su trato rehusando su amistad. Llegaba á tal punto el rencor que les profesaban los pueblos

que se veian precisados los reyes á mandarlos vivir en las villas y ciudades en barrios y cuarteles separados , que se llamaban *Aljamas ó juderías* , que hasta hoy han conservado este nombre.

Hicieron cundir diestramente el arzobispo y los principales gefes de la confederacion , que Trastamara y los gobernadores devotos á él , habian recurrido á los judíos , que estos abrian sus arcas venciendo su natural avaricia á cambio de privilegios y franquicias que habian de concedérseles , y aun se susurraba que algunos judíos llevaban sus pretensiones hasta el estremo de pedir para los de su raza abominable, alguna villa donde fijarse esclusivamente; que algunos otros habian obtenido honores y empleos públicos.

Un incidente casual acabó de deslumbrar al pueblo sobre la proteccion y favores que la regencia dispensaba á los judíos , pretesto que tan hábil y ventajosamente explotaron para su empresa el arzobispo y el de Benavente.

Un pechero de Sevilla habia insultado y maltratado á unos indefensos y pacíficos judíos. El conde de Niebla, que era adelantado mayor de aquella ciudad y Alvaro Perez alguacil mayor de la misma , mandaron dar doscientos azotes al culpable ; pero el pueblo para quien no era crimen ni el mal trato ni la muerte de los judíos , perdió el respeto á la justicia , arrebató el reo , lo condujo en triunfo á la catedral , intentó matar al conde y alguacil , que debieron su salvacion á una pronta fuga , y atacaron las Aljamas de Sevilla , donde moraban los descendientes de Judá.

... En consecuencia del consejo de los caballeros y señores
 opusieron a tanto de castigo. Las gentes de todas las ciudades
 de Castilla hicieron un congreso de su república...

... Encomienda se nombraron varios caballeros con un título
 de merced por parte de Sancho el Rey, para que los nombrados
 mandasen a los señores de las villas de la frontera de
 Galicia...

... En consecuencia del consejo de los caballeros y señores
 opusieron a tanto de castigo. Las gentes de todas las ciudades
 de Castilla hicieron un congreso de su república...

... En consecuencia del consejo de los caballeros y señores
 opusieron a tanto de castigo. Las gentes de todas las ciudades
 de Castilla hicieron un congreso de su república...

... En consecuencia del consejo de los caballeros y señores
 opusieron a tanto de castigo. Las gentes de todas las ciudades
 de Castilla hicieron un congreso de su república...

... En consecuencia del consejo de los caballeros y señores
 opusieron a tanto de castigo. Las gentes de todas las ciudades
 de Castilla hicieron un congreso de su república...

... En consecuencia del consejo de los caballeros y señores
 opusieron a tanto de castigo. Las gentes de todas las ciudades
 de Castilla hicieron un congreso de su república...



Trastamara y el consejo de los gobernadores quisieron oponerse á tanto desacato. Los judíos de todas las ciudades de Castilla imploraban el amparo de su rey.

Entonces se nombraron varios caballeros que con título de priores pasasen á Sevilla y las ciudades donde mas amenazados se hallaban los judíos, y declararon por loco al arcediano, á cuyas instigaciones se debia la fermentacion de los ánimos contra ellos.

No necesitó la plebe, siempre ligera en sus juicios y turbulenta en obrar, de mas prueba de la alianza de los gobernadores del reino con los judíos.

El arcediano de Eciija, Hernan Nuñez, de quien dice el Burgense que era mas santo que sábio, y á quien vimos entre los confederados el dia de la ratificacion del pacto de alianza en Toledo, recorría las ciudades, los pueblos, las aldeas y los campos. Su crédito en la plebe era inmenso, el fruto de su predicacion grande.

Cuando habia reunido en derredor de sí un cierto número de vasallos, elegía por tribuna una piedra, un fragmento de roca y en medio de los campos y las plazas arengaba á la multitud, pues los prelados por un resto de homenaje á la caridad ó por un exceso de cautela y precaucion por la incertidumbre que lleva consigo el éxito de toda revuelta, no le permitian predicar en los templos.

Su palabra enardecía los ánimos, vibraba en el corazon de sus oyentes. Otros eclesiásticos proseguian en varios puntos fanatizando las masas, y una causa política, unida al odio de religion, causó la esplosion que los parciales de la liga habian preparado hábilmente para privar al regente

Trastamara de los recursos con que contaba para batirlos. El día cinco de agosto de 1392, en Toledo, Logroño, Barcelona, Valencia, Sevilla y Córdoba, el pueblo casi á la misma hora penetró en las Aljamas de los judíos, y con la espada en la mano é invocando el sacrosanto nombre de Jesus, entró en las casas donde dormian los judíos: todo lo asesinaron; hombres, mugeres, niños, como los israelitas mismos hicieron en otro tiempo al entrar en la tierra de Promision, y arrojaron por las ventanas los cadáveres á fin de que se pudiese reconocer los pocos que habian escapado á tan cruel carnicería, á que precedió el mas completo pillage. Sevilla se distinguió entre tanto horror.

Los confederados á pesar del gran golpe que habian dado destruyendo á los judíos, de donde sacaba sus principales recursos el regente Trastamara, no adelantaban en su causa, y hubieran tardado mucho en obtener el triunfo, si don Sancho, conde de Alburquerque, el mas rico y poderoso hombre de aquella época, no hubiera con sus parciales obligado á dejar la regencia á Trastamara haciéndole renunciar el poder y transigiendo tan sérias desavenencias. Pactóse entonces que los regentes serian el duque de Benavente, á quien don Sancho amaba en extremo, el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena, y se acordó tambien que la hija de Alburquerque, doña Leonor, jóven de diez y seis años, á quien las crónicas de aquel tiempo llamaban la rica hembra por sus inmensas riquezas, se casaria con el rey don Enrique á su mayor edad, y estos pactos fueron mirados como verdaderos esponsales. Asi terminó la guerra civil. Los nuevos regentes dominaron todo, se repartieron entre sí el reino, y la tiranía que an-

tes ejerciera Trastamara y los suyos, la ejercieron Benavente, el arzobispo y Villena; el rey estaba en opresora tutela, y el reino desatendido. La historia de un rey menor la escribe el pueblo con sangre. Tal era el estado de Castilla al verificarse los acontecimientos que vamos á describir



... de la casa
 ... de Sancho, padre de Alhar-
 ... queque, atria la pesada verga
 ... de hierro que para conmue-
 ... rra desde los balcones al
 ... jardín, y procurando despertar el alma de un resaca en medio
 ... decía para sí:

— Me ha parecido que he visto a Dios en el jardín, y a la



III.



PENAS era de dia en Burgos cuando Nuño Guzman creyendo oir ruido en el jardin de la casa de don Sancho, conde de Alburquerque, abrió la pesada verja de hierro que daba comunicacion desde las habitaciones al jardin, y procurando despertar como de un pesado ensueño decia para sí :

—Me ha parecido que he oido gentes en el jardin, y á la

verdad que es muy extraño tan temprano. Hun! Hun! Hun!
qué vendrá á ser esto?

Apenas habia dado unos cuantos pasos cuando reparó
que un hombre envuelto en su ancha capa bajaba cautelo



samente de uno de los balcones, y no consultando ni á
los años ni á sus débiles fuerzas, sino á la lealtad que tenia
á su buen amo, se interpuso á su paso procurando

detenerle. El hombre sin desembozarse le dijo á media voz :

—Déjame pasar ó te mato.



Quiso el fiel criado asirle de la capa; pero hubo de soltarle mal de su grado, porque en aquel mismo momento se sintió herido en un brazo y el hombre huyó precipitadamente.

—Ladrones! ladrones! socorro! socorro! que me matan! gritó el pobre Nuño, y á sus voces salió á medio vestir don Juan de Henestrosa, secretario del conde don Sancho de Alburquerque.

—Qué diablos sucede? Nuño, por qué gritas tanto?

—Hay un ladron en el jardin de palacio.

—Calla loco! sin duda te habrás emborrachado.

—Se ha descolgado del balcon del aposento de doña Leonor , de su mismo balcon lo he visto bajar , y por mas señas , vive Dios ! que me ha dado un terrible golpe con su daga.

—Es cosa de risa lo que dices ? apenas tienes rasgado tu gaban..... A qué viene la invencion de este cuento ! A quién diablos quieres tú haber visto bajar del balcon de doña Leonor á estas horas ? Eres muy tonto , sabes tú que si le cuentas eso al conde nuestro amo te matará ?

—Lo he visto , como os estoy viendo á vos ahora mismo.

—Vamos , tú has empinado el codo esta noche , y ves visiones.

—Visiones , no pardiez , solo he visto un hombre !

—A qué alborotar tan temprano esta parte del palacio ? No consideras que puede venir mucha gente de un momento á otro ? Te han pagado para inventar este cuento sobre la conducta de nuestra buena ama la prometida esposa del rey. Gritas ladrones y pretendes haber visto bajar á un hombre del balcon de su aposento. O estás loco ó alguien te ha pagado. Dí , responde.

—Dios mio ! pagado yo , pagado yo ! Le he visto , de veras , os lo repito , le he visto. Qué quereis que os diga ni que haga ? si le he visto.

—Escucha Nuño , le dijo Henestrosa dándole una bolsa, toma , tal vez será menos pesada que la que te han dado por inventar ese cuento. Ve á beber á mi salud. Sabes que soy un fiel servidor de nuestro amo , no soy un ladron , ni voy á la parte con el ladron que tú crees ha entrado á ro-

barle. Oyeme bien, Nuño. De cuanto has visto ó crees haber visto, guárdate bien de hablar ni una sola palabra. Hay secretos que como el veneno quiebran el cristal que los contiene. Olvidalo todo, y silencio! Ahora vete á descansar!

El pobre Nuño se desesperaba al ver que no era creído; y al obedecer el mandato del secretario de su amo marchaba aun murmurando descontento:

—Pero si lo he visto, lo juro por mi cabeza, por la de mi difunto padre; lo he visto.... lo he visto....

Apenas se habia retirado Nuño, don Juan de Henestrosa adelantándose hácia el jardin llamó, aunque en voz algun tanto baja: —Señor! señor!

El duque de Benavente salió entonces de entre un bosque de laureles que cubria un hermoso cenador, y á donde se habia refugiado al verse descubierto por el criado de don Sancho.

—Qué imprudencia! le dijo Henestrosa, han podido descubrirnos.

El duque de Benavente lejos de manifestar en su rostro la alteracion y el terror de un hombre sorprendido, dejaba ver en su semblante marcadas señales de contento y satisfaccion.

—Me ama! Henestrosa! me ama, respondió. Qué vás á decirme? soy el hombre mas feliz de Castilla, mírame bien, no ves brillar el contento en mi rostro? Me ama!

—Y ese hombre que os sorprende? En qué pensábais señor? y el conde de Alburquerque, y el rey?

—Qué sé yo? tal vez soy culpable, tendrás razon, pero mañana pensaremos en eso: un dia mas aun, déjame ser

feliz , tal vez me habrá engañado , tal vez su pasion es un capricho frívolo , pasajero y nada mas ; pero déjame ser hoy feliz.

Henestrosa cruzando los brazos , y mirando compasivamente al duque le dijo en tono lento , severo y pausado :

—Nada mas ! y quebrais como una ligera y frágil caña el vínculo de amistad que os une á Alburquerque hace mas de veinte años , y salís furtivamente del aposento de su hija. Podeis ser culpable?... y las cortinas que habeis descorrido para salir aun se ven agitadas en torno de ella..... y el hombre que os ha visto salir gritaba: al asesino !

—Ah ! Henestrosa , qué bella es Leonor !

—Olvidais que es la prometida esposa del rey que.....

—Si supieras qué region he habitado ! cómo el solo acento de su voz hace hervir en mí toda mi sangre , cuán interesantes son sus lágrimas , cuán bella , cuán tierna , cuán espresiva ! Oh Dios mio ! No hay mas sublime altar que el de la felicidad. Si pudiese mi alegría subir hasta tí como el incienso hasta el cielo ! El amor es el ángel mas bello : despues de la gran obra de la creacion no quiso abandonar la tierra , y mientras sus hermanos volaron todos al cielo él dejó caer sus alas de oro convertidas en polvo á los pies de la beldad que habia creado.

—En otra ocasion os hablaré , señor ! Dentro de un instante van á llenarse estos salones de los cortesanos que vienen á obsequiar al conde , él pondrá como vos sus manos sobre su rostro , pero no serán lágrimas de alegría las que oculte.

—Cuando pienso en la agitacion de mi vida, hace quince años , vida que en las mas terribles alternativas he pasado errante como un espectro sin sepultura, ya prófugo y refugiado en Benavente huyendo la cólera de Trastamara, disputando la regencia del rey niño , Enrique : ya dueño de Castilla hoy , sin mas obstáculo para subir al trono que el fantasma de ese rey niño y enfermizo ; cuando abro los brazos y veo pasar las sombras de las mugeres que he poseído , mis placeres , mis penas , mis esperanzas , ah ! amigo mio , toda ilusion se ha aniquilado , todo cuanto fermentaba en mi corazon se ha reunido en un solo pensamiento: amarla. Asi mil insectos esparcidos en el polvo se concentran en un rayo del sol.

Viendo Henestrosa que en la exaltacion en que se hallaba Benavente toda reflexion era inútil , se limitó á calmarle diciéndole :

—Qué quereis que os diga ? de qué servirian mis palabras , cuando ya llegan despues de los sucesos ? Un amor como el vuestro no puede tener amigos.

—Qué es lo que hasta el presente ha abrigado mi corazon ? ambicion , sed de mando y de gloria , amor á los peligros. Por la fuerza de mi brazo y de mi audacia héme ocupando las gradas del trono , sosteniendo el cetro que las débiles manos de un niño no pueden empuñar ; pero mi alma guardaba aun un hambre celeste de un bien supremo. He arrojado de mi corazon como Cristo á los vendedores del átrio del templo , todas mis pasiones. Conozco que no he amado hasta ahora , mi corazon no servia para nada hasta que ha sido todo de ella.

—No puedo esplicaros, señor, lo que yo siento. Os veo

:

feliz , pero no amo yo tambien al conde cuya confianza me dispensa ; y á que por serviros tan mal correspondo?

—Ahora que Leonor es toda mia, que he visto inclinar sus amorosos ojos lánguidamente hácia mí, que mi nombre ha espirado entre sus labios embriagados de placer, qué hombre puede compararse conmigo? Cuál es el mortal que no ha visto en la tierra aparecérsese cien veces en su sueño un ser adorado, hecho espresamente para él, que no debia vivir sino por él? Pues bien, aun cuando por un solo dia nada mas, yo debiera haber encontrado ese ser, estrecharle en mis brazos y morir luego, estoy contento!

—Me espanta, señor, vuestra felicidad; Que el conde lo ignore, que el rey no llegue á sospecharlo!

—Qué quieres decir? crees tú que yo la he seducido? que ella ha reflexionado? Hace dos años la veia todos los dias en casa de su padre que la guarda, como el avaro á su tesoro: yo la hablo y ella me responde, la hago una seña y me comprende. Con qué derecho no sería mia?

—Con qué derecho? preguntó Henestrosa, pero Benavente que creyó oír en esta pregunta una amarga y cruel reconvencion á su conducta desleal, tomando un tono severo le interrumpió:

—Silencio! Yo amo y soy amado, no quiero analizar ni saber mas. Los niños solo son felices que cogen una fruta, la llegan á sus labios, sin pensar en mas de que les agrada, y que está al alcance de su mano.

—Señor, si estuviéseis aquí en el lugar en que yo estoy, y si os juzgáseis á vos mismo! qué diria mañana el hombre al niño?

—No, no! Es una orgia de donde salgo para que el ai-

re de la mañana refresque mi rostro? La embriaguez del amor no es una bacanal para que se disipe con la noche! Tú, Henestrosa, cuánto tiempo no me has visto amarla? Qué has tenido que decirme hasta ahora tú, que has permanecido mudo, tú que has visto durante dos años cada latido de mi corazón, cada minuto de mi vida desprenderse de mí para unirse á ella? y hoy soy culpable por que soy feliz? Qué me dirás tú además que no me haya ya cien veces dicho á mí mismo? Todas las reconvenciones posibles me he hecho yo á mí mismo y sin embargo soy feliz! Que debo mi elevacion al conde! que trato de amores con la reina viuda doña Beatriz, pero amores que sostiene la ambicion y que considero como un medio de gobierno; que la hija del conde es la prometida esposa del rey, y qué sé yo que mas. Los remordimientos, la venganza terrible, el triste, y mudo dolor, todos estos espectros horribles han venido á presentarse al umbral de la puerta del aposento de Leonor. Ninguno pudo permanecer en pie en presencia del amor de Leonor. Silencio! ven conmigo á mi aposento hácia esta parte del palacio. Siento el rumor de las gentes que ya se han levantado. Despues vendrán los cortesanos que se preparan á adular y rodear al conde, y á captarse la benevolencia del padre de la futura reina de Castilla. Ah! jamás! jamás!

Henestrosa se dirigió con el duque de Benavente hasta dejarle en su aposento donde se encerró para dar suelta á sus amorosos pensamientos.

El duque de Benavente vivia en una de las alas del magnífico palacio de don Sancho, que lo habia mirado como su propio hijo desde muy niño, que habia sido el amigo, el compañero de armas de su padre. El anciano y opulento

conde de Alburquerque dividia todas sus afecciones entre su hija doña Leonor, y el jóven Benavente, á quien su poderosa mediacion habia colocado en la regencia del reino.

Pocas horas despues los salones del conde don Sancho se hallaban llenos de cortesanos que venian á hacerle la córte, porque preveian que en el estado enfermizo en que se hallaba el rey don Enrique, á quien por las enfermedades que de continuo le aquejaban llamaban *el Doliente*, nombre que aun hoy le ha conservado la historia, la corona de Castilla descansaria enteramente en las sienas de su hija cuyo matrimonio estaba concertado. El rey se hallaba casi siempre solo ocupado en la caza, ejercicio á que era muy aficionado, y descuidado de todos los cortesanos que asistian asídua y constantemente al lado de los regentes, porque de ellos y no del rey emanaban las gracias y los favores. El conde don Sancho, al contrario de estos seres miserables, acompañaba diariamente al rey, que con escaso séquito recorría los campos cazando, cuando sus dolencias habituales se lo permitian.

Murmuraban los cortesanos en voz baja y en corrillos mientras aguardaban la salida del conde don Sancho, ya del mismo á quien iban á adular, ya de los regentes, y aun del mismo rey por el estado de nulidad á que mas que sus enfermedades le habia reducido la ambicion y avaricia de sus tutores y regentes; cuando un page abrió la puerta y se presentó el conde don Sancho, hombré de edad madura, y rostro venerable. Saludó cortés y afablemente á los nobles que allí le aguardaban, y dirijiéndose á ellos les dijo:

—El rey marchará como siempre hoy á caza, y yo voy

á acompañarle , mucho placer tendria en que vosotros me siguiéseis dándole esta muestra de deferencia.

—Yo tengo que ir á casa del arzobispo regente, respondió uno tartamudeando casi en voz baja.

—Yo estoy citado por el regente, marqués de Villena, respondió otro escusándose.

—Yo por el regente don Juan Manrique.

—Yo por el regente conde de Niebla.

—Tengo que arreglar un negocio grave con el regente don Pedro Mendoza, mayordomo mayor.

Ninguno de los aduladores cortesanos correspondió á la invitacion de don Sancho, quien lanzándoles una mirada de desdén se dirigió á su secretario don Juan de Henestrosa ordenándole que lo dispusiese todo para salir á caza.

Uno de los cortesanos prescindiendo del mal humor que se descubria en el semblante del conde se llegó á él para preguntarle qué habia de nuevo esta mañana.

—Siempre, contestó el conde con acento adusto, siempre deseais novedades! Todo es nuevo hoy, la verdura del campo, el sol, las flores: todo será igualmente nuevo mañana. Solo el hombre se hace viejo cada vez mas, á medida de que se vá cada dia haciendo nuevo cuanto hay á su alrededor.

—Os lo preguntábamos, replicó otro de los cortesanos porque no habíamos tenido el gusto de ver á vuestro lado á don Fadrique, el duque de Benavente, á quien aqui acostumbramos diariamente á rendir nuestros homenajes.

Sobresaltóse al oír esta observacion el conde don Sancho, y dirigiéndose con inquietud á Henestrosa le preguntó:

—Y bien, mi querido Henestrosa, no viene don Fadrique hoy?

—Creo que no venga, contestó algo turbado el secretario, está malo.

—Malo! dijo cada vez mas alterado don Sancho, le he visto ayer noche y no lo estaba. Es cosa de gravedad? responde pronto. Voy á su aposento, Henestrosa, que podrá tener?

Todos los cortesanos se disponian inmediatamente á marchar á hacerse presentes en casa de don Fadrique, murmurando en su interior al mismo tiempo que aparentaban tan gran cuidado por la salud del regente. Si nos viésemos libres de este ambicioso! Que no cargase Satanás con su alma!

Henestrosa los detuvo diciéndoles:

—No os molesteis! señores míos: don Fadrique no quiere recibir á nadie. Se ha encerrado en su cuarto por todo el dia.

—Encerrado é invisible para todo el mundo estará, dijo don Sancho, pero no para mí.

—Quiere estar absolutamente solo, contestó Henestrosa.

—Solo y enfermo! replicó con ansiedad el conde, me asustas. Le ha sucedido acaso algo? una disputa? un duelo quizás? como es tan violento! Ah Dios mio! No tiene hoy nada que decirme: está herido, no es verdad? Perdonadme, añadió despues volviéndose á los cortesanos, pero sabeis que es mi mejor amigo, que lo he amado desde su infancia, que lo amo á la par de mi hija.

—Tranquilizáos, no le ha sucedido nada, es tan solo.... una ligera fiebre, mañana lo vereis.

—Quiéralo Dios! Ah! quiéralo Dios! cuánto he trabajado por la conservacion de una vida tan cara! En estos tiempos de revueltas civiles todo lo he sacrificado á su ventura. Proscrito por Trastamara puse en sus manos todo mi caudal, armé todos mis vasallos por su parcialidad, y al verlo uno de los regentes del reino, goza tanto mi corazon como con la esperanza de ver un dia sentada en el trono de Castilla á mi Leonor, mi vida, mi tesoro, tesoro tan grande que lo han juzgado digno de un rey.

El escudero Nuño Guzman, entró á avisar al conde que los caballos y su gente se hallaban prontos para marchar á la caza. Despidiéronse los nobles del conde don Sancho, y dirigiéronse á casa de los diversos regentes, segun los intereses diversos que los animaban.

El conde despues de haberse asegurado nuevamente por Henestrosa de que no era grave la indisposicion de don Fadrique, y haber encargado al secretario le dijese que iria á verle á la vuelta de la caza, por ser mucho plazo para su afecto el dilatarlo hasta el dia siguiente, se quedó solo con su fiel escudero Nuño Guzman, el que mientras preparaba las armas y atavios de caza del conde murmuraba entre dientes.

—Lo he visto bien...! Y qué interés tendria él en decir lo contrario?... sin embargo preciso es que lo haya, pues que me ha dado.... y al mismo tiempo agitaba contando en su bolsillo unas monedas, cuatro... cinco... seis... Diablor! Aqui hay misterio... cállate me ha dicho, pero yo rebiento si no hablo.

El conde que acabó de vestirse para la caza, mirando á su escudero que se hallaba muy entretenido en sus reflexiones le gritó:

—Nuño, mi lanza!

Acercóse el escudero á ponerla en la mano de su señor, mas reparó este que Nuño contra su costumbre, le alargaba las armas con la mano izquierda.

—Qué tienes? que al darme hoy la lanza y mi tabardo de caza no te sirves de la mano derecha?

—De mi mano.... repuso el escudero. Bien me sé yo lo que es. Con perdon de vuestra señoría es que tengo el brazo derecho un poco herido, oh! no es gran cosa por cierto, pero pardiez ya me voy haciendo viejo. En mi tiempo.... ya le hubiera yo dicho....

—Qué estás diciendo? que estás herido.... y por quien?

—Ahí está el busilis, el *quid* de la dificultad, que dice el capellan. Quién?... Nadie, y sin embargo estoy herido. No es decir esto que pueda quejarme en conciencia.....

—Tal vez tú mismo involuntariamente!...

—No por cierto, señor, y á qué fin?

—Si tienes ganas de hacer el bufon, le dijo en tono desabrido el conde, te advierto que has escogido mala ocasion. Marchemos: y al mismo instante comenzó á dirigirse hácia la puerta del salon.

—Sí, sí, de hacer el bufon se trata, y de haceros reir! Bien poca gana de reir tenia yo por cierto esta mañana cuando me dió esta cuchillada al echar á correr....

—Quién? quién te dió esa cuchillada? replicó vivamente volviendo á entrar en el salon don Sancho. Tus palabras, Nuño, ocultan un misterio extraordinario!

—Escuchad, sois mi amo, y digan lo que quieran, debeis de saber lo que pasa en vuestra casa. Ved aquí punto por punto mi historia. Oí yo pasos esta mañana, muy de

mañana, en el jardín, porque los viejos, señor, dormimos poco; me levanto, y veo bajar muy poquito á poco del balcon un hombre embozado en su capa.

—De qué balcon? le preguntó interrumpiéndole con la mayor agitacion, don Sancho.

—Un hombre embozado, continuó Nuño sin cuidarse de la pregunta, un hombre á quien le grito que se detenga, creí naturalmente que era un ladron, y en lugar de detenerse... trás! ved aqui mi brazo herido ligeramente por su daga.

—De qué balcon, Nuño? repitió convulsivamente don Sancho agarrándole del brazo.

—Toma! todavia estamos ahí! pues que he empezado á desembuchar, contarélo todo. Era del balcon de doña Leonor.

—De doña Leonor! de mi hija! exclamó el anciano y soltando el brazo de Nuño ocultó con ambas manos su rostro como un hombre que acaba de comprender una idea terrible.

—El hombre echó á correr, prosiguió el escudero, por el jardín; yo grité, al ladron! al ladron! y nada mas, llegó don Juan de Henestrosa, me dijo que me equivocaba, que él lo sabia mejor que yó, y por último me dió un bolsillo para que me callase.

—Henestrosa? dijo el conde mirando severamente á Nuño.

—Si señor, y por mas señas que aquí está el bolsillo, y no es flojo por vida de....

—Del balcon de doña Leonor! Ha visto Henestrosa, á ese hombre? preguntó con ansiedad don Sancho.

—No señor, acudió Henestrosa al jardín despues que yo habia gritado mucho.

Respiró el conde al oír esta respuesta y su corazón se dilató como libre de un enorme peso, y despues preguntó nuevamente á Nuño:

—Cómo era?

—Quién don Juan de Henestrosa?

—No, el otro.

—A fé mia no le he visto.

—Alto ó bajo, gordo ó delgado?

—Ni lo uno, ni lo otro, y además era muy de mañana, y herido y sobresaltado...

—Es muy estraño! y dices que Henestrosa te ha prohibido hablar de esto?

—Bajo pena de ser despedido de vuestro servicio por vos mismo.

Pensativo quedó don Sancho con lo que acababa de saber, y despues de algunos instantes tomando una resolución firme y decidida llevándole á uno de los balcones que daban al jardín:

—Escucha, Nuño, le dijo, al anochecer á la hora en que todo quede en silencio en la casa, te colocarás debajo de ese balcon, pero oculto, me entiendes? Tomarás una de mis mejores espadas, y si por ventura alguno intentase..... me comprendes? llama en alta voz, no te dejes intimidar, yo estaré allí.

—Está muy bien, respondió el anciano escudero.

—Yo podría encargar á cualquier otro que á tí esta comisión, pero ya ves, Nuño, yo creo saber lo que esto es, cosa de muy poca importancia, alguna chanza de algun jóven; al

decir estas palabras intentaba dar á su rostro un aire indifere-
rente y aun hizo asomar á sus lábios una falsa sonrisa; pero
el disimulo era imposible en la agitacion en que se hallaba
su espíritu, y así es que dominando el verdadero sentimien-
to, añadió luego inquieto.

—Viste el color de la capa?

—Negra, negra, ó al menos tal me pareció.

—Yo hablaré á don Fadrique, consultaré con él mi in-
quietud, decía para sí el desgraciado anciano y luego en
voz alta repetía á Nuño: esta noche á las nueve, á las diez....
á las doce, no tengas miedo alguno. No se trata de nada
sério, has hecho perfectamente en decírmelo, no quisiera
que otro mas que tú lo hubiera sabido y por eso te encar-
go.... No viste su rostro?

—No, huyó mas ligero que un gamo, y luego.... la es-
tocada.

—No habló ni una palabra?

—Ni una sola, pero pegaba y bien, todo fué obra de
un instante. Mire vuestra señoría que no hemos de encon-
trar al rey en la cacería, añadió Nuño que intentaba sacar
al conde de la distraccion en que cayó despues de haber
respondido á su última pregunta.

—He mudado de resolucion, dijo el conde. Hoy no
saldré de casa. No quiero tampoco ver á nadie. Tú deba-
jo del balcon á la noche. Ya me comprendes.... y sobre
todo silencio!

El conde se retiró á su aposento donde permaneció en-
cerrado todo el dia, lleno de amargas y sensibles dudas, y
el fiel escudero se preparó á cumplir el mandato terrible
de su señor.

Doña Leonor permaneció tambien casi todo el dia sola, triste, abatida en su aposento, agitada aun por las violentas sensaciones de los sucesos de la noche última, en que el duque de Benavente asegurado de que era correspondido en su amor, habia osado presentarse en su aposento. Todos reposaban en silencio en el palacio de don Sancho, cuando un hombre envuelto en una ancha capa y con una linterna sorda en la mano llamó á la puerta del aposento de doña Leonor. La camarera creyendo tal vez que fuese su padre, abrió la puerta, y toda trémula y asustada al reconocer su error estaba á punto de desmayarse.

—Dónde está Leonor?

—Por el amor de Dios! qué venís á hacer aquí, don Fadrique? dijo la camarera que le habia reconocido, y que era la confidente de los amores de su linda ama.

Pero don Fadrique asiéndola fuertemente del brazo, dónde está doña Leonor? la preguntó de nuevo.

—Tened piedad de ella, ved los peligros á que la esponeis.

—No está allí? dijo don Fadrique señalando el aposento donde se hallaba en efecto. La camarera que en aquel momento no sabia lo que debia de hacer, le respondió que sí; don Fadrique dió dos ó tres pasos hácia la puerta, pero deteniéndose despues de repente como si hubiese cambiado de resolucion, dijo á la camarera:

—Entra tú y dila sin asustarla que aquí la aguardo, que me es indispensable hablarla. La camarera no podia huir, si gritaba llamando socorro hubiera comprometido á su señora, ó don Fadrique en su furor la hubiera ahogado. Entró, pues, en el aposento de su señora á quien



encontró ya medio levantada , y que desde que la vió la preguntó toda asustada , por qué habia luz? quién estaba allí? y como sobrecogida la camarera tardaba en responder, la gritó:

—Cierra la puerta , cierra la puerta! Pero al mismo tiempo se oyeron en el cuarto estas palabras proferidas en voz baja :

—Leonor, no tengais miedo , soy yo , es vuestro Fadrique.

Pálida como la muerte, fria como el mármol, cayó desfallecida Leonor. La camarera creyéndola muerta , se arrancaba los cabellos y lloraba desoladamente. Fadrique, que por una respetuosa consideracion no se habia dejado ver hasta entonces , entró con la camarera llevando la linterna. Logró al fin la camarera hacerla volver en sí no con poco trabajo , en tanto que don Fadrique la miraba con el mayor respeto , con la veneracion que á una vírgen, sin haberse atrevido ni á tocarla un dedo.

—Estoy aquí , la dijo al verla recobrada de su desmayo , para cumplir mi palabra de casarme con vos , para llevaros conmigo , porque de otro modo nuestra union es imposible por los conciertos que sabeis median con el rey.

—Virgen santa! exclamó la hermosa doña Leonor , sin poder proferir ni una sola palabra mas.

Don Fadrique entonces sonriéndose , pero con un tono de ansiedad :

—Os parece poco galante , le dijo , el que os invite á abandonar vuestra casa para seguir la fortuna de un hombre que no puede ofreceros una corona.

—No me hableis asi , respondió Leonor , no me digais

eso , porque me destrozais el corazon. Salid, salid de aqui, don Fadrique , porque si alguno llegase á veros , desgraciado de vos y de mí!

—Salir de aquí! replicó el conde de Benavente , no he arrojado , querida Leonor , tantos peligros para volverme como un niño , como un insensato.

—Pero si mi padre os sorprendiese aquí , repitió en ademán suplicante Leonor; qué seria de vos?

—Qué seria de mí? Creeis que si yo no pensase en vuestro padre....

Leonor temblaba.

—Marchemos : amigos y parciales míos nos acompañarán hasta Benavente , allí estareis en seguridad , allí recibireis de mí el anillo nupcial , y yo sabré romper los pactos que disponiendo de vuestra persona han hecho contra vuestra voluntad. En tanto imagináos que vais con un hermano , que estais en un templo.

La camarera asiéndose de los vestidos de su señora la decia al oído y en ademán suplicante :

—No , no ; mirad , señora , lo que haceis.

Debió de notar don Fadrique los movimientos de la camarera , porque poniéndola la mano sobre la espalda la dijo con severidad , y un aire que la hizo estremecer :

—Vamos , Blanca , déjala tranquila.

Soltó la camarera los vestidos de su señora , y permaneció inmóvil , como fascinada por la mirada de un basilisco.

Leonor , que habia adquirido ya mas fuerzas ,

—Quereis , le dijo tendiéndole sus manos suplicantes , que yo me escape de la casa paterna , de noche , de est

manera , como una muger sin honor? que haga morir de dolor y de vergüenza á mi noble y anciano padre? Oh no! Fadrique , dejadme aquí , matadme mejor, estoy contenta muriendo á vuestras manos , porque sabeis cuánto os amo.

Don Fadrique sin conmoverse , por toda respuesta la agarró por la cintura diciéndola con el mayor amor:



— Marchemos! pero viéndola dar un paso hácia atrás:— No os quereis venir conmigo , la dijo , pues bien , sabed que yo no salgo de aquí sino en vuestra compañía.

Sentóse sobre un taburete , cruzó sus piernas , la una

sobre la otra , y cruzándose igualmente de brazos , tomó la actitud de un hombre decidido á no moverse de aquel sitio , y aguardar tranquilo lo que sobreviniese.

—Aguardaré hasta mañana, prosiguió, necesariamente alguno vendrá y nos hallará aquí, quién sabe si será vuestro padre? Si quereis separar de él todo peligro, porque yo por vuestro amor me siento capaz de olvidarlo todo, seguidme de buen grado , señora.

Terrible era la posicion de doña Leonor , el terror natural á las altas horas de la noche en que se hallaba en su aposento con un hombre á quien amaba y que exigia de ella el sacrificio de abandonar la casa paterna, el temor de causar con su fuga la muerte de su padre, á quien tambien amaba , el pesar de ver su mano ofrecida como prenda politica por un partido á un rey niño, enfermizo y que no miraba con afecto , todo hacia mas indecisa su situacion.

Cuando Leonor vió que no habia recurso alguno ,

—Quereis perderme , dijo , os seguiré ; las córtes por asegurar al trono las inmensas riquezas de mi madre quieren ceñirme una corona , y no saben que esa corona abrasará mi frente? Por qué me encargan de la felicidad de otro, Dios mio? Cuando llegue el rey don Enrique á su mayor edad exigirán de mí que le entregue mi fé y mi corazon, y yo ya he dispuesto de él.

Una mirada del duque acabó de decidirla.

Arrodillóse un instante sobre un rico reclinatorio que tenia en su aposento , y delante de un pequeño crucifijo que tenia suspendido en la pared debajo de un elegante dosel de terciopelo.

—Dios mio, Dios mio! exclamó en voz baja con el mayor fervor, si tus brazos ensangrentados no estuvieran clavados en la cruz, tú me los abririas y perdonarias mi amor. Castigareis á Fadrique por mi falta? Ah! él no es culpable, él no ha pronunciado ningun juramento en la tierra, él no ha faltado á su promesa, él no ha hecho mas que amar y ser amado. Ah, sí, amado cual yo no puedo amar á un niño que porque lleva una corona me han hecho jurarle amor, como si pudiesen mandarse las afecciones del corazon. Despues abrazando tiernamente á su camarera Blanca, que en vano queria enjugar las lágrimas que vertian los ojos de su afligida señora:

—Blanca, la dijo, mis lágrimas te afligen, hija mia. Es preciso que surquen mis megillas. Crees tú que se puede renunciar sin sufrir, al reposo, á la tranquilidad? Tú que lees en mi corazon como en el tuyo, tú para quien mi vida es un libro abierto cuyas páginas perfectamente conoces, crees tú que se puede ver desaparecer sin remordimiento la inocencia, la tranquilidad del alma? Dirás á mi padre....

Los sollozos cortaron sus palabras. Don Fadrique la cogió de la mano, y ella le siguió con un aire de enagenacion como el que camina dormido. Apenas habian llegado cerca de la puerta del aposento, cuando helada de terror detúvose Leonor creyendo haber reconocido la voz de su anciano padre, y pasos de personas que subian por la escalera.

Detúvose tambien un momento don Fadrique y echándose prontamente hácia atrás se dió una fuerte palmada en la frente exclamando:

—Ya no es tiempo!

En un abrir y cerrar de ojos echó el cerrojo de la puerta, sacó la daga y se puso en actitud de un hombre desesperado resuelto á defenderse. Leonor se hincó de rodillas



á sus pies, y á su vista mudó instantáneamente de resolución don Fadrique, quitóse un magnífico anillo, púso-selo en el dedo á Leonor diciéndola con la mas tierna inquietud.

—Este será el signo de nuestra fé. Suceda lo que suceda sereis mi esposa. Huyo por no encontrarme con vuestro padre: mañana partiremos á Benavente. Si es preciso una nueva guerra en Castilla para asegurarme de vues-

tra posesion, arderá una nueva guerra civil.... Hasta mañana!....

Aun estaba hablando don Fadrique cuando llamaron á la puerta del aposento de doña Leonor; don Fadrique abrió el balcon que daba al jardin y cuya elevacion era muy corta, y saltó en el suelo, hallando en su fuga al escudero Nuño, como han visto nuestros lectores.

Abrió Blanca al conde don Sancho que desvelado y como si un vago presentimiento le agitase, habia querido venir á ver á su hija. Recibióle esta afectando haberse sobresaltado con la intempestiva hora de ver á su padre, fingiéndose alarmada por si habia algun peligro. Asi el sobresalto que en su ánimo habian ocasionado las escenas de esta noche y que se descubria en su semblante sirvió para engañar al bondadoso anciano: que nada es mas fácil de burlar que el crédulo afecto de un padre.





IV.



L dia que siguió á la noche de estas aventuras, largo, eterno se hizo á Leonor, porque temblaba la llegada del instante en que iba á abandonar el techo paterno y confiar su suerte á la merced de un amante, que si bien fuerte y poderoso, iba por ella á colocarse en hostilidad con el rey y los primeros ricos-hombres del reino: largo y eterno se hizo para don Fadrique, porque recelaba que el encuentro que tuvo con el escudero daría la alarma en el palacio de don Sancho y dificultaría el éxito de su empresa que tendría que acometer de frente quizás y á viva

fuerza, y cuyo desenlace, á pesar de su poder como regente, era dudoso: y largo y eterno se hizo tambien para el anciano don Sancho que combinando el sobresalto en que habia hallado á su hija cuando fué á visitarla en la noche anterior, con la relacion de su fiel criado Nuño, fluctuaba entre mil dudas, y veia amenazados de destruirse todos los planes,



fruto de los cálculos de toda su vida , y que aguardaba ver descubiertos á la llegada de la noche. Cansado de aguardar encerrado en su aposento , agitado de una violenta fiebre, hizo llamar ya cerca del anochecer á su aposento á su hija, á quien sin embargo no se atrevia á reconvenir , porque el pundonoroso anciano aun dudaba y recelaba dar crédito á las aseveraciones de su escudero. Resolvióse, pues , á aguardar y á esplotar su ánimo cautelosamente.

—Hija mia , no me aguardabas sin duda á esta hora, habrás estrañado que hoy no he salido á caza dejando solo al rey..... me sentia un poco indispuesto , deseaba hablarte..... y.....

Y al mismo tiempo hizo el conde una seña á la camarera Blanca que se alejó del aposento temblando, por si el conde era sabedor de los sucesos de la noche anterior.

Suspensa , helada quedó toda la sangre de Leonor en sus venas al oir que su padre deseaba hablarla á solas, creyó descubierta su proyectada fuga ; pero recobró su ánimo cuando su padre con la mayor afabilidad continuó diciéndola:

—Sabes, Leonor mia , que desde la muerte de tu madre , tú eres mi solo consuelo sobre la tierra , que te he consagrado mi vida entera , que si he tomado parte en los disturbios que han agitado á Castilla ha sido para asegurar sobre tus sienes una corona. Eres mi único tesoro, que si lo perdiese moriria de dolor , Leonor mia , avaro como anciano , aqui en medio del tumulto de la córte , apenas puedo estar á tu lado , apenas puedo hablarte , tengo celos hasta de los que te hablan , hasta de los que te miran.

Mientras el conde decia estas palabras á Leonor, que las escuchaba atentamente, y viendo en cada una de ellas la seguridad de que su padre ignoraba sus proyectos, llegóse á uno de los balcones, describió como para dar mejor entrada al fresco de la noche las celosías, y miró al jardin diciendo luego satisfecho entre sí:

—Nuño está allá bajo, lo veo.

El anciano conde púsose á conversar con su hija sobre los peligros de la córte, sobre el brillante porvenir que aguardaba á Leonor, procurando con escrutadora mirada penetrar en su corazon.

—Teneis algun motivo de tristeza, padre mio? decia esta al oir los acentos de su padre, estábais tan contento ayer mismo!

—La alegría es alguna vez triste, y la melancolía tiene la sonrisa en los labios. En la córte es menester mentir las sensaciones. Quisiera que fuésemos un poco de tiempo á habitar nuestro castillo de Ubeda: allí el cielo es mas puro, mas alegre que en los áridos llanos de Castilla. A la mayoría del rey volveríamos, y entonces te encontraria mas embellecida por la ausencia y por las gracias que cada dia vierte sobre tí á manos llenas la naturaleza....

En este instante oyóse en el jardin un grito sofocado y pasos precipitados.

—Qué querrá decir este ruido? dijo el conde dirigiéndose al balcon del aposento para ver lo que habia sucedido; pero en el mismo momento entró don Fadrique en el aposento de doña Leonor en el mas grande desórden y agitación.

—Qué tienes, Fadrique? le dijo don Sancho olvidando

los cuidados que todo el día le aquejaban, qué te trae? Estabas enfermo y no te he visto en todo el día. Yo también: añadió luego dolorosamente he sufrido mucho. Qué te ha sucedido? estás pálido!

—Dios mío! exclamó Leonor pudiendo apenas ponerse en pié.

—Respóndeme, qué ocurre? has tenido alguna disputa? puedo servirte de padrino? hay alguna trama contra tu poder? los demás regentes se han rebelado contra tí? has perdido al juego? necesitas mi caudal, mi brazo, mis vasallos?

Al mismo tiempo le cogió la mano y redoblando su afecto le decía, viendo que don Fadrique nada respondía:

—A nombre del cielo habla: estás mudo, inmóvil como una estatua.

—No..... no, tartamudeó confundido don Fadrique al verse en presencia de don Sancho, venía..... á hablaros de.....

—Qué has hecho de tu espada? continuó don Sancho sin reparar en la turbacion de don Fadrique, Vive Dios! que algun extraordinario suceso te ha ocurrido. Ven conmigo. No quieres hablar delante de mi hija. Vete, dijo, volviéndose á doña Leonor. Algun negocio de Estado..... De qué puedo servirte? responde; no habrá nada imposible en el mundo que no haga por tí. Mi amigo, mas que mi amigo aun, mi hijo, pues como tal siempre te quise, dudas de mí?

—Lo habeis adivinado, contestó don Fadrique mas re-
puesto ya. He tenido una disputa. No puedo hablar aquí: os buscaba, he entrado aquí sin saber por qué..... me

han dicho que estábais aquí y venia..... no puedo hablar aquí.

Don Sancho que vió que su hija aun no habia salido de la estancia y que se hallaba inmóvil junto á un sillón, de pié cerca de la puerta, la hizo señal de que los dejase.

Sola, y casi exánime y desfallecida salió del aposento.

En aquel mismo punto entraron varios criados de don Sancho, asustados y gritando:

—Señor! señor! Nuño ha sido asesinado!

—Quién lo dice? gritó don Sancho.

—Señor, replicó uno de los criados, acaban de asesinar á Nuño: el asesino debe estar dentro de la casa, lo han visto entrar por la poterna.

Don Fadrique permaneció inmóvil entre la multitud de los criados.

—Armas! armas! gritó don Sancho, venid conmigo, recorred todas las estancias y cerrad la puerta por dentro.

—No puede estar lejos, decia otro de los criados, acaba de dar el golpe.

—Ha muerto Nuño? ha muerto? Dónde está mi espada, ah! una hay colgada en la pared.

Al tiempo de ir á descolgar la espada reparó una mancha en su mano y exclamó:

—Vive Dios! que esto es singular! Mi mano está llena de sangre. De dónde me vendrá á mí esta sangre?

—Venid con nosotros, señor, repetician instándole los criados, os respondemos de encontrar al asesino

—De dónde me viene á mí esta sangre? decia horrorizado el conde, mi mano está cubierta de ella! A quién he tocado yo? Yo no he tocado, sin embargo mas..... que

ahora mismo.... y despues como un hombre que encuentra una idea horrible, alejáos vosotros! gritó á los criados, despejad!

—Qué teneis, señor? replicaron algunos criados llenos de lealtad.

—Despejad, despejad, dejadme solo. Está bien, que no se haga ninguna pesquisa, ninguna, es inútil. Lo prohibo. Salid de aquí todos, todos: obedeced, yo os lo mando.

Murmurando de la repentina mudanza en las resoluciones de su señor, salieron los criados comentando cada cual segun su inteligencia tan extraordinario suceso.

El conde absorto, fijo, preocupado en una sola idea, mirando su mano decia:

—Llena de sangre! yo no he tocado mas que la mano de Fadrique!

Fadrique esperaba en tanto el desenlace de este fatale incidente. Inmóvil, con los brazos cruzados, la vista fija en don Sancho, aguardaba las primeras palabras de éste.

Asi que don Sancho vió que todas sus gentes habian salido de la estancia, lanzando una mirada de altivo desprecio á don Fadrique,

—Estamos solos? le dijo.

—Solos, contestó con firmeza este.

Dirijióse á él don Sancho con la espada que aun tenia en la mano.—Ves esta espada, Fadrique? Si ahora yo te tendiese muerto á mis pies con mi propia mano, si te hiciese enterrar por mis criados al pié del árbol, en esa arena donde aun se vé tu sombra, nada tendria el mundo que decir, tengo derecho á ello, tu vida me pertenece.

—Podeis hacerlo, podeis hacerlo, señor! replicó confundido el duque de Benavente.

—Crees que temblaría mi mano? tanto como la tuya hace un momento al traspasar el pecho de mi anciano y fiel Nuño. Tú lo vés, yo lo sé, tú me lo has asesinado. Qué aguardas ahora? Piensas que soy un cobarde, que los años han debilitado tanto mi diestra que no pueda sostener una espada? Estás dispuesto á batirte conmigo? No es ese mi deber y el tuyo?

—Haced lo que queráis, yo no puedo batirme con vos, contestó don Fadrique.

—Siéntate y escucha! Nací noble como un rey: las riquezas que aportó mi muger en dote me han hecho el mas poderoso rico-hombre de Castilla; son la dote de mi Leonor, á quien llaman por eso la rica-fembra, y que las córtes han destinado á ser la esposa de Enrique enfermo y niño; y si, Dios no lo permita, faltase él, de su hermano el infante don Fernando; sabes tú que el llegar á conseguir este acuerdo ha sido la obra de mi vida entera? Mi salud está débil, cansada con los años, y el temor de ver frustrado este porvenir brillante me hace temblar como la hoja al viento de peste que sopla del Oriente. Sabes que la vida me es menos querida que mi Leonor, que me he arrojado al través de las contiendas civiles, que he disipado parte de mis inmensas riquezas por verla sentada un dia en el trono de Castilla? Que la amo con un amor indefinible, que por ella he luchado empuñando las armas, que hubiera cavado la tierra y regido el arado con mi mano por añadir una perla mas á sus cabellos? Que mi alegría está en la sonrisa de sus labios, mi vida en su felicidad? Ves, Fadri-

que, este anciano débil que has visto figurar en las contiendas políticas hace diez años? al contemplar á su hija era un otro don Sancho lleno de entusiasmo, feliz, sin cuidados, libre é independiente como el aire, alegre como el pájaro del cielo. El ángel de don Sancho, el alma de este cuerpo sin vida que se agita en medio de los hombres, sabes tú Fadrique lo que has hecho de él?

—Si, don Sancho, si!

—Lo has muerto, Fadrique, mañana irá á reposar en la fúnebre losa con los restos del viejo Nuño, el otro vive aun y es el que te habla aquí.

—Señor! señor! exclamó visiblemente enternecido Benavente.

—Lloras por mí ó por tí? Un favor, una gracia tengo que pedirte. Merced al cielo no ha habido escándalo esta noche aun. Merced al cielo, yo he visto caer el rayo sobre un edificio que me costó quince años levantar, y lo he visto caer sin proferir una queja, sin lanzar un grito. Si el deshonor fuese público, nos batiríamos; y si persistias por reputarme demasiado débil en no defenderte, te hubiera muerto. Por precio de la felicidad robada concede al ofendido el mundo la venganza, y el derecho de servirse de ella debe reemplazar á cuanto perdió! Hé aquí la justicia de los hombres! Y aun asi no es seguro de que tu muerte por mi mano no les inspirase compasion!

—Qué quereis de mí?

—Si has comprendido mi pensamiento, conocerás que no he visto aquí ni un crimen odioso, ni una santa amistad vilmente hollada, he visto solo un golpe cruel dado al solo vinculo que me reúne á la vida, has cortado en flor todo

el fruto de los anhelos del porvenir. No quiero pensar en la mano de donde me ha venido , no quiero recordarte que te tengo por hijo , que falto de parciales y de recursos estarias aun proscrito en Portugal, y pesaria sobre ti la mancha de traidor , y no serias uno de los regentes y tutores del rey niño, el verdadero rey de Castilla. El hombre á quien yo hablo no tiene nombre alguno para mí, yo hablo al asesino de mi honor, de mi reposo, de mi felicidad. Hay curacion para la herida mortal que me has hecho? Una separacion eterna, un silencio de muerte, porque debe pensar este hombre que su muerte estuvo en mi mano, nuevos esfuerzos por mi parte, una nueva tentativa podrán tal vez volverme aun á la vida! En una palabra, que ese hombre huya lejos de la córte de Castilla, que se borre para mí del libro de los vivientes, que una relacion culpable y que no ha podido existir sin remordimientos para él, se rompa para siempre, que su recuerdo se estinga lentamente en un año, en dos tal vez, yo en tanto volveré como el labrador arruinado por el rayo, á reedificar mi pajiza cabaña en medio de mi devastado campo.

—Y cuándo debo de marchar? le dijo afectado y conmovido don Fadrique.

—Esta misma noche, respondió don Saicho, mis gentes te acompañarán hasta Benavente. Tú por fortuna existes sin familia, yo te escusaré con tus parciales.

—Y esa ausencia.....

—Mídela con la espiacion de tu delito, le interrumpió con severidad don Sancho, y el misterio infeliz de tus amores. Cuando el rey don Enrique lave mi honor, cuando Leonor esté sobre el trono de Castilla, podrás volver. El

amor de la muger es tan inconstante como la arena move-diza del desierto, y la ausencia de unos años podrá borrar el crimen de una noche fatal. A Dios!

—Vuestra mano! dijo don Fadrique alargando la suya al conde don Sancho, disponiéndose ya para partir.

—No puedo dártela, respondió el anciano con dignidad, hay sangre en la tuya, hay infamia y deshonor en mi frente, impreso por tu deslealtad: y le volvió la espalda. Al salir por la puerta volvióse aun otra vez á mirarle y le dijo:

—Don Fadrique, guarda memoria de don Sancho el viejo!

Poco despues un criado de confianza del conde vino á tomar las órdenes de don Fadrique, y el ruido de los caballos, cuyas pisadas resonaban ya en el patio de la casa, indicaban cuan presto habia dado don Sancho las disposiciones para la partida.

Llegóse al escudero de don Sancho el duque de Benavente, habló con él unos instantes y despues sacando una bolsa llena de oro, le dijo:

—Has oido mis intenciones, te he confiado mi plan, ó te hago rico y poderoso para siempre, ó mañana hago clavar tu cabeza en la picota.

Inclinó en señal de sumision la cabeza el escudero, tomó la bolsa que guardó en su jubon, y despues quitándose la ropilla, sobre la que estaba el escudo de la casa de Alburquerque y entregándole el sombrero, calóse el elegante gorro de terciopelo con plumas blancas que llevaba el de Benavente, vistióse su rico gaban, con el que ocultando en parte el rostro, se dirigió hácia el patio de la casa,

montó silenciosamente á caballo, en tanto que don Fadrique se dirigió al jardin vestido con la ropilla y sombrero del escudero.

A poco rato salió de la casa el fingido duque de Benavente seguido de tres criados mas ; y el conde don Sancho que se habia asomado á una de las ventanas, los vió alejarse y aun hizo en su corazon fervorosos votos al cielo por su feliz viage, dándole gracias de que tan grave asunto hubiese podido terminarse misteriosamente, proponiéndose empero castigar en secreto y con el rigor con que en aquella época los ricos hombres castigaban á sus dependientes, la falta de fidelidad de su secretario don Juan de Henestrosa.

Sus dudas se habian disipado, habia visto confirmadas sus sospechas sobre la conducta de su hija Leonor, y se proponia, padre amoroso al par que severo, evitar que un nuevo contratiempo viniese á destruir los planes de su ambicion, resolvió pues, ir al aposento de su hija.

Hallóla en su estancia reclinada en un sillón, la cabeza cubierta con ambas manos, pálida, embebida en sus profundos pensamientos, en términos de que no oyó los pasos de su anciano padre, que se paró contemplando con amargo dolor el estado de aquella hija en que fundaba tantas y tan lisongeras esperanzas.

Pasáronse algunos instantes así, en esta muda situacion, hasta que lanzando un hondo suspiro de su oprimido pecho, abrió los ojos Leonor, vió delante de sí á su padre; para ella en aquel momento un juez terrible é inexorable.

Levantóse respetuosamente para besar la mano de su anciano padre. Imprimió en ella un ardiente beso, pero al

tomar su mano reparó don Sancho en el anillo que llevaba en el dedo.

—Muéstrame ese anillo, Leonor, la dijo. Es tal vez un regalo? Déjame que admire de cerca su hermosura.



—Temblando entregó el anillo Leonor, diciendo con balbuciente voz:

—Es una espresion de afecto que me ha dado María, la hija del marqués de Villena, mi amiga de infancia.

—Es extraño, contestó con frialdad don Sancho, examinando atentamente el anillo. No es su cifra, y apretándola convulsivamente entre las manos añadió: cuán frágil es tan hermosa alhaja! Qué me dirás ahora Leonor? le he roto al cogerlo.

—Se ha roto mi anillo?

—Qué quieres, torpeza ha sido, pero el mal no tiene ya remedio.

—No importa, volvédmele tal como esté, dijo tímidamente Leonor.

—Qué quieres hacer de él? la dijo don Sancho mirándola fieramente, y al mismo tiempo arrojó el anillo al suelo aplastándolo de una fuerte patada.

—Yo lo apreciaba porque era la espresion de la amistad de...

—De María? la interrumpió irónicamente don Sancho, dírsle que yo le he roto, como he roto cuantos vínculos pudieran unirte al que lo puso en tus manos.

La pobre Leonor apenas podia sostenerse, desfallecia por momentos.

—Si, don Fadrique, continuó cada vez mas irritado don Sancho, ha osado levantar sus ojos hasta tí, la prometida esposa de su rey: pero que este secreto fatal quede ignorado de todos y á este precio solo, solo á este precio, me comprendes? te otorgo mi perdon.

Leonor cayó de rodillas á los pies de su padre.

—Tambien á él le he perdonado sin exigir mas que su ausencia, una separacion eterna: acaba de marcharse para sus estados de Benavente.

—Se ha marchado Fadrique? gritó fuera de sí Leonor.

—Si, ha marchado hace una hora. Yo le he visto partir. Guíele Dios!

Un golpe terrible resonó en la estancia; Leonor arrodillada á los pies de su padre habia caído al suelo al oír estas palabras como herida súbitamente por un rayo.

El corazón del padre habló mas fuerte que el del rico-hombre ambicioso, que el del inflexible juez, en vano don Sancho intentó volver en sí á su desmayada hija: sacó de su bolsillo el pito de plata con que en aquella época se acostumbraba á llamar á los sirvientes; dió muchos fuertes y repetidos silbidos, y de todas partes acudieron las dueñas, los pages, los escuderos, y el capellan, que tenia como era costumbre, acumuladas las funciones de médico.

Levantaron á Leonor del suelo y se esforzaron en vano en hacerla volver á la vida.

—Abrid ese balcon; gritó el capellan, el aire puro de la noche le hará mucho bien.

—Una de las dueñas corrió aceleradamente, abrió las maderas del balcon, y retrocedió espantada dando un terrible alarido, gritando:

—Señor, señor, un hombre está ahí oculto!

—Será el asesino de Nuño! gritaron á la vez varios criados.

Don Sancho iba á dirigirse asombrado como los demás y no sabiendo que pensar de este nuevo suceso, pues él habia visto marchar á don Fadrique, y despues de su salida, las puertas de su casa se habian cuidadosamente cerrado.

—Seguidle, gritó á los escuderos don Juan de Henestrosa, impíidle vea al conde de Benavente.

—Benavente! Benavente! exclamó mesándose los cabellos de dolor el anciano don Sancho.

Tan público es ya mi deshonor, tan conocido de todos los que me rodean, que no tengo mas que pronunciar una palabra, para que me respondan esta otra: Benavente! Benavente! Despues alzando la voz gritó;

—Salid, pues, miserable, desleal, mal caballero, pues que don Juan de Henestrosa os llama, y al mismo tiempo volviéndose con dignidad á sus gentes:

Antes os mandé salir á todos; ahora os mando que os quedeis todos. Ved al matador de don Nuño. Por penetrar en el aposento de mi hija lo ha asesinado. Quitad de mi vista á esa muger; en cualquier estado en que se halle la hareis conducir mañana al monasterio de las Huelgas... Despues dirijiéndose violentamente á don Fadrique le cogió la mano con fuerza diciéndole:

—Habeis querido que el deshonor sea público! Lo será, don Fadrique, lo será; pero la reparacion lo será tambien. Infeliz del que la ha hecho indispensable!

Salió agarrado de la mano del conde de Benavente, que apenas podia volver en sí de su sorpresa!!!

A la mañana siguiente al amanecer, una litera seguida de seis criados armados, conducia á la infeliz Leonor al monasterio de las Huelgas de Burgos; poco despues doce religiosos entonando lúgubrementel el cántico de los muertos, acompañaban el féretro del fiel escudero Nuño de Guzman á la última morada. Don Fadrique y don Sancho no habian vuelto aun á su casa desde que salieron con ánimo decidido de batirse.



V.



ASABA sus dias triste y enfermizo, abandonado de todos, y casi en la soledad el rey don Enrique. El pueblo oprimido por los regentes sufría en silencio dolorosamente sus vejaciones, y tal vez apenas en el hogar doméstico se atrevía á exhalar sus sentidas quejas. En los templos se dirigian fervorosas súplicas por la salud del rey, cuya muerte preveian todos atendido el mal estado de su salud, estadó

tal vez exagerado porque así convenia á las torcidas miras de sus tutores. Enrique continuaba saliendo á la caza, su ejercicio favorito, pero siempre lleno de sombríos pensamientos inspirados mas por el abandono en que se hallaba que por el quebranto de su salud. Hacia ya algun tiempo que el conde don Sancho á quien miraba con el afecto de hijo, no le seguia como antes al campo, por hallarse encerrado en su palacio sumido en la mas negra melancolía que habia alterado sensiblemente su salud.

Un domingo que seguido el rey de su fiel camarero don Juan de Velasco, hombre que le profesaba el mayor afecto y que tenia numerosos vasallos y habia adquirido en dote la villa de Villalpando, quiso antes de dar principio á su ordinario ejercicio de la caza, oír misa con su escasa comitiva en el convento de San Francisco situado en un despoblado cerca de Burgos. Los religiosos lo sabian desde la víspera, y así desde el amanecer las gentes de los pueblos inmediatos corrian de todas partes para ver y bendecir á su paso al jóven rey, y cerciorarse por sus propios ojos del estado de su salud. Grande era la muchedumbre cuando la pequeña comitiva de el rey llegó á la llanura donde se halla edificado el convento. A una corta distancia de sus gentes para evitar el polvo que levantaban los caballos, cabalgaban solos el rey y su camarero mayor. Uno y otro llevaban en la mano un alcon, y el palafren del rey estaba magníficamente enjaezado. Treinta pasos detrás seguia su page llevándole la lanza. Al aproximarse á la capilla, el guardian de los franciscanos salió á su encuentro con los principales religiosos de su órden. Don Enrique echó pié á tierra, y lo mismo hicieron todos los de la comitiva, apeándose al rede-

dor del rey. Entró este acompañado de los religiosos en el templo, oyó devotamente la misa que celebró el guardian, y despues y al tiempo de despedirle

—Cuán digna es de envidia, le dijo el guardian, la suerte de los pueblos que la bondad del cielo ha colocado bajo la proteccion de vuestro benigno poder! En qué otro reino, se verian, como veis aquí tantas gentes que con la confianza de la paz de Dios, y la seguridad de los caminos han podido sin temor alguno salir á vuestro encuentro vestidos de fiesta, con sus mugeres y con sus hijos, esparcirse por medio de los campos y de los bosques con toda confianza, y dejar sus casas para contemplar de cerca un rey tan justamente querido? (1) Ni en Navarra, ni en Aragon ni en ninguna parte del mundo sino en vuestros dominios están los habitantes al abrigo de vuestra fuerza reglada por la justicia, templada por el temor de Dios, protegidos en el goce de sus bienes, seguros de su vida y de su libertad. En qué otra parte podríamos nosotros, ministros del altar, como lo hacemos aquí, celebrar los santos misterios en una simple capilla que no ciñe un triple muro, que no rodean profundos fosos herizados de empalizadas á fin de preservar los vasos sagrados, y los ornamentos de la iglesia de la rapacidad impía de los feroces aventureros, y del pillage de los que se subleváran? Los reinados pasan, y pueden cambiar los tiempos, este campestre convento quedaria entonces espuesto á todos los peligros. Qué edificante ejemplo podríais dar,

(1) En aquellos siglos de turbaciones civiles, de guerras continuas, las villas, las aldeas y los monasterios se hallaban cercados de fosos y empalizadas. Las poblaciones siempre amenazadas estaban en todo tiempo á la defensiva. Aun se ven en casi todos los pueblos derruidos torreones, resto de aquellas fortificaciones.

señor, que buen uso podríais hacer de vuestros tesoros edificando aquí una rica y poderosa casa á Dios, bajo la advocacion de San Francisco, un monasterio cuyas altas torres y espesas murallas ofreciesen á los siglos un recuerdo de vuestra gloria y un refugio á los pobres y débiles pastores del rebaño del Señor!....

—Ya otra vez me habeis hablado de eso, padre guardian, le interrumpió el rey, siempre he encontrado gloria y provecho en los dones ofrecidos á Dios y á sus santos. En cuanto á lo que me decis que los reinados y soberanias de la tierra pueden cambiar, es verdad, añadió lanzando un profundo suspiro, y si lo habeis dicho al contemplar el triste estado de mi salud, mi hermano el infante don Fernando me reemplazará dignamente cuando Dios fuere servido. Pedidle al Señor por mí! y sus ojos dejaron asomar una lágrima.

—Orarémos por vuestra salud y el cielo os la concederá. El dotará de vigor vuestro cuerpo como ha dotado de virtudes vuestra alma, para que seais el bienhechor de la iglesia empobrecida, desolada. En estos tiempos de afliccion universal que presagian el próximo fin de este mundo perecedero, los solos bienes sólidos y ciertos son los que uno se asegura en el otro mundo, abandonando á la iglesia las vanas riquezas de aqui abajo.

—Buen religioso, respondió apesadumbrado Enrique, rogad al cielo por mí, porque todos tenemos nuestras penas, y las mias son muy grandes.

Despues de un momento de reflexion, dijo bajando la voz:

—Padre guardian, mis deseos serian elevar aqui un mo-

nasterio digno de vuestro santo patrono San Francisco , pero desgraciadamente, añadió con melancólica sonrisa, estoy tan pobre como uno de los religiosos de su bendita regla. A cuánto podria ascender el cercar de un muro el convento ?

—A razon de tres ducados la vara de buena y sólida fábrica de ladrillo, podria costar unos sesenta ducados.

—No tengais cuidado , buen padre , pagaré los sesenta ducados.

—Dios os lo devolverá centuplicados señor. Ademas no se trata solo de nosotros, indignos mendicantes , sino de asegurar la felicidad eterna en vuestra alteza y de conseguir su salud , y para esto el medio mas seguro fuera el fundar perpétuamente en nuestro convento una misa solemne á nuestro padre San Francisco. El gasto de luces , cantores , ofrenda , é incienso podria subir á unos cinco ducados.

—La fundaré de muy buena voluntad, padre mio.

—Dios nuestro señor os centuplicará en recompensa este gasto. Sabeis que es costumbre asegurar este aniversario por una escritura de fundacion al capital de un cinco por ciento, lo que viene á componer unos cien ducados.

—Vaya, pues que ese es el uso , haré las cosas como es debido, tendreis la carta de fundacion.

—Piadoso y noble rey , replicó el guardian con un aire lleno de uncion y dando un gran suspiro y fijando sobre el rey una cariñosa mirada, cuán dulce y consolador no seria para vos , venir el dia cuatro de octubre , festividad de nuestro santo patrono, rodeado de vuestra suntuosa córte á

oir la misa en una simple y modesta capilla que hubiései añadido á nuestro pequeño convento .

—No digo que nó , padre guardian , porque quiero mucho á los frailes de San Francisco , con cuyo santo hábito he de ser enterrado , y cuento con sus oraciones para conseguir mi salud. Verémos, no digo que nó.

—Es preciso decir que sí , replicó con voz sumisa el guardian, es preciso por vuestro bien, y un rey tan piadoso no puede negarse á decir que sí.

—Pues bien! ya lo digo , pero hablamos de una capilla pequeña. Cuánto me costaría?

—Señor, siguiendo la cuenta del precio que hemos sentado para las cercas del convento , vendria á costar á lo mas seiscientos ducados.

—Seiscientos ducados , reverendo padre! No es mucho dinero? Ademas ya he dicho que sí. Tendreis los seiscientos ducados.

—Dios, os volverá ciento por uno , señor. En cuanto á los vidrios pintados....

—Qué, vidrios pintados tambien ademas? Me habiais dicho que una capilla modesta.

—Mi buen y piadoso rey, los frailes dominicos, nuestros vecinos, no han hecho poner últimamente vidrios pintados en la capilla de su santo patrono? y quereis establecer una diferencia entre Santo Domingo y San Francisco de Asis? Quereis que al lado de la divina magnificencia de los dominicos , se viesen en la iglesia de los franciscanos ventanas con vidrios blancos , emplomados , de cuatro pulgadas en cuadro como en la casa de un simple pechero ó de un pobre fidalgo? y despues que al ver esta pobreza vayan á de-

cir: esta es la capilla, que el muy alto y poderoso don Enrique rey de Castilla y de Leon ha edificado á San Francisco de Asis?

—Oh! mi buen padre guardian , exclamó sonriéndose el rey, y qué bien que lo entendeis! Me habeis hecho dar un paso y despues otro , hasta que al fin me habeis colocado en punto de no retroceder. Veamos, pues , de un golpe lo que me costará el cumplir mi promesa.

—No esperaba yo que obrase menos cristianamente un rey tan piadoso. Sin fatigaros con los detalles del hierro, plomo, dorados, molduras, ornamentos de altar, cincelado, escultura, casullas, cálices, patenas....

—No me fatigueis con tantas cosas , la suma total , padre mio, y concluyamos.

—Mil doscientos ducados, señor.

—Como vais echando ducados, padre guardian ! Sabeis que todo hace ya mil novecientos sesenta ducados , pero en fin, pagaré la suma por exorbitante que sea. Solo tengo que deciros una cosa, que no sé si os satisfará , padre mio. Rey menor, apenas tengo lo preciso para el mantenimiento de mi casa, ó habreis de contentaros con aguardar á que llegue á la época de tomar el gobierno del reino , ó tomarlos por mi cuenta del conde don Sancho que me hará la merced de pagarlos por mí.

—El conde don Sancho nos los entregará si V. A. se los pide , dijo inclinándose profundamente el guardian. En cuanto á vuestros mil novecientos ducados , Dios os los devolverá centuplicados.

—Los religiosos habian improvisado sobre el césped un campestre banquete para obsequiar á Enrique , con las

ofrendas de los aldeanos. Allí habia en gran cantidad tortas de harina de flor, miel, vino añejo, jamones, frutas y aves, todo adornado de vistosos lazos de cintas y guirnaldas de flores. Un grupo de graciosas aldeanas presentó al rey ramilletes de flores, y la multitud gritaba muchas veces; *viva el rey!*

El rey acogió con la mayor familiaridad á los paisanos que se le acercaron, y su corazón gozaba al ver que le amaba su pueblo, y olvidó por un instante la opresion en que le tenian sus tutores y el abandono y olvido de los cortesanos.

—Buenas gentes, decia á todos conmovido levantando la voz, acepto vuestras ofertas.

El rey despues de haber tomado un refrigerio con mas alegria y apetito que jamás habia comido en su palacio, se despidió de la muchedumbre y los aldeanos se retiraron bendiciendo á su soberano, y haciendo votos al cielo por el restablecimiento de su salud.

—Habeis levantado un templo á San Francisco, le dijo el padre guardian al rey, acercándose á su caballo al instante de marchar. Sin riquezas habeis seguido el impulso de vuestro régio corazón. San Francisco velará por vos, señor. Si algun día necesitais de auxilio, si os veis en algun peligro, Fray Diego de Cardeña estará á vuestro lado. Acordáos, señor, del guardian del Desierto de Burgos.

—Fray Diego de Cardeña, le contestó el rey apretándole la mano, y como habiendo comprendido toda la intensidad de sus palabras, jamás olvidaré vuestro nombre!

El rey picó espuelas á su caballo y bien pronto sigui-

de de apressada muntanya, se intorga en el bosque; para
apressada de la raza.

Al ruido del escape de los caballos, algunas perdices se
levantan de la tierra y algunas de ellas se ven volar en el



G. T. W. 1870.

do de su escasa comitiva , se internó en el bosque , para ocuparse de la caza.

Al ruido del galope de los caballos , algunas perdices se levantaron de entre unos cañaverales. Uno de los pages quitó de repente el capuz al alcon que llevaba en la mano , lo lanzó contra las aves y siguió al galope su vuelo.

Esta era una terrible infraccion de las leyes de la caza tan religiosamente observadas en aquellos tiempos de feudalismo; los señores desplegaban una inflexible severidad por las menores faltas cometidas por sus gentes en estos ejercicios que dirigian por sí mismos. Celosos de su poder supremo no sufrían el menor ataque en tal derecho sin castigarlo con el mas excesivo rigor, segun la calidad del culpado. Un noble incurria en semejante caso en una desgracia inevitable, un pechero en una prision y muchas veces en la horca y aun se leen lances de estos en el libro de las *fazañas*. Sorprendida quedó la comitiva del rey cuando en lugar de castigar , al menos con una dura reprimenda , la demasía del jóven page, se le vió al contrario aplaudir con el gesto y con la voz, su fogoso ímpetu y ordenar á sus mejores cazadores que le siguiesen y guiasen su inesperienza.

Cuando el atolondrado page volvió loco de alegría á presentar al rey las perdices que su alcon habia apresado , recibiólas este con amable sonrisa, contentándose con decir á su camarero don Juan de Velasco:

—Afortunado ha sido mi page Alvaro en que no haya venido hoy á caza el conde don Sancho, èl no hubiese sido tan indulgente como yo.

Suspiró por toda respuesta el camarero, y adelantándose cabalgando solo junto al rey, continuó este:

—Cuántos dias hace que no veo á don Sancho, ni al duque de Benavente! el único de los regentes á quien amo, tal vez por ser cosa del buen conde.

—Velasco guardó el mas profundo silencio.

—Ha ocurrido alguna novedad? preguntó el rey todo turbado.

—Yo no me atrevo á hablar á V. A., porque siempre le he visto muy prevenido en favor de Benavente..... porque en otras ocasiones me habeis impuesto silencio con un tono tan absoluto....

—Quiero saber, Velasco, qué secreto es este.

—Al presente es una cosa ya irremediable.

—No importa, dímela, te lo mando.

—Este secreto no lo es sino para vos solo, señor, y quiero hablar de los amores de doña Leonor, la hija del conde don Sancho con don Fadrique....

—Con don Fadrique? le interrumpió el rey parando de repente su caballo, y don Sancho consiente en ello, burlando la fé de los tratados?

—Don Sancho se opone como un noble.

—Ah! entonces, dijo respirando con satisfaccion el rey, entonces aun es posible conciliar las coñas.

—Hace algun tiempo yo tambien lo creia.

—Y hoy no? preguntó palideciendo Enrique, no me digas eso, Velasco. Acuérdate que tú mismo has favorecido esa pasion en mi corazon. Yo apenas salido de la infancia no pensaba en amores, cuando ví por la vez primera á doña Leonor de Alburquerque en Bribiesca, donde los regentes y sus adversarios habian reunido la flor de sus caballeros, la prez de la nobleza castellana, mirad, me dijeron enton-

ces los nuevos regentes , esa encantadora doncella es una maravilla de belleza y gracia: es la gloria y el ídolo de su noble familia , como vos sois la gloria y el ídolo de Castilla , descende como vos de la sangre real y es heredera de tan vastos y ricos dominios , que el pueblo la llama la *rica-fembra*. Acuérdate de mi sorpresa al oír estas palabras , palabras que han quedado grabadas en mi memoria ó mas bien en mi corazon. Tampoco puedes haber olvidado las mias , ni mis transportes de júbilo y alegría , y cuanto se redoblaron estas , cuando favorecidos por el padre de Leonor , el conde don Sancho , en medio de toda aquella córte que no podia ver en el rostro nuestro rubor ni sentir palpitar nuestro corazon , pudimos aproximarnos el uno al otro , tocarnos la mano , cambiar un anillo , todo esto sin proferir una palabra ; mas cómo temblaba su pequeña mano ! cuál latia mi corazon en mi agitado pecho ! Cuánto encanto ! cuánta delicia ! Y ahora esa felicidad tan solemnemente prometida , que era mi vida desde entonces , que me sostiene en medio de las enfermedades que me afligen , me dices tú que no es posible ya !....

—No , no , mi buen rey , ya no es posible , contestó todo conmovido el fiel Velasco.

Contó entonces al rey la deslealtad del duque de Benavente , la entrada en el aposento de doña Leonor , y el terrible encuentro con don Sancho , que en vano habia querido lavar su injuria en la sangre de su ofensor. Don Sancho desoyendo la resistencia de don Fadrique habia salido al campo aquella noche fatal. Don Fadrique en vano intentó evitar un duelo con el anciano. Intentó solo defenderse , pero el anciano conde vió al brioso impulso de su adver-

sario saltar el acero de su cansada mano. Desde entonces meditaba noche y día retirado en su palacio lejos de una córte corrompida, la venganza de su honor ultrajado.

Pálido, trémulo, con convulsa mano se arrancó el rey una banda roja que llevaba sobre sus vestidos y que otro tiempo bordada por Leonor le habia regalado el conde don Sancho, que no omitia medio de fomentar en el jóven rey el amor á su hija.

Hízola pedazos con gran esfuerzo diciendo:

—Así queden rotos mis juramentos! llévelos el viento y disípanse en el aire como ligero humo. Me los habian arrancado por una insigne superchería: yo los rechazo y recobro mi libertad. En buen hora, Leonor, habeis desdeñado un rey porque era enfermo y niño.... El rey enfermo y niño vale mas que el primero de sus vasallos.

Calló despues y metiendo espuelas á su ligero troton, en pocas horas llegó al palacio de Burgos. En medio de la indolencia y aparente apatía de Enrique, se descubria en su alma un gran fondo de energía cuando su amor propio se veia humillado. Era el leon que no hace estallar su poderosa cólera sin ser irritado.

Hacia muchos dias que el conde don Sancho triste, meditabundo, encerrado de continuo en su estancia rehusaba dejarse ver de nadie, cuando le avisaron sus pages que el padre Fray Diego de Cardaña, guardian del convento de San Francisco, deseaba hablarle en nombre del rey don Enrique. Hízole entrar á su presencia el conde don Sancho, y el religioso quedó asombrado al ver cuán rápidos progresos de estrago habia hecho el pesar en poco

tiempo en el anciano rico-hombre. Hizole sentar y aguardó á que manifestase el objeto de su venida.

—El rey don Enrique, dijo el padre guardian, cuya salud restablezca Dios para bien de Castilla, quiere labrar al santo patriarca Francisco de Asis una capilla, y fundar perpétuamente en ella un aniversario.

—Es muy propio de su religiosa piedad, contestó el conde distraido en sus pensamientos, y sin dar grande importancia á esta conversacion que al principio creyó de otra naturaleza.

—Costará la fábrica toda, mil novecientos sesenta ducados....

—Qué me importa su coste! dijéronme que veniais á hablar en nombre del rey, os ha confiado S. A. alguna mision para mí?

—El rey me ha encargado venga á pedirnos prestada esa suma, porque en la actualidad no tiene nada de que disponer. Promete pagárosla á su mayor edad cuando tome la gobernacion del reino. Ved aquí su carta.

Y al mismo tiempo puso en sus manos un pergamino cerrado con un cordon azul y del que pendia el sello real. Cortó el conde el cordon, puso la carta sobre su cabeza en señal de veneracion, y besó respetuosamente la rúbrica de su soberano trazada con cinabrio ó bermellon, segun el uso de aquella época.

—Mi mayordomo, reverendo padre, dijo el conde despues de haber leído la carta, os entregará de contado esa suma, á la que añadirá por mi voluntad quinientos ducados mas, porque pidais al cielo libre á Castilla de la opresion en que yace, dando salud al rey

para que se encargue pronto de la gobernacion del reino.

—Si el rey aguarda , dijo el guardian con marcada intencion , á que sus tutores le entreguen el reino , pasaránse aun muchos años , porque el desgraciado estado de su salud lleva pretexto para constituirle siempre en tutela.

Detúvose un momento , y añadió despues mirando fijamente al conde , como queriendo leer el efecto que hacian sus palabras.

—Bajo un exterior débil y apocado encubre el rey un corazon ardiente , hay brios....

—Debilitados por una continua enfermedad , interrumpió con acento de dolor el conde.

—Pero que pudieran reanimarse por un golpe violento , por una impresion extraordinaria. Un nuevo género de vida podria tal vez hasta hacerle recobrar la salud.

—Lo creéis asi , padre mio? dijo el conde interesándose vivamente en la conversacion que al principio le parecia indiferente. Los médicos mas famosos han desesperado de la curacion del rey , añadió despues profundamente conmovido.

—Nosotros tambien nos dedicamos á la medicina. La enfermedad del rey está en el cuerpo , pero es menester curarla en el alma. La indolencia con que vé las cosas del reino de que cuidadosamente le tienen apartado , el ultrage hecho en el objeto que debiera ser su amor....

—Y qué podreis prometeros ya , cuando ni la ambicion ni los celos pueden escitar su corazon?

—Me lo prometo todo del amor propio irritado , ese gran móvil del corazon humano ; tal vez se necesitará para

mover su corazón profundizar la herida : profundicémosla.

—Padre guardian , dijo el conde mirándole entre sorprendido y desconfiado. Cuál es vuestra misión?

—Ya lo habéis visto , contestó con gran calma , la misión del rey : que me presteis la suma para la fábrica del convento de San Francisco , y luego añadió en voz baja después de haber echado una mirada al rededor del aposento para cerciorarse de que estaban enteramente solos, la misión de la reina viuda doña Beatriz....

—La reina os ha encargado de una misión?

—Si , le dijo mirándole fijamente , la de vengar vuestras ofensas , la de vengar un amor burlado , la de vengar á Castilla entera!

—Y cómo derrocar ese colosal poder que yo necio de mí he alzado con mis propias manos?

—Uniendo todos nuestros esfuerzos. Vos conspirais, conde, pero solo, aislado , nada podreis. Nada tampoco podrá doña Beatriz , nada los pueblos descontentos. Las fuerzas de nuestros contrarios son inmensas. Los castillos todos están en su poder. Nada debemos acometer por la fuerza de las armas.

—Con quién quereis contar entonces?

—Con el rey.

—Con un niño débil, enfermizo , sin energía! y qué podrá contra los regentes?

—Podrá confundirlos en un solo momento. Necesitamos decidirlo , vencer su debilidad , reanimar su energía, hacerle que dé una voz, y á esta voz apoyada por unos cuantos de nuestros parciales responderá en breve Castilla , el reino todo.

—Podeis contar con mis vasallos, con mis tesoros, que siempre han estado á la disposicion del rey.... Cuánto que-
reis que os entregue mi tesorero?

—Nada, precisamente el auxilio mejor que podreis prestar á nuestra causa es retirar al rey todo recurso. Hace meses que prestais al rey cuantiosas sumas.

—Prestaréle cuanto S. A. necesite.

—Ni un maravedí.

—Vos me lo aconsejais?

—Es preciso, indispensable.

—Cuál es vuestro plan?

—Ese es mi secreto. Ahora ni dinero ni hombres necesitamos. Cuando sean precisos yo os pediré hombres.

—Cuándo volveréis á verme?

—El dia en que quedareis vengado.

—Y en dónde?

—Yo os citaré al cláustro de mi convento.

—Nada necesitais, padre guardian? Disponed de mis tesoros.

—Que queden cerrados para el rey.

Reanimado quedó el conde don Sancho de Alburquerque con la inesperada visita del padre Fray Diego de Cardeña, hombre reputado por muy sagaz en todas aquellas tierras, y que ocupado únicamente en el aumento de su convento, y en asistir á los enfermos como versado en la ciencia de curar, cosa muy comun en los monges y frailes en el siglo XIII, gozaba de gran popularidad. Desconfiaba, sin embargo, el conde de su promesa por no alcanzársele con que medios contaba un pobre fraile para acometer una empresa á que no bastarian apenas todas las fuerzas y rique-

zas unidas de los mas poderosos ricos-hombres de Castilla y que sin embargo no pedia ni exigia mas , que no se diese socorro ni auxilio alguno al rey , por cuya causa tanto iba á emprender. Resolvió, pues, el conde suspender todas sus reflexiones , y ora creia ver en el padre Fray Diego un milagroso enviado del cielo , ora un fraile extravagante á quien engañaba su propia credulidad. Determinóse, pues, á aguardar los sucesos en la imposibilidad en que se hallaba de emprender nada con éxito contra la regencia y su principal enemigo el duque de Benavente.

Pasáronse para don Sancho en esta ansiedad y siempre esperando el dia de la venganza , dos meses , en los que el poderío de los regentes parecia ir en aumento. El padre Fray Diego, con una borriquilla , acompañado de un lego con la alforja al hombro , recorria los pueblos , entraba y salia libremente en todas las casas , aun las de los mismos regentes , á pretexto de ir á solicitar limosna para labrar el convento y sostener sus frailes. Numerosas cuadrillas de obreros trabajaban infatigablemente , y todo era vida y animacion en el desierto de Burgos. El rey don Enrique dirigia algunas veces sus cacerías hácia aquellos lugares, gozando en ver como se levantaban los muros de la suntuosa capilla que habia ofrecido alzar al patriarca de Asis. El padre Fray Diego de Cardaña fué estrechando asi insensiblemente sus relaciones con el rey. Aficionóse este al amable trato del sagaz religioso que en todas sus conversaciones procuraba insinuarle algunas ideas que pudiesen reanimar su energía adormecida con los males , y la indolencia en que procuraban tenerlo sus tutores , despertando en su alma esperanzas de un porvenir de gloria y de



grandezas, é inculcándole que nada era mas grande ni mas fuerte en Castilla que la institucion del trono. No fueron perdidas estas semillas, é insensiblemente fueron notando

cuantos rodeaban á Enrique , que cada dia le era mas sensible el abandono en que se hallaba por los cortesanos , y que sufría con mas impaciencia las privaciones á que le sujetaban , y aun algunas veces mostraba la pena que le aquejaba de que aun hubiesen de pasarse dos años antes de llegar á su mayor edad. El padre Fray Diego habia logrado sin apariencias de intentarlo , sin pretension alguna, despertar el rey en el niño débil y enfermizo. El padre Fray Diego era el confidente de la reina Beatriz, y el amigo de don Juan de Velasco , el camarero mayor del rey, y al mismo tiempo bajo la apariencia de un religioso activo , y consagrado esclusivamente al aumento de su religion , entraba franca y frecuentemente en las casas del duque de Benavente , de Villena , del arzobispo de Toledo, y aun muchas veces le hacían sentar á su mesa por honor al sagrado sayal de San Francisco, que tanto derecho daba en aquellos tiempos al que lo vestía , aunque no fuese de alta calidad y nobleza.

Instaban doña Beatriz y el conde don Sancho y los demas enemigos de la regencia al padre Fray Diego á emprender una conspiracion, maldiciendo de sus dilaciones.

Llegaron á sospechar hasta de su lealtad viendo que todo su conato , todo su esfuerzo se dirigia á impedirles que obrasen nada contra los regentes. El padre Fray Diego era el defensor mas activo de los regentes contra las asechanzas de sus contrarios imprudentes.

Él era el solo , el verdadero y entendido conspirador. Resistió á las súplicas , á las amenazas , á la desconfianza. Todo lo arrostró sereno hasta que llegó el momento de obrar y combinar el plan que debia asegurar la victoria, y que

parecería una increíble fábula á no haber transmitido estos sucesos historiadores de tanto crédito como el padre Juan de Mariana, Ferreras y otros, y hallarlo consignado en las crónicas de aquellos tiempos.



todo en el mundo, todo en el mundo se diría á cualquiera que oírse nada en las crónicas. El padre Fray Diego era el hombre más activo de los regentes contra las asechanzas de sus rivales imperiales.

El era el soldado valiente y entendedor conspirador. Hacia á las súplicas á las amenazas á la desconfianza. Todo lo arrojó sobre la cabeza del monarca para obrar y conquistar el plan que debía asegurar la victoria, y que



VI.



ON Juan de Velasco y el padre Fray Diego de Cardaña estaban perfectamente de acuerdo. Contaban con los recursos inmensos del conde don Sancho, con el apoyo de la reina viuda doña Beatriz.

Los pueblos maldecían en secreto la insolencia y la rapacidad desenfrenada de los regentes. El rey, aunque niño, se hallaba enterado de los inicuos desmanes del duque de

Benavente, del conde de Villena y del arzobispo de Toledo y demas ricos-hombres que formaban la regencia. Aunque débil por sus enfermedades, su inteligencia era clara y precoz, y de cuando en cuando conmovido por los justos clamores del pueblo vejado y oprimido, dejaba brillar rasgos de energía, y deseos ardientes de empuñar por sí mismo las riendas del estado, emancipándose de la vergonzosa tutela y opresion en que le tenian los regentes. El rey habia entrado en la edad de quince años.

Un dia en que despues de haber vuelto de su acostumbrado ejercicio de la caza y en que despues de haber recorrido por algunas horas el bosque, apenas habia logrado coger mas que unas cuantas codornices, sintióse con mas apetito, y no viendo señal alguna en el palacio de que le aprestasen la comida, mandó á su fiel camarero que averiguase la causa de aquel descuido, y dispusiese le sirviesen pronto.

Marchó Velasco, el que no tardó mucho en presentarse con rostro triste y abatido. Sorprendido el rey le preguntó con viveza:

—Ha sucedido alguna desgracia? Por qué no vienen mis pages, se han muerto acaso todos?

—No señor, respondió Velasco, pero no hay ninguna comida preparada en palacio.

—Bravo! exclamó Enrique. No son por cierto muy espléndidas mis comidas, apenas habrá en Castilla rico-hombre mas frugal que yo. Qué descuido! Dí que me aderecen cualquiera cosa, y pronto, que la caza de hoy me ha abierto un apetito extraordinario.

Tornóse Velasco, y volvió á poco nuevamente, no acom-

pañado de una turba de pages y reposteros trayendo una espléndida comida, sino del cocinero, que era un vejete bajito y regordete, y que se presentó con una cara tan triste y acontecida que el rey no pudo menos de decirle:

—Qué traes? que tienes un gesto tan lamentable!

—Señor, respondió el cocinero tartamudeando, la comida... la comida...

—Y bien, has tenido la torpeza de echarla á perder?

—Ah señor! replicó el cocinero aumentando el tono lúgubre á sus entrecortadas palabras; la comida... la comida... no la he hecho porque no hay nada absolutamente de comer en palacio.

—Vamos, cualquiera cosa bastará... marcha, vete, y no me hagas aguardar mucho.

Velasco y el cocinero permanecieron sin moverse y en una actitud melancólica.

—Ya esto es demasiado! dijo el rey dando una patada en el suelo y con visibles muestras de impaciencia. Acaso pretenden chancearse conmigo? Vive Dios!

—Señor, no hay nada; nada absolutamente en palacio, replicó respetuosamente Velasco.

—Ni un poco de carne fiambre? añadió el rey.

—Nada; dijo el cocinero, ni para dar un bocado al mas mísero de vuestros vasallos. Todas las provisiones se han acabado.

—Y el dinero, añadió con tono lúgubre Velasco. El conde don Sancho se ha negado á hacer nuevos préstamos.

—Tambien él! dijo con indignacion el rey. Querrán acaso que como Esaú venda mis derechos hoy por un plato de lentejas! No importa, añadió despues dominando su indignacion:

cion y quitándose el gaban de terciopelo negro que forrado de pieles llevaba.

—Velasco, toma este gaban, cualquiera de los mercaderes de la plaza querrá en cambio de él darte algunas viandas.



Tomó don Juan de Velasco el gaban del rey y las lágrimas se agolparon á los ojos de este fiel vasallo. Notólo el rey y con aire al parecer alegre y satisfecho le dijo :

—Hoy, Velasco, cara nos cuesta la comida. Lo que

siento es que si me dá el frio de la cuartana no tendré con qué abrigarme.

—Señor , yo proporcionaré sustento á V. A. y no habrá menester enagenar el gaban.

—Haz lo que te mando , respondió severamente el rey, buen servidor, haz lo que te mando; quiero que Castilla sepa que para comer ha tenido un dia que vender su gaban el rey.

Salió el camarero con el gaban , retiróse el cocinero, y el rey á grandes pasos andando por el salon discurría indignado acerca de la horrenda escasez de su casa, y de la indignidad con que era tratado , revolviendo en su mente mil proyectos para salir de la abyeccion en que le tenian.

Aumentóse su cólera cuando volviendo Velasco con una comida, que á cambio del gaban le habia proporcionado una vieja hosterera de la plaza de Burgos , solo se presentó á servirla el cocinero.

—Qué significa esto? exclamó don Enrique , han desertado mis criados? dónde están ?

—Casi todos se han marchado , respondió siempre con su acento lúgubre Velasco.

—Tan mal he pagado yo sus servicios ? No los trataba como á hijos ?

—Y ellos os aman como á padre, como os aman tambien los pueblos , dijo con marcada intencion Velasco, pero no hay un maravedí en las arcas de V. A., como nada se les pagaba á cuenta de sus salarios han tenido , mal de su grado , que buscar en otra parte la subsistencia.

—Vive Dios! que estamos medrados , Juan de Velasco! Cuál estarán mis pobres vasallos cuando su rey no tiene pan

que comer, ni un criado que le sirva? Bien decia el padre guardian de San Francisco.

—Es un santo varon, repuso respetuosamente el camarero.

—Me habia dicho que mis tutores se habian repartido mis villas, mis ciudades, que saqueaban atrocemente mi tesoro real; pero nunca creí que su rapiña llegára hasta el extremo de matarme de hambre.

—Ay señor! dijo el cocinero, si V. A. supieselo quepasa...

—Habla, qué mas puede pasar aun?

—Esta noche misma dá un gran banquete el arzobispo de Toledo, al que deben concurrir todos los regentes; están convidados todos los ricos-hombres de la córte. Cosa grande, soberbia, cena suntuosa!

—Me alegro: vive Cristo!.... Mientras al rey falta pan, están dando festines el arzobispo, Benavente, Villena, regalándose á espensas mias. Yo iré al banquete.

—Vos? señor! respondieron asombrados á una voz el camarero y el cocinero.

—Yo asistiré á él disfrazado, ellos me creen dormido en palacio, fatigado con el ejercicio de la caza; allí veré y observaré por mí mismo todo. Mi disfraz será de trovador pobre. Mi voz me servirá para introducirme, tal vez por mejor oirla me harán entrar en el salon. Velasco, búscame el traje, y en cuanto á lo demas, para entrar Dios me dará trazas.

—El mayordomo del arzobispo, Alvar Martin, es deudor mio, y os proporcionará la entrada.

Al momento se puso en planta el proyecto del rey. Salió el camarero á buscar el traje de trovador peregrino y

encontró al padre guardian de San Francisco que de intento le aguardaba para saber el éxito de la empresa tanto tiempo hacia combinada.

—Y el rey? preguntó con ansiedad á don Juan Velasco el padre Cardaña.

—Se ha quedado hoy sin comer y se prepara á asistir al banquete del arzobispo.

—Es un contratiempo fatal!

—Asistirá no á comer, sino disfrazado para ver por sí cuánto pasa. Y vos reverendo padre, qué vais á hacer ahora?

—Yo voy á asistir al banquete para comer y ver lo que pasa. Recomendad al rey que por ningun motivo se dé á conocer. Yo velaré sobre él, como estoy velando sin que él lo perciba hace tanto tiempo.

—Sois un grande hombre, reverendo padre!

—Soy un pobre fraile y un buen castellano.

Y se retiraron dándose un significativo apretón de manos. Don Juan de Velasco entró en el palacio de Enrique, y el padre Cardaña se dirigió al palacio del arzobispo regente á donde habia sido invitado, merced á su genio popular y entremetido.





VII.



DESPUES de las contiendas civiles terminadas por el arreglo que habia puesto el poder en manos de los que audaz y temerariamente habian disputado la regencia del niño Enrique: la paz se habia restablecido en los pueblos, y los regentes mas atentos á enriquecerse que á combatir á los árabes habian suspendido la grande obra de la reconquista del imperio godo, tan adelantada en los reinados anteriores.

Dueños tranquilos del país, no se adiestraba la juventud castellana en esta época en el estruendo de la guerra, sino que dormía ociosamente enervada en el lujo y en los placeres de la corte. Los jóvenes castellanos llegaban á Burgos con las candidas y lejanas tradiciones gloriosas de sus familias, y la corriente tumultuosa en que los muchos regentes enriquecidos á costa de los pueblos derrochaban á manos llenas las riquezas del reino, y de sus opulentos patrimonios, los arrastraba cual por una fácil pendiente, á todas las seducciones del juego, de la mesa y de las mugeres, pervirtiendo sus disposiciones é inutilizando su valor. Llegaban á la corte con los mejores deseos, ansiosos de combatir á los árabes, y á poco tiempo de residir en ella, afiliados en una de las parcialidades de los regentes, eran un eslabon mas de la dura cadena que oprimia á los pueblos. Así los jóvenes romanos iban en otro tiempo al Capitolio adolescentes aun y volvian de él con la toga viril. Transición imperceptible, porque se verificaba en Burgos sin Capitolio, sin ofrenda á los dioses; primera caída de las hojas de la juventud que se perdian en el suelo: primeros latidos del corazón sofocados bajo el clamor de una orgia, primera alteración de el alma, primeras y precoces arrugas de la frente que encubría el encendimiento del color causado por la crápula, primeros ensueños, candidos aspectos, castas efusiones que arrojados en la copa del festin desaparecian en el fondo de disolventes delicias, perla de Cleopatra perdida, y que valia ella sola mas de setecientos mil sextercios!!!

Esta noche habia un gran banquete en el palacio de don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, regente del reino. El festin era para obsequiar al regente duque de Benavente,

al de Villena , y á los demas , que alternativamente habian dado al arzobispo otros no menos suntuosos y magníficos.

Hacia largo tiempo que estaban ya en la mesa los regentes y la flor de la nobleza de Castilla, como podia verse por la llama de las gastadas bujías que lucía mas lenta, y por el ruido de las conversaciones que cada momento eran en voz mas alta y animada.

—Duque de Benavente, gritaba el maestre de Calatrava don Gonzalo Nuñez de Guzman , conde de Niebla, bebo á vuestra salud, y al feliz éxito de vuestras empresas, y de la nueva adquisicion que habeis hecho de las villas de Arévalo y Ledesma!

—Maestre de Calatrava , gritaron al mismo tiempo muchas voces , bebemos á vuestra salud este vino de Chipre, aguardando los vinos de Niebla que nos habeis prometido.

En el gran salon del convite decorado con muchas molduras y adornos góticos, y en cuyas paredes se veían los retratos de los obispos de Burgos, y otros cuadros de asuntos religiosos , y salon que no conservaba de las antiguas instituciones mas que el austero asunto de las pinturas , habia un zumbido de confusas voces que subía hasta las artonadas bóvedas , y que pesaba en el aire sobre toda la mesa.

—Por san Bernardo ! cuya regla seguimos , decia el caballero de Alcántara don Pedro Mendoza , que apenas podia hacerse oir entre tanto ruido, y por la misa que hemos oido esta mañana, que estamos tan silenciosos como cartujos en refectorio. Si continuais así será preciso leer algo.

Ninguno de los caballeros le escuchó.

—Ola! ola! me desafiáis? Gil, dijo al camarero de la sala

que estaba colocado detras de él, dame uno de esos libros que están en esos estantes.

El sirviente que como todos los del palacio, llevaba el escudo de las armas del arzobispo, cogió de uno de los estantes entre las colecciones de estatutos y ordenanzas que se hallaban allí colocadas, un volúmen á la ventura que entregó al caballero Mendoza. Este lo abrió, tuvo algun tiempo el libro delante de los ojos como un ciego que quisiese leer, pero de repente:

—Silencio, señores! dijo tan fuertemente que al fin le escucharon; silencio! esto es de San Bernardo!

—Silencio, repitieron los que estaban á su lado, silencio! Y dirijiéndose á un comendador muy gordo que no hacia mas que reir y beber,

—Atencion, comendador Osorio! á vos se dirige esto. De San Bernardo!

—De San Bernando! respondió volviéndose y alargando su vaso el grueso comendador; de San Bernardo! No conocia ese vino! creia solamente que en aquel monte hay nieves.....

—Ah! con que creiais que es una nueva clase de vino! interrumpieron una porcion de caballeros riéndose á carcajadas, esta vez no llenareis con él vuestro vaso, es una cita que Mendoza quiere leer.

—Señores, decia este, se trata de nosotros. Quereis oir? escuchad á San Bernardo.

« Viven estos caballeros en una sociedad agradable pero frugal, sin mugeres, sin hijos, sin tener nada propio ni aun su voluntad: jamás están ociosos ni vagan fuera de sus casas, y cuando no marchan á campaña contra los in-

» fieles, ó componen sus armas y los arneses de sus caballos
 » ú ocupan el tiempo en egercicios piadosos por órden de
 » sus gefes. Una palabra indecente, una risa inmoderada,
 » el menor murmullo, no quedan jamás sin una severa cor-
 » reccion. Detestan los juegos de suerte ó azar, no se per-
 » miten ni la caza ni visitas inútiles; huyen con horror de los
 » espectáculos, de los bufones, de las conversaciones y can-
 » tares demasiado libres: no se bañan sino raras veces, y or-
 » dinariamente son descuidados en el vestir, el rostro tosta-
 » do por los ardores del sol, y la mirada altiva y severa...»

El caballero Mendoza cerró el libro tomando cómicamente la actitud indicada por el santo abad.

—Qué horror! exclamó aun antes de concluirse la lectura de las últimas palabras un caballero de Santiago, pálido, de figura raquítica, y que hablaba de un modo femenino y relamido, y cuyos dedos estaban llenos de anillos, qué horror! no bañarnos sino raras veces!

—Qué calumnia! estamos bastante inmediatos á los árabes, y gracias á Dios conocemos todo el mérito de sus abluciones.

—Por San Juan Bautista, mi santo patrono, que pasó su vida en las aguas del Jordan! decia otro mirando hácia el extremo opuesto de la mesa. Mirad, mirad allá abajo. Veinte ducados daria por saber lo que les hace reír tanto.

Eran varios señores que contaban á su vez sus aventuras escandalosas y que se jactaban de haber turbado la paz del hogar doméstico, y escarnecido á sus vasallos á quienes debieran proteger, ó haberles hecho dar de palos por sus criados cuando se presentaban á reclamar justicia por las tropelias por ellos mismos cometidas.

Mil frases incoherentes, risotadas y aun golpes sobre la mesa se mezclaban y perdian en medio de aquella cena, mísero reflejo del estado de las costumbres de aquella época.

—En qué pensará el duque de Benavente? decian otros, está meditabundo como un enamorado.

—Yo os contaré, interrumpia otro, que en el convento de las Huelgas hay una rica-fembra.....

—Si, y aun hay quien dice que de acuerdo con la abadesa, y merced á grandes dádivas ha entrado algunas noches en el monasterio....

—Silencio! gritó otro que estaba al lado de los que asi hablaban, no veis allá abajo al lado del marqués de Villena, aquel fraile franciscano?

—Si, si lo veo, y veo tambien que bajo pretesto de que el vino se mantiene mas fresco, se ha hecho poner un vaso de plata, pero es para que no se vea que ese vaso está siempre vacío.

—Y para mejor oirlo y verlo todo tiene sin duda asi el vaso siempre vacío, contestó otro.

—Ese fraile es el guardian del Desierto, es hombre muy entremetido, lo hallo en todas partes.

—Sin saber por qué recelo de él. Señores! qué, no bebeis? dijo despues en alta voz dirigiéndose al lado del guardian, no es bastante bueno el vino del palacio del arzobispo?

—El vino del palacio del arzobispo es escelente, exclamó con su voz atiplada el caballero de los muchos anillos en los dedos! Pages, dijo despues recostándose sobre su asiento, traednos rosas.

En aquel momento varios pages del palacio entraron trayendo no las rosas antiguas de Pestum, sino segun el uso de Oriente, que la comunicacion con los árabes habia hecho adoptar en la córte de Castilla, cazoletas en que se quemaban maderas de aloe y otros vegetales odoríferos. Otros en tanto tenian en las manos ricas palancanas y jarros para que los caballeros se lavasen las manos.

El rey don Enrique hallábase en tanto junto á la puerta del salon donde estaban los convidados, reprimiendo con pena la indignacion que le causaba el insultante lujo que allí se ostentaba, pero resuelto firmemente á sostener hasta lo último su fingido carácter.

Iban ya á levantarse de la mesa cuando entre todos los convidados se estendió la noticia del suceso notable de aquella noche, de que el rey falto de todo medio y agotados los recursos de su despensa, habia tenido que vender su gaban para comprar su sustento. Objeto de zumba y groseras chanzas fué para algunos este lance que revelaba cuánto era el abatimiento y degradacion en que se veia tan frecuentemente la sagrada institucion del trono en los tiempos del feudalismo. Otros daban apenas crédito á tan extraordinario suceso.

Quiso el arzobispo cerciorarse de la verdad, é hizo llamar á la hosterera que habia vendido la comida al rey á cambio de su gaban.

—Ese gaban, la dijo el prelado, no puede permanecer en vuestras manos. Yo os daré otro tanto mas de lo en que os lo han vendido.

—Yo daré tres tantos, dijo con altivez el duque de Benavente. Quiero guardarlo en mi casa.

—Ya veis, muger, que un capricho del rey vá á hacer vuestra fortuna.

Mas como todos los ricos hombres se obstinasen con crecidas sumas en obtener la posesion del gaban, acordaron entre sí el dejar en plena libertad á la hosterera para que lo entregase al que fuese su voluntad. Varios señores se lisongeaban en ser los preferidos, ya por el prestigio de su nombre, ya por las cantidades que ofrecian.

El padre Fray Diego de Cardeña, á su vez tambien dijo :

—Yo no puedo ofreceros dinero alguno, pero si entre tantos señores á quienes dejará enojados vuestra eleccion, prefiriéseis darlo á nuestro padre San Francisco, yo os ofrezco la proteccion de este patriarca en la tierra y su recompensa en el cielo!

Con burlona risa en los labios acogió la mayor parte de los convidados esta propuesta; pero su asombro no puede describirse cuando vieron que la hosterera se decidió por la oferta del padre guardian de San Francisco.

Creyeron muchos que el padre Cardeña que tan infatigable andaba promoviendo la fábrica del convento de San Francisco, trataba de utilizar para este fin la venta del gaban, aplicando su producto á la obra del Desierto; mas cuando vieron su resolucion de conservar al convento la posesion del gaban,

—No os seria mas útil la suma de su valor? le dijo el arzobispo. Cedédmela.

—Es una donacion hecha á mi convento y no puedo enagenarla.

—Pero de qué puede servir?

—Para hacer una bandera replicó con aire irónico el guardian.

—Si es negro! solo podrá servir para los entierros.

—Cuento con que sirva para los funerales de los mas altos y poderosos ricos-hombres de Castilla.

—Presumís acaso que han de tener el capricho de hacerse enterrar en vuestro nuevo convento?

—Tal vez! dijo siempre con marcada intencion, añadiendo luego: En todo caso se hará la voluntad de Dios!

Cien veces estuvo á punto de descubrirse el ofendido rey, y arrojando su disfraz confundir á los degradados cortesanos que sin guardar miramiento á la presencia del arzobispo, proferian las espresiones mas feas y libertinas. Subió de todo punto su indignacion cuando despues de haber hecho impudente alarde de su maestría en apoderarse de las rentas del reino, presenció la insultante subasta que se hizo de su gaban, codicioso cada cual de poseer en su casa este trofeo de la humillacion de la dignidad real; pero reprimió no sin costosos esfuerzos su venganza para poderlos castigar mas completamente.

Comenzó despues de las últimas irónicas palabras del padre Cardeña á pulsar dulcemente su laud, llamando con esto hácia la puerta á donde habia permanecido, confundido en un grupo de sirvientes durante el festin, la atencion de aquellos pródigos magnates.

—Vive Dios! exclamó el marqués de Villena que toca bien, y cuidado que yo soy voto en la materia!

—Mucho dudo que el rey sepa tocar con tanto primor, respondió el caballero Mendoza, y eso que pasa por el primer tocador de Castilla.

—Quién es ese rapaz? preguntó á su mayordomo el prelado don Pedro Tenorio.

—Es un pobrecillo trovador ambulante que anda corriendo por Castilla, habrá sabido que habia aquí funcion, y habrá venido para recoger alguna limosna de la generosidad de vuestras señorías.

—El trovador! la música! que toque alguna cantiga! gritaron de todas partes.

En aquel momento se presentó en medio y solo y tímido el jóven trovador, teniendo en la mano una especie de mandolina árabe.

Enrique paseó lentamente los ojos alrededor de aquel salon lleno de tan alegres voces, y de aquella espléndida mesa rodeada de tan felices y medio ébrios convidados. Tranquilo y orgulloso pareció contar las cabezas..... Inmediatamente despues de un ligero preludeo acompañándose con el instrumento cantó:

En la verde primavera
Cuando brilla el Sol hermoso
Esmaltando la pradera,
El pensil, y el bosque umbroso:
 Cuando dulces ilusiones
Sueña el alma entusiasmada
Y escuchar piensa los sonos
De una música encantada,
 Y la brisa de occidente
Melancólica murmura
Suspirando dulcemente
En el valle, y la espesura.....



Abrid el alma al placer
 Que es corta la humana vida.
 Mañana estará abatida
 La frente que erguiais ayer!!!...

—Qué decis de la frente erguida, señor duque? dijo el marqués de Villena que se preciaba de entendido trovador.

—Escuchemos, contestó el arzobispo. No os parece que tiene el mancebo bellisima voz?

Cuando exaltan vuestra frente
 Mil visiones alhagüeñas
 Y se graban en la mente
 Esperanzas mil risueñas
 Si entre el son del raudó viento
 Mirais cruzar presurosas
 Por el azul firmamento
 Sombras queridas, y hermosas....

Abrid el alma al placer
 Que es cortá la humana vida,
 Mañana estará abatida
 La frente que erguiais ayer!!!....

Si una muger adorada
 Tiernas palabras murmura
 Y de amor arrebatada
 Et erna pasion os jura :
 Si en el lejano horizonte
 Veis brillar la luz divina ,
 Que dora el erguido monte
 Y el ancho mar ilumina:
 Si el pensamiento tranquilo,
 Como un pacífico lago

Dá entonces feliz asilo
A un recuerdo dulce y vago....

Abrid el alma al placer
Que es corta la humana vida,
Mañana estará abatida
La frente que erguiais ayer!!!!...

Callóse el jóven cantor; pero el grueso comendador que no habia hecho mas que reir y beber, levantando la voz le dijo:

—Amiguito, qué patrañas vienes á cantarnos? Nos tomas por árabes que llevan en sus turbantes la media luna, en lugar de que en nuestros pechos brillan las cruces rojas de Santiago, qué significan..... las verdes de Alcántara, que denotan..... la pureza del corazon y..... y.....

Detúvose el comendador, porque embrollada su memoria no podia continuar la interpretacion de los colores de las cruces de las órdenes militares.

—Mancebo, le gritó el duque de Benavente, tienes un rostro sombrío que asienta mal en tu edad, y como una censura en medio de nosotros. Habla ahora, que no cantas. El estribillo de tu cancion es de mal agüero. Nuestro alegre aspecto te parece un mal presagio?

Paradas dejaron al fingido trovador las palabras del de Benavente, receloso de que pudiera haber sido reconocido, pero el arzobispo, cuyo carácter fuera de la ambicion era afable, y apacible,

—Acércate, hijo mio, le dijo, muy jóven eres para mostrarte tan apesadumbrado.

—Y músico tan consumado! añadió el marqués de Villena.

—De dónde vienes? cómo te llamas? continuó el arzobispo.

—Ah señor! exclamó don Enrique, estoy en la mayor miseria, soy un pobre huérfano.

—Siempre te has visto en igual infelicidad?

—No señor, tal como ahora me veis, la fortuna y las riquezas rodearon mi cuna, pero por desgracia perdí á mis padres en mi infancia.

—Eran nobles?

—Tan hidalgos como el rey! Mis tutores han consumido todo mi patrimonio dejándome en la mas espantosa miseria.

—Ladrones! exclamó el mayordomo mayor, uno de los regentes mas dilapidadores del tesoro real.

—Cuánto os honra el noble interés que tomáis en mi desgracia! continuó el rey, pero aun se aumentará vuestra indignacion, cuando sepais que mientras yo me hallo en condicion tan miserable mendigando el sustento con mis cantigas á las puertas de mis propios castillos, los usurpadores de ellos viven en la mas escandalosa prodigalidad.

—Si eso es asi, exclamó don Pedro Tenorio el arzobispo, yo te juro, mancebo, por la cruz arzobispal que he de hacer un castigo ejemplar, tremendo.

—Los tutores te restituirán cuanto te han robado, dijo muy irritado Benavente.

—No basta esto, señor duque, es preciso ademas un severo castigo que reprima su desman. He de contribuir á que mueran por su maldad.

—Dios os bendiga, señores! repetia saludándolos humil-

demente don Enrique. Dios os bendiga señores! Confiado en vuestra poderosa asistencia no tardaré en pedir os justicia contra los que tan falto de todo recurso me han dejado, que aun no he comido nada hoy.

—A ver , dijo el arzobispo , déngle algo que probar ; y mientras algunos criados empezaron á traer viandas para el trovador, los regentes se levantaron de la mesa y todos los demas caballeros siguieron su ejemplo para pasar á otros salones. Algunos de ellos sacaron de sus escarcelas monedas de plata y oro, que con aire desdeñoso y de proteccion arrojaron en la mesa en el sitio en donde despues de levantados los del convite se habia sentado el fingido trovador.

Fueron desocupando el salon del convite todos los convidados. Quedóse el último el padre Cardeña que llegándose al lado de Enrique que absorto , abismado con lo que acababa de pasar , los codos apoyados en la mesa, sosteniendo la cabeza con ambas manos, tan distraido estaba que no le habia visto llegar, ni se apercibió de su presencia hasta que acercándose al oido le dijo :

—Jamás la proteccion de mi padre San Francisco faltará al rey don Enrique que le levantó un templo!

—Vos aquí , padre guardian ?

—No os ofrecí que siempre me encontraríais en vuestra ayuda.

—Cómo castigar tantas demasías? Sin recursos..... sin medios..... todos los castillos y ciudades entregados á los regentes!

—Yo tengo una bandera, lo habeis oido, alrededor de esa bandera se agrupará Castilla toda.

—Qué bandera?

—No lo habeis visto? la bandera que todos se disputaban, aunque para distintos fines, vuestro gaban vendido esta noche.

—Ya veis cuán poco valor tiene! una modesta cena, y cuatro ducados que sobre ella dieron á mi camarero, y con los que habremos de comer mañana.

—De hoy mas no os faltará dinero. Podeis contar con los inmensos recursos del conde don Sancho.

—Me ha cerrado sus arcas.

—Por consejo mio. Era preciso haceros despertar de la indolencia en que os habian sumido vuestros tutores. Era preciso que viéseis lo que habeis visto, que tocáseis lo que habeis tocado. Era preciso que el niño se convirtiese en hombre.

—Se convertirá, padre Cardaña, se convertirá! dijo alzando la voz el rey.

—Ahora aprovechad la ocasion de estar fuera todos los regentes y cortesanos, y sin dar sospecha retiráos á vuestro palacio.

—Allí os aguardo, determinado á todo trance á tomar por mí mismo las riendas del estado,

—Seguid dirigiéndoos por mí, señor: desde el dia en que os hablé en el Desierto, y quise haceros conocer vuestra pobreza con mis repetidas exigencias, ese era mi intento, desde entonces conspiro con vos, sin que lo hayais conocido, y con el conde don Sancho, y con la reina viuda!

—Y yo me creia abandonado de todos!!!

—Por la fuerza de las armas nada lograreis, con prudentes artes en breve sereis el verdadero rey de Castilla.

—Será pronto, padre Cardaña? Que ya me desesperan las

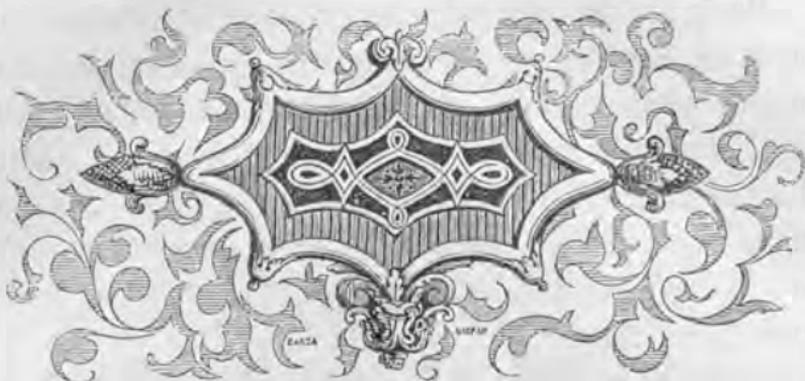
horas que pasan sin castigar las insolencias de mis tutores.

—Mas pronto que pensais si sois dócil , nunca si os dejais arrastrar de ese natural fogoso, que merced al cielo han despertado en vos las injurias recibidas

—El rey se retiró á palacio , Don Juan de Velasco y sus amigos le aguardaban en la calle.

El padre Fray Diego entró en los salones del palacio: el festin continuó hasta muy entrado el dia siguiente.





VIII.



MAITINES tocaba la campana del convento de San Francisco.

—*Surgebam Domine ad confitendum tibi media nocte*, dijo el guardian Cardaña al oír la campana, levantándose para despedir á diversas personas que envueltas en sus anchas capas habian entrado á deshora en el convento y permanecido con él hasta la media noche, para tratar de llevar á cabo los proyectos que el prudente y activo religioso habia tan diestramente concebido.

Hacia dos días que todos los religiosos se hallaban ocupados en escribir en gruesos caracteres sobre pergaminos una manifestacion, refiriendo á los pueblos de Castilla el estado de miseria en que se hallaba el rey, hasta el extremo de haber tenido que vender su gaban para procurarse el sustento, y se hacia en él una llamada á la lealtad castellana para derrocar la opresion y tiranía insolente de los regentes.....

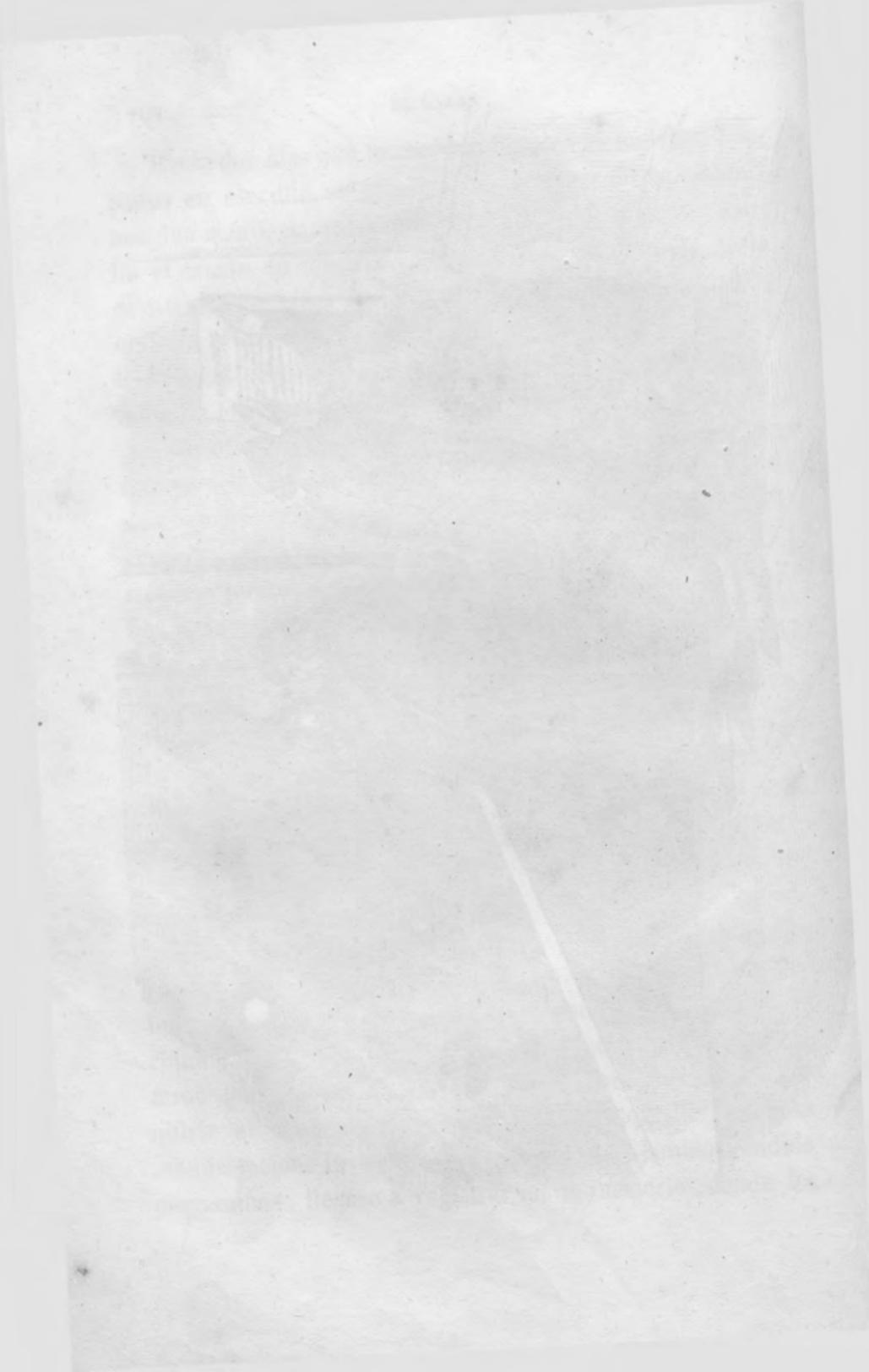
Repartió estos escritos el padre Cardeña á los parciales que ya descubiertamente le habian proporcionado el conde don Sancho, don Juan Velasco, y la reina doña Beatriz, de acuerdo con el rey Enrique, no sin haberles exigido antes solemne juramento de que guardarian inviolable secreto, y que nada declararían aunque á ello fuesen apremiados por rigurosos tormentos.

Partieron del convento los conjurados á cumplir su mision, marchando á las villas y ciudades mas distantes, y algunos en el mismo Burgos, clavando con sus puñales en las puertas de los templos, en los parages mas públicos, y aun en las galerias del mismo palacio arzobispal, sitio donde se reunian los regentes para gobernar, esta sediciosa manifestacion.

Pocos dias pasaron sin que el suceso de la venta del gaban no fuese público en toda Castilla, y un sordo clamor de indignacion á los regentes, y de compasion al niño Enrique, se hizo sentir en todo el reino. En vano intentaron los regentes, con amenazas, con promesas, adquirir el conocimiento del origen de aquella sediciosa manifestacion. Investigóse qué mercaderes habian vendido pergaminos, llegóse á registrar los monasterios donde los



ORTEGA.



monges en aquella época se ocupaban en copiar las obras por no ser aun conocido el arte de la imprenta. En todos los monasterios se hallaron igual cantidad de pergaminos á los vendidos en aquellos dias. Desesperábanse los regentes, burlados por la prevision del padre Cardeña , que habia hecho escribir la manifestacion en varias hojas de pergamino arrancadas de los libros usuales del coro , y de los que se habian borrado con reactivos, las palabras de los salmos, para escribir sobre ellas palabras que debian despertar la lealtad de los pueblos.

En aquellos siglos los conocimientos de las ciencias físicas, se hallaban, como casi todas las ciencias, concentrados en los cláustros.

Observaron tambien cuidadosamente la conducta del rey y no hallaron en ella ningun motivo de alarma ; las mismas pocas personas que antes le visitaban , en la misma ocupacion de la caza entretenia su tiempo , y por un exceso de precaucion llevado al último punto , ni aun dirigia ya sus cacerias al Desierto del convento de San Francisco, pero el padre guardian entraba de vez en cuando en el palacio real para pedir limosna para la obra del convento. Tambien entraba en los palacios de los regentes. Pasados unos cuantos dias disminuyóse en estos, no viendo estallar de una manera sensible la indignacion de los pueblos , la alarma que produjera la manifestacion fijada en casi todas las principales ciudades. Cuidábanse muy poco del ódio popular porque su máxima de gobierno era la de ser aborrecidos con tal de que fuesen temidos.

Dejó el rey de salir con tanta frecuencia á sus acostumbradas cacerías , retrájose absolutamente en su palacio , y

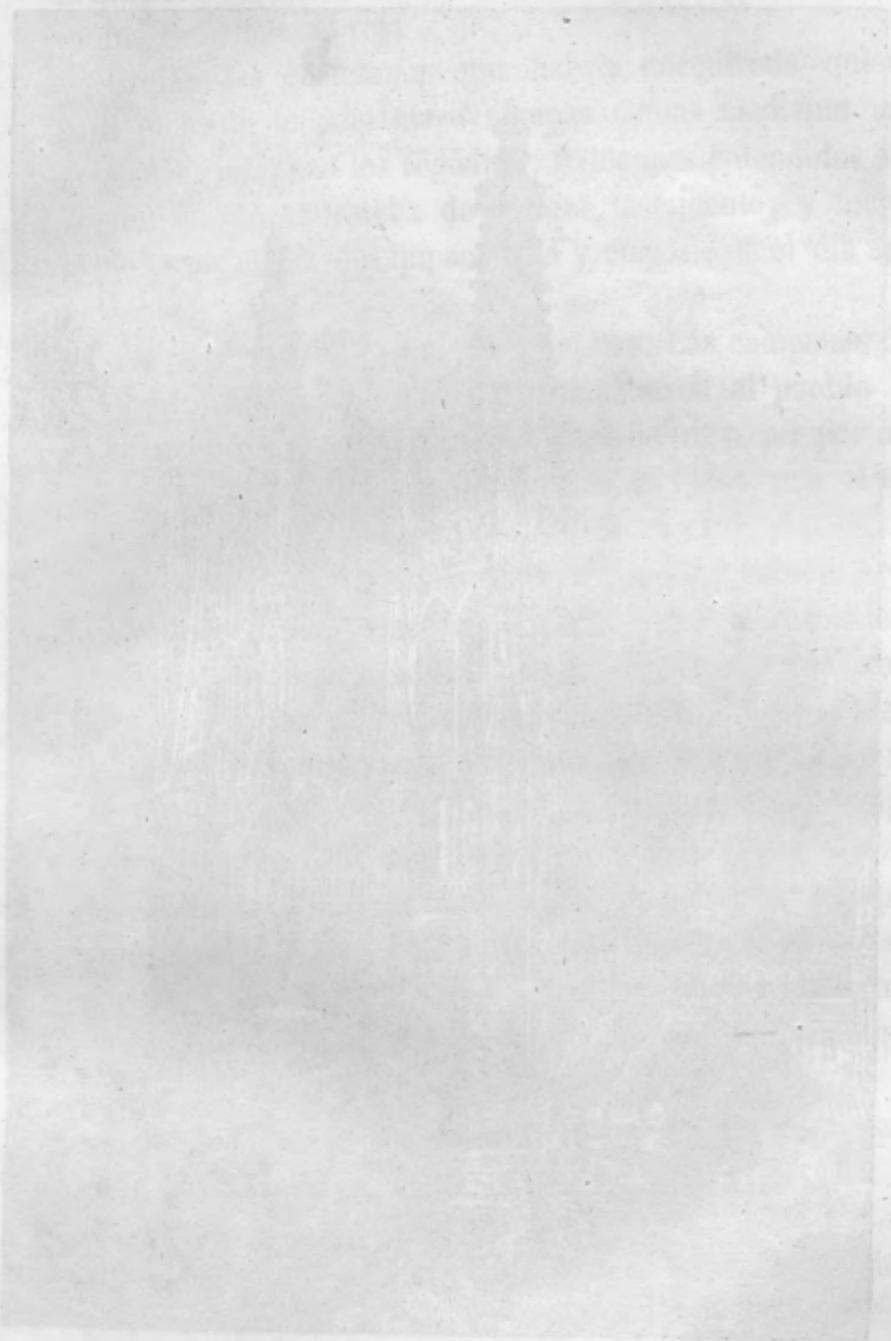
se quejó de sus dolencias mas que de lo ordinario. Dió motivo esto á que cundiese en el pueblo la noticia de que afectado sensiblemente por el mal tratamiento que experimentaba de sus tutores, se hallaba agrabado en sus dolencias, y con lágrimas en los ojos é ira en el corazon lamentaba su inmediata pérdida.

Los regentes creian tambien que el mal que desde su infancia se habia mostrado rebelde á todos los recursos del arte, habia hecho tan grandes progesos que en breve tendrian que comenzar una nueva regencia mas larga que la de Enrique, que iba á entrar dentro de breves dias en el año décimo sexto de su edad. Las leyes del sábio rey don Alfonso fijaban la mayor edad de los reyes á los diez y ocho años. Ya se formaban cábalas é intrigas para que quedasen los mismos regentes por el infante don Fernando hermano de Enrique, cuando este siguiendo siempre las inspiraciones del padre Cardaña, se resolvió á tomar las riendas del estado, y anticipar dos años la época señalada en la ley, revolucion justa y necesaria para Castilla, revolucion que cinco siglos despues acabamos de imitar en nuestros dias.

El rey continuó siempre despues del suceso de la noche del festin, recibiendo al arzobispo, á Villena, á Benavente, y á los demas regentes con su acostumbrada franqueza y cordialidad, haciendo esta mas espresiva desde que pretestando mayor gravedad en sus dolencias habia dejado de salir de su palacio.

El dia de su cumpleaños se aproximaba. Para este dia convidó el rey á todos los tutores y á los principales caballeros de la córte. Admiracion causó á todos un convite

en la plaza de San Juan y de la plaza de San Pedro.



Vista de la Catedral de Burgos.



Vista de la Catedral de Burgos.

en la situación extrema de salud y de recursos pecuniarios en que se hallaba el rey.

Creían los cortesanos que habría encontrado quien para el festin le adelantase algunas sumas mediante un préstamo, juzgaban los regentes, y los mas entendidos en la política que se trataba de otorgar testamento, y todos aguardaron llenos de impaciencia y curiosidad el día señalado.

Llegó el día del cumpleaños del rey. Las campanas de la magnífica catedral de Burgos anunciaron al pueblo el natalicio de Enrique de Castilla, y Castilla creyó oír por última vez el anuncio de esta fiesta nacional; tanto era el temor que tenia de perder pronto á su buen rey!

Al medio día dirigiéronse los convidados á palacio, y á medida que fueron llegando se reunieron en un espacioso salon donde debian esperar la hora de presentarse al rey. Entre los convidados se hallaba don Sancho de Alburquerque, cuya presencia causó grande estrañeza á todos, por no habersele visto en público desde la noche fatal de su rompimiento con don Fadrique. Bajó éste los ojos al encontrarse con los del conde, que pálido, demudado el semblante por los pesares que le habian devorado, parecia en medio de aquella alegre y placentera córte una funesta aparicion, una prediccion de las terribles escenas del espantoso drama que iba á representarse.

Abrense las puertas de la estancia del rey. Un page grita:

—El rey aguarda á sus ricos-hombres en la mesa!

Entraron los regentes y los ricos-hombres en la pieza preparada para el régio banquete, y cuál no debió ser su

sorpresa cuando en vez de una estancia magnífica y lujosamente adornada, se hallaron en una, cuyas paredes estaban enteramente desmanteladas y desnudas, teniendo en vez de un rico aparador una mesa de tosco y grosero pino y algunos cuantos bancos de la misma madera?

Al testero se hallaba el rey armado. Levántose al entrar en el salon los regentes y demas ricos-hombres invitándoles con cortés afabilidad á que tomasen asiento para participar de su frugal convite, esperando de su amor disimularian á trueque de su buena voluntad el que en que vez de ricos y esquisitos manjares les sirviesen con tanta frugalidad.

Todos los cortesanos obedecieron no sin asombro, que creció al ver que por toda comida les diesen solo pan seco, y agua. Comía el rey con muy buen apetito, pero los demas sentian diversos afectos. Quien creía ver en esto una prueba de la enagenacion mental del jóven principe, quien el designio de insultar la nobleza castellana, quien una misteriosa leccion de que los caballeros deben vivir sóbria y frugalmente en contraposicion de la vida muelle y voluptuosa de la córte, quien mas suspicaz preveía alguna celada, aunque no atinando con qué fuerzas podia contar el rey, reducido por sus tutores á la nulidad. Desconcertaba en tanto á todos el tono animado y jovial de Enrique que afable dirijia á todos la palabra, llegando casi á creer aun los mas recelosos, que todo era efecto de la loca estravagancia del rey. Confirmáronse en esto mas cuando levantándose el rey dijo:

—Veo que no os ha satisfecho esta comida, pero por fortuna pienso sorprenderos con el segundo servicio que os

he preparado, y que cuento será cual no lo habéis visto todos jamás, cual nunca lo volveréis á ver!

La espresion del placer se pintó en el rostro de los convidados, siguieron al rey, y entraron en otro salon.

Apenas habian entrado los regentes y los ricos-hombres hasta el número de quince, cerráronse repentinamente las puertas.

Las paredes de esta estancia estaban colgadas de negro, cerradas las ventanas, tres lámparas con débil y sepulcral reflejo dejaban ver confusamente en el fondo unas grandes cortinas negras, detrás de las cuales habia alguna cosa oculta.

—Ya veis que todo está dispuesto para comenzar este segundo servicio, les dijo el rey antes de que pudiesen volver en sí de la primera impresion de terror.

Y dirigiéndose despues al arzobispo le dijo con voz airada y severa:

—Don Pedro Tenorio, cuántos reyes habeis conocido en Castilla?

—Señor, respondió temblando el arzobispo, á don Enrique de Trastámara, vuestro inclito abuelo, á vuestro padre don Juan, á quien tanto he servido, y á vos de quien he sido fiel guardador.

—Y vos, marqués de Villena?

—Los mismos tres!

El rey hizo igual pregunta á otros de los presentes, y todos respondieron, segun la edad que contaban, haber conocido dos ó tres reyes.

—Siento, dijo encolerizado Enrique, no habeis cual nobles y mintáis tan sin rebozo, cuando siendo el mas jóven he conocido mas de veinte soberanos en Castilla, y por cier-

to, siguió diciendo con mas ira, que no está mas medrada por ello. He conocido el rey arzobispo de Toledo, el rey marqués de Villena, el rey duque de Benavente, el rey don Juan de Mendoza, y el rey... y vive Dios! que no le están bien tantos reyes á mis pueblos. De hoy mas, yo que he nacido rey, quiero solo serlo. Asi pues, rey arzobispo, Villena, Benavente, Mendoza, renunciad vuestro poder en mí, á quien pertenece de derecho.... ó vive Cristo!

Al decir esto dió una firme patada en el suelo, y á esta señal descorriéronse las negras cortinas que ocultaban el fondo del salon, dejando ver en él un altar con un santo crucifijo, un fraile de San Francisco, que no era otro que el padre Cardaña con el gaban del rey debajo del brazo, un tajo y el verdugo, llamado Mateo Sanchez, y á su alrededor formando semicírculo, como hasta unos ochenta hombres de armas. El conde don Sancho sacó entonces la espada, y saliendo de entre los regentes, con quienes habia entrado en el salon, pasó á colocarse al frente de los soldados que eran todos hombres leales y escogidos.

Viéronse perdidos los regentes. El duque de Benavente que conoció que todo era una venganza hábilmente preparada, quiso echar mano de su espada como hombre de valor, pero en un instante fué desarmado y asegurado por los hombres de don Sancho.

—Vosotros mismos os habeis condenado, les dijo el rey. Yo soy el huérfano que os anunció vuestro castigo:

Abrid el alma al placer,
Que es corta la humana vida;
Mañana estará abatida,
La frente que erguiais ayer!!!



—¿Le perdono, le digo — pues se quiere abandonar con
seguro el primer día de mi reinado, pues hasta hoy vosotros
no me habéis sido los reyes. Para quedarme en esta silla
necesito que hayais devuelto todo lo que tan buenos
reines habéis consumido y destruido. En el año Británico

Arrojóse á sus plantas el prelado de Toledo y los demas regentes implorando su perdon , procurando ablandar con sus falaces escusas su corazon.

—Ved vuestro orgullo! les dijo el rey. Yo soy el leon de Castilla....

Tiritó el rey de frio acometido en aquel instante por una violenta cuartana ; y no pudo menos de decir sonriendo :

—Al decir que soy leon , me siento acometido por la calentura!

El padre Cardaña le puso sobre los hombros su gaban , y como al mismo tiempo gentes preparadas por la parte de afuera gritasen , *viva el rey! viva el rey!*

—Ved!, les dijo Enrique , ese es el pueblo de Castilla. El dá calor á sus reyes : y despues añadió con firmeza dirigiéndose á los regentes. Encomendad el alma á Dios , y así él se compadezca de vuestras muchas culpas.

La vista del verdugo , la firmeza del rey , la fuerza de hombres decididos , resueltos á sostener la sentencia de Enrique , todo tuvo en la mas horrible ansiedad á los culpados , que tendian sus manos suplicantes al rey , escepto Benavente , en cuyo rostro se veia pintada la desesperacion y el desprecio de la muerte.

Enrique era naturalmente bueno y bondadoso , y así viendo su humillacion :

—Os perdono , les dijo , pues no quiero manchar con sangre el primer dia de mi reinado , pues hasta hoy vosotros y no yo , habeis sido los reyes. Pero quedareis en estrecha prision hasta que hayais devuelto todo lo que tan inícuamente habeis defraudado á mi corona. En el acto firmaréis

las órdenes, para que los castillos, ciudades y villas que os habeis apropiado durante mi menor edad, sean entregadas á los capitanes que he nombrado. De hoy mas solo habrá en Castilla un rey y vasallos, y ay de aquel que intentase rebelde alzar la cabeza! porque se la haré cortar.

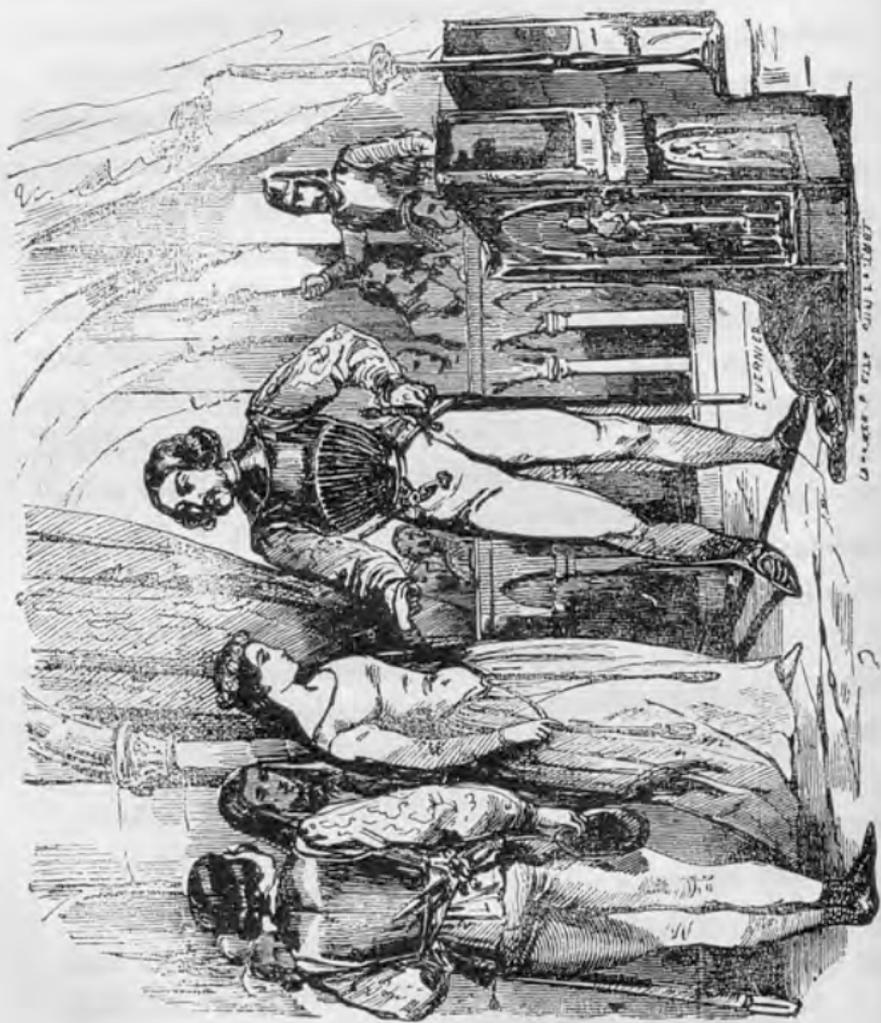
Firmaron en el momento los regentes y ricos-hombres las órdenes para entregar las fortalezas á las gentes del rey, y partieron inmediatamente mensageros á llevarlas.

Abrióse el balcon del palacio al mismo tiempo, y un heraldo anunció al pueblo que el muy alto y poderoso rey don Enrique III, se habia declarado mayor de edad, y entraba á regir por sí el reino. Anunció tambien al pueblo que no se pedirian en su gobierno empréstitos ni monedas al reino, porque su justicia habia hecho volver á las arcas reales los dineros que se habian usurpado durante su menor edad, y que se iban á tomar estrechas y severas cuentas á los regentes y á cuantos habian manejado caudales públicos; y que el rey se hallaba en completa y cabal salud para poder llevar adelante su empresa.

—Viva el rey! viva el rey! gritaba el pueblo reunido en la plaza del palacio, atónito y satisfecho con tanta novedad.

—Merced á vosotros, ya es rico mi tesoro, continuaba el rey diciéndoles á los regentes. Por Santiago! que de hoy mas no habrá paz ni tregua alguna en Castilla, ínterin tremole en mis pueblos un solo pendon de la media luna. Marchemos todos unidos á defender la ley de Cristo.

Los regentes salieron custodiados para el castillo de Burgos, en rehenes, ínterin se entregaban las fortalezas y se restituian al tesoro los dineros robados. Tres meses per-



manecieron prisioneros, é ingresaron en las arcas del rey, pagados por los regentes, ciento cincuenta cuentos de maravedises, segun refieren los historiadores de aquella época.

El rey abrazó despues al padre Fray Diego de Cardaña, lo nombró su confesor, y le prometió costear suntuosamente la fábrica de su convento.

—Os nombro obispo: Benedicto XIII confirmará en Avignon mi resolucion.

—Don Sancho, dijo despues al conde de Alburquerque, os nombro mi condestable en lugar del marqués de Villena.

—Antes necesito que me hagais justicia; mi hija doña Leonor....

—Debía de haber compartido mi trono, con placer hubiera obedecido el acuerdo de mis tutores... el rey de Castilla ha olvidado todos los agravios hechos á Enrique III en su menor edad. El rey hará pronta y cumplida justicia de todos los daños y entuertos cometidos en Castilla. Leonor dará la mano á don Fadrique.

—Asi se reparará el honor de mi nombre y de mi casa.... pero jamás me consolaré del esposo que ha perdido, mas aun por su bella alma, que por su real corona.

—Qué quereis! dijo sonriéndose el rey, el corazon de las mugeres es incomprendible.

Tres meses despues doña Leonor era conducida al altar por el duque de Benavente para adquirir el título de esposa suya, recibiendo del rey, que olvidó sus pasados celos, señaladas mercedes.

manejaron prisioneros, é ingresaron en las aras del rey pagados por las regatas, ciento cincuenta cueros de maravejes, según refieren los historiadores de aquella época.

El rey, después de haber oído la historia de la doncella, se acordó de ella, y se prometió costear su rescate.

De nuevo volvió a salir el rey con su armada en Arica.

Una noche, que dormía al raso de Alvarado, un soldado que estaba de guardia en el campamento,

— ¡Ay, señora! que me he acordado de ti; mi hija don-

— ¿Qué quieres decir, hombre? ¿qué quieres decir?

— ¡Ay, señora! que me he acordado de ti; mi hija don-

— ¿Qué quieres decir, hombre? ¿qué quieres decir?

— ¡Ay, señora! que me he acordado de ti; mi hija don-

— ¿Qué quieres decir, hombre? ¿qué quieres decir?

— ¡Ay, señora! que me he acordado de ti; mi hija don-

— ¿Qué quieres decir, hombre? ¿qué quieres decir?

— ¡Ay, señora! que me he acordado de ti; mi hija don-

— ¿Qué quieres decir, hombre? ¿qué quieres decir?

— ¡Ay, señora! que me he acordado de ti; mi hija don-



IX.



ONVOCADAS las córtes espresamente en Madrid , reconocieron la mayor edad del rey.

La constitucion débil del rey se animó por su alma enérgica y vigorosa. Su primer cuidado fué reformar los abusos que habian tolerado los regentes. Interesados estos en el desórden habian concedido fuertes pensiones á cuantos los rodeaban. Enrique revocó todas estas donaciones , dulcifi-

cando el rigor de esta medida haciendo valer las necesidades del Estado. Como es raro siempre el que los intereses individuales cedan de buen grado á los intereses públicos, los grandes fueron los primeros en oponerse á la rigurosa administracion de Enrique ; muchos de ellos desertaron de su córte, se retiraron á sus castillos y armaron sus vasallos y parciales. La actividad de Enrique no les dejó el tiempo de madurar sus proyectos y formar una conspiracion. Apareció el rey á la cabeza de sus tropas para castigar á los rebeldes, estos imploraron , como el conde Jijon^s, y el mismo duque de Benavente , su clemencia, y fueron perdonados despues de arrasarse las fortificaciones de las ciudades rebeldes. Para castigar las matanzas de los judíos hechas en su menor edad , y las revueltas que traian en Sevilla el conde de Niebla , uno de los ex-regentes , y Pero Ponce, marchó allí con el verdugo Mateo Sanchez, é hizo tan ejemplares castigos, que refiere el padre Juan de Mariana en su historia que hizo ajusticiar mas de mil culpados.

Reprimida la sedicion , domado el orgullo de los grandes , preparóse á rechazar la invasion de los estrangeros. Los portugueses se habian pérfidamente apoderado de Badajoz. No gozaron largo tiempo del fruto de su perfidia. Juntó Enrique un ejército numeroso , armó una escuadra considerable, devastó completamente todo el pais situado en las inmediaciones del Tajo , las escuadras que salieron de Lisboa fueron derrotadas por la de Castilla , y el rey de Portugal se reputó feliz de obtener la paz con la restitution de Badajoz.

Despues de haber cesado las hostilidades con Portugal, Enrique llevó sus armas victoriosas contra los corsarios de

Destruccion de ajfon.



Africa cuya codicia y crueldad no bastaban á contener ni las leyes ni los tratados. Sus buques fueron apresados por las naves castellanas ; la ciudad de Tetuan , donde ocultaban su botin , tomada por asalto ; y sus habitantes pagaron con su vida los males que habian hecho sufrir á los castellanos, y el rey volvió vencedor cargado de los tesoros que los piratas habian acumulado en sus correrías.

Animado Enrique por tan prósperos sucesos, proyectó espulsar enteramente los moros de España. Las frecuentes incursiones del rey de Granada en el territorio de Castilla le dieron ocasion de comenzar las hostilidades. Benefició y puso tal órden con su prudente economía en las rentas del Estado , que se recogian grandes sumas todos los años en sus tesoros que hizo guardar en el alcázar de Madrid, en el que para mayor seguridad construyó cuatro torres. El vi-



DRAABICCA

gor con que Enrique disponia los aprestos militares inflamó el valor de sus soldados, é intimidó á sus enemigos. Convocó las córtes en Toledo, y en ellas los pueblos y la nobleza se mostraron entusiasmados y dispuestos á ejercitar su valor contra los musulmanes, estos antiguos enemigos de la religion y del pais. Este proyecto de guerra fué acogido con vivas aclamaciones por todos. El clero lo sancionó por su aprobacion. Todas las fuerzas de Castilla iban á caer sobre Granada, y el éxito de tan brillante plan parecia poco dudoso, cuando vino á desconcertarlo la muerte de Enrique en Toledo mismo cuando mas activaba la guerra, á los 27 años de su edad. Murió el 25 de diciembre de 1407, su muerte fué llorada por toda Castilla. Al bajar al sepulcro dejó de su matrimonio con la reina doña Catalina un hijo que solo tenia catorce meses. Las córtes temiendo las desgracias que habian afligido al reino siempre en las largas minorías, desterraron hasta el pensamiento de llevar la guerra á los árabes.

Enrique III fué uno de los príncipes cuyas virtudes realzan la diadema. *Mas temo las maldiciones del pueblo,* decia, *que las armas de mis enemigos.* La moderacion dirigió siempre su política. Supo castigar y recompensar con justicia. Reprimió cuidadosamente el orgullo de la nobleza, cuya influencia le habia reducido en su menor edad á la nulidad y obligádole á tomar por una conjuracion las riendas de sus reinos. Por el castigo severo que impuso á los habitantes de Sevilla, contra él sublevados, dió una terrible leccion á los pueblos evitándoles el peligro de desafiar la autoridad real.

La historia le llama don Enrique el *Doliente* por la ter-

rible enfermedad que desde niño padeció , las cuartanas, y que le condujeron al sepulcro. Sepultado está su cuerpo en la capilla real de la catedral de Toledo , con el hábito de San Francisco , de quien fué especial devoto , y cuya proteccion jamás le faltó como le habia ofrecido al pedirle recursos para labrarle un templo en Búrgos, el padre Fray Diego de Cardaña , que fué siempre su mas fiel amigo y prudente consejero.





1.º
12/5

■.



ASEABAN en la antecámara del rey don Enrique IV , aguardando la salida del rey y de la reina , don Juan Pacheco , marqués de Villena , uno de los mas poderosos ricos-hombres de Castilla , anciano respetado en aquella época por uno de los mas sábios , y don Beltran de la Cueva , jóven que gozaba grande favor en la córte , y cuya elevacion miraban con celos las gentes de palacio. Llegóse á don Beltran con aire risueño y afable el marqués de Villena , y tocándole familiarmente en el hombro ;

—Habeis descansado, le dijo, de vuestra fatiga de ayer?... En el torneo estuvísteis admirable. Entre tantos caballeros de la primera nobleza de Castilla, no hubo uno solo que pudiese igualar vuestra destreza y valor. Lara, Córdoba, Guevara, Sandoval, en vano intentaron disputaros el premio: solo sirvieron para aumentar el brillo de vuestra victoria. Mas de una dama hacia en secreto votos por vuestro triunfo..... vos á fuer de galan depositásteis la rica banda destinada al vencedor á los pies de la reina!

—Ninguna mas digna de ella!... Enrique hacia celebrar el torneo para solemnizar el triunfo de sus armas vencedoras en Gibraltar: era forzoso hacer ese obsequio á tan buen rey en la persona de su bella esposa.

—Y os lo he agradecido á fé: es tal la amistad, el amor que os profesa el rey que quiere fundar un monasterio de monges gerónimos en la Mejorada, sitio donde se celebró el torneo. Quiere inmortalizar vuestro triunfo.

—No el mio.... marqués de Villena, el vuestro sí.... que á vuestra prudencia, á vuestros acertados consejos se debe el éxito de tan brillante jornada. La corona de Castilla os debe todo su esplendor. Sois el alma de su política, el hombre que desde el fondo del palacio hace mover nuestras huestes vencedoras, y abate el orgullo de las lunas africanas.

Un aire de satisfaccion y triunfo se retrató en el rostro del anciano marqués, que tomando la mano de Beltran le contestó.

—Vos sois la causa, Beltran... Bien lo sabeis... Pérfidos consejeros se habian apoderado del ánimo de Enrique, de

Enrique cuya alma enérgica ha debilitado el abuso de los placeres. De orgía en orgía en medio de hombres corrompidos y concubinas, repudió á Blanca de Francia á pretexto de esterilidad para cubrir á los ojos del mundo su vergonzosa impotencia.... Llamó al trono de Castilla á Juana de Portugal, esa jóven hermosa á quien en breve despreció, sometiéndose á los encantos de Catalina de Sandoval, esa muger artificiosa de quien se valió don Lope de Haro, para tener en perpétua tutela á Enrique, tutela que hubiera arruinado al estado y que empobreció á Castilla.

—Si, su prodigalidad le hacia dar en un solo dia á los admiradores de Catalina, mas ciudades y villas que nuestras tropas arrancaban á los moros en un año.

—Yo que era el amigo de Enrique, prosiguió con el mayor calor el marqués, que le amaba de veras, que en las guerras civiles con su padre don Juan II, no habia titubeado en esponer mi cabeza en un cadalso por servirle, fuí olvidado por torpes lisonjeros, que hambrientos espian un momento de favor para arrancar á Enrique un pedazo de su corona.... Le hablé, y no fuí oido. Entonces me retiré de la córte, y me consagré al estudio de las ciencias, y á la soledad en mi castillo de Cuellar, y sin vos jamás hubiera vuelto á la córte.

—Sois el mas docto de este siglo en la judicaria; los astros no os revelaron vuestra vuelta al poder?

—Me revelaron, contestó el marqués con sonrisa, que debería mi nueva privanza á un enemigo á quien en pago daría yo la muerte.

—Ya veis cuan errado es el cálculo de la astrología!

—Cierto.... Yo me hallaba en vuestra casa donde vos



ageno á las intrigas de la córte , exento de toda idea de ambicion os ocupábais en el cultivo de vuestras tierras sin pensar mas que en la bondad ó esterilidad de las cosechas. Dos peregrinos que volvia de orar ante el sepulcro de Santiago , Apóstol de España , os piden hospitalidad.... el uno venia casi desfallecido , le socorrísteis afable y generoso.... quisísteis enteraros de sus penas , hablásteis de la situacion de Castilla , de los abusos que hacian cometer al

rey en el gobierno.... de las perfidias de Lope de Haro.... del interesado y vergonzoso amor de Catalina de Sandoval, del abandono en que se hallaba la reina Juana, del descontento del pueblo empobrecido por las liberalidades del rey con sus cortesanos.... Dios dirigia vuestros labios.... no sabiais con quien hablábais. El peregrino doliente y enfermo.... era Enrique IV : y don Lope de Haro.... su compañero. El rey vuelto en sí, y oyendo donde no lo esperaba el lenguaje austero de la razon y de la verdad, lanzó de su lado á don Lope de quien era un verdadero juguete y esclavo. Catalina de Sandoval fué desterrada de Castilla, doña Juana volvió á ocupar el lugar á que le llamaba su nacimiento, y á vos quiso Enrique desde entonces teneros á su lado... Vos demasiado generoso impusisteis una condicion á vuestra privanza, que otros hubieran mendigado....

Beltran le interrumpió vivamente diciéndole:

—Marqués de Villena no hablemos de eso.

—Exijisteis, continuó el marqués con las señales mas marcadas de agradecimiento, que el rey viera á un amigo vuestro.... Me presentásteis al momento á Enrique que con los brazos abiertos, y con lágrimas en los ojos queria espíar á fuerza de afecto los pasados agravios.... Le seguimos desde entonces, y á no deberos mi poder os confieso, Beltran, que me causaria zelos vuestro ascendiente en el ánimo del rey, infinitamente superior á mi privanza.

—Vuestra política, la consumada esperiencia de vuestros años, os ponen á cubierto de temor de rivalidad.

—Veinte años de trabajo no han podido conducirme aun al término de mis deseos.... el maestrazgo de Santiago! y al pronunciar esta palabra, exhaló un hondo suspiro que re-

velaba toda la ambicion de que estaba llena su alma. Ya iba á obtenerlo cuando al morir le plugo al rey don Juan nombrar á su hijo Alfonso, niño aun. Enrique lo ha renunciado en su nombre, y creo que al fin lograré el premio de mis afanes.... El rey no ha revelado aun el nombre del sucesor que destina á su hermano.

—Quién podrá ser sino vos, marqués?

—Vos Beltran, con vuestra juventud, con vuestro aire noble, y magestuoso talle, sois el mancebo mas apuesto y garrido de la córte de Castilla. Todas las damas suspiran de amor por vuestros ojos... pues bien, dividamos por igual... para vos la hermosura y los placeres, para mi el poder, y sus sinsabores. Sed vos el objeto del amor de la córte, yo el móvil de su gobierno.

—El amor para mí! dijo con desesperada tristeza Beltran, mirando fijamente al marqués. El amor!.. Ah! yo lo rehuso. Guardad vos el poder. Cuántas veces marqués echo de menos mi soledad de Bribiesca! allí sí, allí era yo feliz. Qué muger hay en la córte que pueda hacer la felicidad, el encanto de mi vida? Qué podrá darme en cambio de un corazon de fuego?... algunas frias miradas de ternura, algunas sonrisas de vanidad.... ¿quereis que abata mi frente para ensalzar el orgullo, para adornar el carro de alguna inconstante y fementida que haga alarde de haber rendido á sus engañosas gracias al favorito del monarca, cual esa impudente Guiomar que ha enredado en sus funestas redes á Enrique, y le hace con su infame conducta el oprobio y el escándalo de Castilla?

El marqués con aire misterioso y creyendo percibir algun ligero ruido en la cámara del rey fija la vista en la

puerta, y cogiendo de la mano á Beltran, le dice con voz baja :

—Silencio! un corazon pervertido rara vez torna decididamente á la virtud.... En vano derribásteis á Catalina de Sandoval. Enrique nos ha creado otra rival, esa doña Guiomar, la primera de las damas de la reina...

En este momento se abrió la puerta de la cámara del rey, y un page anunció en voz alta. ¡ El rey !

Salió este acompañado de los ricos hombres de Castilla. Recibió con la mayor afabilidad el cortés saludo del marqués y de Beltran, y volviéndose al primero le dijo :

—Hoy es dia de mercedes, y no me habeis de reñir marqués de Villena.... don Guzman os hago merced de los tributos que por este año debe pagarme la ciudad de Toro. Don Guzman dobló respetuosamente la rodilla y besó su mano.

—A vos, Manrique de Lara, os doy las tercias de Olmedo y de Tordesillas... ..

El marqués de Villena llegóse al lado del rey y casi al oído, con cierto tono de reconvencion murmuró:

—Qué prodigalidad! señor. Ya os llaman don Enrique el pródigo!!

Volvió el rey la cabeza hácia donde estaba su austero ministro.

—Iba ahora, le dijo, á darte una ligera señal de mi aprecio.

—La mayor que podeis darme, contestó Villena con afectada gravedad, es refrenar ese natural generoso y magnífico. V. A. va á quedarse si no, sin una sola villa de su reino.

—Está bien ; no mas mercedes por hoy, contestó el rey

habituaado á obedecer las insinuaciones de Villena, pero me permitirás que entregue á Beltran esta que para él ha traído el clavero y dos comendadores de la órden de Santiago. No me riñais marqués! no soy yo quien se la otorgó.... Es el papa Pio II á quien plugo nombrarle gran maestre de la órden de Santiago.

—Gran maestre de Santiago! repitieron á la vez y con el mayor asombro, casi todos los cortesanos.

Beltran quedó confuso, y don Juan Pacheco marqués de Villena, permaneci6 inm6vil como si un rayo lo hubiera reducido á cenizas, alteradas visiblemente sus facciones.

Esforz6se en dominar su emocion, y despues de un rato de silencio dijo al rey:

—Vuestro padre al morir, dej6 en administracion ese maestrazgo á vuestro hermano el infante don Alfonso.

—Don Alfonso es un ni6o de diez a6os, respondi6 el rey. Yo como su tutor lo he renunciado. La 6rden de Santiago ha menester un gefe que la dirija, la guerra con los moros es cada dia mas activa.

Beltran lleno de confusion, asombrado con tan inesperada merced, dobl6 la rodilla, y puesto delante de don Enrique con el tono mas respetuoso

—V. A., dijo, me confunde..... esa dignidad debe conservarla vuestro hermano. Castilla creerá, que yo se la he arrebatado..... y despues a6adi6 con tono resuelto: La rehuso.

Un rayo de esperanza brill6 en la ce6nuda frente de Villena.

—Yo quiero, yo mando, respondi6 el rey con sequedad

y firmeza al mismo tiempo, que seas gran maestro. Tu renuncia de nada serviría ya á mi hermano. El pontífice y la órden harían un nuevo nombramiento. A mí encomienda, como hijo predilecto de la iglesia la ejecucion de su voluntad... Dios os guarde, gran maestro! Venid conmigo, señores, y reparando que el marqués de Villena permanecía inmóvil como clavado en su puesto, se dirigió con afabilidad á él y le dijo:

—Y vos, don Juan Pacheco, no me acompañais hoy á paseo?

El marqués siguió al rey y apretando sus puños, con voz agitada y nerviosa iba repitiendo entre sí:

—Gran Maestre de la órden de Santiago!!!

Solo quedó en la cámara del rey don Beltran á quien parecia un sueño la rápida elevacion de su fortuna, y que conocia que iba á aumentar por ella al número de sus enemigos, uno terrible y poderoso, el marqués de Villena, herido en su amor propio, burlado en el objeto de sus pretensiones. Despues de algunos momentos se dirigió á la estancia de la reina, que levantándose á recibirlo, le dijo con el aire mas amable y gracioso:

—Yo tambien tenia que daros mi parabien, Beltran, vencedor ayer en el torneo, hoy gran maestro de la órden de Santiago, debeis ser muy feliz!

Don Beltran mirando con profunda tristeza á la reina respondió:

—Lo creéis, señora?

Permaneció algunos instantes absorto en sus reflexiones y despues continuó con acento conmovido.

—En mis primeros años creí que la felicidad consistia

en el estudio de las ciencias , en ser superior á los demás hombres en conocimientos , ¡ ilusion ! Llamado á mi pesar á la córte creí que la felicidad se cifraba en poder hacer dichosos á otros hombres , en la gloria , en los honores merecidos : ilusion , señora ! Dios solo hace el bien por el bien mismo , las débiles criaturas necesitan otra recompensa..... Mi alma se ha creado una divinidad que la llena toda. Ella seguia con sus ojos mis esfuerzos en el torneo de ayer..... ella sostenia mi brazo al lidiar con la flor de los caballeros de Castilla..... y una sonrisa suya coronó mi triunfo. La idea de su amor correspondido , me haria hacer milagros , remover el mundo. Sin ella no hay para mí energia , no hay porvenir , no hay nada..... Pierdo mi fuerza , me abandona mi genio..... Ah ! señora , señora ! Hay hombres desgraciados que osan levantar su mirar al cielo..... hay insensatos que intentan fijar sus ojos en la estrella de la mañana.

Durante estas palabras , la reina tenia los ojos bajos , sus mejillas se colorearon , y manifestaba el mayor embarazo al oir una confesion que hacia largo tiempo no era un secreto para su alma , y que esta se complacia en la idea de ser amada. La reina doña Juana estaba hermosa en aquel momento. Los rizados de sus hermosos cabellos negros caian airosa y descuidadamente sobre su cuello , jamás sus ojos de fuego habian sido mas dulcemente expresivos , ni mas tierna su voz. La palidez de su rostro producida por los continuos disgustos que le ocasionaba la desarreglada conducta de Enrique , la hacia mas interesante.

—No es la felicidad compañera siempre del poder , le contestó , repuesta algun tanto de su turbacion. Miradme



CASTELLO



Juana de Portugal.

á mí. Yo en medio de mi juventud me consumo sobre el trono como la flor arrojada en medio de un arenal. Para apreciar á una muger se necesita un hombre! La reina sobra en Castilla. Para ocultar su nulidad quiere el rey engañarse á sí propio. Ayer Catalina de Sandoval..... hoy doña Guiomar..... mañana la primera que le presente el acaso, y que solo servirá para publicar su defecto y escandalizar el reino..... yo en tanto objeto de desprecio, no recojo por

premio de mi sacrificio ni aun la consideracion debida á mi nacimiento.

Al escuchar estas palabras Beltran , olvida un momento que la muger con quien hablaba era la esposa de su rey, que él mismo era el favorito de este rey , y lleno del mayor entusiasmo exclamó :

—Despreciaros , señora?... A vos que sois un ángel de hermosura y de bondad !.... Y por quién ? Es vuestro esposo, y no os ama ! vuestro amor ! puede acaso reservar Dios á sus elegidos una dicha comparable á un suspiro de ese puro seno , á las lágrimas de esos hermosos ojos ? Ah ! mi alma se anonadaria con tanta felicidad !

Una palabra destruyó su ilusion. La reina le dijo con dulzura :

—Son las tres , y el rey debe estaros aguardando ya.

Vuelto en sí Beltran al verse despedido de la presencia de la reina , lanzando un triste suspiro :

—No hubiera tenido jamás , la dijo , señora , valor de revelaros este secreto si no estuviese dispuesto á daros hoy mismo un último y eterno adios.

Conoció la reina todo el pesar que habia causado á Beltran , el único tal vez , que por ella se interesaba en la córte de su esposo.

—Eterno ? le contestó palideciendo repentinamente.

—Si , señora : las gracias y favores que sobre mi prodiga vuestro esposo me fatigan , hacen cada vez mas penosa mi existencia que una llama secreta , ardiente é impetuosa devora sin cesar. En vano he procurado combatirla..... mi razon es impotente , y solo encuentro un medio para templar mi desgracia..... un medio solo , mi fuga. Tornaré al

asilo antiguo de mi niñez, de dónde nunca debiera haber salido, á aquellos campos donde era tan feliz, donde sus moradores jamás os han visto!

—Pero os debeis al rey que os ha colmado de honores, que hoy mismo os concede el maestrazgo de Santiago, dignidad que os dá en Castilla un poder casi igual al suyo..... Enrique es desgraciado, está débil, enfermo, necesita de un amigo.... le abandonaréis?

—Yo no puedo serle útil, respondió Beltran con un tono de voz profundamente desanimado. El espectáculo de mi infelicidad redoblaría sus penas. En vano me esfuercé á disimular en su presencia. Mis palabras ya no tienen aquella energía, el fuego con que reanimaron su espíritu, cuando por la vez primera le hablé en mi casa de Bribiesca. Entonces no conocia yo el amor. Hoy lánguido, frio, inmóvil..... como él, pasamos juntos horas enteras sin distraernos de nuestra melancolía. Ah! mi alma abatida no es capaz de reanimar la suya; me es forzoso partir.

—Vos érais el alma de la córte, el disponedor de los festines suntuosos de palacio, el mantenédor de los torneos, el que con su destreza cautivaba el corazón de nuestras damas, y alegraba la sombría tristeza del monarca. Ahora ya hace tiempo que todos os observan pálido, triste, meditabundo.

Beltran ocultando su rostro con ambas manos y dejando escapar sordos gemidos, contestó:

—Debilidad! locura! gloria, ambicion, porvenir, todo lo he sacrificado á un sueño, á un sueño que..... es tal vez un crimen. Decís, señora, que todos me ven pálido y triste. Ah! sí: aquí hay un fuego que consume vorazmente

mi vida: la tristeza proviene del corazon..... la palidez del remordimiento. Las fuerzas me faltan , dejadme partir.

—El rey os lo impedirá.

—El ! gritó don Be'tran , él menos que cualquier otro, jamás.

—Y yo?

—Vos! y se estremeció todo Beltran mirándola fijamente como temiendo no haber oido bien.

—Si , yo que soy vuestra reina, mando que os quedeis.

Al nombre de la reina , dejó caer con abatimiento la cabeza Beltran.

—Señora, dejadme marchar , y haciendo una cortés reverencia se dirigió hácia la puerta.

Juana de Portugal reuniendo todas sus fuerzas le llamó con voz débil.

—Gran maestre! no tiene ningun poder sobre vos la reina de Castilla? Tan poco os merecerá Juana de Portugal que no os pueda detener ni un momento? Quién me defenderá contra esa rival odiosa, doña Guiomar, que se ha apoderado del cariño de mi esposo? vos derribásteis la privanza de Catalina de Sandoval.... por vos torné á la córte desde mi destierro de Maqueda, y habré de volver á él?..... y ceder el puesto á una infame concubina? Reina os he dado toda mi confianza..... muger , me pongo bajo vuestra proteccion. Nada podrá con vos una reina , una muger ? La abandonareis en su desgracia ? La entregareis á la insolencia de una favorita? Si el rey no me ama , querrá á cualquier costa desembarazarse de mí.... me repudiará tal vez como á la infeliz Blanca de Francia..... tendré que descender del trono..... Ah! Beltran, os quedareis, si , os

quedareis. Yo nada quiero , nada os mando , suplico solamente.

Beltran se arrojó á sus pies.



— Vos suplicar , señora ! suplicar ? _mandad , mi vida es vuestra No me acuseis de abandonaros. Huia de vos , es

verdad , porque os amo ciega, frenética, insensatamente, y este amor que es mi encanto y mi tormento, no es un capricho leve y momentáneo..... lo sentí desde el instante en que por la vez primera os ví, cual un ángel purísimo de hermosura y de bondad. En vano agoto mi vida combatiendo este amor que le domina. En vano para calmar su fuego abrasador estoy de continuo al lado de vuestro esposo, cuya presencia debería extinguirlo, y á su vista vuelve á encenderse mas vivo, mas impetuoso, mas eterno.

—Callad por Dios, callad! dijo doña Juana volviendo á otro lado la cabeza medio desfallecida, y abandonando maquinalmente su mano á Beltran que la cubrió de apasionados besos.

Juana se desasíó de su mano y asustada se retiró algunos pasos atrás.

—No temais ángel mio! la dijo Beltran levantándose, sí.... siempre os respetaré, me acordaré que sois mi reina, y maldicion sobre mí! si intentáre abusar de mi felicidad! Ah! mi alma no basta á contenerla, y pienso que me ha de costar la vida. Pensar en mí, un angel! oh! creo que es un sueño, sueño delicioso del que tiemblo despertar. Yo huir? Yo salir de palacio?... no, jamás. Siento renacer toda mi antigua energía. Mi amor, señora, es un rayo de la divinidad que me revela toda la estension de los deberes que me impone.... Ayer era para mí el poder una carga pesada, insoportable: de hoy mas me será ligera. Odios, partidos, rivalidades, muerte, todo lo desafio. Gran Maestre, yo armaré si es preciso para protegeros toda la órden; para sosteneros en el trono haré mi nombre respetable y poderoso, y verá en mí Castilla, mas que un hombre, un hé-

roe , mas aun , un fanático dispuesto á morir por su ídolo.

Al hablar asi Beltran , la espresion daba un nuevo realce á sus hermosas y varoniles facciones: el entusiasmo de sus ojos , su elocuente gesto hacian de él mas que un amante vulgar. Contemplábale enagenada la reina , todas sus dudas se disiparon.

—Beltran , vuestras palabras vuelven la calma á mi agitado corazon , le dijo con una voz casi trémula de emocion , lo aliviáis de un peso insoportable. Podré sin crimen confesar que os amo! Ah Beltran cuanto he combatido , pero que muger en mi situacion hubiera resistido? Ah! por qué en dias mas afortunados no os encontré , Beltran , en Lisboa en la córte de mi padre... libre entonces , antes de ser reina , hubiera preferido vivir obscura con vos en cualquier rincon del universo. Ahora tambien puedo amaros con un amor puro.... pensad en Juana como en la gloria , como en Dios , desplegad un valor magnánimo , una adhesion generosa , y todos vuestros esfuerzos encontrarán su recompensa en este corazon que es todo vuestro , y que se confia á vos , sin que le atormenten los remordimientos. Enrique puede volver , añadió despues con amable sonrisa , él es incapaz de apercibirse de nuestro afecto , pero tiemblo á Guiomar.

—Yo os libentaré de ella.

—Cautela! Yo misma devoro en secreto mi afrenta , y aparento ignorar su criminal conducta..... Si intentase destruir este capricho de Enrique , no lo lograria y nos perderíamos ambos. Mañana nos volveremos á ver.

—Mañana! tanto aguardar! dadme una prenda de vuestro amor ó creeré que mi felicidad ha sido un sueño. Y al

decir estas palabras señalaba con el dedo una crucecita de oro que la reina llevaba pendiente de una cinta al cuello.

Juana se la quitó y presentándola á Beltran ,

—Tomad , le dijo, esta cruz de oro que el papa Nicolao III regaló á mi familia bendecida de su santa mano , y que me puso mi madre al cuello el dia de mi nacimiento. Una tradicion constante ha hecho mirar este don como un preservativo contra las desgracias. Tomadla , mi felicidad queda desde hoy unida á la vuestra ; que la virtud de esta cruz santa proteja de hoy mas á los dos!

Beltran puesto de rodillas besó la mano que le ofrecia este amoroso don.

—Os juro conservarla sobre mi corazon. No volverá á vuestro poder hasta despues de mi muerte.

Y la colocó sobre su pecho.

La reina le acompañó hasta la puerta de su estancia y allí se despidió Beltran de su amante.

—Hasta la noche.

—Hasta la noche ! respondió la reina volviendo á su cámara real.

Cuando Beltran se vió fuera de la cámara de la reina, quiso un momento estar solo , enteramente solo , que nadie viniese á turbar la embriaguez de su alma. Antes de haber visto á Juana de Portugal su imaginacion se habia creado un ser ideal de hermosura y de perfeccion. Cuando comparaba otras mugeres que se presentaban á su vista no las podia amar , y se juzgaba un insensato adorando lo que no podia existir sobre la tierra. Y sin embargo, este amor , esta belleza existian , y al ver á

Juana encontró todo lo que su imaginacion se habia creado , y la amó como si la hubiera vuelto á ver despues de una ausencia.

Beltran sacó de su pecho la cruz de oro que habia recibido de la reina, y la cubria de besos. En tan dulce ocupacion le sorprendió doña Guiomar , la favorita de Enrique IV. Desconcertado Beltran con su presencia, ocultó rápidamente su precioso tesoro, y le rogó que se sentase á su lado. Doña Guiomar era muger hermosa, de ojos vivos, y en su aire se notaba la mayor desenvoltura.

—Muy sentimental estais, don Beltran. Al fin habeis abandonado vuestro aire tétrico y melancólico. Haceis bien, ya hace tiempo que la córte de Castilla no se regocija como á vuestra llegada de Bribiesca. Entonces los saraos, los festines, los torneos, se sucedian sin interrupcion. Ahora os habeis hecho tan grave y meditabundo, que sin la gloriosa conquista de Gibraltar, no hubiéramos vuelto á tener el gusto de admirar vuestra bizzarria en las fiestas. Sabeis que estuvisteis muy gallardo, don Beltran? Contenta debió quedar la dama de vuestros pensamientos..... y aun tal vez os hizo algun misterioso regalo de amor, ese que ahora mismo besábais con tanto entusiasmo, y que escondisteis al entrar yo.

—Yo! señora!

—Vamos, decidme su nombre, ó tal vez quereis que yo lo adivine?... En el torneo cuando alcanzásteis el premio fuisteis á depositarlo.....

—Señora!

—Para mayor disimulo, añadió vivamente Guiomar, á los pies de la reina.

—Era un obsequio debido á la esposa de Enrique.

—No ha de valeros, don Beltran, vuestro disimulo. Yo he de penetrar vuestro secreto. Será doña Elvira de Albornoz..... la duquesa de Haro..... ó la jóven condesa de Medina; no hay en la córte mas consumadas bellezas que estas y la de la reina doña Juana.

Las sospechas de una muger celosa podian á la verdad fijarse sobre cualquiera otra que sobre la reina; pero era sin embargo muy peligroso no destruirlas enteramente. Beltran como hombre que sabia, que no basta negar para convencer, y que á una muger sobre todo es preciso darle una prueba, la dejó hablar largo tiempo, renovar sus alusiones, y confirmarse mas y mas en sus sospechas. Cuando parecia mas confundido, reducido al silencio, y en la imposibilidad de defenderse, mirando á doña Guiomar con ojos apasionados,

—Ah! Guiomar! Guiomar! la dijo. No hay en Castilla una hermosura que las eclipsa á todas? Cuán injusta sois! Me perdonareis, señora, añadió afectando el mayor embarazo, si me justifico completamente á vuestros ojos? No os ofenderéis si os hago una declaracion que debia morir conmigo?

Al mismo tiempo le enseñó una flor que mientras habia estado hablando con ella, habia con la mayor destreza arancado de su adorno.

—Esta mañana al salir del cuarto del rey, dejásteis caer esta flor, yo la recogí ansioso. Ah! la hubieran pisado!... Yo separándome de las miradas que de continuo espían nuestras acciones en palacio, la puse sobre mi corazon.... porque habia estado sobre vuestra cabeza. Oh! dejádmela, Guiomar, llevar aun otra vez á mis lábios, y permitidme

que la llame, como ahora poco la llamábais... un regalo misterioso del amor!

—Con que era yo la causa de vuestra melancolia?

—No habeis adivinado la causa? No es estraño, los amores del rey no os han permitido leer en el corazon del vasallo. Temia incurrir en vuestra desgracia confesando mi pasion que habeis sorprendido.

En este momento la reina que salia de su cámara, al ver á don Beltran y doña Guiomar hablando, se pára en el cancél de la puerta y escucha con las señales de la mas visible conmocion.

Doña Guiomar, como una de las mugeres mas hábiles en coquetería, se dejó persuadir de lo que tanto lisongea su amor propio.

—Vuestro amor lejos de indignarme, le contestó, me llena de placer. ¿Qué muger podria ofenderse de él? Sois el primer caballero, el jóven mas galan de Castilla. Jamás me perdonaré el haberos hecho tanto padecer. A fuerza de amor procuraré espiar el no haber correspondido antes á vuestra pasion. Desterrad la tristeza y que la alegria vuelva otra vez á animar vuestro semblante.

—Y el rey don Enrique? replicó Beltran.

—La ambicion, el orgullo me han arrojado en sus brazos; el amor era imposible. Si la providencia buscasse la perfeccion y las brillantés cualidades para el trono, tú, Beltran hubieras sido el rey de Castilla.

Beltran afectó besar amorosamente su mano, que Guiomar le tendió con la mayor amabilidad.

La reina al observar esto hizo un ademan de despecho y se retiró á su estancia.

Hecha esta confesion amorosa, fuéle preciso á Beltran, so pena de volver á suscitar en el ánimo de doña Guiomar todas sus primeras sospechas, consentir para la noche siguiente en una cita que ella tuvo el arte de parecer concederle cuando ella era la que la solicitaba. Beltran entregó con rostro alegre pero con la desesperacion en el corazon, á Guiomar la llave de una puerta secreta que desde la cámara del rey conducia á su cuarto, á ella contiguo.

Guiomar al despedirse de él le apretó la mano afectuosamente.

—Tu constancia es acreedora á todo, le dijo.... Hasta la noche!

Beltran la acompañó hasta la puerta de la estancia, y al despedirla con afectada sonrisa, murmuró entre dientes y con la mayor desesperacion:

—Hé ahí convertida en infernal una noche de delicias.. Si pudiera prevenir á la reina!!!

Y marchó á encontrar al rey que paseaba con la córte en los jardines del palacio.





II.



UNA de las ventanas del aposento de don Beltran de la Cueva, que moraba en el palacio real, daba enfrente de la cámara de la reina, y la otra sobre las deliciosas márgenes del Pisuerga. Ambas ventanas se hallaban cubiertas con dos grandes cortinas de terciopelo carmesí con ancha franja de oro, y en el fondo

de la estancia habia una puerta principal por donde se comunicaba con el resto del palacio, y á uno de los lados, y

muy disimuladamente habia practicada en el muro una pequeña puerta falsa para pasar secretamente á las habitaciones del rey. La llave de esta es la que don Beltran se vió forzado por no despertar sus celosas sospechas , á entregar á doña Guiomar.

La hora de la queda habia ya sonado , todo se hallaba en silencio en el palacio y la ciudad , cuando don Beltran, colocado en la ventana que daba frente á la cámara de la reina , despues de contemplar la hermosura de la noche tan serena y apacible , ocupado en sus amorosos pensamientos, tomó el laud, y considerando que aun la reina tal vez no se habria entregado al sueño, preludió unos cuantos sonidos con su laud, y con su hermosa voz cantó unas trovas amorosas.

A poco de haber empezado á cantar don Beltran notó que abrian una de las ventanas de las habitaciones de la reina, pero el balcon se cerró de repente al terminarse la última estancia. Maldecia Beltran su imprudencia temeroso de haber indignado á la reina con su libertad , y arrojó lejos de sí con enfado el laud sobre uno de los sillones ; y corrió la grande y pesada cortina de terciopelo de la ventana. Un momento despues sintió pasos y abriéndose la puerta del fondo vió entrar á la reina. Corrió á su encuentro, besó reverente y enamorado su mano , diciendo :

—Qué felicidad! al fin puedo libremente arrojarme á vuestros pies.

—A los míos? mirad don Beltran que os equivocais!

—No os comprendo , respondió Beltran, vuestra voz está trémula , pálido vuestro rostro , y llenos de lágrimas vuestros ojos. Si son los remordimientos , señora , los que

asi os atormentan decidlo , señora , y me vereis por la última vez. Antes mi destierro á que estaba resuelto ayer, primero mi muerte , que costaros una sola lágrima , que turbar la paz de vuestra alma! Hablad , decidme , que os aflige? En qué he podido ofenderos?

—Preguntádselo á doña Guiomar , esa muger voluptuosa que vende sus gracias al poder , que quiere con su orgullo encadenar á la vez al monarca y al favorito , esa muger como el genio del mal se interpone siempre entre mí y mis mas caras afecciones. Ella me ha arrebatado el aprecio de Enrique , ella me hace el ridículo juguete de vuestra pasion.

Pero Beltran deteniéndola en el momento en que iba á marcharse , se arrojó á sus pies , le contó como habia sido sorprendido por Guiomar , cómo para destruir sus sospechas que iban aproximándose á la realidad, se habia visto obligado á aceptar una cita. El calor y la verdad de sus palabras persuadieron á Juana de Portugal , cuyo corazon ya habia perdonado , aun antes que sus lábios confirmasen el perdon.

Beltran habló aun mas , no para justificarse ; el amor comienza por ser tímido y mudo , despues vienen las declaraciones , los juramentos , la fiebre que se apodera del cerebro , que hace palpar el corazon , que inflama las miradas , la necesidad de decirse que se aman , y la confianza de dos almas que se descubren enteramente su interior, todo eso explicado en una especie de language sutil , especial, inagotable , cuyo secreto solo poseen los amantes y que en su exaltacion solo pueden comprender ; despues al fin asi como el enfermo despues de un gran esfuerzo cae

aplanado , asi se aplanan todas estas pasiones , y llega el momento de la última prueba , la mas peligrosa de todas, el silencio....

Un ligero ruido hácia la puerta secreta vino á interrumpir los mas vivos juramentos de un amor eterno.

Admirados , inmóviles los dos amantes , escucharon en silencio , eran pasos lentos que cada vez se aproximaban mas. Un momento despues oyeron meter una llave en la cerradura.

—Dios mio ! qué ruido es este? exclamó muerta de miedo y turbacion la reina.

—Maldicion ! grita desesperado Beltran. Van á abrir aquella puerta. Ocultáos pronto.

—Nos han descubierto! Estoy perdida.

—No tengais cuidado. Ocultáos en el hueco de esta ventana, detrás de esa cortina, desde ahí podreis oirlo todo sin ser vista.

—Con que sabeis quién es?

—Un demonio del infierno, doña Guiomar!

La reina se escondió cuidadosamente detrás de la cortina que cubria la ventana donde pocas horas antes habia estado don Beltran tocando el laud. Apenas habia concluido de colocarse en ella , cuando la puerta secreta cediendo á los esfuerzos que hacian para abrirla , dió paso á doña Guiomar , cuya aparicion dejó á Beltran tan parado como si un rayo le hubiese herido repentinamente.

—Sabeis Beltran , que tengo que reñiros? le dijo doña Guiomar con la mayor familiaridad tomando asiento á su lado. Es menester que seais mas cauto. El amor os hace delirar. Ya se vé.... habeis sido hasta ahora tan callado,

que quereis indemnizaros de tanto silencio! Bella trova por cierto! Yo la escuché desde el aposento de don Enrique, y procuré distraerle para que no comprendiese su sentido. Veis cuán pronto habeis tornado á vuestra antigua alegría?

—Señora, esa trova.... murmuró con la mayor confusion Beltran.

—No me he incomodado, Beltran, no por cierto. No soy tan desdeñosa como os figurais ni debeis quejaros de mis rigores. De hoy mas no cantareis penas ni desdenes. Amor y solo amor debeis cantar.

Beltran estaba en brasas, y asi solo respondia á las afectuosas palabras de doña Guiomar por monosílabos....

—Tanta felicidad!

—Sabeis, le dijo al fin Guiomar, que vuestra pasion os hacia mudo, y vuestro amor ya correspondido mudo tambien?

—Es que ahora...

Oyóse en este momento alzar el picaporte de la puerta del fondo que se hallaba cerrada, y dar dos ó tres golpes llamando para que la abriesen.

Sobresaltóse doña Guiomar.

—Quién puede ser? Dios mio! y á estas horas.

—Lo ignoro absolutamente, señora, os juro que no esperaba á nadie.

Repetíanse los golpes con mas esfuerzo en la puerta, y al mismo tiempo gritaban desde afuera:

—Beltran! Beltran!

—Cielos, el rey! exclamó aterrada doña Guiomar. Somos perdidos. Salvadme, Beltran, y al mismo tiempo se diri-

gia á esconderse detrás de la cortina de la ventana donde poco antes se habia ocultado la reina.

Detúvola Beltran inmediatamente y señalando á la ventana de enfrente , la dijo :

—Qué vais á hacer? No... detrás de aquella cortina.

Colocóse en el hueco de la ventana medio muerta de terror y de sobresalto Guiomar, y Beltran trémulo, abrió la puerta al rey. Creyóse perdido, vendido, no habia remedio alguno para él. El esposo ultrajado, el amante engañado venia á sorprenderle en su doble crimen. Sin embargo, el semblante del rey no espresaba ni la indignacion ni la cólera, solo sí el disgusto de que tanto tiempo le hubiesen detenido á la puerta.

—Creí que no querias abrirme.

—Señor! respondió tímidamente don Beltran.

—Estoy tan desvelado, dijo el rey tomando una silla y sentándose muy tranquilamente, que no he podido conciliar el sueño, y he venido á pasar la noche á tu lado. Siéntate tú tambien. Acuérdate cuantas noches hemos pasado juntos conversando sobre los negocios del reino, sobre mis amores, ú oyendo las cántigas amorosas que tú componias á la dama de tus pensamientos, dama que nadie conoce y que solo existe en tu fantasía. Sabes que si fuese un ser real casi llegaria á estar celoso de ella? Me parece que de algun tiempo á esta parte se ha entibiado el afecto que me profesabas.

—Podeis creerlo?

—En mí, al contrario, cada vez me es mas necesaria tu presencia que tanto me escaseas. No quiero que el nuevo cargo de gran maestre te distraiga del gobierno de palacio.

Quiero verte todos los días , hablarte á todas horas. Yo te recompensaré esta exactitud. Y qué te podré dar ya? No eres gran maestro de Santiago? no mandas mas que mis ministros? No reinas tú por mí en Castilla?

—Imposible me será , contestó lleno de rubor don Beltran , pagaros tanta bondad , creed que cada vez soy mas indigno de ella , y al mismo tiempo le besó la mano.

—No digas eso. Tú eres mi único , mi íntimo amigo : el hombre llega á una edad en que su corazon se niega á contraer nuevos vínculos , en que se gasta la energía del alma , en que el fuego del corazon se concentra en antiguos recuerdos en vez de dilatarse á nuevos objetos. Yo agoviado con los disgustos de reinar , con las enfermedades que debilitan mi cuerpo , me he anticipado á la edad , estoy ya en ese caso. Vivo solo y nada nuevo veo en derredor de mí. No amaré mas que lo que hasta ahora he amado. Tres objetos , Beltran , tres solos! Juana mi esposa , á quien á pesar de mis infidelidades aprecio y respeto: Guiomar , que con sus graciosos atractivos forma el encanto de mi vida , y tú , que no me abandonarás jamás , no. Hé aquí los tres únicos seres que me unen al mundo , los únicos de quien me fio , que quisiera ver á todas horas , y que no abandonaré jamás. El cielo me ha negado un descendiente á mi corona , un hijo que yo hubiera procurado hacer mas feliz que yo , en quien hubiera cifrado mi gloria , mi porvenir... ah!

—Olvidad ese pensamiento , desechad esa idea que es vuestro tormento.

—Decís bien , no hay tormento mayor que ser condenado á aparecer sobre un trono como una fugaz exhalacion

que cruza la esfera sin dejar la menor señal en pos de sí. Esta idea me arrebató, acalora mi cabeza.

Un largo silencio siguió á estas palabras.

En vano las miradas del rey habian buscado las miradas de su amigo. Beltran con los ojos bajos, mudo, parecia confundido por su conciencia y aunque ningun movimiento revelaba la presencia allí de la esposa y de la querida del rey, le preocupaba el peligro que á cada instante podria tener la estancia del rey en su cuarto, era indispensable á toda costa alejarle de allí y libertar á la reina de la mortal ansiedad en que necesariamente debia encontrarse.

—Señor, le dijo, debeis retiraros. Pasar la noche en vela podrá alterar vuestra quebrantada salud.

—Estoy bueno, respondió el rey. La noche es de las mas apacibles del otoño. Necesito respirar el aire puro. En esa ventana cuyas vistas son sumamente agradables hablaremos con comodidad.

Levantóse al mismo tiempo y se dirigia á la ventana cuya gran cortina habia dado un abrigo á la reina, muerta de terror.

Beltran viendo el peligro, se puso delante del rey, y le dijo:

—El aire es demasiado fresco, os hará mal.

—No importa, contestó el rey, dirigiendo sus pasos á la ventana.

—Es imposible replicó Beltran poniéndose delante de él, y procurando detenerle.

—Estoy resuelto, dijo el rey con tono decidido.

Al mismo tiempo se oyó un grito detrás de la gran corti



na de terciopelo , que cubria la ventana y se oyó el golpe de una persona que caia al suelo, viéndose por debajo de la cortina la franja de un vestido blanco.

—Beltran, díjole el rey entonces. He ahí el obstáculo que se oponia á que respirásemos juntos el aire del Pisuerga en esa ventana. Voy á ver tu linda dama.

Beltran deteniéndole respetuosamente, le dijo en ademan suplicante.

—Señor!

—Aparta, te digo, que la he de ver!

Beltran que comprendió todo lo terrible de su situacion, que iba á perder á la reina, sacando la espada cerró el paso al rey, que quedó asombrado de su accion.

—Os juro, le dijo , por Santiago de cuya órden soy gefe soberano que no pasareis de aquí , y al mismo tiempo trazó sobre el pavimento una línea con la espada.

—Maestre! temprano os rebelais contra vuestro rey!

—Siempre obré como caballero. Esa muger que ha hecho desfallecer el temor de vuestra vista , moriria de dolor si llegarais á conocerla. Está en mi cuarto bajo mi proteccion.

—Su nombre al menos? repuso el rey lleno de curiosidad.

—Jamás. El que cobarde ó jactancioso revela el nombre de la muger que corresponde á su amor, es un villano , un traidor, un mal caballero.

—Sin duda es Guiomar? solo esa belleza pudiera interesaros el ocultarle de mí.

—Juro por esta cruz, que es una muger casada. Ved si me importa defender su honor.

—Tal vez la duquesa de....

—Señor no lo habeis de saber.

El rey alargándole con afecto la mano se la estrechó diciéndole.

—He ahí el pundonor castellano. Asi me gusta. Yo te fio mis amores y tú me reservas los tuyos.

—El secreto de vuestros amores es el secreto de toda Castilla: el mio morirá en mi corazon.

—Hasta mañana! dijo el rey con irónica sonrisa: conozco cuanta habrá sido tu impaciencia durante mi visita, y yo queria prolongarla toda la noche!!!!

Beltran fué á despedir al rey aunque sin salir de su aposento, pero en el momento en que despues de haber salido don Enrique vuelto de espaldas á su cuarto desde la puerta le hacia una profundísima cortesía, doña Guiomar salió rápidamente de su escondite, corrió á la ventana de enfrente, tiró de la cortina, y vió á la desgraciada reina tendida en el suelo, pálida, privada de conocimiento.

Cuando Beltran volvió para ir á buscarla se dirigió á él con los ojos encendidos de cólera, lanzó una mirada de despecho á Beltran que quedó aterrado, confundido al ver descubierto el secreto de su corazon.

—Todo lo sé, le dijo. Te burlabas de mí, miserable!!!

Y sin aguardar su respuesta le volvió la espalda saliendo por la puerta principal.

—Mañana voy á partir con los caballeros de Santiago para mi fortaleza de Uclés, le gritó con voz trémula don Beltran.

Doña Guiomar no contestó ni volvió la cabeza.

Juana á fuerza de los cuidados de Beltran volvió prontamente en sí: el recuerdo de la terrible escena que acaba-



ba de pasar, el peligro que habia corrido reanimaba todos sus temores, las palabras que habia oido despertaban sus remordimientos, la esposa criminal creía ver aun el fantasma acusador de su esposo, y su imaginacion aterrada le representa que su enemiga, su rival tenia en sus manos el terrible secreto de que podria prevalerse su maldad.

Todos ignoraron el suceso fatal de esta noche, Guiomar solo lo sabia, pero Guiomar no podia abusar de él sin perderse.

La reina habia estado oculta bajo la cortina de la ventana de la derecha.

Doña Guiomar habia estado escondida bajo la cortina de la ventana de la izquierda.

Si la una era la esposa, la otra era la querida favorita del rey; y ambas se habian encontrado á deshora de la noche en el aposento de don Beltran de la Cueva.



III.



EL DIA SIGUIENTE , Beltran trató de marchar con los caballeros de la órden de Santiago á la fortaleza de Uclés , pero el rey lo resistió tenazmente. Sin embargo, Beltran conoció que era indispensable.

Cuando en el corazon de las mugeres se despierta una passion, miden su estension, se alarman al principio, tratan de

huir del peligro, llaman en su ayuda la razon: todo es entonces dudas y combates, y no ceden sino llorando á su debilidad. Una vez conocida de las gentes su derrota, todo cambia de aspecto, callan los lloros, adormécense los remordimientos, y como su sola excusa está en el exceso de su passion, entréganse á ella con embriaguez, refugiándose en su amor como en su único abrigo. La culpable esposa habia resistido con todas sus fuerzas, y temiendo haber cedido á un sentimiento débil, á un capricho efímero, trataba para asegurarlo de que la ternura de su amante se manifestase con nuevas pruebas, porque le parecia ser menos culpable cuanto mas estaba apasionada, y la que mucho habia sacrificado, se juzgaba con derecho á exigir muchos sacrificios de su amante.

Asi que la reina buscaba la presencia de Beltran, con una ansia capaz de alarmar á este sobre su mútua seguridad, espiaba sus pasos, gestos y palabras, zelosa de un bien que debia exclusivamente pertenecerle, y que tan caro habia comprado á precio de su tranquilidad y de su honor.

Doña Guiomar cruelmente engañada, herida en su vanidad, no habia olvidado una ofensa que jamás perdonan las mugeres, y todo debian temerlo la reina y Beltran de ella, sino de una venganza calculada al pronto, al menos de alguna indiscrecion de aquellas que revelan despues inmediatamente la verdad.

Asi don Beltran vigilado por esta parte se conducia con la mayor reserva, tratando con estudiada indiferencia á la reina que se alarmaba de su frialdad, pues evitaba cuidadosamente el hallarse á solas con ella, viendo ordinariamente á su real querida en la cámara del rey.

Este resistia siempre el dejar marchar de su lado á don Beltran, pero una invasion de los moros del remo de Córdoba y Sevilla en las fronteras de Castilla, vino á servir poderosamente á sus intentos.

Marchó don Beltran al frente de sus caballeros, y algunas tropas á contener sus correrías.

Seis meses duró la espedicion, y la córte de Castilla presentó un aspecto triste y sombrío de que vino á sacarla un suceso grande, muy ansiado en Castilla, y que debia influir altamente en sus destinos. La reina doña Juana iba á dar, despues de largos años de esterilidad, un heredero á la corona de Castilla.

Un dia que el rey estaba en su cámara rodeado de sus cortesanos, y mas contento que de ordinario, el marqués de Villena le dijo:

—Vuestra alteza, está hoy mas satisfecho que nunca. Desde la partida del gran maestre de Santiago nunca os ví tan alegre.

—Jamás he tenido iguales motivos de contento. Iñigo de Haro volvió de desempeñar su comision en Alcalá. El maestre torna hoy victorioso de su espedicion contra los moros de Córdoba.... tú has concluido un tratado de paz ventajoso con mi querido hermano y suegro Alfonso de Portugal.

—He empleado, replicó con afectada modestia, todas mis fuerzas para terminar en provecho de ambos pueblos las diferencias que de antiguo los dividen, crea V. A. que me reputo feliz en tener la ocasion de prestaros este nuevo servicio.

—Yo tambien tengo un proyecto que ha de afirmar esta

alianza. Y vos Juana, dijo despues dirigiéndose á la reina, no me preguntais por la respuesta que ha traído Iñigo de Haro? Quiero pagaros la galantería que habeis usado conmigo bordando asídua, y secretamente esta banda.... Pensábais ocultármela hasta que estuviese concluida.... no es verdad? os sorprendí en tan grata ocupacion y confesásteis que era un don que destinábais á mi amor.... que de hoy mas será toda mi delicia.... El mensagero que envié al santo Diego de Alcalá, ese bendito religioso por quien el cielo ha obrado tantos prodigios, suplicándole me revelase la suerte de mi sucesor á la corona ha oído de la boca misma del santo su divina inspiracion. Llegó á los últimos momentos, cuando el portentoso lego tendido sobre una cruz de ceniza, rodeado de la comunidad penitente aguardaba con la muerte el premio de su virtud. Oyó la demanda de su rey en aquella hora solemne, alzó al cielo los ojos, é inspirado contestó á Iñigo de Haro: *Volved á Enrique y aconsejadle penitencia... De Juana de Portugal nacerá una hija que será el germen de desastrosa guerra civil en Castilla. A Enrique sucederá una Princesa modelo de virtud, cuyo poder no bastará á contener un mundo.*» Quiso mas despacio preguntarle Iñigo de Haro.... pero el cántico de los moribundos que entonaban los religiosos, acompañó los últimos suspiros del santo.

—Creeis, Enrique, dijo la reina, en esa prediccion?

—Yo creo firmemente en las palabras de los santos, contestó el rey con tono firme y religioso.

El marqués de Villena que no era tan decidido creyente como el rey, replicó:

—El oráculo no es muy difícil de cumplirse. Si teneis

una hija, la ley, la práctica inmemorial, constante de Castilla la llamará al trono de su padre..... la guerra civil es tan fácil predecirla que hasta ahora todos los reinados anteriores al de V. A. han sido harto agitados! Vos mismo, señor, añadió con cierta ironía, tomásteis las armas contra vuestro padre don Juan II.

—Marqués de Villena, no me recordeis una accion que me destroza el alma.

Un page entró en este momento á anunciar la llegada del gran maestre de la órden de Santiago, que habiendo dejado sus tropas se habia adelantado una jornada para presentarse al rey.

Diversos efectos causó este anuncio en el semblante de los cortesanos. Cualquiera hubiera podido notar la turbacion de la reina.

Entró don Beltran armado de pies á cabeza, y sobre su rica armadura el manto blanco donde campeaba airosamente la roja cruz de Santiago, alzó la visera del bruñido casco, dobló la rodilla y besó la mano del rey, que alzándole afectuosamente del suelo le estrechó en sus brazos diciéndole:

—Beltran, ya se me hacia insoportable vuestra ausencia.

—Seis meses há que ni un solo momento he dejado de pensar en vos,

Y al mismo tiempo dirigió una espresiva mirada á la reina.

—Sin embargo, dijo el marqués de Villena con cierto tono de afectada cortesía, los habeis aprovechado. Sois tan buen guerrero, como gallardo cortesano.

—Hemos sabido vuestras victorias, dijo tímidamente la reina que hasta entonces no habia tomado parte en la conversacion.

—Si, la interrumpió el rey, me ha ganado las villas de Andújar, Baeza, Ubeda, y ha llegado hasta las murallas mismas de Córdoba devastando sus fértiles campiñas y talándolo todo.

—El hambre les hizo pedir la paz que en vuestro nombre les otorgué, contestó el maestro.

—Cara se la habeis vendido, maestro! exclamó con desdeñosa sonrisa doña Guiomar.

Por un movimiento que no es fácil reprimir al ver atacada á la persona que se ama, salió á su defensa la reina y contestó mirando severa á Guiomar:

—Nada ha exigido para sí ni para los caballeros de su orden.

—Cierto! dijo el rey, y me recordais la deuda en que estoy..... Concedo á vuestra orden las alcabalas, y los diezmos del terreno conquistado, y á vos os reservo por premio estos brazos, y al mismo tiempo le estrechó afectuosamente en ellos, y os hago merced de la orden de la banda..... para probaros cuánto es mi afecto os entrego esta que la reina con sus propias manos ha bordado para mí..... Besadla la mano.....

Beltran besó la mano de doña Juana que al mismo tiempo y en voz baja le dijo:

—Llegó á su destino..... la bordaba para tí.

Turbados quedaron ambos por un momento, pero el rey los sacó de esta situacion, preguntando á don Beltran:

—Maestre, de vuestra gloriosa espedicion habeis vuel-

to enteramente libre? Habeis olvidado los amores de aquella dama , cuyo coloquio vine á interrumpir una noche.....

—Señor , esa pregunta..... le interrumpió Beltran.

—Os parece indiscreta... ya, delante de estas damas seria poca galantería hablar de amores que no inspirasen ellas... No os atreveis á esplicaros francamente..... lo veo , pero yo que no tengo ningun miramiento que guardar, responderé por vos. No, maestre; vuestro corazon no se halla comprometido.

La reina respiró, pues temia si podria el rey sospechar algo de su pasion.

—Ha llegado el momento , continuó éste , de verificar un proyecto mucho tiempo en silencio meditado, y que os ha de sorprender.

—Alguna nueva bondad de V. A.

—He querido ayudar los designios del marqués de Villena. Las diferencias que existian con el Portugal, han quedado terminadas por un tratado que ha concluido su política.

—Falta solo que lo firmeis, señor, y me llenará de orgullo vuestra aprobacion , dijo el marqués como modesto ministro.

—Hago aun mas..... he querido poner el sello á este tratado de paz con la alianza del hombre mas poderoso de Portugal..... en una palabra, os preparo maestre un matrimonio brillante.

Un frio mortal se apoderó de la reina.

Doña Guiomar alzó los ojos clavándolos alternativamente en la reina, y en el maestre para espiar el efecto que les causaba esta proposicion.

—Si, continuó el rey, la hija del embajador, el duque de Viseo. No es una belleza perfecta? ojos negros, penetrantes, talle esbelto..... á vos, Juana, qué os parece?

—Cierto, contestó la reina, pudiendo respirar apenas, es una jóven hermosa..... muy bella, si..... ya lo habreis notado maestre?

—El maestre es muy hipócrita en amor, continuó el rey, yo sé ciertas cosas..... estoy seguro que ya ha reparado él en tantas gracias..... además es una de las herederas mas ricas de Portugal..... noble como el mismo rey. Habeis enmudecido?

El maestre en efecto parecia haber enmudecido, volvió en sí de su turbacion y con una sonrisa demasiado afectada dijo:

—Eso mismo me ha hecho callar. Quién soy yo? Qué podré ofrecer á esa jóven en cambio de tantas ventajas?

—Mi amistad, seiscientos mil escudos y un ducado en Castilla.

—Tantas mercedes á un hombre obscuro! murmuró con ira el marqués de Villena; sin embargo, asi se firmará mi tratado.

—Es preciso que esteis enamorado ó loco para renunciar estas ofertas, y yo sé que no sois ni lo uno ni lo otro.

La reina aguardaba con la mas viva ansiedad la contestacion del maestre, este besando respetuosamente la mano del rey de rodillas, se levantó diciendo:

—Por lo mismo las rehuso.

Dudó el rey si habia oido bien; brilló un rayo de contento en el rostro de la reina, y Guiomar siempre obser-

vadora atenta se dispuso á sacar partido de esta insinuacion para su venganza.

—Decís, preguntó el rey, que las rehusais?... hacéisme una afrenta, añadió despues tomando un ademan severo; contando con vuestro consentimiento he dado al duque mi palabra real..... pensadlo bien, maestro, porque ya no me está bien ni la puedo revocar.

—Mi corazon..... respondió tartamudeando el maestro.

—Vuestro corazon! Me habré engañado! tal vez un amor caballeresco le exalta hasta ese punto. Yo indagaré cuál es el móvil de ese sentimiento que os hace renunciar tanta fortuna. Yo descubriré dónde se oculta esa hermosa desconocida que os hace resistir mi voluntad. La reina..... ó doña Guiomar podrian solo en Castilla merecer de un hombre tanto sacrificio.

Juana temblaba llena de terror; pero el rey al pronunciar con tono firme las últimas palabras, habia dirigido su vista á doña Guiomar de quien recelaba algun tanto.

Como hábil cortesana y muger ultrajada no quiso esta dejar afirmar estas sospechas, antes bien creyó ver una ocasion de revelar el fatal secreto que encerraba en su corazon, sin hablar precisamente una palabra de él.

—Señor, respondió con despique, vuestras ofertas son magníficas, y el maestro, aunque muy galan, no las rehusaria sin un amor correspondido: examinad, añadió despues con la mayor intencion, el semblante de vuestras damas y conoceréis fácilmente al objeto de su adoracion. La que viéreis estremecerse al oir hablar del matrimonio del maestro, la que veais pálida y temblando bajar la cabeza para ocultar su turbacion, dispuesta á desmayarse.... esa,

esa, señor, es el objeto verdadero de su ardiente pasión.....

La reina en efecto se hallaba casi á punto de desmayarse.

Beltran midió de una sola mirada el gran peligro que amenazaba, y se resolvió á salvarla.

Con tono firme interrumpió á su enemiga que habia jurado vengarse de él, y que se hallaba en posicion de hacerlo impunemente en aquel momento.

—Quién os ha hablado de amor?... No me ha dejado concluir V. A. : decia que mi corazon..... era demasiado altivo para humillarse á recibir por esposa á una muger de quien nunca podré ser igual.

—Bah! y era esa toda vuestra repugnancia, dijo el rey frotándose las manos! con un movimiento de alegría. Entonces yo os haré decidir. Mi voluntad se cumplirá.

—Y se firmará mi tratado, añadió el marqués de Villena por lo bajo.

—Dentro de unos dias marcharé á Lisboa á pedir al duque la mano de su hermosa hija.

—Es inútil, el duque está en Valladolid, en mi palacio mismo.

—Le veré mañana.... ó pasado mañana.

—Podeis verle ahora mismo.... le estoy aguardando.

—He caido en el lazo, dijo entre sí Beltran.... no hay evasion alguna!

El rey dirigiéndose al marqués de Villena, le dijo:

—Marqués de Villena, avisad al duque de Viseo, que espero me presente las condiciones de la paz con Portugal, y añadidle que le espera tambien conmigo su yerno el duque de Ledesma y de Alburquerque.

—Señor! exclamó el maestre arrojándose á sus pies.

—Tambien vos me interrumpis. Alzad duque de Ledesma y de Alburquerque, señor de Cuellar, Atienza y Roa.... tomad por ahora estas villas para vuestro acostamiento....

El marqués de Villena cuyo carácter envidioso se habia dado ya á conocer, salió á cumplir el mandato del rey pensando entre sí en qué vendria á parar tanta elevacion.

La reina cuya posicion era en extremo violenta se apresuró á aprovecharse de esta ocasion para retirarse con sus damas.

—Os felicito por vuestro enlace , dijo al marchar á Beltran, puede satisfacer la mas alta ambicion, sed feliz, muy feliz, gran maestre!

—Llamadle duque, señora, dijo el rey.

—Todavía no lo soy, replicó el maestre.

Al salir de la régia estancia con la reina, doña Guiomar con una insolente é irónica mirada dirigiéndose á don Beltran, le dijo:

—Yo tambien os doy el parabien, señor duque!!!

Pocos momentos despues un page anunció la llegada del duque de Viseo , que inmediatamente se presentó al rey.

Adelantóse afectuosamente á recibirle.

—Os aguardaba , le dijo, con impaciencia.... El duque de Ledesma y de Alburquerque , el gran maestre de Santiago , acepta el honor que le dispensais enlazándole con vuestra hija.

—Yo en su nombre os doy las gracias y os acreditaré cuán satisfactoria me es esta union.

—V. A. lo ha dispuesto todo y yo he tenido un placer

en conformarme con su voluntad , respondió el duque:

Viendo el maestre que el rey tomaba en la mano el pergamino y el sello real que iban en algunos minutos á decidir de su existencia, cuando el rey tenia la pluma en la mano para firmar su contrato matrimonial.

—Permitidme, le dijo deteniéndole, que os dé una prueba de mi agradecimiento en presencia del duque. Esta union que colma mi felicidad, que me llena de orgullo , no ha de ser preferida á vuestros intereses. Firmad primero la paz con Portugal.... despues mi matrimonio.

Arqueó el duque las cejas, pero hábil diplomático disimuló su disgusto.

—Me es indiferente. El marqués de Villena ha estendido el tratado.

El rey cogiendo la pluma dijo:

—Ahora mismo quedará concluido , y se disponia á firmar nuevamente ya , cuando el maestre le detuvo diciéndole :

—Un momento. V. A. no leerá siquiera las bases del tratado? El señor duque tendria un placer en leeróslas.

—Con mucho gusto.

Cogió el tratado el duque y comenzó á leer: *Castilla cede á Portugal para siempre.....*

El rey á quien comenzaba á fastidiar tanta dilacion y que se veia amenazado de oír la larga lectura de un tratado, interrumpió al embajador.

—Es inútil os tomeis ese trabajo. Villena lo habrá visto bien.

—Inútil ese trabajo! exclamó el maestre , y se trata de enagenar una porcion del territorio.

—Sabed, replicó el embajador, que por indemnizacion se reserva mi rey esta pequeña porcion de territorio.

—Pequeña porcion!!!... y es la mas rica y poblada de Castilla que fertiliza el Duero!

—Mirad señor, dijo aproximándose al rey, y desplegando ante sus ojos la carta geográfica de Castilla..... aqui la teneis pintada. Debeis ceder todo este terreno que ciñe una faja encarnada.

Enrique no sabia que pensar siguiendo sobre la carta las lineas que le trazaba el dedo del maestre, no pudo menos de sentir en su corazon la pérdida del fértil pais que querian arrebatarle, y se admiraba de que el marqués de Villena hubiera podido prestarse á tan exageradas concesiones, esperaba con placer tal vez que su favorito, en la discusion con el embajador, recuperase alguna parte.

—En efecto, dijo, podrá haber algun error.

—Los ministros de V. A. lo han mirado bien, contestó el embajador, lo han juzgado indispensable, y tal es añadió despues con toda la arrogancia portuguesa la voluntad del rey de Portugal.

—Y el rey de Castilla aquí presente no tiene tambien su voluntad? No puede anular la disposicion de sus ministros?

—Duque de Viseo, duque de Alburquerque, dijo el rey, mediando entre los dos en cuyo rostro se veia pintado el orgullo y la irritacion. Todo puede componerse, que esta querella política no altere vuestras relaciones, recordad que sois padre é hijo!

—Soy castellano, replicó el maestre animándose cada vez mas, y las bases del tratado, se resienten de haberse

sacrificado los intereses del país á la influencia estrangera.

—Qué os atreveis á decir ?

—En vano, continuó el maestre levantando cada vez mas la voz, en vano se lanza á la lucha invencible el león de Castilla contra el agareno, si dócil ha de dejar arrancar de sus garras por un príncipe cristiano el terreno con tanta sangre recobrado! Perdereis por un solo golpe de pluma lo que costó cien batallas ganar ?

El calor con que el maestre pronunció estas palabras hizo una impresion grande en el ánimo del rey, sus temores despertados al par que su orgullo siguieron la impulsión que el maestre les daba: el representante de Portugal le pareció su mas terrible enemigo.

El duque de Viseo podia apenas dominar su cólera.

—Duque de Alburquerque, gritó, temed que vuestra oficiosidad no ocasione un rompimiento..... temblad de ofender á Alfonso de Portugal!!!

—Duque de Viseo! temblad de escitar la cólera de Enrique de Castilla!

—Tranquilizáos! les gritó el rey, pero ya no era tiempo, la cólera habia llegado en ambos al último extremo.

—Será nulo el tratado? dijo el embajador dirigiéndose al rey.

—Decidlo, duque de Alburquerque, contestó el rey entregándole el pergamino donde se hallaba escrito.

—Pues queda roto desde este momento, dijo el maestre rasgándole en el acto.

—Perdereis la alianza de Portugal.

—Tendremos la de Francia.....la de Navarra.



—Señor, quereis la guerra?

—Jamás la he rehusado.

—Permitidme marchar á Lisboa.

—Salid hoy mismo de la córte de Castilla.

—Veinte caballeros , dijo el maestre , os acompañarán hasta la frontera.

El duque de Viseo lanza una mirada feroz al maestre, y una sonrisa desdeñosa de compasion al débil monarca , y salió haciendo una fria reverencia , de la cámara real.

Aturdido el rey con la escena que acababa de presenciar apenas volvía en sí de su admiracion.

—Bravo modo de concluir un tratado matrimonial! es-

clamó. Un tratado de paz y un casamiento deshechos en un instante. Ah! maestre cuánto os debo! y os juro que lo siento solo por vos.

—Yo no lo siento, señor, he cumplido con mi deber, he sostenido vuestro derecho.

—Demasiado! Tal vez os costará salir de nuevo al campo.

—Nada importa, vos vendreis á mi lado y la victoria coronará nuestro esfuerzo, pero os habeis alterado, y V. A. debe retirarse á descansar.

Pasaron á la cámara de la reina, y al ver á esta el maestre, en voz baja la dijo:

—Ya estareis desengañada, no soy ambicioso.

—Y ese matrimonio?

—Lo he roto.

—Cómo?

—He declarado la guerra á Portugal.

—Ah! y mi padre?

—Yo repararé ese golpe.

El rey se habia recostado sobre un ancho sillón, fatigado al parecer de la entrevista anterior.

Un page entró, y anunció desde la puerta al marqués de Villena.

—El ministro! dijo la reina al maestre en voz baja.

—No habia pensado en él, contestó sobresaltado el maestre.

—Decid al marqués que no puedo ahora recibirle, gritó el rey al page desde el sillón.

Pero el marqués de Villena se hallaba ya en la puerta de la cámara sin esperar el permiso del rey, y al oír sus palabras

—Sin embargo, le dijo, es preciso, que os hable en este momento: un negocio del estado.....

—Estoy fatigado ya de trabajar en los asuntos del reino hoy. Necesito descanso.

—V. A. me escuchará, replicó friamente el marqués.... si, me escuchará y no saldré de vuestra presencia sin manifestaros los peligros á que os espone un inconsiderado favorito. No temo incurrir en vuestra desgracia, vengo á provocarla.

El rey descontento, pero detenido por esta firmeza, miró al marqués con sorpresa, y leyó en su severo semblante una resolucion decidida, y entonces se resignó á una conferencia cuyo objeto preveia.

El maestro que conocia tambien el fin que motivaba la entrevista, saludó al rey, y dirigiéndose al marqués le dijo :

—Mi presencia podria seros importuna.... Podeis hablar con toda libertad.

En vano el rey le hizo una seña para que se quedase allí, afectó no comprenderla: la reina y sus damas, salieron tambien, y dejaron solo al rey con el ministro.

Un momento permanecieron en silencio, hasta que el marqués lo rompió diciéndole:

—Es cierto que un tratado político, por diez meses meditado laboriosamente, fruto de lealtad y continuas vigiliass, ha sido en un momento hecho pedazos por la mano osada de un jóven inesperto, cuya ciencia consiste solo en lucir su talle sobre un brioso alazan en los torneos, y galantear á vuestras damas?

—Espacio, marqués de Villena.... no hablais de esa

manera.... La accion de que os quejais es sola mia , enteramente mia , lo entendeis ? Será un capricho si quereis, pero debeis respetar los caprichos de vuestro rey.

—No, señor....no, os engañais. V. A. es incapaz de semejante veleidad. Esta desgracia es solo el preludio de la que la misma mano prepara á nuestra desgraciada patria.

—Pero....

El marqués continuó con mas fuerza.

—Vuestro padre don Juan II abandonó ciegamente la suerte del trono, y del reino á un favorito, á un hombre que de la nada habia elevado á la cumbre de la grandeza de Castilla.... á don Alvaro de Luna.... le nombró duque..... condestable.... gran maestre de Santiago.... lo mismo que vos habeis hecho con don Beltran. El pueblo se indignó, vos mismo, señor, tomásteis las armas. Las córtes del reino condenaron su conducta, don Alvaro fué separado del lado de vuestro padre, pero su ceguedad le llamó de nuevo menospreciando el voto nacional, don Juan perdió el amor de su pueblo.... y el rey hizo degollar en público cadalso al objeto de su predileccion. Mirad no prepareis igual paradero á la elevacion de vuestro amigo.

El rey con un gesto de horror exclamó:

—Jamás, jamás !

—Mientras pude seros útil estuve siempre á vuestro lado: en el campo de batalla , en el palacio , fuí siempre vuestro mejor vasallo. Hoy al destruir el acto , que os lo confieso, era el fruto de la mas previsora política habeis roto el vínculo de la confianza que nos unia , permitidme que me retire, y ponga á vuestros pies el cargo de condestable.

—Marqués!

—No el orgullo me hace obrar así.... aunque ofendido el amor propio de un rico-hombre de Castilla de ceder el poder á un aventurero sin mas título que vuestra escesiva bondad, hubiera en silencio sacrificado mi resentimiento á vuestra gloria, si este hombre fuese capaz de salvar el estado de las borrascas que van á agitarlo, porque os lo juro, señor, yo no le aborrezco. Pero su ambicion hasta ahora contenida, amenaza invadirlo todo, y aunque yo pudiera dividir con él el poder, conozco mi impotencia para evitar los males y no quiero responder de ellos á Dios ni á los hombres, y me he determinado á separar mi causa de la suya.... y de la vuestra tambien. Solo una palabra.... una palabra sola puede retenerme á vuestro lado. Yo la imploro de V. A. cualquiera que sea la idea que os dé este paso de mí. Debeis conocerme y sabeis que os he sacrificado mas de una vez mi vida.... mas aun.... mi reputacion. Por vos, por Castilla, no por mí, pronunciad esta palabra, os lo suplicó. Decidme que alejareis de Palacio á ese peligroso jóven, y os consagraré con alegria el resto de mi vida.

Al hablar así el marqués se arroja á los pies del rey, le coge las manos, las estrecha entre las suyas trémulas de emocion.

El anciano ministro, suplicando de rodillas por la primera vez á nombre de tan altos intereses, era mas respetable en esta humilde actitud que lo habia sido nunca rodeado de todos los homenajes del poder.

El rey visiblemente conmovido desasíó sus manos de las del marqués diciéndole en voz débil :

—Levanta. Tus servicios me son necesarios ; pero la amistad del maestro es indispensable á mi corazon !

—Alzóse del suelo el marqués de Villena con dignidad.

—Basta, señor.... he cumplido mi deber: os he dicho la verdad, os he advertido el peligro. Mi conciencia está tranquila. Cúmplase la voluntad de Dios! Él guarde á V. A. y os haga feliz.

Dió algunos pasos para salir , pero al volverse aun para mirar al rey, le vió cubrirse la cara con las manos para ocultar su enternecimiento, y volvió otra vez hácia él.

—No debia yo separarme asi de Enrique IV.... del amigo de mi juventud.... del hijo de mi buen hechor. Tal vez algun dia os afligirá la desgracia. Pluguiese al cielo que sea vano mi presentimiento , tal vez os vereis vendido por los que os rodean , y á quienes mas amais ; y entonces solo, desgraciado, esclamareis: Villena! mi fiel Villena, donde estais!.... Pues bien señor, yo estaré allí.... volveré.

El rey le tendió la mano y sintió caer en ella una lágrima al tiempo de besársela el marqués.

—Pero entonces , continuó este , tal vez os impedirá el rubor confesar que os habíais equivocado , y que yo tenia razon ; para evitaros esta confesion humillante tomad éste anillo que me entregó vuestro padre como prenda de amistad el dia en que mis esfuerzos lograron terminar la guerra civil , y reconciliaros con él. Desde entonces no he dejado ni un solo dia de llevarlo siempre conmigo. Me recordaba la memoria del padre, los deberes para con mi rey su hijo. Tomadlo , señor. Si algun dia teneis necesidad de mí , envidme este anillo. Su vista será una órden inviolable.... obedeceré.... sin preguntar y sin hablar una sola palabra seguiré al que me lo presente.... volvereis á ver á vuestro lado á vuestro mejor amigo, á vuestro mas fiel vasallo.

Al mismo tiempo colocó el anillo en el dedo del rey , le tomó la mano y la apretó contra su corazón.

—Plegue al cielo que nunca mas vuelva á mi poder este anillo.... y que esta despedida sea hasta la eternidad!

Y se marchó apresuradamente sin volver la vista atrás.

Doña Guiomar que iba á entrar en la cámara real en el momento en que el marqués de Villena se despedía decididamente del rey y le entregaba el anillo , se paró á la puerta situada á la espalda del marqués y del rey de quienes no podia ser vista , oyó sus últimas palabras, consideró atentamente el anillo , y revolviendo en su cabeza mil planes de venganza decia en su interior :

—Ah! precioso anillo, tú yendrás á mi poder.

Entró despues en la cámara del rey aun afectado con la entrevista última de Villena. Enrique se arrojó en sus brazos exclamando :

—Guiomar! Guiomar! qué infeliz soy! todos me abandonan.

—Yo nunca os abandonaré, le contestó la artificiosa cortesana procurando templar su dolor.





IV.



ERCA de dos años habian pasado despues que el marqués de Villena se habia retirado de la córte de Castilla. Beltran le habia sucedido en todos sus cargos, y su poder apoyado en la amistad que le dispensaba el débil monarca, y en el afecto de la reina llegaba á su apogeo. Tenia en su poder el sello Real, y aun mas tarde las órdenes se ejecutaban sin mas que su firma. La córte presentaba un triste aspecto no obstante haber nacido una heredera del trono, y que por

este acontecimiento se habian celebrado suntuosas y varias funciones, veíase en ellas en vez de la alegría que escitan siempre en el pueblo, un sombrío silencio preludeo seguro de desastres. Una parte de la nobleza se habia voluntariamente á imitacion de Villena retirado á sus tierras y castillos. Otros propalando las voces mas ultrajantes al rey y á la reina habian osado poner en duda la legitimidad de la princesa heredera del trono, y ó habian levantado manifiestamente el estandarte de la sedicion y la revuelta, ó se aprestaban secretamente á ello esperando ocasion segura y oportuna.

En vano procuraba don Beltran imponer al pueblo desplegando al rededor del trono gran fausto y magnificencia que contrastaba con la miseria general. Las partidas de caza eran muy frecuentes, y muy del gusto de la reina y de don Beltran porque no asistiendo el rey por lo regular á ellas, les ofrecia los medios de estar juntos substrayéndose á las miradas é indiscretas sospechas de los cortesanos.

Nada mas bello y animado que estas cacerías en que la jóven reina rodeada de la flor de los rico-hombres de Castilla animaba con la voz y con el ejemplo á la multitud agrupada en su rededor: tranquila é intrépida sobre su cabalgadura en medio del tumulto, de los relinchos de los caballos, de los ladridos de los perros, del sonido de las trompas de caza. Siempre la primera en salvar los obstáculos, en desafiar los peligros, no teniendo por rival infatigable mas que á su amante, magnífico, poderoso, jóven y atrevido como ella.

Cuán hermosa estaba entonces la reina de Castilla!

Un dia que se hallaban cazando en el bosque de Torde-

sillas, y que los monteros habian recibido como de ordinario la órden de marchar adelante sin cuidarse de ellos, un suceso imprevisto acabó de separar á la reina y á don Beltran de toda la comitiva. Al atravesar un pequeño arroyo el caballo de la reina fogoso é intrépido se resistió á entrar en él, y al querer obligarle, se desbocó echando á correr por otro camino distante del que seguian los cazadores.

Don Beltran metió espuelas á su caballo y siguió con igual velocidad el de la reina inquieto y alarmado, temeroso de un accidente, pero sin poder pasar delante para cortarle el paso. Parecian dos hábiles ginetes disputando el premio en una carrera. Abandonáronse á merced de los caballos que al cabo de un cuarto de hora se detuvieron fatigados.

Encontráronse en un sitio desconocido, la tarde era tempestuosa, y grandes gotas anunciaban la proximidad de un fuerte aguacero. Tendieron la vista para ver si descubrian algun sitio donde refugiarse, y solo vieron en medio del bosque el humo que se levantaba de una casa bastante cercana, y se determinaron á dirigirse á ella. Don Beltran ató antes los caballos á un tronco de un árbol, y dando la mano á la reina se encaminaron con gran presteza hácia la casa porque comenzaba ya la lluvia, y los truenos anunciaban estar encima la tempestad. Llamó á la puerta con grandes y repetidos golpes, reinaba dentro de ella el mas profundo silencio, volvió á llamar y nadie le respondió, asomándose entonces por una ventana que se hallaba abierta y solo á la altura de una vara del suelo, vió que la casa se hallaba absolutamente deshabitada.

—No hay nadie! y la tormenta arrécia á cada instante, y está ya encima de nosotros.

—Si, nos hemos alejado demasiado de nuestra comitiva, contestó la reina.

—Estas ventanas están demasiado bajas, apoyáos en mí, es fácil penetrar en esta habitacion y guarecernos de la tempestad. Es una nube de verano.

Al mismo tiempo tomando en brazos á la reina la ayudó á entrar en la habitacion, y reconociéndola dijo don Beltran :

—Esta casa está enteramente sola... Aquí hay una puerta cerrada, y no se oye nada, nada absolutamente. Aquí podremos aguardar á los monteros, los caballos que hemos dejado en el camino á la entrada de la senda del bosque que conduce esta casa les servirán de guia para encontrarnos. Temblé por vos y os he seguido, pero al alcanzaros ya habiamos perdido de vista á vuestra comitiva, la tempestad nos sorprendió, y ha sido preciso buscar un refugio.

—Un refugio ! decis bien : en las agitaciones que perturban á Castilla bien necesita la reina de un asilo !

—Siempre triste, siempre melancólica ! Desde que habeis dado una heredera á la corona de Enrique ha huido la paz de vuestro corazon ; en donde quiera recelais peligros y traiciones.

—Como no recelar Beltran ? dijo la reina dando un tristísimo suspiro, si terminadas apenas las justas y torneos, los festines que el rey hizo celebrar por el nacimiento de su hija, muchos de los ricos-hombres de Castilla han levantado el grito de la rebelion contra ella ; han puesto en duda la legitimidad de su nacimiento, y reclaman por príncipe heredero á Alfonso el hermano menor de Enrique mi esposo.

—El rey recibió el mensaje que don Pedro Giron, maes-

tre de Calatrava, y los condes de Alba, y de Plasencia cabezas de conspiracion , le han dirigido desde Villacastin y ha puesto la decision de tan grave negocio en manos de cuatro árbítrros , dos nombrados por los conjurados y dos por él mismo.

—No se aquietarán con la sentencia.

—Una hábil mano , un hombre avezado á la sedicion , y ejercitado en la intriga , los dirige aunque sin mostrarse abiertamente.

—El marqués de Villena! exclamó dolorosamente la reina.

—Yo he adoptado un recurso que tal vez aplacará la rebelion. El papa Paulo II , accediendo á mis insinuaciones ha lanzado su anatema sobre los conjurados , y ha enviado un Nuncio que los invite á la paz.

—Añaden , dijo la reina con religioso terror , que desde su silla ha predicho un castigo terrible, aterrador.

—Si , contestó sonriéndose Beltran , una profecia que yo haré cumplir y que nos ha de ser sumamente útil.

—Que el jóven Alfonso por pecados agenos moriria temprano y de repente.

—Ese pronóstico vale por un ejército; su realizacion por tres victorias.

—Ah! Beltran , dijo la reina llena de fuego apoyándose en su brazo , el porvenir de mi hija tal vez depende de él.

—Cuánto la amais!!

—Si la amo! dijo la reina poseida del mayor entusiasmo. A mi seno largo tiempo estéril no concedió una hija el cielo sino despues de haberle hecho violencia con mis plegarias , con las de un pueblo entero. Desde entonces tú lo sabes , me he alejado del tumulto de la córte , del fausto,

de los vanos placeres de la sociedad, porque el día en que nació mi Juana, yo he muerto para la tierra, para todo el género humano, escepto para tí, Beltran. Yo solo veo á ella y á tí en el universo. La revolucion que agita á Castilla, el fuego de la guerra civil que devasta los pueblos y conmueve mi trono, no me altera cuando estoy sentada junto á su cuna, tanto como el vuelo rápido de un leve insecto que pudiera perturbar su inocente sueño. La desgracia que sobre mi frente ha arrojado su nacimiento, me la hace mirar como mas interesante, y las penas que sin saberlo me causa acrecientan mi amor.

La reina interrumpió repentinamente sus palabras porque en la habitacion que estaba cerrada se oyó ruido de gente, pasos, y despues sintieron meter una llave en la cerradura.

—Silencio! dijo Beltran, viene gente, ... van á abrir esa puerta.

—Tal vez nos habremos entregado nosotros mismos en manos de nuestros enemigos.

—Ocultos podremos verlo todo, nada temais, yo os defenderé en todo trance.

En efecto, apenas se habian ocultado la reina y don Beltran en uno de los cuartos de la casa, que parecia al principio deshabitada, cuando se abrió la puerta de la habitacion que se hallaba cerrada, y de ella salieron varios hombres que por su trage humilde parecian gentes del pueblo, y una muger que debia de ser el ama de la casa.

El uno de ellos llamado Jacobo dirigiéndose á los otros les dijo mirando ya despejado el cielo.

—La tempestad ha pasado, amigos míos.

—Hasta luego , dijo despidiéndolos otro llamado Alvaro.

—Antes un abrazo , Jimena , dijo Jacobo dirigiéndose á la muger de la casa que rechazó sus caricias , ó por Dios! que os he de dar dos á la fuerza. Ola! ola! sois mas orgullosa que una reina. Ya lo creo! dicen que la nuestra no se hace de rogar con ese Beltran de la Cueva ó del infierno.

El maestre al oír esto quiso salir del sitio donde con la reina se hallaba oculto; pero la reina le detuvo agarrándose á su brazo y diciéndole en voz baja.

—Quédate aquí conmigo y escuchemos.

—Con que Jimena , continuó Jacobo , un beso sin escrúpulo , ese es un buen ejemplo!

—Silencio , le gritó Alvaro. Jacobo , deja tranquila á mi tia , y no vuelvas en mi presencia á hablar mal de la reina , y al mismo tiempo le apretó fuertemente el brazo.

—Si es cierto lo que dicen de ella no es tanta su culpa como la de ese maldito mancebo á quien ya se le aproxima la hora de pagar en el infierno su pecado.

—Ya lo creo , replicó Jacobo , y qué ageno estará él con la reina en Tordesillas de lo que les preparamos.

—Chit!... no seas hablador , y está puntual esta noche en la torre del Duero.

—Allí vereis nuestros señores , á las doce , cada uno dará su contraseña y su nombre al entrar.

—No faltaré , contestó Jacobo , aqui tengo la mia , y la enseñó al mismo tiempo.

—Y nosotros tambien , respondieron los demas. A Dios!

—Yo me quedo á esperar á mi hijo que me ha de acompañar tambien.

Marcháronse los hombres, retiróse á la pieza de donde habia salido la tía Jimena murmurando entre dientes:

—Yo me voy á arreglar lo que ese diablo de Jacobo ha descompuesto en la habitacion. Es mucho hombre! en bebiendo un poco de vino ya no se le puede aguantar!

Alvaro se recostó sobre una silla diciendo al mismo tiempo :

—Estoy cansado , rendido.... y esta noche que debere pasar en vela.... con esta irán ya seis que no se han cerrado mis ojos.

El cansancio no tardó en efecto en hacerle dormir profundamente. Todo quedó en silencio.

Beltran mirando á la reina que aun no habia vuelto en sí del susto y sobresalto que le causó la aparicion de aquellos hombres y sus atrevidas y descompuestas palabras:

—He aquí , la dijo, una revelacion que no esperábamos. Una tempestad que nos denuncia una conspiracion.

—No es ese descubrimiento, contestó llena de dolor la reina, Beltran, el que mas aflije tu corazon.

—Es verdad: cien veces he estado por salir y ahogar, con sangre, la voz de aquel infame que se atrevió á pronunciar vuestro nombre con su maldiciente lengua.... Ah! maldito el dia en que me visteis, señora, sin mí hubiérais sido respetada, idolatrada del pueblo.

—Que me importa, contestó la reina despues de un momento de silencio, lo que digan de mí? No sé yo mejor que ellos mi desgracia? Ah! lo que ellos no pueden comprender, lo que no saben, los que únicamente ven mi culpa, es que mi corazon ha luchado largo tiempo, que mis lágrimas han arrasado mis ojos, que el remordimiento ha destrozado

do mi alma, que el esposo que debía sostener mi virtud me ha abandonado. Ellos no saben esto y te acusan de haberme seducido. Desean tu muerte, y tu vida es necesaria, para mí, es mi existencia!

—Yo impediré sus designios. Quedaos un momento aun aquí, ese hombre que tranquilo ronca podría despertar. El tiempo urge.

—Nuestros cazadores no parecen.

—No deben de tardar.... el tiempo se ha despejado.

Don Beltran salió del aposento donde se hallaba escondido, se dirigió á la silla donde estaba Alvaro, y le despertó tocándole familiarmente en el hombro diciéndole:

—Buen hombre!

—Despertando de improviso echó mano á su puñal, y levantandose azorado miró á don Beltran á quien con tono brusco preguntó:

—Qué es eso? Quién sois? Quién os ha mandado venir aquí?

—Nadie, le contestó con la mayor sangre fria.

—Lo creo, solo la casualidad nos puede proporcionar semejantes visitas. Vuestras manos demasiado blancas no están ejercitadas en el trabajo, y llevais en vuestros vestidos mas oro que nuestras familias ganan en toda su vida.

—Soy un caballero de la comitiva de la reina, que habiendo sido arrojado por mi caballo desbocado en la carrera, me he extraviado en el monte, quisiera saber en donde estoy.

—En mi casa, respondió secamente. El bosque es del marqués de Valdestillas. Donde quereis ir?

—A Tordesillas á reunirme con la córte.

—Tomad esa senda estrecha, echad luego por el camino de la derecha, y á una legua encontrareis el Duero, seguid su corriente y ella os dirigirá á Tordesillas.

—Quereis servirme de guia, y os daré esta bolsa llena de oro?

—Imposible, hoy he andado á pié ya nueve leguas y esto es demasiado para un hombre, ademas tengo mucho que hacer.

—Al menos recibid este Enrique de oro, por vuestra afebilidad, le dijo sonriendo Beltran al alargarle la moneda.

—Tomóla Alvaro diciendo:

—Un Enrique de oro! generoso sois por vida mia, caballero.

Pronunció estas palabras con tono burlesco é irónico, y con la punta del puñal hizo una cruz en la moneda.

—Qué haceis? ultrajais el busto del rey? le dijo irritado Beltran.

—No os altereis, buen cortesano: no queremos tan mal en el pueblo á S. A. Señalaba únicamente esta moneda que no tardará en volver á vuestro poder. Debo ya un año de tributo al rey, y otras gabelas al señor feudal de este terreno. Para que los cortesanos esteis tan gordos y lucidos, es preciso que el pueblo esté flaco y miserable.

Despues con cierta impaciencia, señalando á la puerta, le dijo:

—Con que, señor cortesano, ya sabeis vuestro camino, buen viage!

En este momento se oyó la trompa de los monteros que habiendo echado de menos á la reina, y divididos corrian en todas direcciones por el bosque en su busca, y en la del

gran maestro. Al oír su sonido Alvaro con tono socarrón le dijo á don Beltran, que asomándose á una de las ventanas correspondió al toque de los monteros con su cuerno de caza.

—Ya os llaman: apresuráos, mirad que Beltran, el maestro, el duque de nuevo cuño, dicen que es inflexible en la etiqueta y no os perdonará vuestra falta.

Con estas injurias volvióse repentinamente don Beltran gritando:

—Miserable!

Fué á lanzarse sobre Alvaro que con su puñal se apresó á la defensa.

En el mismo momento la reina viendo el peligro de su amante, salió del sitio donde se hallaba oculta, y por una casualidad feliz para el maestro entraron varios de la comitiva de la reina.

Sorprendido Alvaro al ver la repentina aparición de la reina en su casa, y la llegada á ella de los monteros reales, conoció que el hombre que habia tenido antes á su disposición era don Beltran, y solo pudo con un furor concentrado esclamar:

—Ah! era él!!

La reina, reanimada de su terror con la vista de sus gentes, les dijo:

—Prended á ese asesino.

—Dejad, señora, á ese miserable, contestó el maestro.

—Es preciso que me respondas; dijo despues, dirijiéndose á Alvaro de quien ya se habian apoderado los monteros; á ese solo precio te ofrezco mi perdon.

—Yo no lo imploro, contestó desdeñosamente Alvaro.

—Qué ibais á hacer en la torre del Duero?

—Y que os importa?

—Estoy al corriente de todo: la casualidad me ha entregado tu secreto. El nombre de tus cómplices?

Alvaro guardó un profundo silencio.

—Vamos, continuó el maestro, eres un conspirador honrado, no quieres responderme, si todos te se parecen, bien guardado quedará el secreto: pues que no quieres responderme, registradle.

El preso entonces echó mano á un pedazo de pergamino que intentó inutilizar pero en vano, porque los monteros reales se apoderaron de él, apesar de su resistencia, Gran pena mostró por ello Alvaro que esclamo tristemente:

—Son perdidos!

El maestro á quien entregaron el pedazo de pergamino que con tanto afan defendia el preso, leyó escritas en él estas misteriosas palabras:—«*Justicia de Dios, Torre del Duero, Alvaro Ruiz*». Quedó un momento parado, y despues repentinamente como el hombre á quien ocurre un proyecto interesante:

—Bien, muy bien, dijo, yo descubriré lo demas por mí mismo ya que tu no lo quieres revelar. Tu capa, tu sombrero, tu puñal y ese enorme baston. Asi como asi tú estabas cansado, habias andado nueve leguas. Llevadle á descansar á uno de los subterráneos del castillo.

Lleváronse á Alvaro los monteros, y llamando aparte el gran maestro al capitan, le habló en voz baja comunicándole sus órdenes.

Inclinóse este respetuosamente despues de recibirlas diciéndole:

—Está muy bien, sereis obedecido.

—Tomareis, le añadió el maestro, sesenta peones de los mas esforzados, y cuando yo diese la señal entrareis en la torre, y no dejareis uno solo de los que allí estuvieren con vida.

—La señal? le preguntó el capitán.

—El Duero corre al pie de la torre, allí sus aguas en su profundo cáuce parecen dormidas como las aguas muertas de un lago, ni el mas leve soplo del aire las agita, arrojaré al rio desde una de las ventanas cualquier objeto.... ese enorme baston, y el sonido de su golpe os avisará el momento de cumplir mis órdenes.

Al tiempo de marcharse el capitán de los monteros le llamó nuevamente el maestro.

—Se me olvidaba, le dijo: desconozco el número, y el nombre de los conjurados: tal vez podré encontrar con alguno por quien se interese mi corazón á su pesar. Para libertarme de ceder á una debilidad que podrá serme funesta, os repito, que todos, todos han de morir aun cuando yo mismo intentase cubrirlos con mi cuerpo. Que una barca esté debajo de las ventanas de la torre.

—Descansad señor, contestó el capitán, los derribaré á cuchilladas á vuestros pies.

—Duque de Alburquerque, no me acompañáis? dijo la reina dirijiéndose á don Beltrán.

—Señora, voy á cumplir con mi obligación, voy á salvar al rey.

—Dónde vais?

—A la torre del Duero!

—El gran maestro salió con parte de los monteros reales.

Pocos instantes despues entraron otros monteros reales de los que venian buscando á la reina, los que traian preso á un mancebo jóven á quien presentó el gefe de ellos á la reina.

—Acaba de ser arrestado este jóven, hijo del que intentaba asesinar al duque. Se le ha registrado, y solo le hemos encontrado un puñal y un pedazo de pergamino en que hay trazadas estas palabras, cuyo sentido no hemos podido comprender.

Tomó la reina el pergamino misterioso y leyó:—*Justicia de Dios, Torre del Duero, Lain Alvaro.*

—Ah! qué felicidad exclamó llena de contento. Marchemos.

—Dónde quiere ir V. A? dijo el gefe de los monteros.

—Volvamos á palacio, que es muy tarde, contestó la reina.

En efecto, con antorchas encendidas entró en el parque de su castillo la reina, y sus pages, inquietos con su tardanza, salieron á su encuentro doblando al verla la rodilla, y saludándola con el mayor afecto.

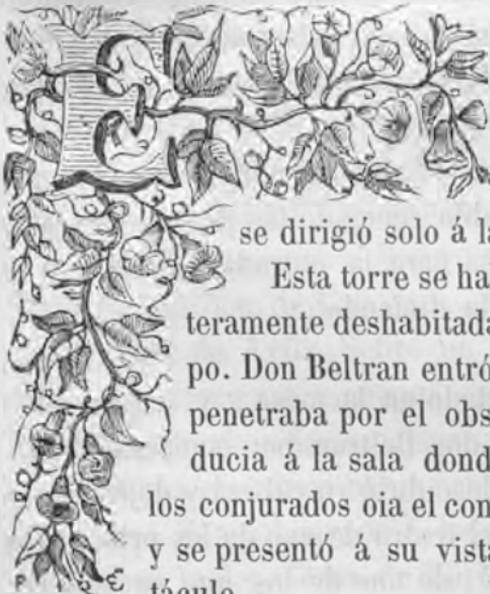




En un pequeño salón se hallaba ocupados una porción de hombres al rededor de una mesa ordinaria de sala.



V.



El gran maestro don Beltran, disfrazado con las ropas de Alvaro Ruiz, se dirigió solo á la torre del Duero.

Esta torre se hallaba medio ruinosa, enteramente deshabitada, y en medio del campo. Don Beltran entró en ella, y á medida que penetraba por el obscuro corredor que conducia á la sala donde se hallaban reunidos los conjurados oia el confuso rumor de sus voces, y se presentó á su vista el mas extraño espectáculo.

En un pequeño salon se hallaban agrupados una porcion de hombres al rededor de una mesa ordinaria donde

se hallaba sentado el que hacia de presidente : dos lámparas como las de que se sirven los mineros para sus trabajos sostenidas por sus garfios ó garabatos clavados entre las juntas de las piedras reflejaban una luz pálida, vacilante, sobre las pardas paredes de la torre , y los rostros de los conspiradores.

Todos ellos al entrar ; y entre otros un fraile , pronunciaban á media voz ante el guardian de la torre las palabras misteriosas *Justicia de Dios*, y sus nombres. Don Beltran entró como ellos con la mayor serenidad y pronunció el nombre de Alvaro Ruiz entregando la contraseña, y se dirigió á uno de los rincones mas obscuròs de la torre.

—Escelente punto de reunion, dijo uno de los conjurados que se hallaban á su lado.

—Aquí nadie podrá penetrar nuestro secreto , respondió otro , por aquí la única salida guardada por nosotros... por aquí una ventana desde donde se tocan las aguas del Duero, profundo é inmóvil en su curso.

Asi que hubieron entrado todos los conjurados , el que guardaba la puerta , y habia recogido los pedazos de pergamino , que eran la seña para la entrada, se llegó á la mesa y los depositó en ella diciendo :

—Ya estamos todos.

El que se hallaba sentado en la mesa , y cuyo rostro no habia podido aun ver don Beltran por ocultarlo el ala de un ancho sombrero, descubrió su cabeza y dejó ver las canas que la cubrian , y el rostro de uno de los principales cortesanos de Enrique IV , de uno de los que se vendian por amigos del maestre.

Era Manrique de Lara.

—Ricos-hombres, dijo este con voz solemne, pueblo de Castilla! Hemos borrado el sello de ignominia que manchaba nuestra frente. Nuestra causa triunfa en todas partes.... Don Pedro Giron, maestro de Calatrava, se ha declarado con sus caballeros públicamente por nosotros. El marqués de Villena, otro tiempo el favorito de Enrique, es en secreto el alma de nuestra empresa. El obispo de Segovia, Juan de Arias, y su vicario Prexano, nos han entregado la ciudad con su inespugnable fortaleza, colocada en los montes, lindes eternos de las dos Castillas. Dios ha pronunciado su sentencia, y los hombres la han cumplido. Un recadero de la orden de Calatrava que ha llegado esta mañana, presencié el juicio de Dios y del pueblo. Nuestros hermanos los confederados despues de haberse apoderado de los infantes Alfonso é Isabel, que con la reina madre yacian olvidados de Enrique en su destierro de Maqueda, han depuesto del trono al opresor de Castilla, al que en su impotencia abandona las riendas del trono á un vergonzoso favorito, al que quiere asegurar la corona en las sienes de una hija de adulterio con perjuicio de sus hermanos.

—Permitidme, noble Manrique de Lara, dijo el recadero de la orden de Calatrava, refiera lo que presencié en los campos de Avila. Sobre un ancho tablado se colocó sobre un trono un manequí cubierto con las insignias y vestiduras reales. Su semejanza con Enrique era extrema: parecia que el artífice habia robado al original sus propias facciones. El arzobispo de Toledo pronunció las causas que motivaban la deposicion de Enrique. Un pueblo numeroso, inmenso, asistia entusiasmado á este juicio. A la lectura del primer cargo, el arzobispo de Toledo quitó la coro-

na de su cabeza , el arzobispo de Compostela le despojó del cetro al leer el segundo , y los condes de Plasencia y de Benavente le arrancaron la espada de la justicia y el manto real al pronunciar el tercer artículo. Diego Lopez de Estúñiga declaró la deposicion del monarca y derribó ignominiosamente la estatua de Enrique , y proclamó á Alfonso el mas jóven de sus hermanos , rey de Castilla y de Leon. El pueblo alzó sobre sus hombros al nuevo soberano , y su valor le colocará en el trono.

—Viva el rey Alfonso! gritaron con el mayor entusiasmo cuantos se hallaban en la torre.

Dos personas solas no respondierõn á esta aclamacion.

—La memoria del 5 de junio de 1465 será eterna ; dijo con voz solemne el presidente Manrique de Lara. El ejército con su nuevo rey se apresta á la batalla , ya ocupa las llanuras de Olmedo , y en breve sus banderas victoriosas ondearán sobre el Alcázar de Valladolid. Enrique sumido en tanto en torpes festines , en vano procurará salir de su letargo. Nuestros parciales le rodean y procuran adormecerle con los placeres. Un hombre solo puede reanimar su energía, Don Beltran , que mas de una vez ha desconcertado nuestros proyectos , y que es capaz de todo por asegurar en el trono á la hija de Enrique.

—Qué decís? exclamó con voz airada uno de los conjurados. La hija de la reina doña Juana no es del rey , es la hija de Beltran. Castilla toda , el pueblo cuyo instinto jamás se engaña , lo reconoce asi al llamarla por desprecio la *Beltraneja*.

El desgraciado don Beltran, pálido, con los puños apretados de rabia , veíase obligado desde el obscuro rincon

donde se hallaba, á oír las imprecaciones de sus enemigos. Si se hubiese tratado solo de su vida, él se hubiera presentado al furor de sus enemigos, pero se trataba tambien de la suerte de la reina, de su amante y de su hija, y le era preciso oír tranquilamente todos los clamores, todas las injurias, para reducir las mas tarde á silencio, para acallarlas perpétuamente.

—Tal vez podríamos terminar los horrores de la guerra civil; don Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, tiene decidido al rey, dijo uno de los conjurados, á que adopte un medio que á todos satisfaga.

—No hay medio, exclamó irritado el presidente Manrique, cuando se trata de la corona. Un trono es demasiado estrecho para dos reyes, y Castilla ha proclamado á Alfonso.

—Si el infante don Alfonso, replicó el conjurado que habia propuesto la transaccion, se casase, cual pretenden muchos, con doña Juana, la contienda quedaria terminada. Alfonso seria rey, y doña Juana reina de Castilla.

—Nunca, nunca, gritaron como furiosos de todos los ángulos de la torre.

—Y el adulterio, gritó con voz atronadora don Manrique, ostentaria triunfante su fruto sobre el trono, y una muger estraña, la *Beltraneja*, usurparia el nombre, la herencia de nuestros legítimos reyes, les arrebataria sus derechos mas queridos, y su odioso latrocinio perpetuándose con su descendencia, haria eterno el crimen de su padre, de su padre, cuya fatal privanza tan cara ha costado á Castilla!

—Es preciso su ruina, dijo uno que justamente se halla-

ba junto á don Beltran : los pueblos están agoviados de gabelas y tributos, la guerra devasta nuestras propiedades.

—El es el único que hace frente á la confederacion. Enrique es demasiado débil, sin sus consejos ya hubiera abdicado en su hermano, dijo don Manrique.

—Su política infernal, añadió un conjurado anciano, ha hecho que Paulo II envíe á Antonio Venerio, obispo de Leon, para que lance su escomunion, como su legado, contra los que nos hemos confederado.

—Los pueblos titubeaban, le interrumpió el presidente, á la voz del pastor santo de Roma, y sin el arzobispo de Toledo, que se ha unido á nuestro bando, éramos perdidos. Sin embargo, todo debemos temerlo aun de Beltran.

—Que muera! que muera! gritaron de todas partes, y con un furor que tocaba en fanatismo.

—Morirá : contestó don Manrique con voz solemne y reposada. Morirá porque es precisa su muerte para salvar á Castilla, porque en faltando don Beltran contaremos en derredor del trono de Enrique tantos parciales como en el campo de Olmedo, y porque su génio solo es capaz de frustrar nuestra santa empresa! Hernando, habeis ganado al alcaide de la fortaleza?

—Tan luego como se avisten nuestras tropas, contestó uno desde un rincon de la torre, abrirá el alcaide las puertas de la ciudad, y se incorporará con los confederados.

—No olvidaré el aviso, dijo entre si don Beltran.

—Garci Jimenez, preguntó despues el presidente, con cuántos soldados de la guardia de Enrique podemos contar?

—Cerca de doscientos me seguirán : ignoran aun de lo

que se trata , pero respondo de ellos , y recorrerán las calles al grito de muera Beltran.

—Martin Perez y el pueblo se decidirá por nuestra causa? dijo despues don Manrique dirigiéndose á un hombre de formas atléticas, de oficio pelaire y de gran influencia en la plebe.

—No hay que dudarlo , contestó. Esta noche distribuiré el dinero que vos y los ricos hombres me habeis confiado. Alvaro y yo haremos esa diligencia. Sabemos muy bien las puertas á donde hemos de llamar... donde el frio, la desnudez y la miseria hacen dar diente con diente al infeliz, donde por un pedazo de pan y un poco de dinero nos venderán una vida condenada á la indigencia. Mañana con mi ejército de hambrientos me presentaré yo en la plaza de Tordesillas , donde Enrique ha venido á distraerse en una partida de caza, y os juro que gritaremos bastante para hacernos oír de él y de ese odioso Beltran.

—Seria mas conveniente , dijo don Manrique con risa irónica, que este no os pudiera ya oír.

—Quién de vosotros, gritó despues levantándose, quién de vosotros se siente con suficiente valor para darle muerte?

Todos se levantaron y estendieron sus manos hácia donde se hallaba don Manrique , escepto don Beltran, y un jóven de corta edad que se hallaba entre los conspiradores.

—Os honra tan noble ardimiento , dijo lleno de satisfaccion don Manrique. No quiero agraviar á ninguno de vosotros haciendo la eleccìon por mí mismo. Dios designará el brazo que debe de herir al gefe de nuestros enemigos. Aqui están todos vuestros nombres.

Y al mismo tiempo cogió todos los pedazos de pergamino que se hallaban depositados sobre la mesa, que habian servido de contraseña para entrar en la torre, y en los que habia escrito el nombre de cada conjurado: colocólos en una especie de cántara y dijo:

—El nombre primero que salga será el del elegido. Vos padre Rafael que por vuestro ministerio estais exento de este cargo, publicareis el nombre del elegido del Señor.

Hubo un momento de silencio profundo, terrible, era el silencio que precedia á una sentencia de muerte.

Llegóse á la mesa lenta y pausadamente el fraile, que á la escasa luz que iluminaba la torre, parecia una fantástica aparicion, introdujo su descarnada mano en la cántara fatal, sacó una de las targetas ó pedazos de pergamino, y leyendo con bronca y aspera voz:

—Alvaro Ruiz! se retiró con la misma pausa á confundirse entre aquella multitud de asesinos conspiradores.

El nombre de Alvaro Ruiz resonó en el corazón de Beltran, y lo hizo estremecer de pavor. Era precisamente el nombre con que se habia introducido en la torre. Iba á ser inevitablemente descubierto....

—Alvaro! le dijo don Manrique. La providencia fia á tu brazo, el éxito de nuestra santa causa. Aqui tienes el puñal que bendecido de su mano ha enviado con uno de sus emisarios el arzobispo de Toledo, junto con la absolucion del crimen que pudieras cometer.

—No es crimen, gritó el padre Rafael, castigar á un adúltero, á un hombre que....

—Silencio! dijo don Manrique. Alvaro, de mano de vuestro hijo lo habeis de recibir. Su inocencia será un pre-



— ¡Siempre dijo don Henrique Alvaro, de mano de
 vuestro hijo lo habéis de recibir. Siempre estáis en pre-

sagio seguro de triunfo, por su cabeza habeis de jurarnos arrancar la vida al gefe de nuestros enemigos.

—Su hijo! dijo interiormente don Beltran, disponiéndose ya para dar la señal convenida á sus soldados. Van á descubrir mi disfraz.

—Un jóven se habia adelantado hasta la mesa, habia recibido con mano trémula el puñal de manos de don Manrique y se dirigió al sitio donde se hallaba don Beltran inmóvil.

—Tomad! le dijo presentándosele.

—Qué veo? qué imprudencia! dijo en voz baja al reconocer en el que creia el hijo de Alvaro, á la reina disfrazada en un gentil y gallardo mancebo.

—Estábais en peligro, no he debido abandonaros.

—Infeliz!

Tomó don Beltran el puñal, y estendiendo su mano sobre la cabeza de doña Juana de Portugal:

—Juro por Dios, dijo, y por esta cabeza que mil veces me es mas amable que la mia, esterminar al gefe de mis enemigos.

—A vos deberá el rey la consolidacion de su trono, dijo don Manrique.

—Si, yo salvaré al rey, contestó el supuesto Alvaro.

Despues dirijiéndose á la reina en voz muy baja, os habeis perdido, la dijo con la mayor amargura, todos escepto yo han de perecer en la torre.

—Tus brazos me ampararán.

—Os arrancarán de ellos. Yo mismo para evitar un movimiento de piedad, he dado orden á mis gentes de que no me obedezcan.

—He dado orden, dijo la reina con la mayor ansiedad,

á mi fiel Nuño que velase con una barca al pié de una ventana de la torre.

—Ah! no perecerá!

Todos tenian fija su vista en los que creian Alvaro y su hijo, veíanlos hablar en voz baja y misteriosa, pero creian que en la vispera de un acontecimiento que podia llevar en pos de sí la muerte, debia concederse este desahogo al amor de un padre. Así que ninguno osó llegarse á ellos á interrumpir sus palabras.

Don Manrique solo viendo los ademanes de dolor de la reina procurando darle un consuelo, le dirigió estas palabras.

—Jóven no os abandoneis al dolor, no es tan árdua la empresa de vuestro padre. Si sucumbe, mil puñales se alzarán para vengarle; si triunfa es segura su suerte.

La reina sin escuchar lo que don Manrique la decia continuó hablando con don Beltran.

—Qué horrible me es el tener que morir en tus brazos!

—No morireis señora, la replicó Beltran. Los conjurados quedarán libres: al morir mañana, al menos os habré salvado la vida.

—Morir tú mañana!

Y al mismo tiempo cayó la reina desmayada.

—Se ha desmayado ese jóven gritó don Manrique. No ha podido resistir á la idea del peligro de su padre. Socorredle.

—Detenéos, no es nada, la brisa del rio, el aire puro reanimarán se espíritu.

Llegóse al mismo tiempo conduciéndola en sus brazos y vió á la luz de la luna que el fiel Nuño estaba con su barca inmóvil debajo de la ventana, y cogiendo á la reina la arrojó en los brazos de este, gritándole:

—Sálvala!

Inmediatamente la barca á todo remo cruzó el rio.

—Qué haceis? gritaron todos cuantos estaban en la torre y que no comprendian su accion.

—Cumplir mis juramentos, respondió con voz fuerte Beltran puesto de pié sobre la ventana. Doy la señal de vuestra muerte. He salvado á la reina de Castilla que estaba entre vosotros.

—Quién sois? gritó don Manrique que con los demas se dirijia contra don Beltran.

—Conocedme, miserables! Beltran de la Cueva!

Al mismo tiempo se arrojó al Duero.

Era excelente nadador acostumbrado desde pequeño á atravesar á nado los rios mas caudalosos.

En cuanto sonó el golpe que sobre las aguas produjo la caida de don Beltran, abriéronse violentamente las puertas de la torre.

El capitan de los monteros reales, seguido de los suyos, dijo :

—Ya ha sonado la señal. Ninguno quede con vida!

Gritos, lamentos, imprecaciones horrosas sonaron á la vez. Era una escena infernal. Los soldados, colocados á la puerta y delante de la ventana que daba sobre el Duero, cerraron toda salida á los conjurados. El ruido de las armas cubria los ayes de los moribundos. La sangre inundó el salon de la torre del Duero, y los misterios de esta noche de conjuracion quedaron sepultados con los conjurados.

Don Beltran solo fué el sabedor de los planes allí fraguados, y don Beltran triunfó de todos ellos.



VI.



ON Beltran de la Cueva habia descubierto en la torre del Duero el misterio de la atroz conjuracion que debia precipitar al rey de su trono , y arrancarle á él el poder con la vida. Los que habian asistido á aquel fatal conciliábulo, allí murieron ; los demas traidores descubiertos despues , perecieron en ocultas y secretas prisiones de las fortalezas.

Al frente de un numeroso cuerpo de sus parciales marchó al encuentro de los confederados, los batió en Olmedo, y por un instante parecía que la paz habia vuelto á brillar en la desventurada Castilla. El rey, la reina y toda la corte se habian trasladado á Segovia, y moraban en su Alcázar.

Los enemigos de Beltran, reducidos por el pronto al silencio, no habian desistido de su empeño. Doña Guiomar, que veia dilatarse la caida del hombre que tanto aborrecia, que le veia afirmarse en el poder y seguir en sus amores con su odiosa rival, maldiciendo en su interior la docilidad del pueblo, la poca destreza de los nobles, procuró á toda costa tener entre sus manos un medio fácil, seguro, indudable de hacer pronunciarse por su causa al hombre mas poderoso de aquella época, al más hábil de los ricos-hombres. Doña Guiomar era la querida favorita de Enrique, y una muger hábil encuentra momentos y medios de obtener del hombre que la ama cuanto desea.

Una noche, á la pálida luz de la luna, que reflejaba sobre el terrero del Alcázar de Segovia, una muger cubierta con su manto, hablaba bajo y misteriosamente con un escudero que en su traje manifestaba venir de camino.

Esta muger era doña Guiomar; el escudero era Martin Gutierrez, que hacia muchos años estaba á su servicio.

—Le viste tú mismo? decia doña Guiomar.

—Cuando yo llegué al castilo de Cuellar, respondió el escudero, el marqués de Villena se hallaba fuera. El castellano me dió afable hospitalidad sin dirigirme ni una sola pregunta. A la llegada del marqués me introdujeron en

una oculta y secreta estancia.—De dónde vienes? me preguntó el de Villena.—De Segovia.—Quién te envía?—Doña Guiomar de Mendoza. Creyó no haber oído bien, y me hizo repetir la respuesta. Qué tengo yo que ver, me dijo con aire grave y severo, con esa muger? Que ella reine en Castilla, que maquine diariamente nuevas intrigas contra su pobre rey, razón de más para que nada comun exista entre ella y yo. Marcháos: no quiero oír vuestro mensaje: volved y decidla que el marqués de Villena podrá perdonarla tal vez el día de su muerte los daños que ocasiona á Castilla, pero con una sola condicion, lo entendeis?... la de no volver á oír hablar jamás de ella en mi vida.

—Ha rehusado seguiros? preguntó doña Guiomar con la mayor ansiedad. Estamos perdidos!

—Escuchad, señora. Me incliné respetuosamente, y con voz sumisa le repuse: mi mision no se dirige á hablar ni proponeros nada: es mas sencilla, poner en vuestras manos no sé qué alhaja que cuidadosamente se me ha entregado cerrada en esta caja, con este sello grande. Es el de Enrique! dijo, y arrebatándomela de las manos, la rompió, sacó un anillo y exclamó conmovido: es el mio! es el mio! me hizo cien preguntas á la vez... á ninguna pude responderle, pidió al momento caballos, hizo poner en movimiento todas sus gentes, y siguiéndome... hace dos horas que al anochecer, un momento antes de cerrarse las puertas de la ciudad, hemos llegado á Segovia.

—Te has portado, dijo con alegría doña Guiomar, Martin Gutierrez! Te mando cien Enriques de oro.

—Dios os lo premie, señora, dijo el escudero lleno de agradecimiento.

—Y el marqués dónde quedó?

—Espera inmediato á la entrada de los jardines del Alcázar.

—Hazle venir con toda cautela.

Marchó inmediatamente en su busca el diligente escudero, que pocos momentos despues se presentó con el marqués de Villena, cuyas facciones ocultaba un gran sombrero, estando embozado en una ancha capa. Descubrióse delante de doña Guiomar: hizo esta una señal al escudero para que se marchase, obedeció este, y cuando hubieron quedado solos, tomando el tono mas afectuoso, le dijo:

—Marqués he querido hablaros con tanta precaucion porque todos mis pasos son cuidadosamente espiados. De dia seremos enemigos como siempre.... en el silencio de la noche amigos.

—He venido, señora, para oir de vuestros labios la esplikacion de este misterio.... este anillo?

—Escuchadme. Yo no emplearé el disimulo y el fingimiento con vos.... ademas de nada me serviria, fuisteis mi enemigo desde el dia en que nos conocimos, habeis hecho todo lo posible por perderme en el ánimo de Enrique, y os aborreceré toda mi vida; al menos veis que soy franca.

—Adelante, dijo con sequedad é impaciencia el marqués.

—He ahí mi sola falta, aborreceros; y cómo no hacerlo cuando aun desde vuestro retiro sois el mas terrible enemigo de mi poder?

Satisfecha doña Guiomar de haber adormecido todas las desconfianzas del marqués, con esta afectada franqueza continuó despues:

—Vuestra marcha cambió estraordinariamente la escena. El mal que contenia vuestra prudencia se empeoró.... el veneno de la disolucion cundió rápido por todo el estado; la nobleza, los soldados, el pueblo, todos sufren, todos padecen.... un grito solo penetrante de reprobacion general se alzó hasta el cielo: la guerra civil abrasó nuestros campos: los confederados para derribar al autor de tantas calamidades, sucumbieron en los campos de Olmedo: el príncipe Alfonso, murió á poco de repente en Cardenosa, y sus parciales aterrados con lo que creen un castigo del cielo, han depuesto las armas, y el favorito libre y sin rivales, se ha convertido en déspota, y ha estendido su ominoso yugo hasta sobre la misma corona.

—Con que Enrique comienza ya á sentir su poder!

—Hace algunos dias continuó doña Guiomar, se lamentaba conmigo de la insolente tutela en que le tenia don Beltran.... de las agitaciones funestas que habia ocasionado su privanza, y de la impotencia en que él mismo se habia colocado ya para resistirle. Yo le ofrecí intentarlo todo para conseguirlo, cuando exigiéndome un juramento.... pronunció vuestro nombre.... os llamó su libertador y me entregó para que os lo remitiese secreta y diligentemente este anillo, al que me aseguró está unida una promesa sagrada, inviolable.

Con la mayor atencion, y un sentimiento de amor propio, escuchaba el marqués las artificiosas palabras de doña Guiomar, que habiendo oido la despedida de este con el rey el dia que quedó anulado el tratado de paz con Portugal habia podido apoderarse del anillo misterioso.

—Perdida la batalla de Olmedo, continuó despues de un

momento de silencio, los enemigos de don Beltran faltos de un punto de apoyo se han ocultando , pero no han desistido..... encontrareis instrumentos dóciles , masas dispuestas á la lid, una mina dispuesta á reventar , y que una sola chispa podrá facilmente encender : todo lo he preparado: obrad.... el rey lo aprobará todo.

—Señora, contestó el marqués mirándola fijamente y con cierta desconfianza aun.... yo no me he mezclado en los disturbios que desde mi salida de la córte han agitado el reino.... sin el llamamiento de Enrique hubiera tal vez terminado lejos de ella mi existencia deplorando los males de Castilla.

—Marqués! exclamó doña Guiomar con el acento de la mas marcada ironía , todos sabemos cuan ageno habeis estado de cooperar á la escena de Avila , y á los desastres de Olmedo.

—Yo os aseguro, replicó , que no ha sido poca dicha el haber podido permanecer neutral.... de un lado el rey á quien tanto amo..., de otro mis amigos los ricos-hombres.. los prelados.

—Me ofreceis francamente vuestra cooperacion para nuestra empresa ?

Con impaciencia , con ansiedad aguardó doña Guiomar la respuesta de tan terminante pregunta.

—Ofrezco únicamente, contestó con la mayor frialdad Villena, obedecer las órdenes del rey, yo las recibiré de él.

—El rey , dijo algun tanto desconcertada Guiomar , el rey se halla precisado á no veros..... mas aun..... á conspirar para conseguir su libertad.

—Si habeis contado conmigo para una conspiracion os equivocais. Cuando era jóven y Enrique príncipe heredero, fuimos juntos conspiradores: él nada arriesgaba, podia subir al trono, yo.... al cadalso.

—Teneis en vuestro poder el anillo que confiásteis á Enrique..... descuidad que á su tiempo él os trasmitirá sus órdenes.

—Hasta entonces yo á nada me comprometo.

—Mañana mismo el Alcázar real resonará con los cánticos de alegría y de placer. Enrique vencedor de los confederados quiere celebrar con un magnífico festin la tranquilidad que la derrota de Olmedo ha devuelto á los pueblos de Castilla. Podeis introducir os en el baile..... á él asistirán nuestros parciales..... allí cuando entre el ruido de la música, y la confusion de las danzas, todos se hallen ocupados en el placer, encontraremos medio de apoderarnos de nuestros enemigos, y libertaremos al rey, y vos tornareis á vuestra antigua privanza. Cualquier medida que adopteis tendrá un irresistible peso. Las córtes estan reunidas en esta ciudad para otorgar los subsidios y jurar por heredera á la princesa doña Juana, *la Beltraneja*! Nada mas se exige de vos que vuestro nombre, él reanimará á nuestros parciales, y los hará triunfar.

—Y despues?

—Imponed vos mismo las condiciones.

—La destitucion del favorito y su destierro.

—Su destierro, nada mas? replicó doña Guiomar reprimiendo una amarga sonrisa.

—Ni mas ni menos, contestó con firmeza el marqués.

—Y qué haremos de esa pobre reina falta de todo apoyo?

Esta pregunta, aunque hecha en tono indeciso y vacilante, fué una falta de tacto por parte de la diestra y artificiosa doña Guiomar, en poco estuvo que el marqués no penetrase con un profundo golpe de vista toda la estension de su alma vengativa, y sus horrendos cálculos. La cólera inflamó el rostro de Villena, aproximóse á doña Guiomar y cogiéndola una mano la apretó fuertemente en la suya.

—Señora!.... la dijo con una energía concentrada, señora! guardáos de levantar vuestra vista hasta las gradas del trono. En nombre de la magestad ofendida he salido de mi retiro para vengarla, no para ultrajarla. Entre vos y yo, entre el rey y nosotros solo media un negocio puramente político. El castigaré á un ministro que abusa de su favor. Si por acaso hubiera que buscar una muger culpada..... temblad por vos..... si, por vos misma, doña Guiomar!

Asustada quedó ésta, y en vano se esforzó á sonreirse y chancearse con el marqués sobre la grave interpretacion que habia dado á sus últimas palabras, pero éste la habia comprendido muy bien para volver á tener su antigua desconfianza.

Hablaron aun un rato, cuando vieron al otro extremo del terrero del Alcázar, dos hombres embozados que hablaban con el mayor misterio, y aun sospecharon un momento si los observarian. No pudieron conocer quienes fuesen.

Los dos embozados que allí se habian citado para tener una entrevista sin que nadie pudiese observarlos, eran

don Beltran de la Cueva, y el capitan de las guardias del rey.

—Ya es tiempo de concluir de una vez con los agitadores! decia á este don Beltran.

—La victoria de Olmedo nos ha abierto las puertas de esta ciudad.

—El vaticinio de Paulo II se ha verificado; el jóven Alfonso murió de repente.

—Gracias al activo veneno que le hizo suministrar Samuel, ese maldito hebreo.

—Los confederados duermen solo, señor duque; pero no están muertos, tal vez despertarán y alzarán la única bandera que les resta.

—La infanta doña Isabel está en un monasterio de esta ciudad, el velo de las vírgenes del Señor impedirá que la corona de Castilla pueda recaer en sus sienes. Las córtes se hallan reunidas, una vez jurada doña Juana, heredera del reino, nada habrá que temer.

—Mas si protestan, le interrumpió el capitan, algunos procuradores ó prelados como aseguran.....

—Yo haré antes morir en prision á los que se me opongan, los demás están ganados á fuerza de mercedes.

—Pues entonces, dijo el capitan, pensemos solo en la funcion de mañana.

—Precisamente, respondió el duque Beltran, en esta funcion hemos de terminar este asunto.

—Y el rey asistirá?

—El bullicio y la agitacion del festín perjudicarian su salud harto quebrantada con los esfuerzos que ha tenido que hacer en esta última semana.

—Sin vos , señor duque , ya no existiria en su trono.

—Decid mas bien sin la providencia , que vela por los reyes , y á quien plugo revelarme la conspiracion.

—Los confederados de Olmedo , faltos del auxilio que les prometian los traidores y sorprendidos , doblaron su altiva cerviz al yugo del monarca.

—Haced , dijo don Beltran bajando aun mas la voz , que para mañana en la noche las compañías de archeros y los caballos , que se hallan en Sepúlveda con Hernando de Olea , entren secretamente en la ciudad ; conviene que apoyen este movimiento.

—Yo mismo , contestó el capitan , escribiré á Hernando , un mensajero seguro llevará vuestra orden.

Curioso por demás era ver en un mismo sitio conspirando contra sí mutuamente á los dos mas implacables enemigos , á la luz de la luna , y dándose por una rara y extraordinaria coincidencia un mismo punto de cita , una misma hora , y contando valerse de los mismos medios.

Don Beltran y el capitan despues que hubieron acordado sus medidas , se dirigieron hablando entresí y sin designio alguno , hácia la parte del terrero donde aun se hallaban el marqués de Villena y doña Guiomar. Sobresaltóse esta con el temor de poder ser reconocida por aquellos dos hombres que suponía , ó gentes del Alcázar , ó espías de don Beltran.

—Hácia aquí se dirigen dos hombres embozados , dijo llena de terror y agarrándose al brazo del marqués , perdida soy si llegan á conocerme.

—No temais , contestó Villena , podeis retiraos por ese lado , yo contendré sus pasos.

—Hasta mañana

Dijo al retirarse, y se deslizó ligeramente de allí como una sombra, como un aparición.

—Quién vá? no respondeis? gritó el marqués de Villena dirigiéndose al encuentro de los dos embozados, vive Dios que os ha de hacer hablar esta espada!

—Desocupad el terrero si apreciáis en algo vuestra vida, le contestó el duque don Beltran con tono altivo é insolente.

—Os doy compasion! venid á echarme de él; no os temo aunque estoy solo.

—Yo castigaré su osadía á cuchilladas, dijo el capitan adelantándose con la espada en la mano.

Detúvole el duque diciéndole:

—Estáos quedo, capitan, yo os lo mando.

Y avanzando hácia el sitio donde se hallaba el marqués, cruzáronse las espadas de ambos.

—Valiente sois! gritó el marqués de Villena, que con valor y destreza paraba los golpes de su intrépido adversario.

Conoció inmediatamente don Beltran la voz del marqués de Villena, y retirándose de repente le dijo:

—Detenéos. Sois acaso Pacheco, el noble marqués de Villena?

—El mismo, contestó el marqués envainando su espada, el mismo, don Beltran, que yo tambien por la voz os he conocido.

—Retiráos,

Dijo don Beltran al capitan, hizo este un profundo y respetuoso saludo, y se retiró al Alcazar.



Volvióse despues lleno de asombro hácia Villena á quien reputaba muy lejos y viviendo tranquilo en su castillo de Cuellar , y exclamó:

—Vos aquí marqués!!...

—Veo que he llegado á mala sazón, me suponiais en mi destierro..... y aunque vos solo don Beltrán sois el único objeto que me hace salir de él....

—Yo? replicó con asombro don Beltrán.

—Hace seis años, en una noche igual á esta, los dos nos encontrábamos solos el uno al lado del otro en el terrero de vuestra casa de campo como ahora. Yo me hallaba desterrado de la córte como ahora tambien: en mí no ha habido mudanza, me encuentro lo mismo escepto con algunos años mas, y una poca de esperiencia. En cuanto á vos es muy diferente, entonces vivíais obscuro, desconocido en un rincón del reino, y no podíais sospechar que llegase un dia en que el marqués de Villena implorase vuestro favor, para salir de su humillante situacion.

—Nunca he olvidado la amistad que me dispensásteis.

—Ni yo tampoco el primer uso que hicísteis de vuestro favor restituyéndome á la privanza de Enrique. He ahí lo que me obliga á hablaros....pagar aquella deuda antigua, y para mi sagrada. Ah! cuán feliz érais en Bribiesca!

Nada, respondió don Beltran, sabia muy bien que habia perdido sin remedio ya la paz, la tranquilidad del alma: en cambio de una existencia pura y sin mancha, habia hallado en el seno del amor una nueva vida, sensaciones desconocidas hasta entonces.

Un suspiro involuntariamente se arrancó de su pecho, al comparar la calma de sus primeros años con la inquietud y turbacion continua que emponzoñaba su felicidad presente.

—Ahora, continuó el marqués de Villena, en la cumbre del fausto y del poder, una masa inmensa de contrarios os rodea, derramais beneficios sobre ingratos, y amigos y enemigos os atacan como el autor de los males de Castilla y cada dia se acrecientan en derredor vuestro los peligros.

—Qué peligros? le interrumpió don Beltran haciendo un

movimiento que descubrió su agitacion. Quién osará medir sus fuerzas conmigo, Villena, despues de haber hecho hundir en el polvo la insolencia de esos ricos-hombres y preladados que se confederaron contra el trono? donde están, donde pues esos peligros?

—En todas partes, solo vos no los conoceis, abrid los ojos, estended vuestra mano, tocadlos.... y temblad!

—Dios mismo se ha decidido por nosotros. El llamó á sí al niño Alfonso, enseña de la guerra civil.

—Le llamó á sí Dios, don Beltran, ó se lo enviásteis vos? dijo el marqués con aire de severa reconvencion.

—Yo!...

Despues de un momento de pausa, fijando sobre el marqués una mirada penetrante, le dijo:

—Y qué quereis de mí?..

—Que tomeis la única resolucion capaz de salvaros.

—Cuál?

—Volveros á Bribiesca.

—A Bribiesca!!!!.....

No pudo don Beltran contener esta exclamacion que le arrancó la sorpresa de semejante propuesta, y el marqués leyendo la desconfianza pintada en sus ojos prosiguió inmediatamente:

—No creais que es el consejo de un rival político, interesado en sucederos en el poder.... Mirad mis canas y ellas os dirian cuan poco puedo ya vivir: os hablo como un amigo, como un hombre que conoce los peligros de la corte, y quiere sustraeros á ellos.

—Marqués de Villena, si realmente existiesen esos peligros de que me hablais, me siento con fuerza bastante para

arrostrarlos. Qué diriais del general que la víspera del triunfo abandonase el campo de batalla?

—Y vos que pensareis de ese mismo general, si teniendo á la vista una derrota inevitable prefiriese comprometer temerariamente una batalla á una hábil y segura retirada?

—De cualquier género que sean los peligros, el deber me impide abandonar mi puesto.

El marqués mirándole á la cara le dijo grave y severamente:

—El deber!!! otras cadenas mas fuertes os ligan, duque Beltran.

Palideció el rostro de don Beltran y con voz mal asegurada casi tartamudeó:

—Creeis vos?...

—Me habeis comprendido y basta, le interrumpió el marqués. Que mi alusion sea un secreto entre Dios y vuestra conciencia. Ojalá no la hubiese penetrado Castilla. Como quiera que sea, no os volveré á hablar mas de esto. Aun es tiempo.... huid, Beltran. Bajad y no aguardeis el momento terrible de la caida.

El marqués cogió entonces afectuosamente la mano de don Beltran, este hizo un movimiento para retirarla pero Villena la retuvo con autoridad diciéndole:

—Escuchadme! tengo derecho á vuestra confianza: fuí el amigo, el bienhechor de vuestro padre. Si él viviese le veriais aquí en mi lugar, estrechando con sus lágrimas vuestras manos, os diria con una voz trémula y balbuciente: «Hijo mio tu nombre ha conseguido demasiada gloria, no quieras que se eclipse en tu ruina: mira un abismo insondable abierto ante tus pies. Huye, huye de él hijo mio.

Sígueme á un asilo ignorado en donde se disipará la embriaguez de tus sentidos, donde se cerrarán las llagas de tu corazón, donde placeres culpables jamás turbarán tu reposo, ni verás de continuo levantada la espada vengadora sobre dos cabezas á la vez!» Temblais Beltran?... así os hablaría vuestro padre, y si desoiais su ruego tal vez doblaría la rodilla delante de vos...

—Jamás, jamás exclamó don Beltran conteniendo al marqués de Villena que casi estaba ya á sus pies. Vuestra amistad os engaña, le dijo enternecido. Si tan ciertos son esos peligros, nombradme pronto, nombradme mis enemigos.

Lágrimas corrian de los ojos de estos dos hombres á quienes la fatalidad habia hecho enemigos, amándose al mismo tiempo de corazón, pero cuando el marqués de Villena oyó las últimas palabras de don Beltran le respondió revistiéndose de la mas noble altivez y dignidad.

—Creeis que soy un vil delator que he venido á revelaros tramas? Yo he venido á recordaros vuestras culpas. Perdeos en mala hora si quereis; he cumplido con lo que me dictaba la gratitud y mi conciencia, y solo siento haber gastado inútilmente el tiempo. Una palabra aun. Sabeis cuál fué mi poder en el reinado del padre de Enrique, que fuí el amigo de don Alvaro de Luna, duque, gran maestre de Santiago como vos, terror por su valor de la morisma. En vano las córtes reunidas intentaron derrocar su privanza. El príncipe, hoy rey de Castilla tomó las armas contra su padre, yo le seguí, ardió la guerra civil, triunfó el favorito, y nosotros fuimos al destierro.... Diez años despues estando en Valladolid se oyó pasar debajo de las ventanas del palacio que habitábamos, una fúnebre comitiva, un hombre cubierto

con una túnica sórdida cabalgaba en una mula que llevaba del diestro el verdugo: un pregonero anunciaba al pueblo su muerte. Jamás se borrar  de mi alma aquel espectáculo. El pueblo maldecia   aquel infeliz , y con sus imprecaciones cubria el canto triste de los religiosos.

Don Beltran impacientado ya , le interrumpió diciendo: —Y qué tengo yo que ver con esa vision?

—Era, contestó con voz solemne el marqué de Villena, un duque! un maestre de Santiago como vos! don Alvaro de Luna!

Al mismo tiempo le volvió la espalda y se salió del terreno por el mismo punto por donde habia entrado.

Pensativo quedó don Beltran , pero mirando á las estrellas, conoció que serian ya cerca de las diez de la noche, hora en que le aguardaba la reina impaciente , asomada   una de las ventanas del Alcázar. Esta idea borr  de su alma los tristes presentimientos que   su pesar habia suscitado en su alma su entrevista con el marqué de Villena.





VII.



MAGNÍFICOS estaban los salones del Alcázar de Segovia: adornados con una rara y esquisita suntuosidad, iban á poblarse de la flor de la juventud castellana, llamada á celebrar el triunfo del rey sobre los confederados. Millares de luces esparcian en ellos una claridad que competia con los rayos del sol en un hermoso dia.

Dos hombres habian llegado los primeros , magníficamente vestidos, paseábanse juntos hollando con silencioso paso las ricas alfombras que impedían resonarse el eco de sus pisadas en aquel vasto recinto. Llevaba el uno sobre su riquísimo vestido de terciopelo negro la banda roja, signo distintivo del mas alto favor , y vestía el otro una hermosa armadura , llevando pendiente á la cintura una espada con un puño de oro cincelado , de rico y esquisito trabajo.

—Con esa espada de baile, mi querido capitán, ¿contais hacer triunfar vuestra causa? dijo don Beltrán de la Cueva.

El capitán de los monteros reales sacando la mitad de la espada fuera de la vaina , respondió :

—La hoja es excelente.... de las buenas de Toledo ! y aunque el puño os parezca frágil no dejará mal á mi brazo cuando llegue la ocasion.

—Están cumplidas mis órdenes?

—Yo mismo he colocado las centinelas y dado la consigna, pero recelo....

—Temblais al aproximarse el riesgo?

—Nunca temblé en los campos de Andújar y Granada á la vista del moro, lo sabeis, señor, pero os confieso que una revolucion en el palacio me parece una temeridad , á no ser sostenidos por fuerzas imponentes , pues es preciso no engañarnos, el pueblo no está por nosotros...

—Hernando de Olea debe llegar de un momento á otro.

—Sin embargo, el atalaya del Alcázar nada ha descubierto hasta ahora.

—Hay tiempo , dijo sonriéndose don Beltrán: hasta la

una no se ha de dar el golpe, y antes de esa hora ya habrá llegado Hernando. Ved aquí mis instrucciones, y al mismo tiempo entregó al capitán un pergamino.

—Yo haré que fuera de la ciudad, contestó el capitán, se las entregue el escudero Bernardo Ayala.

—Vigilancia sobre todo, añadió don Beltrán, al rededor del cuarto del rey, él es el centro de mi poder, y es preciso hacerlo inexpugnable, inaccesible á todos. Solo la reina y yo podremos entrar esta noche. El rey está demasiado quebrantado para poder asistir al baile; además su presencia sería un obstáculo á nuestros proyectos. En su cámara vela á su lado don Lope Barrientos, obispo de Cuenca, que por la prision del rebelde don Arias se ha encargado de esta iglesia.

—La seña: *Juana y Victoria!*

Dijo el capitán bajando la voz porque ya iban entrando algunos convidados, nuestros parciales guardarán sin afectacion las principales salidas del salon en el momento de la sorpresa. Un lazo azul es el signo para reconocerlos: ved, allí van una porcion de ellos.

Y al mismo tiempo señaló hácia un grupo que entraba en el salon.

—Bien, muy bien! vos capitán estad en todas partes, de cuando en cuando saldreis á ver si llega Hernando de Olea con los suyos: con todo, mirad como lo haceis, no os echen de menos y conciban alguna sospecha.

—Y la hora?

—La una en punto. Lo entendeis?

—Descuidad, al dar la una quedarán presos en esta sala doña Guiomar, el marqués de Villena; y en la ciudad el

prelado de Toledo y los procuradores que no son de los nuestros.

—Dado el golpe, el rey lo aprobará todo. Las córtes nos apoyarán.

Despues levantando la voz, porque ya el salon se habia llenado de máscaras dijo:

—Dios os guarde, capitán!

—Y dirijiéndose inmediatamente á un grupo de damas,

—Bien venidos, dijo, señores, y vosotras bellas que eclipsais con vuestra hermosura el resplandor de las luces, y de esas guirnaldas hermosas y frescas hace un momento, pálidas y mústias á vuestro lado. El baile os aguarda; que todo esta noche respire amores y placer. Músicos! la belleza ha dado ya la señal.

En aquel mismo instante los instrumentos músicos llenaron el aire de una suave y alegre melodía, y las damas, formando parejas con los caballeros, comenzaron el baile.

Poco á poco se fueron llenando los salones del Alcázar de una multitud grave y silenciosa al principio, despues risueña y animada, embriagada del placer de su propia vista.

Las damas mas bellas de Castilla, los ricos-hombres, los caballeros con máscara unos, con el rostro descubierto otros, pero todos ricamente vestidos, ofrecian un espectáculo deslumbrador de lujo y variedad.

No sabia la vista donde fijarse en esas figuras movibles tan diversamente iluminadas, en esa multitud de creaciones las mas originales; y una profusion inmensa de cintas de todos colores, de oro, de frescos adornos y de mugeres mas frescas aun, cuadro mágico y encantador cortado en todas

direcciones por las líneas negras que trazaban los dominós, que formaban como el fondo obscuro, sobre el que resaltaban los ricos y brillantes colores.

A medida que los convidados se presentaban, todos cualquiera que fuese su nombre y condicion, amigos ó adversarios eran recibidos y festejados con igual gracia y amabilidad por el duque don Beltran.

Un page anunció en voz alta la llegada de la reina. Cesó un momento el baile y todos saludaron respetuosamente á doña Juana de Portugal que entró en el salon acompañada de doña Guiomar y de todas sus damas. La reina venia rica y soberbiamente vestida, sus encantos escitaron en toda la inmensa reunion un murmullo de admiracion, los ojos idólatras de su amante no podian separarse de ella.

—Continuad, dijo con la mas graciosa voz, mi presencia no debe turbar un momento vuestros placeres.

La música comenzó de nuevo, y las parejas volviendo á su puesto continuaron el baile.

Los asistentes que se hallaban en el secreto de una ú otra de las dos conjuraciones, admiraban interiormente con qué destreza procuraban adormecer á su enemigo antes de atacarlo: los que nada sabian, al ver darse la mano afectuosamente á personages que tenian por enemigos, juraban que una paz eterna, una verdadera reconciliacion se habia verificado en la córte hasta entonces tan cruelmente dividida.

Si la frente de doña Guiomar y de don Beltran brillaban igualmente de placer era, porque el uno no experimentaba remordimientos engañando á una implacable rival, y la otra

no tenia escrúpulo alguno en engañar á su enemigo. Ambos se creían seguros de una próxima victoria.

Don Beltran no aguardaba mas que la llegada de Hernando de Olea, y doña Guiomar una ocasion favorable para entrar en la cámara del rey.

Tal era la doble esperanza que hacia palpitar su corazón.

Don Beltran invitó á la reina á sentarse en un punto desde donde viese el baile, y alargándole respetuosamente la mano, le dijo:

—Si V. A. me permite....

—Estoy temblando, le contestó la reina en voz baja apoyándose en su brazo.

—Serenidad, señora! el triunfo es seguro.

Y al mismo tiempo se dirijieron á uno de los salones donde varias parejas estaban bailando.

Doña Guiomar recorria en tanto con la vista toda la galeria esperando encontrar en ella al mismo tiempo los que debian apoyar sus proyectos ó contrariarlos. En vano buscaba entre los primeros al marqués de Villena. En vano intentaba penetrar con sus ojos al través de los disfraces, y levantar con la idea las caretas que cubrian sus rostros, nada presentaba á su observacion el aire bien notable del marqués. Su falta la tenia inquieta, desasosegada.

Don Beltran que despues de haber colocado en un puesto de honor á la reina, á pretexto de ir recorriendo los salones iba examinando si sus disposiciones estaban bien cumplidas, llegóse á doña Guiomar, y con aire de galantería que no habia vuelto á usar con ella desde la noche de la fatal cita en su cuarto la dijo:

—Hermosa doña Guiomar, y vos no tomáis parte en nuestros placeres?

—Estaba, contestó, admirando tan magnífico festin.

—Vos sois su mas bello ornamento.

—Callad, duque que alguien se aproxima, y al oiros creerian que me estais enamorando.

Efectivamente, un hombre apareció entonces cuya pálida tristeza formaba un terrible contraste con la alegría general de los grupos, que se abrian para darle paso como si temiesen que los helase su contacto.

Este recién venido vestia con la mayor sencillez: y aun se notaba cierto descuido en su traje negro enteramente, su paso era lento, vacilante, sus cabellos en desorden caian sobre su frente, en que se veia pintada la turbacion.

Era el marqués de Villena el que se presentaba asi en la corte de Castilla, despues de una ausencia de dos años.

Llegóse delante de doña Guiomar, y quedó pasmado de encontrarla muy en conversacion galante con el duque don Beltran de la Cueva.

Iba ya á retirarse para sentarse en uno de los taburetes del salon, cuando habiéndole visto doña Guiomar, que con tanta impaciencia aguardaba su llegada, le cogió de la mano y le presentó á don Beltran, diciéndole:

—Duque, os denuncio al marqués como un conspirador: pero un conspirador honrado, ya lo veis, conspira á cara descubierta.

Confundido quedó el marqués al ver tanta osadía.

—Si, añadió despues con aire de la mas refinada coqueteria, conspira contra nuestros placeres, ya lo veis; ese rostro, ese continente tan grave y severo es capaz de apagar la alegría de todas nuestras hermosas.

—Marqués, le dijo don Beltran con amable sonrisa y tendiéndole amistosamente la mano, estais condenando sin apelacion, y yo no puedo revocar la sentencia de la reina del baile.

El marqués hizo un esfuerzo para responder, pero su lengua pegada al paladar apenas le dejó en voz balbuciente dar una excusa, y su mano estrechada por la de don Beltran permaneció inmóvil, helada.

—Tal vez don Beltran hubiera podido descubrir algo en la turbacion del marqués, si él mismo no estuviese todo preocupado de las disposiciones de su temeraria empresa, y agitado por la tardanza de Olea. Aprovechó el momento favorable de despedirse, y salió fuera de los salones á ver si sabia algo.

Entonces doña Guiomar inclinándose al oido del marqués le dijo en voz baja:

—Ponéos por Dios una careta, vuestra palidez nos vá á vender, dadme el brazo, y daremos una vuelta por los salones. Nos están observando.

Comenzaron á pasear por las régias estancias del Alcázar silenciosamente, despues separáronse un poco de la multitud. Entonces doña Guiomar andando siempre le habló de todas las probabilidades con que contaba para el éxito de su empresa.

—Veis, le dijo, esas máscaras con un lazo amarillo? son nuestros agentes diseminados en todas partes con disimulo,

y que en el momento convenido se apoderarán de las puertas para no dejar escapar uno solo de nuestros enemigos: su seña es *Pronitud y Castilla*.

—Os declaro, contestó el marqués, y lo repito, sin una orden terminante del rey no haré nada. Cuándo la tendreis?

—Eso no os importa saberlo, es cabalmente mi secreto: estará en vuestro poder antes de la una.

—Pues entonces á esa hora quedarán presos, y á disposicion del rey el duque Beltran, la reina doña Juana, y su desgraciada hija. Mientras la córte baila, el pueblo delibera.. Los procuradores del reino se han reunido instantáneamente, y nos prestarán un apoyo irresistible con su autoridad. Siento no haber podido aun ver al obispo Barrientos.

—Aun teneis tiempo, pero mirad que el obispo no es de los nuestros.

—Toda la noche se ha de quedar velando al rey en su cámara.

—Quién os lo ha dicho?

—El oficial de la guardia.

—Cielos, mi plan se ha frustrado! exclamó doña Guiomar. Todo se ha perdido.

—Todo se ha perdido! repitió al mismo tiempo otra voz á corta distancia de allí.

Estremecióse doña Guiomar, y volviendo la vista, vió dos hombres que hablaban en voz baja, conoció al capitán de los monteros, y al duque don Beltran,

Este era el que habia repetido despues que ella, *Todo se ha perdido!* Gran miedo tuvo de haber sido descubiertos sus planes, pero mirando al rostro de don Beltran se tranquilizó viendo que este no hacia caso de ella. La casuali-

dad sin duda habia producido el eco de sus pensamientos, ó tal vez la esclamacion del favorito era efecto de alguna relacion que el capitan acababa de hacerle y en este caso no tenia tiempo que perder para llevar adelante sus designios.

Se engañaba sin embargo: don Beltran no tenia aun ninguna sospecha, ningun indicio del complot tramado en su contra.

A la gran confianza que tenia al principio de la noche, habia sucedido la mas cruel inquietud, la tardanza de Hernando de Olea paralizaba todas sus disposiciones, podia fustrarlo todo.

Al mismo tiempo uno de los agentes de doña Guiomar, hombre de aventuras, habia sido conocido no obstante su disfraz y su careta, por una dama con quien sin duda habia tenido relaciones y que incansable y tenaz le perseguia.

—Qué demonio de muger! dijo escabulléndose entre la multitud, y logrando huir de su perseguidora. Yo creo que este maldito lazo amarillo es el que la hace perseguirme incansable, y la sirve de brújula para encontrarme entre tanta confusion!

Al mismo tiempo vió en el suelo un lazo azul que casualmente habia caido del brazo de una de las máscaras, y escondiendo en el pecho el amarillo, señal de los partidarios de doña Guiomar, dijo atando el lazo azul en su brazo:

—Vaya en su lugar este otro azul que la casualidad me ha deparado y que me ha de librar de la importunidad de esa muger.

El medio que adoptó le salió efectivamente bien, pero

apenas habia verificado el cambio del lazo , cuando otro máscara con un lazo igual se llegó á él y tocándole con el codo en medio de la multitud y en voz baja y misteriosa pronunció estas palabras :

—*Juana y Victoria.*»

No eran estas las palabras de la consigna de doña Guiomar , y así nuestro hombre iba á manifestar su sorpresa, cuando su misterioso compañero sin darle tiempo para nada añadió :

—Sois Velasco , advertid á nuestro amo que el mensajero de Sepúlveda ha vuelto sin ver á Olea.

—De qué amo y de qué mensajero hablará! dijo para sí el máscara, pero disimulando contestó :

—Sí..... ya..... dónde encontraré yo al que debo comunicar este aviso?

—Allí , junto á la puerta , no lo veis ?

Al mismo tiempo señaló con el dedo al duque don Beltran que entraba tan preocupado que no reparó en doña Guiomar que se hallaba al paso. Encargáos, continuó , de prevenirselo que yo me vuelvo á mi puesto.

—Dónde es vuestro puesto ?

—En el pórtico del Alcázar.

Comenzó á sospechar el agente de los confederados que el lazo azul era la causa de esta revelacion y tratando de descubrir terreno

—Una palabra ! dijo al máscara que ya se retiraba. Por qué no han visto á ese Olea de quien hablais ?

—Y cómo lo he de saber yo ? Estamos desesperados si no llegan á tiempo.

—Y qué falta hace ?

—Eso digo yo : nosotros bastamos al fin de que se trata, de hacer dos prisiones.

—Ya l.... ya.....; y quiénes son?

Un movimiento de sorpresa que hizo el partidario de doña Guiomar descompuso por un momento su máscara.

Palideció el otro al ver su funesta equivocacion.

—Cielos, dijo, no sois Velasco! Quién eres, miserable?

Y al decir estas palabras cogiendo al falso hermano por el brazo trataba de llevarlo arrastrando consigo fuera del salon ; pero los demás viendo dos máscaras que reñian se agruparon á su alrededor y trataron de separarlos. El indiscreto conjurado se vió forzado á soltar su presa , corriendo á ocultar lejos de allí su confusion é inquietud.

Instruidos el marqués de Villena y doña Guiomar de este suceso , la admiracion de esta era estremada. Don Beltran que tan galan se mostraba con ella , conspiraba á su ruina en aquel momento.

—Es preciso darnos priesa , dijo al marqués, dentro de una hora ó su ruina ó la nuestra. Ah! yo lo habia previsto todo , escepto que el obispo estaria fijo en la cámara real, y se convertiria en carcelero de Enrique.

—Yo sin su orden.....

—Urge el peligro. Vuestra cabeza está comprometida. Obrad , marqués , yo os juro que el rey aprobará cuanto hiciéreis.

—Héme al fin envuelto á mi pesar otra vez en una conspiracion ! dijo el marqués con la mayor desesperacion.

—Os vá la vida en ello. Frustrado el golpe que todos atribuirán á vuestra repentina vuelta , no os podreis justificar.

—Voy á salir del palacio , contestó Villena en tono resuelto , escitaré al pueblo , es el único medio de salvarme y salvaros.

Separóse de doña Guiomar , y al salir del salon , don Beltran que se hallaba á la puerta , cogiéndole del brazo le detuvo con la mayor afabilidad.

—Marqués , dónde vais? le dijo: tan pronto nos abandonais ?

—Iba á respirar el aire puro de los jardines del Alcázar.

—Alguna cita.

—A mi edad! Duque os burlais?

—Tan lejos de eso que yo venia á proponeros una.

—A mí ?

—Si, el rey quiere veros , solo , lo entendeis? á la una de la noche.

—A la una? preguntó sorprendido el marqués.

—A la una. Dudais ? tal vez os devuelva, marqués , por segunda vez mi amistad el poder.

—Duque Beltran , á la una me vereis en la cámara del rey, dijo con tono firme el marqués , y dándole la mano, salió del salon , y poco despues estaba ya fuera del Alcázar.

La reina que á medida que avanzaba la noche habia visto desaparecer del baile á varios de los señores que se tenia por afectos á los confederados , acabó de alarmarse con la salida del marqués de Villena, llena de terror se dirigió á don Beltran que no estaba mas tranquilo que ella, y le dijo:

—Creo que se han apercibido del lazo que se les tendia.

El marqués de Villena se ha marchado y temo su siniestra intencion.

—El marqués volverá, contestó don Beltran.

—En vano tratas de inspirarme una confianza que no tienes. Una muger lee fácilmente en el corazon del hombre que ama; y tus palabras que pudieron otro tiempo seducirme, no son bastantes á tranquilizarme hoy, porque no salen de tu corazon; cuando te miro apartas de mí tu vista, distraido apenas me escuchas, tu pensamiento está muy lejos de aquí.

—Nuestros enemigos están delante de nosotros, van á combatir con mas encarnizamiento que en un campo de batalla: si, meditan tu pérdida, la mia, y el amante de una reina si no vence á sus enemigos es criminal, y ya sabe lo que le aguarda..... el cadalso!

La reina hizo un ademan de profundo dolor. Don Beltran continuó:

—La una vá á sonar, señora; hora terrible! hora de muerte ó de triunfo para nosotros! Entrad en vuestra cámara, el veros en peligro helaria todo mi ardor.....

—Cuán cruel vá á ser mi agonía! dijo la jóven reina toda temblando, combatida por tantas y tan diversas emociones.

Un frio glacial corrió por todos sus miembros, flaqueaban sus rodillas, y apenas pudo dirigirse á su cámara sostenida en el brazo de su amante que para animarla la decia:

—No temas, yo voy á combatir por tu amor, por asegurar el trono á tu hija!

Era la hora mas animada del baile, la multitud daba

vueltas bailando en un círculo inmenso, presentando á la vista una fisonomía ideal y confusa. En esas formas fugitivas que en tropel pasaban sin descanso y sin fin, parecían desarrollarse las locas imaginaciones de una fantasmagoría infernal. El movimiento se aceleraba de instante en instante, y el ruido crecía como el zumbido del agua cuando hierve; todo parecía dar vueltas á la vez delante de los ojos del duque don Beltran, las bugias, las ricas colgaduras del salon y los muros del Alcázar; la hora fatal se aproximaba, la hora fatal llegó al fin!

Todo se conmovió repentinamente, callaron los instrumentos, cesaron las danzas, las puertas quedaron cerradas todas en un instante como por encanto, las máscaras arrojando sus disfraces blandieron furiosamente las espadas, y se oían los gritos de viva la reina! viva el rey! Apoderáronse varios de doña Guiomar sin resistencia ni lucha alguna, porque avisados con tiempo todos sus parciales se habian ido sucesivamente retirando de los salones y salido del Alcázar, gracias á la indiscrecion del conjurado que habia descubierto parte del plan.

—Quede presa esa muger criminal! gritó don Beltran. Las enfermedades que afligen á nuestro buen rey, le hacen indispensable asociar á su cetro á su hija para cortar por siempre las agitaciones de Castilla. Él me autoriza á proclamar á doña Juana reina de Castilla y de Leon. Saludadla, valientes castellanos.

—Castilla por don Enrique IV, y doña Juana I! gritaron entusiasmados cuantos se hallaban en los salones del Alcázar.

—Las córtes del reino que se hallan reunidas confir

:

marán mañana los votos del rey , y vuestras aclamaciones. Dentro de dos dias los procuradores del reino la rendirán su homenaje.

—Castilla! Castilla! por don Enrique, y doña Juana! volvió á gritar la entusiasmada muchedumbre.

Un rumor sordo, terrible, como el que precede al huracan, contestó por fuera del Alcázar á las aclamaciones que se daban en el interior de él.

—Don Beltran! gritó llena de orgullo y brillando el triunfo en su frente, doña Guiomar. Don Beltran! escucha el pueblo con quien no has contado. Oye sus voces aterradoras como el rugido del leon del desierto: él viene á demandarte cuenta de esa corona , que arrebatas de las sienes de un rey para colocarla en las de tu hija....

El rumor se acrecentaba cada vez mas , ya no era rumor, era violenta, espantosa, tremenda , inmensa gritería.

Don Beltran y sus parciales quedaron consternados.

Doña Guiomar con aire insolente continuó :

—Oyes ? si , es el pueblo.... el pueblo.... él solo levanta ó abate el trono de los reyes, no vosotros, viles cortesanos.

—Y Hernando de Olea que no viene! exclamó confundido don Beltran.

Asomóse á una de las ventanas que daban al pórtico del Alcázar para ver la causa del tumulto , y al resplandor de las antorchas que llevaban los del pueblo , vió que inmensa muchedumbre de hombres armados combatian con la guardia del Alcázar.

En vano el capitán de los monteros puesto á su frente hacia prodigios de valor , el número arrolló á los soldados, penetraron en el Alcázar por todas partes.



Doña Guiomar á quien los conjurados habian dejado ya en libertad, se retiró á la cámara del rey. Los parciales de don Beltran huyeron al interior del Alcázar para salvar cada cual como pudiese su existencia.

Don Beltran permaneció solo un momento en aquellos salones donde pocos momentos antes era el ídolo de todos.

El tumulto y la confusion crecia por la parte de afuera ya las voces se oian cerca de él: entonces desesperado, resuelto á morir, se retiró á la cámara de la reina dispuesto á servirla de escudo contra aquella turba frenética que invadia el palacio real y á perder por ella su existencia.

Solos quedaron por un momento los régios salones del festin, cuyas macizas puertas habian cuidadosamente cerrado los conjurados por don Beltran, para que no escapasen sus enemigos.

Aquellas puertas tan cuidadosamente cerradas cayeron al suelo rotas, hechas mil pedazos á los golpes de un populacho audaz que hollaba sin respeto la morada de sus reyes, capitaneado por uno de los mas nobles ricos hombres de Castilla, el marqués de Villena. La inmensa turba se derramó por los salones que mil bugías iluminaban para un festin, y que alumbraron aquella escena de escándalo y rebelion.

El marqués de Villena con una hacha en la mano entró gritando:

—Dó está? Dó se esconde el que apenas cabia hace un momento en el Alcázar de Castilla?

Dirigióse al mismo tiempo á la puerta de la cámara del rey cuya puerta se disponia ya á hacer saltar en mil pedazos con su hacha, cuando se abrió de repente, y el vene-

rable obispo de Cuenca don Lope Barrientos presentándose solo, desarmado, deteniendo el brazo de don Juan Pacheco marqués de Villena,

—Qué vais á hacer? le dijo , por qué ese atentado? que-
reis eclipsar vuestra gloria derramando la sangre de vuestro rey?

El marqués Villena bajó entonces su hacha delante del prelado, y los caballeros y las turbas del pueblo que le seguian imitaron aquel acto de sumision.

—Jamás , respondió el marqués de Villena , la nobleza castellana manchará con sangre el trono. Queremos devolver al rey el cetro que un favorito le arrancaba ó que legalmente pase á su legítima sucesora.

—El rey está dispuesto, replicó el prelado, á abdicar en la princesa doña Juana. De hoy mas será nuestra reina.

—Nunca! exclamó con tono firme y decidido el marqués. Nunca! La infanta doña Isabel es la sola heredera del trono de Castilla.

Un murmullo sordo pero enérgico de aprobacion confirmó las palabras de Villena.

Al mismo tiempo doña Guiomar salió de la cámara del rey y entregando un pergamino al marqués le dijo en voz baja:

—He aprovechado los instantes: he cumplido mi palabra. Ved las órdenes del rey que os autorizan para todo , añadió despues en alta voz.

—Puesto que estais autorizado para todo por el rey, mandad, marqués, y yo seré el primero en obedeceros, dijo el obispo Barrientos.

—El pueblo ha penetrado conmigo esta noche en el con-

vento donde se hallaba la infanta doña Isabel. Los prelados y los ricos-hombres le han ofrecido la corona dispuestos á sostenerla. Constantemente ha rehusado aceptarla ínterin viva su hermano don Enrique á quien nos mandó obedecer como legítimo monarca.

El rey, en cuyo pálido rostro se veía marcada la honda huella de largos padecimientos, salió en este momento de su régia estancia.

Todos se inclinaron respetuosamente en su presencia, y guardaron un profundo silencio.

Paseó el rey tristemente sus miradas sobre aquellas desenfrenadas turbas silenciosas y sumisas en aquel instante, pero cuyas armas aun se veían teñidas en la sangre de los archeros de su guardia, y con voz débil y conmovida les dijo:

—Ricos-hombres! Pueblo de Castilla! A vuestros procuradores toca decidir sobre la sucesion del trono que tantas agitaciones cuesta al reino. El cetro debía pasar á mi hija, pero no quiero que un dia se levante alguno de vosotros y mire una mancha en su corona.....

Despues de un momento de silencio, añadió:

—Don Beltran queda depuesto de todos sus honores y condenado á muerte, egecutadle luego, en la plaza del Alcázar.

—En vano le hemos buscado por todas partes, gritó uno de los del pueblo.

—Hemos recorrido todo el Alcázar, añadió otro.

—Solo falta ver en esta estancia, gritaron varios á la vez, dirigiéndose á la cámara de la reina.

Pálido, desconcertado salió á su encuentro don Beltran y echándoles una mirada altiva y de desprecio,

—Respetad, les dijo, la estancia de una reina, de una muger.....

Llegándose despues al marqués de Villena

—Soy vuestro prisionero, le dijo, os devolví en Bribiesca el poder y el favor del rey, vos me lo arrebatáis con la vida en Segovia para que se cumpla lo que os predijeron los astros. Un favor, el último que tengo que suplicaros, y arrimándose á su oido pronunció con voz ahogada por el sentimiento estas palabras:

—Cuando yo hubiere espirado entregareis á la reina esta cruz de oro!

El marqués de Villena apretó la mano de don Beltran con el mayor afecto, una lágrima se deslizó de sus ojos, y al verle marchar entre los soldados que le conducian á la muerte, exclamó lleno de dolor:

—He aquí una revolucion que vá mas lejos de lo que yo queria! Si pudiese aun salvarle!

Y despues como ocurriéndole repentinamente una idea, llamando al gefe de las fuerzas que habia acaudillado en la invasion del Alcázar le dijo dándole sus órdenes:

—Don Beltran fué un tiempo mi amigo. Jamás quise su muerte: solo pretendí su destierro: tal vez podrá aun renacer en el corazon del rey la piedad. Disponed que la sentencia se cumpla en la plaza del Alcázar, allí.... y al mismo tiempo se asomó con el capitan á una ventana que daba sobre la plaza; y dilatad su ejecucion hasta que yo os avise... Cuando yo abra esta ventana, lo entendeis? esta ventana, entonces y no antes, que la cuchilla caiga sobre su cabeza! Esta es la señal convenida! y al mismo tiempo cerró cuidadosamente la ventana.

El capitán marchó inmediatamente.

—Y bien, mi fiel Villena, dijo el rey después de un momento de silencio viendo que aun permanecían allí inmóviles, aunque en actitud respetuosa, los ricos-hombres confederados y las turbas de los pecheros, qué es lo que se exige de mí? Cuál es la voluntad del pueblo?

—La guerra civil exige un término, contestó el marqués de Villena. Los ricos-hombres, los prelados, los pueblos de Castilla han visto con dolor, aunque no siempre sin revueltas, que V. A. ha gemido víctima del engaño y la perfidia de un hombre á quien amaba, á quien con ciega confianza entregó su cetro. La sucesión del reino ha sido la bandera de la discordia. La irritación de los ánimos ha producido en los campos de Avila y de Olmedo escándalos y desastres. Las cortes en su justicia han pesado los derechos de las infantas, y los del pueblo. Ni reconocen por reina á vuestra hija doña Juana, ni á vuestra hermana doña Isabel, en tanto que vivais, y el cielo prolongue largos años vuestra existencia. Cuando fuere la voluntad de Dios, doña Isabel vuestra hermana ocupará el trono. Las cortes la juran por vuestra legítima heredera. Para su acostamiento se la entregarán en tanto las ciudades de Avila, Ubeda, y las villas de Medina, Olmedo, y Escalona. Las cortes aprueban su enlace con el infante don Fernando, heredero del reino de Aragon, con la expresa cláusula y condicion de que este no pueda hacer por su propia autoridad y nombre nada en el reino, ni conceder cargo alguno á los estraños, ni se quebranten jamás los fueros de Castilla. En cuanto á la reina...

—Cuál debe de ser su destino?

—Implorará V. A. el beneplácito del papa para el di-

vorcio, hecho esto la reina y su hija serán enviadas á Portugal. Dareis vuestro perdón á los confederados, y les serán restituidos los bienes , castillos , cargos y mercedes de que fueron privados.

—Así lo haré , contestó el rey haciendo un penoso esfuerzo.

—Las córtés han señalado, añadió el marqués, para el cumplimiento de estas condiciones el término fatal de cuatro meses.

Triste espectáculo, escándalo inaudito el que presentaba la magestad real avasallada por un puñado de rebeldes, que obligaron á su rey á aceptar las mas degradantes condiciones, y que alteraban el orden de suceder en la corona arrancando esta de las sienes de la hija de Enrique IV, para trasladarla á las de su hermana!!!

El marqués de Villeña que en aquel momento era el verdadero dueño de Castilla, puso término á esta humillante escena mandando despejar el salon á los confederados.

Retiráronse estos y quedó solo con el rey y doña Guiomar que parecia dispuesta á conservar su puesto , y que habia sido el alma de esta revolucion.

Doña Guiomar triunfaba completamente , habia aprovechado los cortos momentos que duró la lucha del pueblo con los guardias del Alcázar , y bajo la impresion de terror que inspiraban al rey los gritos furiosos de los confederados , y el ruido de los golpes que con horrendo estrépito hacian caer las puertas de las régias habitaciones, para revelar de golpe al rey toda su desgracia , para arrancarle las últimas ilusiones de su corazon , y hacerle firmar las órdenes que

hipócritamente afectaba necesitar el marqués de Villena para apoderarse del poder.

El rey fijó sus ojos en doña Guiomar, conoció que á su venganza debia el humillante papel que acababa de representar, que el marqués de Villena habia sido llamado por ella, pues veia brillar en el dedo de su mano el fatal y misterioso anillo que imprudentemente, y sin creerla sabedora del secreto, la habia confiado, y deseando vengar su afrenta en la única persona en quien podia en aquellos momentos,

—Saldreis, doña Guiomar, la dijo con rostro airado, inmediatamente de mi córte, vuestra presencia me recordaria sin cesar mi desgracia.... vuestros funestos encantos han sido la única causa de mi desventura.

Quiso hablar doña Guiomar para hacer revivir en el corazon del rey su antiguo ascendiente, pero el marqués aprovechando hábilmente aquella ocasion de deshacerse de una enemiga peligrosa, cogiéndola con afectada cortesía del brazo, la acompañó fuera de la estancia real persuadiéndola que no era aquel el momento oportuno de aplacar el enojo de Enrique, irritado por muchas causas á la vez.

Encomendó al salir del salon á uno de sus mas fieles parciales que sin perder de vista á la favorita desgraciada, la hiciese salir inmediatamente de Segovia para uno de sus castillos en Andalucía.

Cuando el rey quedó solo se encaminó con paso lento á la cámara de la reina, que ya por sus damas sabia el triunfo de sus enemigos y la condenacion de don Beltran.

Encontróla el rey sola en su régia estancia, pálida, abatida, arrasados sus ojos de ardientes lágrimas, silenciosamente sentada junto á la cuna de su hija, inclinando su ros-

tro contemplando sus inocentes facciones: su hija era todo su consuelo en aquellos terribles instantes , era el solo vínculo que la ligaba á la vida.... Mañana todo su amor se concentrará en esa niña. Esta noche aun , esta noche solamente su pensamiento entero se ocupa del que va á morir.

—Perdona , hija mia ! decia en su interior, si su nombre sale antes que el tuyo de mi corazon y de mis labios: pero tú aun me oirás hablarte, aun me verás , no sonreir como otras veces, sino llorar..... la luz de tus ojos no vá á extinguirse , ni tu boca vá á cerrarse para siempre, mi ternura, mi amor no te será fatal, y el remordimiento de haber causado tu muerte , no tenderá una sangrienta sombra sobre el resto de mis dias. Oh hija mia ! si tu pudieses en tu tierna edad comprender la falta de tu angustiada madre , tú se la perdonarias al ver su angustia, su dolor, su sufrimiento.

Tales pensamientos ocupaban á la infeliz Juana de Portugal que sobre la cuna de su hija permanecia inmóvil, abatida, anonadada por el mas cruel pesar.

Oyó repentinamente pasos cerca de sí, y se estremeció; alzó los ojos y vió delante al rey.

Helada de terror por esta repentina aparicion, se levantó apoyándose sobre la cuna para no caer desfallecida , y solo pudo esclamar con voz sofocada por los gemidos.

—Enrique!

—Si , yo soy , respondió el rey con voz sorda, yo soy!

La reina ocultó el rostro con sus manos sin poder hablar ni una palabra.

—Acercáos , señora , acercáos , todo lo he sabido!

La reina se arrojó á sus pies , humillando en su presencia la cabeza, sus largos y hermosos cabellos cayen-

do sobre su rostro lo ocultaban á las severas miradas de su juez.



—Levantáos, la dijo el rey con tono firme, y miradme. Qué! permanecéis inmóvil? tan osada para cometer un crimen, y tan tímida ahora! Miradme os digo, no os atre-

veis? Temeis encontrar mis ojos irritados, y que mi mano se arme del hierro vengador?

Un hondo gemido salió del pecho de la reina, que permanecía arrodillada á sus pies.

—Cuántas veces, añadió el rey con amarga sonrisa, en vuestras horas de alegría y abandono os habreis burlado de mí! No sabrá nada, diríais, no podrá vengarse!

—Oh! matadme, señor, gritó la reina desesperada, arrastrándose á sus pies, matadme y no me habéis asi!

—Dios mio! continuó el rey sin atender á ella, confianza, amistad, amor, los juramentos mas sagrados, todo ha sido una burla!

—Ah! las lágrimas y los remordimientos no podrán alcanzar vuestro perdon? gritó ella juntando sus manos.

—Si, hoy llora una muger y se confiesa culpada porque tiene miedo; pero ayer tambien lo era y no lloraba. Infeliz! añadió despues en tono mas grave y solemne, y cogiendo de un brazo á la reina la levantó del suelo, piensas acaso que yo he venido aqui para ver correr tus lágrimas, para contemplar tu mortal palidez? No, una fuerza irresistible me ha arrastrado hasta aqui, una idea horrible, que no sé como espresar....

—Decidlo todo, respondió la reina bajando la cabeza.

Soltó el rey el brazo de doña Juana, y despues colocando sus dos manos sobre su frente como para recoger cuanto le restaba de energía y de inteligencia, temblando con la incertidumbre del hombre que apenas se atreve á manifestar una sospecha, de miedo de verla confirmada, articuló pausadamente estas palabras.

—Esposo crédulo yo tenia confianza en tí, porque tu

rostro estaba tranquilo, y pura tu frente, pero sé yo acaso desde cuando la idea del crimen ha penetrado en tu alma, desde cuando no me amas, ó si no me has amado nunca?...

Detúvose aquí el rey queriendo leer con sus ojos en el rostro de la reina.

—No me comprendéis, señora?

—No! respondió con la mayor ansiedad.

Hizo el rey aun un nuevo esfuerzo y continuó con voz convulsiva.

—Hace seis años cuando yo traje conmigo á la córte á ese hombre fatal, él brillaba por su juventud, por su hermosura.... y yo me hallaba débil, achacoso como hoy, qué contraste á los ojos de una muger! No me comprendéis aun?

—No! respondió la reina con acento de desesperacion.

Entonces el rey mirando fijamente á la reina, agitado todo su cuerpo con un temblor convulsivo, y poniendo uno de sus brazos sobre la cabeza de su culpable esposa, parecia que la iba á confundir al tiempo de dirigirla estas fulminantes espresiones:

—Mí corona debia pasar á mi hija, pero Castilla entera, las córtes del reino han declarado, señora, que no lo es: van á jurar mañana por heredera de mi trono á mi hermana la infanta doña Isabel. Qué deberé responderles? «Tomad y matad la carne y la sangre de esa muger. No me pertenece!»

La infeliz reina dió un grito terrible y cayó al suelo.

—Ah! dijo el rey, me comprendes ahora?

Al cabo de algunos instantes la reina se levantó, se re-

cogió en silencio mientras que separaba sobre su frente sus cabellos en desorden, despues volvió lentamente hácia el rey los ojos llenos de una dolorosa compasion.

—Cuánto os compadezco! dijo, cuánto habeis debido sufrir, os perdono el golpe con que habeis herido mi corazon. La madre espía cruelmente las culpas de la esposa; pero por amor á vos mismo desechad, señor, esa horrible sospecha. La intriga, la calumnia, la ambicion de los que intentan medrar mudando la corona á las sienes antes de vuestro hermano Alfonso, hoy á las de doña Isabel, han propalado



y acreditado por Castilla esa mentira. Ah! pongo por testigo á Dios! lo juro por mí , por vos, por esta pobre niña, que

mi crimen acusa , y si es preciso descender á la última humillacion, lo juro tambien por la cabeza de un culpable.... Hubo un tiempo, señor, que yo recuerdo sin rubor , en que mis pensamientos castos y puros me hicieron digna de llevar el nombre de esposa vuestra! Entonces ya palpitaba en mi seno vuestra hija! Si, vuestra hija. Recordad vuestro desvío, el abandono en que me dejásteis, Dios mio! que podré deciros? Yo no tengo mas que lágrimas para persuadirlos. Despues como inspirada de una repentina idea, tomando de la cuna su hija. Oh! despiértate, hija mia, dijo, que no pudieses hablar! tu desgraciada madre no puede defenderte, trata de reanimar en su alma los sentimientos de la naturaleza, trata de que renazcan en los latidos de su corazon; y si nada siente ya en el fondo de sus entrañas, no nos queda á ambas mas que morir!

Al hablar asi tenia su inocente hija entre sus brazos y la presentaba al rey, este volviendo la cabeza, hizo un brusco movimiento para alejar de sí á la madre y á la hija, pero la madre desolada insistia en presentársela. En este movimiento la cabeza de la inocente niña tropezó violentamente contra el ángulo de un gótico sillón. La niña dió un grito, la sangre corria de su frente.

El rey , volviéndose entonces , vió aterrada á la madre , herida á la hija , y le pareció que cada gota de sangre que destilaba de su frente se escapaba de su corazon ; el llanto de la niña penetraba hasta el fondo de su alma.

Sospechas , orgullo , celosa venganza, todo se habia desvanecido en un momento.

Ocupáronse ambos solo en cuidar á la inocente cria-

tura, herida involuntariamente. La muger culpable, el esposo ultrajado, olvidaron al rededor de la cuna de la inocencia por un instante el abismo que los separaba, y sus rostros se confundieron sobre el rostro de su hija. El golpe era leve, la sangre no procedia sino de la piel ligeramente rozada.

El marqués de Villena que volvia de haber arreglado el destierro de doña Guiomar, entró en este momento, y su corazon á la vista de esta escena concibió la esperanza de poder salvar aun al que sobre la plaza del Alcázar aguardaba de un momento á otro la muerte.

El rey y la reina permanecieron por algunos instantes sin hablarse. La reina habia encontrado en su juez una indulgencia que no esperaba, sin embargo, permanecia siempre en actitud sumisa y suplicante, la dominaba un sentimiento mas fuerte que el temor.

El marqués quiso sacarlos de tan penosa situacion, y aprovechar los momentos, que eran urgentes, terribles para don Beltran, pues en cada instante podia perderse una eternidad.

—El dia de hoy, dijo llegándose al rey, eterno para el pueblo castellano, debe pasar á la posteridad sin mancha alguna de sangre. Que don Beltran, lejos de su patria, espie con su dolor sus crímenes, concededle la vida!

La reina juntó sus dos manos con una actitud indefinible de ansiedad y temor.

—Ya lo he condenado, contestó el rey, el honor de mi trono exigía la pronta muerte del hombre que tan vilmente me ha engañado, á quien tanto amé, y á quien tal vez haria

gracia de la vida, si aun fuese tiempo y me fuese dado perdonarlo.

—Ah! perdonadlo, señor!.. perdonadlo! y al mismo tiempo cayó de rodillas la reina á los pies de su esposo.

—Levantáos! gritó el rey lleno de ira.

—No.... no me levantaré sin que me concedais su vida. Cómplice de su mismo delito, de la misma traición tengo un deber en implorar su gracia. Dios podrá perdonar mi debilidad á fuerza de arrepentimiento.... pero cuando me pida cuenta de la vida de un hombre, ¿qué le responderé?

—Piedad, señor! dijo el marqués de Villena uniendo sus ruegos á los de la reina. Cuántas veces habeis hecho gracia á grandes criminales? Al miserable incendiario, al traidor, al asesino, se le concede recurrir á la bondad del rey. Pues bien, tratad á ese culpable que personalmente os ofendió, como al último de los hombres, olvidad que es vuestra la ofensa. Vengáos como un rey, perdonando como un rey todopoderoso. El destierro en lugar de la muerte: la muerte seria poca pena para ese infeliz, porque seria momentánea, dejadle una vida de remordimientos, y la vergüenza de que la deba al que tanto ofendió. No entregéis como vuestro padre al verdugo, al que un tiempo fué vuestro amigo. Entregadle al desprecio de la posteridad. No olvideis que la compasión que sigue inmediatamente á la ejecucion del criminal, hace olvidar á la multitud el crimen. Don Alvaro de Luna debe talvez á su suplicio la consideracion de que hoy goza su memoria.

Un violento combate trabaron en el pecho del rey el de-

seo de venganza, la memoria de la amistad pasada, y las poderosas consideraciones que le esponia el marqués de Villena.

—Basta... basta, dijo, suspended vuestros gemidos y enjugad vuestro llanto. Despues añadió con aire melancólico, y meneando la cabeza, tal vez me tendreis por un imbécil á quien enternece lo que deberia mas inflamar su cólera, no se dirá de mí lo que de mi padre, que el que fué su amigo pereció en el cadalso. Alzad del suelo, señora! Esta es la última vez que os veré en esta vida, procurad por vuestro arrepentimiento haceros digna de verme en la otra. No penseis mas en mí. Me habeis cubierto de oprobio á los ojos del mundo. Llevad con vos vuestra hija, y educadla en la virtud!

Y despues volviéndose al marqués, y como haciendo un gran esfuerzo, le dijo:

—Que suspendan la ejecucion.

La reina por un impulso que no fué dueña de reprimir, exclamó, voy á salvarle! y saliendo de su cámara, corrió al gran salon dirijiéndose á la ventana que daba sobre la plaza del Alcázar.

El marqués, lleno de terror, viendo que su misma precipitacion por salvar al infeliz don Beltarn iba á apresurar su muerte, salió corriendo trás de la reina, gritándola en vano :

—Detenéos! detenéos!

La reina sin escuchar nada, abrió la ventana para gritar, perdon! pero antes de haber concluido de pronunciar esta palabra, oye el ruido que la cuchilla causaba sobre un tajo, y cayó al suelo desmayada, porque sus ojos habian visto

repentinamente caer la cabeza del hombre que ocupaba todo su corazón.

El marqués de Villena, quedó inmóvil, consternado, y solo pudo levantando las manos al cielo, decir al rey que con paso tardo salia al salon:

—Justicia divina! su mismo amor le ha asesinado!





VIII.



RECONOCIDA la infanta doña Isabel por heredera del reino, ajustado su matrimonio con el príncipe don Fernando, hijo del rey de Aragon, vueltos á sus antiguos cargos los ricos-hombres confederados, y nombrado el marqués de Villena gran maestre de Santiago, la tranquilidad se restableció en todo el reino, y solo se pensó en el matrimonio de la infanta doña Isabel.

La reina doña Juana, separada de su marido, fué confiada á la guarda del arzobispo de Sevilla, que la puso en

su castillo de Alaejos, y la princesa doña Juana fué encerrada en el castillo de Buitrago, al cargo de don Pedro Baeza, uno de los hombres mas honrados de aquella época, y de una fidelidad incorruptible, que conservó el depósito que se le habia entregado despreciando todos los honores y riquezas que le ofrecieron los infantes doña Isabel y don Fernando, que á toda costa trataban de apoderarse de aquella niña, sin cuya posesion no juzgaban seguro el heredar el trono de Castilla.

Grandes obstáculos se suscitaron por parte del rey y de los mismos grandes, para llevar á efecto el matrimonio de Fernando y de Isabel. El duque de Berri, príncipe de Francia, Alfonso de Portugal, ya viudo, solicitaron su mano, pero Isabel declaró que ésta, con su corazon, sólo perteneceria á don Fernando de Aragon, segun los pactos hechos.

El mismo marqués de Villena, autor de los trastornos anteriores de Castilla, se oponia ya al matrimonio.

Concertados doña Isabel y don Fernando, diéronse una cita, y escapándose de Segovia una noche ayudada de algunos fieles criados la infanta doña Isabel, se fué á Valladolid, y desde allí pasó á la villa de Dueñas, que era de don Pedro Acuña, conde de Buendia, hermano del arzobispo de Toledo. El infante don Fernando de Aragon, aunque ocupado entonces en la guerra de Cataluña, marchó á Zaragoza, y desde allí disfrazado y sin mas acompañamiento que cuatro caballeros amigos suyos, pasó á Castilla, llegó á Dueñas, y se desposó y veló con la infanta.

Tenia don Fernando solo diez y seis años, permaneció



seis días con su esposa y luego se tornó á Aragon , escribiendo al rey, á los grandes de Castilla y al Papa, que habian apresurado sus bodas para desbaratar las tramas de sus enemigos. Villena , viéndose burlado en sus planes, escitó al débil Enrique á que declarase , por un juramento solemne, la legitimidad de su hija doña Juana, *la Beltraneja*, y la proclamase heredera de su trono , y entablaron para sostenerla negociaciones con Alfonso de Portugal, á quien prometieron su mano.

La reina desde su destierro no se descuidaba en ganar parciales para su hija. Trató de hacerse con el poderoso auxilio del arzobispo de Toledo, que habia sido su mas mortal enemigo y lo consiguió.

La reina era jóven , bella y llena de gracias. El grande historiador Mariana dice:

—Una noche con ayuda de Luis Mendoza se fugó del castillo en que la tenian y se fué á Buitrago á verse y tratar con su hija. El sentimiento del arzobispo de Sevilla que la tenia encomendada fué grande. En el tiempo en que estuvo detenida, parió dos hijos, á don Fernando y don Apóstol: tiénese por averiguado que secretamente los criaron en Santo Domingo el Real, monasterio de monjas de Toledo. Tomó la prelada de aquel convento ese cuidado por ser pariente de don Pedro Acuña, conde de Buendia, padre de aquellas criaturas, que era tambien deudo del arzobispo.

El rey don Enrique murió en 1474 y á su muerte sucedieron los mayores desórdenes en Castilla, pues al morir don Enrique dejó por heredera á su hija doña Juana. Murió el rey en Madrid consumido de pesares y enfermedades, estando tan flaco su cuerpo que refieren las crónicas de su

tiempo que sin embalsamarlo lo llevaron á enterrar al monasterio de San Gerónimo de Madrid

Fué este príncipe, dice el Padre Mariana, en ninguna cosa notable mas que en la manera torpe de su vida, en su descuido y flojedad, faltas con que desdoró mucho su reinado.

La corona de Castilla fué disputada por las dos princezas rivales, la infanta doña Isabel y la *Beltraneja*, sostenidas ambas por un numeroso partido.

Varios miembros de la grandeza, acompañados del arzobispo de Toledo, prestaron homenaje en Segovia á la nueva reina doña Isabel.

El marqués de Villena y otros abrazaron el partido de la *Beltraneja*. El arzobispo de Toledo mismo, llevado de agravios que supone personales, pero en realidad escitado por su pariente, que habia obtenido el amor de la reina doña Juana, y mas que nada por no haber hallado bastante deferencia en la reina doña Isabel que queria reinar por sí sola, abandona su causa, y arroja el peso poderoso de su autoridad en favor de su competidora. Inclínase, merced á su apoyo, un momento la balanza en favor de la abatida y despreciada *Beltraneja*. Colócase al frente de un formidable ejército y cuenta con el apoyo de casi todos los ricos-hombres de Castilla.

El rey de Portugal, cuya ambicion no cede en nada á los principales personajes de esta época, acepta la mano de la *Beltraneja* y entra con un ejército en el territorio de Castilla para hacer valer sus derechos.

Llegado á Plasencia realiza su casamiento con esta princesa, cuya ceremonia se verifica á presencia de algunos



la Real Audiencia y actúa con un ejército en el territorio de Castilla para hacer valer sus derechos.

Después la Real Audiencia realiza su casamiento con esta princesa, cuyo matrimonio se verifica á presencia de algunos

de aquellos confederados que algun dia tanto disputaron su legitimidad.

Con obstinacion se hizo la guerra por dos años.

El conde de Benavente , que permanecia firme en los principios que le animaron en tiempo de los confederados, tomó el mando de las tropas de doña Isabel , y á pesar de la superioridad numérica de los secuaces de la *Beltraneja*, los cuales habian penetrado hasta Peñafiel, los ataca junto á Valtana pero fué derrotado teniendo que ceder el campo. Don Fernando acudió desde Aragon á defender el trono de su muger y por fortuna logró batir á los portugueses en Toro, y desde entonces cambió enteramente la faz de los negocios. La *Beltraneja* huyó con el rey de Portugal, y como ya no tenia este que esperar la corona de Castilla, y ademas el Papa no habia dispensado el parentesco que impedia el matrimonio, antes bien lo declaraba nulo, desistió de sus pretensiones , y la infeliz *Beltraneja*, despues de una vida de pesares y desdichas tomó el velo de religiosa en el convento de santa Clara de Coimbra.

Restablecióse prontamente la tranquilidad.

Pocos dias antes de la derrota del ejército de la *Beltraneja* murió en Madrid su madre doña Juana. Muchos cronistas de aquella época dicen que con secreto y con engaño le hizo dar veneno su hermano, el que no queria hallarse con ella en la córte cuando fuese rey de Castilla. *Alonso Paletino se inclina á esto* , dice el padre Mariana, *y añade corrió la fama que murió de parto. Tal es la inclinacion natural que tiene el vulgo de echar las cosas á la peor parte y mas infame.*

Está enterrada en la iglesia de San Francisco el grande

de Madrid: en un túmulo de mármol blanco, que aun se vé con su letrero junto al altar mayor. En el momento de



su muerte la encontraron sobre su pecho una pequeña cruz de oro. Era la que otro tiempo habia dado al gran maestre don Beltran, y que Villena la habia devuelto la noche fatal del baile del Alcázar de Segovia, al volver en sí de su desmayo despues de haber abierto la ventana del salon....

Doña Guiomar murió al año en un castillo en Martos desgraciadamente; un dia que estaba asomada á la ventana la atravesó una aguda flecha el corazon. Ignórase si fué una casualidad de que se sirvió la justicia divina, ó una calculada venganza de alguno de los parciales de don Beltran, ó de la reina.

Un año despues de restablecida la paz, el de 1479, el

rey don Fernando heredó por la muerte de su padre el reino de Aragon. Desde esta época importante los reinos separados de Castilla y de Aragon, permanecieron para siempre unidos y se confundieron bajo el título de reino de España.





DON JUAN
EL TUERTO.

Al entrar el rey en la
ciudad de Toro, á cuyo estado pertenecía
siempre este hospital, y prohibiendo
de salir de la villa de Santa María de la
ciudad de Toro, á cuyo estado pertenecía
de donde Valladolid con la principal de su
reino para tener una custodia en el
don Juan el Tuerto; llamado así por la falta
de un ojo, y con suyo nombre se llama la villa
esta, para poner un término á las injurias
civiles que agitación á Castiella, cuando don Juan
seguía de los rebeldes que se levantaron en
la villa.



DON JUAN

BELTRAMO.



1327.

1926

II.



—Quinta vez que se celebró el día de todos los Santos. El rey don Alfonso XI se hallaba con muchos ricos-hombres y prelados, oyendo misa en la iglesia de Santa María de la ciudad de Toro, á cuya ciudad habia venido desde Valladolid con lo principal de su córte, para tener una entrevista con el infante don Juan el *Tuerto*, llamado así por la falta de un ojo, y con cuyo nombre le conoce la historia, para poner un término á las turbaciones civiles que agitaban á Castilla, siendo don Juan el único de los rebeldes que aun quedaba con las armas en la mano.

Varios cortesanos ocupaban los salones del palacio del Adelantado de Castilla, el caballero Garci-Laso, que gozaba de toda la consideracion del rey. Miraban unos desde la gran ventana ojival que daba sobre la plaza de Toro las gentes del pueblo, agrupadas para ver salir al rey, y paseábanse otros por el salon, aguardando la vuelta de Alfonso.

—No creo ni una palabra, señores, decia á unos grandes don Iñigo Mendoza. El Tuerto es demasiado diestro para venir á meterse él mismo en la red. Digo que no creo una palabra.

—Sin embargo, es la pura verdad, replicó don Alfonso Pacheco. Ha pedido un seguro á nuestro señor y amo don Alfonso, y la entrevista se ha de verificar hoy ó mañana en esta ciudad de Toro.

—Quisiera ver ese seguro! contestó con aire de incredulidad Mendoza.

—Podeis quedar al punto satisfecho, yo mismo he enviado el original al campo de don Juan....

Y luego continuó leyendo Pacheco:

«Nuestro muy amado primo: Si os placiere venir á verme á mi fiel y leal ciudad de Toro, os juro por mi fé, y «por mi honor, que podeis hacerlo segun fuere vuestra voluntad, permaneciendo en ella, ó saliendo franca y libremente para vuestros estados, todas las veces que á vuestro grado convenga, sin que se os oponga impedimento alguno ni á vos, ni á ninguno de vuestras gentes, «ni por mí, ni por otra persona alguna, *por cualquier causa que sobrevenir pudiera*, teniendo que tratar con «vos de asuntos que os causarán el mayor placer. En testi-

«monio de lo que he escrito y firmado de mi mano esta «cédula real.

«En la ciudad de Toro. &

ALFONSO.

Y bien! qué direis ahora, señor de Mendoza?

—Si.... si, dijo á media voz don Iñigo mirando el seguro, diré que veo ahí muchos juramentos, muchas líneas negras sobre un pergamino blanco, y muchos negros presentimientos en el fondo de ellas, y debajo una rúbrica real escrita con cinabrio..... Digo que don Juan no vendrá.

—Y yo digo que es demasiado bueno y tolerante nuestro rey, interrumpió el condestable de Castilla, para andarse hoy en parlamentos y entrevistas con un rebelde. Por Santiago! que nos deje hacer el rey y sabremos sacarle el otro ojo al Tuerto.

—Ah! ah! ah! exclamó soltando la carcajada un jóven árabe, esclavo favorito del rey, de quien era el bufon.

En el siglo XIII, casi todos los reyes y señores tenían, para su diversion, estos bufones ó locos, que vestidos de una manera grotesca y particular, y llevando por distincion en la mano una muñeca rodeada de cascabeles, los seguian á todas partes, se sentaban á sus pies, entraban en todos los aposentos, se mezclaban en todas las conversaciones y decian cosas que hubieran costado la vida á cualquiera otro, y que en ellos solo escitaban risa y alegria. Las verdades mas amargas eran toleradas en su boca, y tal vez á esta institucion de los siglos medios, se debe el antiguo adagio castellano de que los *niños y los locos dicen las verdades*.

—De que se rie ése perro infiel? dijo volviéndose hácia el loco el condestable.

—Me rio de un recuerdo , contestó, soltando cada vez mas recias carcajadas, el loco Zorel.

—Y de qué puede acordarse esa cabeza vacía de seso?

—De haber visto en los campos de Jaen y de Martos, á muchos bravos y valerosos caballeros, y á vos mismo, huir de los partidarios del Tuerto, que os midieron soberanamente las espaldas.

—Voy á ahogar con mis manos ese perro infiel, dijo el condestable en ademan de acometer al loco.

—Alto ahí, señor condestable! dijo Zorel levantando su muñeca y agitando sus cascabeles de oro, respetad mis privilegios de primer bufon del rey don Alfonso. Veis esta muñeca? esta es mi cota de malla. No deis un paso mas, porque si la levanto sobre vuestra cabeza, puede que la haga caer á mis pies!

—En efecto, condestable, Zorel es muy malo... como es loco, el rey lo ama extraordinariamente, y no puede ofenderos, ya veis las cosas que al mismo rey le dice...

El condestable se dejó persuadir de las razones de Garcilaso, que era el Adelantado de Castilla, gobernador de la ciudad de Toro, habia seguido constantemente en todas sus expediciones al rey don Alfonso, que le dispensaba el mayor aprecio, tal vez por el marcado encono que habia demostrado siempre contra los infantes, sus competidores, y muy particularmente contra don Juan el Tuerto.

Algunos parciales contaba este príncipe en el seno mismo de la córte de Alfonso, porque don Juan el Tuerto, señor de muchas ciudades, y fortalezas, no escaseaba el dine-

ro para adquirirse partidarios, así como no reparaba en los medios de llenar de oro sus arcas.

Llegóse á Garcí-Laso cautelosamente Pacheco.

—Adelantado, le dijo, os buscaba para preguntaros, qué daño os ha hecho el infante don Juan, de quien tan mal habláis continuamente? No asienta bien á un caballero de vuestras prendas denostar á un príncipe que es deudo de nuestro buen rey!

—Qué daño me ha hecho? contestó alzando la vez Garcí-Laso, de modo que pudiera ser visto de todos. Me preguntais qué es lo que me ha hecho el infante don Juan? El quitó despues de la batalla de Ubeda, la vida á Garcí-Laso, que me habia recogido en mi infancia y adoptádome por hijo legándome su nombre y sus bienes, el venerable anciano que me habia salvado, cuando me hallaba aun en la cuna, del incendio del castillo de mis padres á quienes ¡ay! jamás conocí. Don Juan me tuvo cuatro años prisionero en uno de sus castillos de Andújar. Un dia me hizo llamar á su presencia, y me propuso la libertad á cambio de un crimen. Quería que asesinase á Alfonso, mi rey, mi señor, por cuya causa habia combatido contra él —«Ejecuta con tus manos, le repliqué, tan abominable pensamiento, asesina á tu primo, á tu rey, á tu señor!! Entonces me encerraron en un obscuro subterráneo, allí durante seis semanas, mortales, eternas, una pobre muger descendió al foso, y me salvó de la muerte de hambre, arrojándome al través de las gruesas barras un pedazo de pan negro que robaba á su propio sustento. Mi lecho eran las duras piedras, las bóvedas de mi prision, destilaban lentamente frias gotas de agua sobre mis ateridos miembros, y el eco del subterráneo repe-

tia de un modo aterrador, mil suspiros, mil gritos de dolor y de venganza, al morder en vano , con desesperacion, los



hierros de mi calabozo , y despues cuatro años de prision sobre todo esto.... Ved lo que me ha hecho!

—Mas al cabo de los cuatro años ? preguntó Pacheco.

—Oh! al cabo de los cuatro años viendo que mi cuerpo se obstinaba en vivir, á pesar de sus crueles tratamientos, mandó al alcaide de la torre de Andújar que me cortase la cabeza.

—Y el alcaide de Andújar mas humano que su señor tuvo lástima de vuestra juventud y os perdonó.

Dijo Lain, anciano venerable natural de las montañas de Alava, que se hallaba de mensagero de aquellos pueblos

cerca del rey don Alfonso, porque en aquel siglo las provincias Vascaas no dependian de la corona de Castilla, dependiendo de un señor que ellos mismos elegian, ó gobernándose libremente por sus leyes particulares, y permaneciendo muchas veces neutrales al triste espectáculo que presentaba Castilla destrozada por diferentes facciones y banderías.

—Sabed, interrumpió Zorel el loco, que al dia siguiente de la evasion de Garci-Laso, un anciano era decapitado al pié de la torre de Andújar, y otros dos hombres estaban colgados de dos árboles á la entrada del castillo: el anciano era el noble Fernan-Garcés, y los otros dos eran dos pecheros guardas de la torre. No hubo nada perdido! por uno tres.... tres.... Ah! ah! y soltó una furiosa carcajada.

Lain alzando su descarnada mano al cielo dijo en tono grave y solemne: Tambien allá en lo alto dirán, tres por uno! y allá arriba no hay nada que no se cuente ni se pierda!

—Lain, vos sois un sábio, dijo Zorel, y yo un loco, ambos hablamos bien, mas sin provecho, y luego dirigiéndose en tono burlesco é irónico á Pacheco, le dijo:

—Caballero, que daño le ha hecho el Tuerto á Garci-Laso para que hable tantas veces mal de él? Ja! ja! ja!, y rompió á nuevas y estrepitosas carcajadas.

—Zorel, maldita sea vuestra risa, contestó algo incomodado Pacheco, el que se rie, llorará, dice la escritura.

—Ja! ja! ja! tambien los caballeros, contestó el loco, se meten como los clérigos á traer á cuento testos y sentencias.

—Jóvenes caballeros, permitireis al viejo de las monta-

ñas de Alava que os pregunte qué habeis sacado de toda esta triste relacion?

—Qué quereis que hayamos sacado? contestó el condestable.

—Qué quereis que saque esta juventud atolondrada? vereis como han perdido todos la memoria.

—El viejo ha sacado de cuanto habeis dicho que el caballero Garci-Laso ha sido encerrado cuatro años en la torre de Andújar, que el alcaide de esta torre ha sido decapitado, que el infante don Juan es un malvado y un traidor, y que es mengua de leales castellanos tolerar tamaños desafueros en sus tierras.

—El que se acordará muy bien de ello siempre, soy yo, respetable Lain, dijo Garci-Laso.

—Sabeis señores, dijo, procurando mudar de conversacion Pacheco, que muy pronto va á llegar la hora de ver entre nosotros al infante don Juan? estoy seguro de que cuantos no le conoceis, deseais ver la persona del hombre que hace quince años escita la atencion del mundo todo, y cuyos pendones han seguido los pueblos castellanos.

—Oh! oh! yo he visto esa magnífica y real persona con un ojo huero y el otro manchado de ráfagas de sangre como el ojo del tigre, sus grandes cejas grises, su cabeza medio inclinada sobre el hombro derecho mas alto que el otro, por lo que le llaman el deforme. Magnífica figura! sobre todo el ojo único tiene una espresion indefinible de magestad cuando ajusta las cuentas con su tesorero el judío Juseph y le apremia á que llene de oro sus arcas!

—Dicen sin embargo, interrumpió Pacheco, que es generoso.



Don Juan el Tuerto.

—Don Juan el Tuerto es generoso en comprar las conciencias. No es verdad, señor de Pacheco? Dicen que vos sabeis algo, dijo Zorel mirándole maliciosamente.

—Este maldito es una víbora que silba cuando habla, murmuró entre dientes Pacheco.

Durante todas estas palabras, Garcí-Laso se hallaba distraído, embebido en sus propios pensamientos sin tomar parte en la conversacion, y mirando al cielo desde la gran

ventana ojival del salon. El malicioso Zorel lo advirtió y llamando la atencion de los cortesanos, les dijo:

—Mirad, mirad cuán distraido anda Garci-Laso..... no parece sino que está estudiando en los astros!

Y despues dirigiéndose hácia él y haciendo sonar en su oido los dorados cascabeles de su muñeca, le dijo:

—Jóven y enamorado caballero, quereis que yo tambien astrologue con vos? quereis que os diga vuestro horóscopo?... nada, es escusado, no me oye.....

En efecto, Garci-Laso permanecia inmóvil como una estatua siempre distraido, hasta que poniéndose cerca del oido gritó Zorel:

—Leonor de Vargas!

—Quién ha pronunciado su nombre? contestó por un movimiento involuntario volviendo repentinamente en sí Garci-Laso

Echáronse á reir todos los presentes y don Iñigo Mendoza exclamó:

—Certero ha sido el golpe del loco!

—Pues qué he hablado yo algo? dijo bastante desconcertado Garci-Laso. No respondo de lo que haya podido pronunciar mi labio, porque estaba distraido pensando en... en una cantiga del sábio rey don Alonso.

—Justamente, replicó el loco en su doble cualidad de trovador y enamorado estaba distraido..... porque trovador y enamorado sois, señor Adelantado, y quién no lo es?

—Qué disparate! exclamó el condestable: Garci-Laso, habia de ir á enamorarse de Leonor de Vargas, que si bien es la mas cumplida y hermosa hembra de Castilla, tal vez es la mas cruel, una verdadera Lucrecia castellana, y sen-

taria mal suspirar por sus rigores á los caballeros que hacemos durar nuestras empresas amorosas menos tiempo que empleamos en ganar una batalla.

—La de los campos de Jaen y de Martos por ejemplo!

Esclamó Zorel haciendo una burlona mueca al condestable que dejó asomar á su rostro el encendimiento de la ira.

—Aunque fuéseis el mas gallardo doncel de Castilla no espereis nada de Leonor de Vargas, dijo don Iñigo Mendoza. Es un ángel con corazon de roca: yo, yo mismo he salido mal en mi empresa!

—Espacio caballeros, dijo en tono serio Garci-Laso, yo solo diré una palabra que debe poner fin á vuestras conversaciones. Doña Leonor de Vargas está casada.

—Y qué quereis decir con eso? esclamaron á la vez don Iñigo y el condestable.

—Eso quiere decir, dijo el loco, que el caballero Garci-Laso es tan buen cristiano que no osaria presentarse á su confesor ni aun con un pensamiento de adulterio.

—Leonor de Vargas casada con Pero Lopez de Mansilla ha cedido á la violencia de su padre, tenia otros amores, segun murmura el vulgo parlero, pero despues ama á su marido como si fuese su primer amor. El hidalgo Lopez de Mansilla puede bien envanecerse de sus prendas.

—Ha sido antes parcial del Tuerto, y tal vez por eso le mira con recelo nuestro buen rey, no andubo muy cuerdo el anciano Vargas en darle la mano de su hija que pretendian otros caballeros leales, dijo don Iñigo.

—Desde que con otros muchos se reconcilió con el rey y abandonó la parcialidad de don Juan, Mansilla es un pa-

cífico habitante de Toro , allí vive con el producto de sus bienes, respondió Pacheco.

Garci-Laso procurando cortar la conversacion, cogió del brazo al loco Zorel, y llevándole aparte le dijo:

—Oyeme bien, loco: te he dejado con toda paciencia ejercer ese oficio, y ahora me toca á mí hablarte sériamente. Tú eres el confidente de mis penas, porque yo tal vez soy el único entre todos que al través de tus bufonadas he descubierto que eres mas que un bufon..... si, segun tu promesa, no haces que Leonor sea propicia al amor que me abrasa , hoy mismo..... mañana habré dejado de existir... y tal vez tú tambien.

—Vivamos los dos , señor , si no desconcierta vuestros proyectos, contestó festivamente el loco. Yo os entregaré la dama y me dejareis la vida.

Despues añadió con mas seriedad

—En tanto que vuestro buen rey , don Alfonso , nuestro amo y señor , marcha á encontrarse y tener un rato de charla con el buen infante don Juan el Tuerto , amo y señor de los otros , volved á esta misma sala , y os comunicaré lo que he discurrido para que logreis vuestro amor... y yo el mio.

—Has dicho , le preguntó con sorpresa, y el tuyo ?

—He dicho y el mio.

—Un loco , un bufon puede amar ?

—Oh ! replicó Zorel con el tono de la mas cruel amargura. Una muger me ha dicho eso mismo. Acordáos bien, Garcí-Laso, un loco ama tambien !

—Guárdate tu secreto.

—Lo guardo , y por guardarlo he renunciado patria,

religion y hasta el sentimiento de mi propia existencia.

Los demás caballeros que veían tan entretenido al Adelantado con el loco, no perdían de vista la atención con que estaban hablando, y el condestable con aire burlón señalando con el dedo al sitio donde se habían retirado.

—Es cosa graciosa, por mi vida, dijo, un enamorado y un loco conspirando juntos!.... será terrible cosa!

—Puede ser, contestó Pacheco, porque el enamorado tiene una daga, y el loco una lengua.

—El rey! el rey!

Gritaron varios de los cortesanos que se hallaban asomados á la gran ventana ojival, y al mismo tiempo resonaron en la plaza de Toro los ecos de las trompetas y el sonido de las campanas que anunciaban la salida del rey de la iglesia.

—Silencio, señores, dijo don Iñigo Mendoza, coloquémonos en nuestros puestos para recibir al rey.

—Vamos, señores cortesanos, gritó agitando los casacaes de su muñeca y haciendo una pirueta el loco, cada diablo á su caldera que el demonio viene!

Reinó al momento el mas profundo silencio, y todos los caballeros y dignatarios del palacio se colocaron segun su gerarquía en dos filas para recibir á Alfonso XI.

Alfonso XI habia subido al trono de Castilla y de Leon siendo aun niño de pocos meses por la muerte repentina de su padre Fernando el IV, el Emplazado. Su reinado fué el principio de las contiendas y turbaciones civiles.

Los infantes don Juan y don Pedro, y don Juan de Lara uno de los mas poderosos nobles, disputaron la regencia del rey menor, empleando cada uno de ellos toda su influencia

en atraer á su parcialidad á las ciudades de voto en córtes. La reina madre, doña María , para frustrar los intentos de los tres pretendientes á la regencia y tutela, confió la persona del niño Alfonso al obispo y pueblo de Avila que le colocaron en una torre de la catedral, rodeado día y noche de numerosa gente armada.

En las córtes de Palencia en 1313 , convocadas al intento para resolver en quién habia de quedar la regencia, unos diputados votaron en favor de la reina doña María y del infante don Pedro , y otros por el infante don Juan. Apelaron los dos príncipes á la última razon con que se deciden las competencias de los príncipes , á las armas.

Ardió de nuevo por algunos meses la guerra civil en Castilla , y despues de haberse vertido mucha sangre en diversas batallas con varia fortuna , consintieron á ruegos de doña María en compartir entre sí el gobierno; política única posible en tan críticas circunstancias, que presentaba el espectáculo de dos gobiernos y dos córtes en un mismo reino, y que fué aprobado por los procuradores de las ciudades de voto en córtes en Madrid en 1315.

No subsistió largo tiempo la avenencia entre los regentes, cada cual favorecia los deseos de sus allegados y parciales, y el reino se resentia de su gobierno.

La discordia existia entre los regentes ; pero habiendo reunido sus esfuerzos para contener una irrupcion de los moros de Granada que aprovechando sus desavenencias trataron de reconquistar á Castilla, formaron un ejército en dos cuerpos de que tomó cada uno el mando, pero ambos murieron en 1319 en la famosa batalla de Granada , y su

muerte volvió á dejar el reino sin tener quien le gobernase , y presa de nuevas y atrevidas parcialidades.

A la muerte de ambos infantes siguieron nuevas competencias y rencillas sobre la regencia, don Felipe, tío del rey, y don Juan Manuel también de la familia real, y uno de los mas poderosos nobles del reino, se apoderaron de la regencia y se dividieron el reino, y las córtes confirmaron esta escandalosa usurpacion en Burgos en 1320.

El infante don Juan que habia perecido en la batalla de Granada, habia dejado un hijo del mismo nombre, el que por la falta de un ojo era llamado el *Tuerto*, cuyo nombre le ha conservado la historia, asi como el de *Deforme*, por la mala conformacion de su cuerpo. Tan fea era su alma como su exterior, de ánimo inquieto y revoltoso, juzgóse burlado por verse escluido de la regencia que creyó sin duda heredar con la muerte de su padre, y siguiendo su ejemplo tomó las armas para alcanzar el objeto de su ambicioso afan. Pidió al concejo y al pueblo de Burgos que le entregasen la persona del rey niño y le jurasen por único regente. Burgos accedió; pero presentándose en seguida don Felipe y don Juan Manuel recibieron el mismo poder con el mismo juramento.

En semejante situacion vano empeño seria querer descubrir una idea siquiera de obligacion y menos de fidelidad. Los mayores delitos no causaban sorpresa en aquella época, el poder estaba como en suspenso, el ejercicio de la regencia pendia de la suma inconstancia y volubilidad de los nobles. En vano el pontífice Juan XXII envió por su legado al cardenal Guillermo Bayonense, obispo Sabino, que hizo celebrar un concilio en Valladolid.

La muerte de la reina madre doña María hizo que se renovasen con nuevo empeño las ambiciosas pretensiones de los regentes. El vulgo con la esperanza del interés, se vendía al que mas le daba, vario, como suele, é inconstante en sus propósitos. Los mas poderosos atropellaban á los mas pequeños, los que gobernaban las ciudades y pueblos usurpaban para sí las rentas reales, y no hubo género de descontento que no pesára sobre el hermoso suelo de Castilla. Dividiéronse el reino los regentes tomando para sí el infante don Felipe la Andalucía: el reino de Toledo y Estremadura don Juan Manuel: y la mayor parte de Castilla la Vieja siguió las banderas de don Juan el *Tuerto*. Dentro de las ciudades no obstante esta división, se veían mil contiendas por los bandos que cada uno seguía.

Entre tantas turbaciones creció el rey don Alfonso. Amaestrado en la desgracia, su prudencia era superior á su edad. Su educacion habia sido ruda y severamente hecha en las torres donde habia estado encerrado, en los campos de batalla donde habia sido conducido, segun el capricho y fortuna de los que apoderados de su persona ejercian el poder en su nombre.

Alfonso llegó á los quince años, comprendió el disgusto general de los pueblos, comprendió que la única esperanza de estos se cifraba en él, porque los pueblos como los hombres fácilmente creen lo que desean.

Creían pues, que el gobierno del rey haría desaparecer tantos regentes.

Alfonso ayudado de algunos pocos y fieles parciales se presentó en 1324 en las córtes de Valladolid; les declaró

que habia resuelto encargarse del gobierno de sus reinos, y se declaró mayor de edad.

En vano esperó el reino que cesarian las rebeliones y volveria á renacer la paz, si no ya la felicidad. El infante don Felipe se sometió, pero los primeros en turbar la pública tranquilidad fueron Juan Manuel, y Juan el *Tuerto*, que descontentos de ver puesto límite á su poder se conjuraron para sostenerlo á todo trance. Para afirmar mas entre sí la union, concertaron ambos rebeldes afianzar con estrecho vínculo su amistad, dando don Juan Manuel su hija doña Costanza en matrimonio á don Juan el *Tuerto*: Alfonso recurrió á un arbitrio singular para romper esta union, pidió al rebelde don Juan Manuel para esposa á su hija Costanza, y don Juan Manuel enagenado al ver sobre las sienes de su hija la corona de Castilla y de Leon, no solo consintió gozoso, sino que vino á presentar sus homenajes al rey, y con toda su numerosa parcialidad á ser el mas firme apoyo de Alfonso. Doña Costanza, niña de muy corta edad, celebró con don Alfonso sus desposorios en la catedral de Burgos, y luego fué depositada aguardando la edad nubil en una torre de la ciudad de Toro. El padre se retiró despues á sus estados fronterizos al reino moro de Granada.

Juan el *Tuerto*, desamparado por su aliado, no se abatió; era hombre de entendimiento superior al siglo en que vivia, y de firme corazon, resolvió él solo hacer frente al rey, y con el auxilio de los reyes de Aragon y de Portugal, y reuniendo á sus banderas todos los descontentos y desertores de los demas parciales ya sometidos, desechó las amistosas propuestas de Alfonso, resuelto por con-

seguir la quietud de sus reinos , á cualquier sacrificio.

La educacion de Alfonso se resentia de las turbulencias de su época , pero sabia todo el latin que debe saber un príncipe; á saber, la máxima: *qui nescit disimulare , nescit regnare; el que no sabe disimular no sabe reinar*. Los ejemplos sangrientos á que habian acostumbrado sus ojos desde niño , habian creado en él un carácter dispuesto á meditar y ver con frialdad la ejecucion de los mas atroces proyectos.

Tal vez á este carácter debe el sobrenombre con que la historia le ha llamado , don Alonso el VENGADOR. Carácter que vemos reproducirse en mas altas proporciones en su hijo y sucesor don Pedro I el Cruel.

Viendo Alfonso que el rebelde seguia terco en su propósito , que hasta revolvía en su pensamiento el traer de Francia á don Alonso de la Cerda para suscitar de nuevo la competencia de sus derechos al trono de Castilla, afectó querer ganar por medios suaves á don Juan el Tuerto , y meditó un arbitrio de aquellos que usados tal vez en los siglos bárbaros , debia de cubrir de vergüenza y sempiterno oprobio la reputacion y memoria de un rey y caballero cristiano.

Envió mensageros á don Juan , prometiéndole por esposa á su hermana la infanta doña Leonor , y proponiéndole una entrevista para terminar las desavenencias y convertir los esfuerzos todos de los castellanos contra los moros , dándole el mando de tan importante expedicion.

Don Juan el Tuerto creyó en la palabra de su rey , y con un seguro firmado de su real mano, debia de entrar en la ciudad de Toro.

El rey acababa , como hemos visto , de salir de .misa, y se preparaba á la entrevista tan deseada.

Alfonso no habia comunicado á nadie su pensamiento, sin embargo de que eran sus particulares favoritos Garcilaso y Alvar Nuñez Osorio, su justicia mayor. A estos dos privados se juntaba un tercero , que era el árabe Zorel, que recientemente convertido á la fé cristiana, desempeñaba el papel de bufon ó loco en el palacio de Alfonso , que le tenia particular predileccion.

Zorel era un jóven árabe , que cautivo en una batalla habia pasado en la esclavitud dos años en la córte de Valladolid , y rescatado despues en cange de varios esclavos por caballeros cristianos, habia vuelto despues voluntariamente á la córte de Alfonso , donde merced á su rara habilidad y á su agudeza habia sabido captarse la voluntad del rey , y ejercia en su córte el cargo , en aquellos tiempos influyente, de bufon.

Zorel se hallaba enamorado , el amor le habia hecho volver á tomar voluntariamente sus cadenas.

Un dia que doña Leonor de Vargas paseaba en los jardines del palacio del rey con otras damas de la córte, apartándose un poco de ellas se llegó adonde se hallaba el árabe Zorel , que siempre que la encontraba la miraba con una indefinible espresion de sentimiento y de placer. Tal vez se aproximó para oir alguna alegre y burlona espresion del bufon , pero este cogiendo un hermoso ramo de jazmines, lo entregó á la dama , y aprovechando la ocasion de hablarla á solas , la dijo :

—En las tribus árabes , yo era un hombre poderoso , yo tenia mi tienda á las márgenes del Nilo , las mugeres mas

hermosas á mis pies, los guerreros mas valientes á mi obediencia, numerosas caravanas en el desierto.... Y todo lo he abandonado, señora, para venir aquí por veros, por miraros de cerca, por hablaros. Cautivo, os ví, y no he podido recobrar ya la libertad. Para volver á veros me he mezclado con los prisioneros de guerra, hechos por los castellanos, y los insensatos no han reconocido entre los combatientes vulgares el sello que brilla en mi frente, y me han creído un loco, un bufon....

Soltó por toda respuesta una carcajada doña Leonor, que sin duda creyó una alegre farsa de bufon la apasionada declaracion de Zorel, pero este continuó cada vez mas animado.

—Lo que os digo, Leonor, es la verdad, no es una burla de las que por ficcion todos los dias, á cada instante, invento para entretener al rey. He sacrificado todo por vos, libertad, patria, porque un amor mas grande, convierte mi esclavitud en un paraíso. Veros cada instante, adoraros de rodillas, daros una de estas flores que yo cultivo, único bien que puedo robar á mis amos, es una dicha mayor para mi que la libertad y el poder lejos de vos.

—Qué gracia! qué bien haceis el enamorado, contestó alegremente doña Leonor.

—Vos, señora, jamás habeis fijado la vista en mí, rodeada de los seductores placeres que forman el encanto de vuestra vida. Pero yo, señora, os he visto y he conservado grabada vuestra imágen para verla embellecerse en la soledad. Volví á mi patria. Si supiéseis, Leonor, cuán grande es el amor en el desierto! Un silencio eterno

deja allí resonar todo el poder de su voz en el fondo del alma : la inmovilidad del horizonte deja pasar en todo su esplendor sus encantadoras visiones. Las palmeras , cuya cabeza toca á las bóvedas del cielo , el ancho rio que apenas basta á atravesar un dia entero , las esfinges durmiendo hace tantos siglos sobre su lecho de arena , todos los objetos que os rodean son tan grandes , que elevan el sentimiento á su inmensa altura , todo dirige allí vuestra imaginacion al pensamiento de lo eterno , de lo infinito , y para el jóven árabe la imaginacion es el corazon , el pensamiento su amor.... Cuántas veces , Leonor , cuando una blanca nube se deslizaba por el inflamado horizonte , veia dibujada vuestra imágen en su ligero vapor , y los rayos del sol parecian , amor mio , rodearos con sus fuegos! Siempre os veia en mi cielo ¡ay! jamás en mis brazos!... Un dia supe que mis hermanos de Granada habian sido vencidos , vine , me mezclé á los prisioneros que los castellanos habian hecho en la Sierra.... Ay! eran tantos que no pudieran reparar en uno mas! Todo mi objeto , todo mi afan era habitar cerca de vos , y todas las mañanas salia antes que el sol se levantase para sorprender la mirada de Dios , á implorarle por mi amor; mientras que la tiranía duerme , yo colocaba flores que cuidadoso cultivaba , para que al salir de vuestra estancia las hollasen vuestros pies....

De rodillas , casi sin respirar , con las manos tendidas hácia Leonor en ademan suplicante , con los ojos semejantes á globos de fuego , que lanzaban toda su espresion africana , aguardaba Zorel una palabra de amor , de consuelo , siquiera de esperanza.

Leonor de Vargas arroja sobre él una desdeñosa mi-

rada ; demasiado honrada ó altiva, no vió á sus pies el hombre que todo lo habia sacrificado á la ilusion de su amor , sino el miserable juglar, el bufon de la córte de Alfonso XI y le contestó volviéndole con desprecio la espalda:



—Una muger no puede amar sino á un hombre, y vos sois un juguete! venid , venid si quereis , á divertir á mi hija!

Las garras del leon del desierto, clavadas en el corazon de Zorel, le hubieran hecho menos mal que las palabras insultantes de Leonor.

Levantóse del suelo, donde aun permanecia de rodillas, y mirando con la espresion del mayor dolor al cielo:

—Me ha vuelto la espalda, dijo riéndose, me ha dejado solo con mis pensamientos, aquí bajo la bóveda del cielo, á mi, que paso mis dias esclavo en el palacio, cuando era gefe de mi tribu, á mí, que por ella sirvo á los castellanos, que he tomado el cargo de mentir todo el dia, mentir en mis risas, en mis canciones, en mi fingida ternura por Alfonso, que tanto me protege... Una horrible mentira me faltaba aun, y no he retrocedido ante ella! he renegado de mi Dios, he tomado la cruz de los cristianos, he aparentado adorarla, esta vida de oprobio, que con alegría acepto por vivir cerca de ella, en el palacio, me ha de servir para mi amor, para mi venganza. Leonor, crees que no puedes elevar hasta tí á un miserable bufon, á un loco? el loco hará que descieras tan bajo, que no desdeñes su ardorosa pasion.

Desde entonces el activo, disimulado é inteligente árabe, preparó diestramente los medios de satisfacer su venganza, con toda la perseverancia del ódio africano.





II.



NA música guerrera anunció la llegada del rey.

Entró Alfonso seguido de su régia comitiva, saludáronle respetuosamente los cortesanos, y él les devolvió con grave magestad su cortés saludo. Oyóse el eco lejano de una trompeta. Aplicaron todos

el oído, y escucharon un breve instante en el mas profundo silencio.

—Y bien, caballeros, les dijo el rey con tono afable, y qué decís ahora? El infante don Juan está á solo dos leguas de Toro. El vigía de la torre acaba de anunciar la señal.....

—Digo, señor, contestó respetuosamente el condestable, que los arqueros de V. A. están coléricos por esta entrevista. Se creían tan seguros de marchar contra el rebelde, que ya habian dispuesto del botin de sus enemigos.

—Estais por la guerra, condestable, y eso os asienta muy bien, por que no seríais digno de la espada de condestable de Castilla, si tuviéseis el pacífico exterior de mi justicia mayor el caballero Osorio: á estos el armiño y la toga, á nosotros el hierro. Tened un poco de paciencia, tal vez no esté lejano el dia de empuñar la espada de dos manos.... Qué perderemos en oír al infante? Antes de dos horas estará en mi fiel ciudad de Toro... y si yo quisiese....

—Olvidais, señor, dijo con inquietud Pacheco, que le habeis mandado un seguro? Vuestro honor...

—Mucho os cuidais de mi honor, Pacheco, le interrumpió con severidad el rey, sabed que yo solo sabré guardarlo bien... y quién os ha dicho que yo tocaré á la persona de don Juan? Pero vive Dios! que los zamoranos estén tranquilos. Pero Lopez de Mansilla se mueve mucho hace algunas noches.... Se han visto rondar dos hombres á los umbrales de su casa, y pudieran muy bien ser emisarios del infante don Juan, encargados de soplar la sedicion en el pueblo para hacerlo levantar.... Por Santiago! que no me obliguen á descargar el golpe, porque arrasaré á Zamora, y no dejaré ni cimientos.

—Tres.... cuatro.... cinco... de cinco quito cuatro!....

aun queda uno.... ¡a! ¡a! ¡a! dijo Zorel, contando por los dedos.

—Qué cuenta estás haciendo? dijo el condestable al loco.

—La cuenta de los juramentos del Tuerto con el rey don Alfonso, respondió con viveza Zorel, y he hallado que el rey don Alfonso puede mirar como nulo el seguro, porque el Tuerto tiene adelantado un perjurio.

El rey aparentó no haber oído las palabras de su bufon favorito; y todos los caballeros se asombraron de su atrevimiento, porque las palabras que acababa de pronunciar eran bastantes para haber perdido á cualquiera.

—Rey Alfonso! dijo adelantándose respetuosamente el anciano Lain, un poco de prudencia, harta sangre ha corrido ya en Castilla. Hablais de arrasar una ciudad entera.... Tantos pueblos que arrasar contra un solo hombre que derribar!... La partida no sería igual, al menos para vos, rey Alfonso!

—Por Santiago! dijo el rey irritado, quién es el villano atrevido que osa hablar así en mi presencia? El que aquí te ha dejado entrar vivo ha de verte salir muerto, no lo sabias? Un minuto te resta.... pronto, de rodillas, villano! para decir tu nombre antes de entregar tu cuello al verdugo.

—Yo soy, Lain Lainez; contestó sin alterarse el anciano, enviado por las provincias vascas, para deciros una sola palabra: guerra!

Reportóse Alfonso viendo el embarazo que podría traerle en aquellas circunstancias una guerra con los belicosos habitantes de Vizcaya, y mordiéndose los labios para reprimir su ira:

—Anciano le dijo, conozco la rudeza de vuestras costum

bres.... hablad con entera libertad: Mi honor no es de los que se hunden al soplo de un hombre; y despues volviéndose al condestable, le dijo en voz baja, pero que pudo percibir tambien Zorel:

—Mañana daré audiencia á este hombre, y que se vuelva á vivir entre los ganados de las montañas

El bufon, inclinándose al oido del rey, le dijo:

—O á aguzar sus lanzas, con el fierro de sus montañas.

—Mi vida, rey Alfonso, replicó el anciano, toca á su término: tal vez no volveré á ver mas mis montañas.... Podeis entregar mi cabeza al verdugo..... pero su hacha no podrá impedir que haya vivido setenta años, y que os haga oir la palabra que me envia á deciros un pueblo entero: guerra!

El rey afectó no oir estas palabras, fingiendo estar escuchando la señal del vigia de la torre, que debia de anunciar la llegada de don Juan.

El loco Zorel se reia maliciosamente.

—De qué te ries loco de Castilla? le preguntó Lain. —

—De ver aun tu cabeza sobre tus hombros, loco de las montañas, le contestó Zorel.

El rey, dirigiéndose al condestable, le preguntó:

—Mi última disposicion se ha cumplido en el ejército?

—Si señor, contestó el condestable, pero los capitanes murmuran.

—Y que dicen?

—No dicen, quieren que la declareis nula, la venta del botin, asi repartido no basta para su mantenimiento y el de sus caballos.... Cuál es la respuesta de V. A?

—Quieren una respuesta? Vive Dios! que la tendrán. Dejemos obrar á esos sediciosos, avezados á las revueltas, y

en breve habrá en Castilla tantos reyes como capitanes. Yo soy cien codos mas alto que todos ellos, y me sostendré tan derecho y tan firme que no llegarán hasta mi espada. Que Dios y Santiago me ayuden, y en breve se sabrá quién manda aquí!... Quieren una respuesta!... Dónde está mi verdugo?... que tome el hacha y el tajo... que vaya al campo, y vos condestable, decidles que esa es la respuesta viva de Alfonso de Castilla... No haya piedad y que la sangre ahogue las murmuraciones!

—He ahí una palabra, dijo grave y solemnemente Lain, que subirá al cielo mas pronto que las otras!!

—Cuenta, dijo el loco, con que si murmuran todos á la vez no os obliguen á decapitar todo el ejército... ó para concluir mas pronto, no decapiten al verdugo! ja! ja! ja! Qué dicen los capitanes de las últimas disposiciones del rey?

Y despues de un momento de silencio, volviéndose con aire satisfecho á Alfonso, gritó:

—Vamos! está visto, los capitanes ya no dicen nada!

—Aproximáos Garci-Laso, y vos condestable, dijo el rey, cuando el vigía de la torre nos avise de que es tiempo de salir al encuentro del infante don Juan, mi muy caro y amado tío, colocad en batalla cien lanzas, y los arqueros de Valladolid. Que se levanten los puentes levadizos, que estén listos los rastrillos para un caso, y estad dispuesto á todo, condestable, porque el que aguardamos es don Juan sin embargo, quiero que su recepcion sea con toda magnificencia, y los rostros de todos expresen la alegría, el respeto, el amor á mi nuevo huésped....

—La alegría, el respeto, el amor, interrumpió Zorel con

tono sarcástico. Mucho tendrán nuestras gentes que trabajar para arreglar sus rostros... mas corto y mejor fuera que hiciérais distribuir caretas con estas tres cosas pintadas, aunque por dentro las caras estén dadas al diablo... A propósito, señor, ved á quién le hace falta una careta. Ahí teneis al caballero Garci-Laso, cerca de V. A., de pié, pálido como una figura de cera... El caballero Garci-Laso está enamorado, decidle, señor, una palabra cualquiera, cuesta eso tan poco, y son tan consoladoras las palabras de los reyes....

—Si estais enamorado, Adelantado, dijo severamente el rey, dejad vuestra plaza, al loco!... Vive Dios! que para ocuparnos en amoríos estamos el dia que llega el infante don Juan.

—Mengua es, dijo entre dientes, el condestable, que el rey tolere cerca de sí y solo se ria con este desvergonzado bufon.

En este momento, el lejano sonido de la trompeta se percibió al través de las ráfagas de aire que azotaban las pintadas vidrieras de las ventanas del palacio.

—La señal del vigía! gritó el rey pudiendo apenas contener su alegría. Ah! don Juan, al fin vamos á vernos cara á cara!... A caballo, señores, salgamos al encuentro de nuestro muy caro y amado tio don Juan.

Salió el rey, y le siguieron todos los caballeros de la corte, apresuradamente.

Garci-Laso quedó solo, distraido en sus pensamientos: llegóse á él el anciano Lain, y tocándole ligeramente en el hombro, le cogió la mano.

—Garci-Laso, le dijo, estais solo.... vuestra mano tiem-

bla al estrecharla con la mia... y una lágrima está á punto de brotar de vuestros ojos. Acaso sois desgraciado?

—Si, muy desgraciado!

—Jóven, cuando sufrais mucho, llamadme, y vendré á colocarme á vuestro lado, seremos dos á compartir vuestras penas.

Apretó nuevamente el anciano la mano del jóven Adelantado, no sabiendo darse cuenta á sí mismo del grande y poderoso interés que le atraia á Garci-Laso. El anciano creia al verle, reconocer un hijo que habia perdido, y decia en su interior:

—Ah! si Dios quisiera concederme otro hijo que viniese á llorar sobre mi tumba, yo seguramente deseára que fuese Garci-Laso.

No se hallaban solos el anciano y Garci-Laso. El bufon, que habia salido con el rey, volvió al punto que este habia montado en su soberbio corcel, á encontrar al Adelantado. Apenas le vió este, le dijo:

—Aqui debes aguardarme, recuerda tu promesa, Zorel, y no olvides que por verla cumplida quiero jugar hoy mi alma..... mi sangre, mi vida....

Alarmado el anciano Lain de las espresiones de Garci-Laso, con la mayor ansiedad,

—Guárdate, jóven incauto, le dijo, de que no sea tu vida.

—Y tú guárdate, anciano, de amarme, porque la desgracia amaga mi cabeza.

—He aqui lo que el anciano de las montañas te responde: Desde este momento te miró como un hijo en la prosperidad ó en el infortunio.... Garci-Laso, cuando suene la

hora de tu muerte , vuelve la cabeza , Lain Lainez estará allí!....

Y agarrándole del brazo salieron ambos del salon del palacio , bajaron á la plaza y se dirijieron á la puerta de la ciudad de Toro.

Zorel solo los vió atravesar la plaza, desde la gran ventana, y al perderlos de vista con maligna sonrisa

—Marcha, dijo , loco enamorado! si ; yo voy á servirte en tus amores , porque son tambien los míos ! Quieres su deshonor ? lo tendrás.... porque yo tambien la he amado, yo tambien me he postrado á sus pies, y me he atrevido á decirle: Leonor , os amo ! y la cruel me ha respondido lo que jamás olvidaré , sino donde todo se olvida.... en la tumba. Me ha dicho «una muger no puede amar si no á un hombre, y tú eres un juguete, ven si quieres á hacer reir á mi hija.» Y hace ocho dias que vivo despues de haberlo oido! Garci-Laso, veremos por quien queda la partida: quieres jugar tu cabeza tan resueltamente como yo voy á jugar la mia?

Al volver la cabeza Zorel , hallóse cara á cara , de pié inmóvil detrás de él á Nuño, uno de los ballesteros al servicio del rey.

—Eres tú? le dijo reconociéndolo Zorel.

—Yo soy.

—Hay algun crimen que cometer aqui?

—Tal vez.

—Dices que tal vez..... contra quién has venido aqui?

—Para satisfacer una venganza : y tú por qué no sigues al rey?

—Para satisfacer una venganza tambien..... Escucha,



Nuño, te acuerdas de la noche del 6 de junio de 1321....?

—Si, me acuerdo como si hubiese sido anoche, y eso que hace ya seis años, desde esa noche data mi segunda existencia, yo me hallaba cautivo en Granada despues de la desgraciada derrota de Martos en que murió el padre de

don Juan el Tuerto en cuyas tropas servia, logré un dia escapar de los malditos infieles llevándome un saco de hermosas monedas de oro despues de haber despachado , á hacer compañía á Mahoma al amo á quien me vendieron; caí en tus manos , y.....

—Mandó el gefe de los árabes que cosido en un saco te arrojasen al Guadalquivir.

—De pensarlo solo se me herizan los cabellos.

—Y quién fué el encargado de arrojar te al rio?

—Tú, entonces..... cosa mas rara ! hacias llorar , y hoy haces reir.

—Hoy he descendido cuanto se puede descender en la condicion humana, hoy soy el bufon del rey Alonso XI Yo habia perdido mi madre, yo combatia desesperadamente contra los cristianos al irte á coser en el saco tú lloráste , habláste de una madre anciana que tenias en no sé qué parte me acordé de la mia , y qué sé yo? Yo tambien lloré, porque entonces yo lloraba , llené de piedras el saco y te dejé escapar Hoy te vuelvo á encontrar entre los aventureros que han tomado parte en las guerras de Castilla , y pues que aun te acuerdas de mis servicios , sírve-me tú á tu vez..... ayúdame en mi venganza y yo te ayudaré en la tuya.

—De quién pretendes vengarte ?

—De una muger que me ha despreciado. Y tú ?

—De un hombre que me ha robado mi caudal.

—Qué quieres tu hacer con la muger ?

—Deshonrarla. No ha querido elevarme hasta ella , tal vez podrá rebajarse hasta mí.

—Yo no quiero hacer tanto daño á mi hombre. Soy cris-

tiano viejo..... quiero solo su muerte. La cosa es muy sencilla. Es un antiguo partidario del Tuerto, al que yo tambien he servido, porque yo sirvo al que mejor me paga, sin cuidarme de si son ó no mejores sus derechos. Un dia en el saqueo de Cigales hicimos un soberbio botin; jugué mi parte, y me la ganó. Pasóse despues á la parcialidad del rey. Está rico, no ha querido darme lo que hace años me ganó, y yo hace tiempo que he dicho, paciencia, Nuño, paciencia; el dia del desquite llegará..... Una idea feliz me ha ocurrido, digo que conspira, le denuncio al rey, le confiscan los bienes de que me dan una buena parte, y en la que, con la ayuda de Dios, espero encontrar cuanto me ganó en el campo del Tuerto.

Zorel al escuchar los pérfidos planes de Nuño, absorvido siempre en su idea dominante de venganza

—Ah! Leonor de Vargas! exclamó, si tomo parte en este nuevo crimen, culpa vuestra es y no mia..... Me habeis tomado por un juguete, pero un juguete que manchará con sangre vuestras manos.

—No has dicho, Leonor de Vargas? le interrumpió Nuño. Abrazémonos como hermanos, porque si tú quieres vengarte de Leonor de Vargas, yo de su marido.....

—De Pero Lopez de Mansilla! exclamó Zorel.

—Si, de Pero Lopez de Mansilla, el antiguo parcial del Tuerto, el principal agente de la sedicion en Zamora, donde se han notado ya movimientos en favor del Tuerto, del que prepara aquí mismo en Toro un alzamiento..... Oh! es excelente mi plan.

—Si, entonces, le interrumpió con viveza Zorel, tú haces aprisionar á Pero Lopez de Mansilla á nombre del

Adelantado Garci-Laso, tu gefe y mi rival; Leonor viene á implorar el perdon de su marido y es preciso amar al libertador de un marido..... le ama..... entonces llego yo y digo: «El loco , el bufon , el juglar tiene tambien entre sus manos la vida de Pero Lopez de Mansilla, es preciso decidirse á amar al loco tambien » Oh! mi cabeza se pierde, quema mi frente como un hierro ardiendo.

Y al mismo tiempo apretaba su cabeza convulsivamente con ambas manos.

—Animo , serenidad, le decia Nuño , y todo nos saldrá bien.

—Si, pero si el rey llega á entender lo mas mínimo, en su inflexible justicia.....

—Nos ahorcará por encima de la nuez..... ja! ja! y continuó riéndose Nuño.

—Y puedes reírte ahora? le dijo Zorel.

—Tú tiemblas por el asesino... y yo me rio por el loco!...

—Infeliz! yo no habia nacido para el vil destino en que me ves , el amor me ha reducido á él , el amor vá á hacerme criminal.

—Yo tampoco creo que habia nacido para pobre, y quiero oro. Qué importa una muerte mas en estos tiempos? Dónde te encontraré para la ejecucion de nuestra empresa? —

—Por esta vez he faltado á todas las reglas , pero en lo sucesivo busca la sombra de Alfonso XI, y esa sombra.... soy yo.

Y al mismo tiempo pasando muchas veces sus manos convulsivamente sobre su frente, descompuestas sus facciones y con todos los síntomas de un próximo delirio añadió:

—Escucha..... escucha, buen Nuño , me siento malo.....

Hay aquí..... en mi cabeza , una cosa que se mueve , que inflama mi cerebro , y creo que un esceso de verdadera locura vá á acometerme , y que pudiera dar al traste con todos nuestros bien combinados proyectos : toma , y al mismo tiempo le entregó una sortija que quitó de su dedo. Con esta sortija podrás reemplazarme en la empresa..... la fiebre..... ardiente fiebre circula por mis venas..... Entrégala al adelantado cuando venga á esta sala , dile que yo te envío en mi lugar..... quedará contento al verte , pues tú has sido su porta armas..... Yo corro á respirar el aire libre..... á reunirme con la córte. Dónde están los cortesanos?.... los señores ! es preciso que yo les hunda en el corazon esta muñeca..... si , en el corazon , desde el mango hasta los cascabeles..... y los cascabeles no podrán sonar entonces , porque se llenarán de sangre ! ja ! ja ! ja ! Mira, Nuño , allá bajo el arzobispo cardenal con su sotana encarnada..... toda encarnada , toda encarnada , seguido de su clero que vá á situarse á la puerta de la ciudad para recibir al Tuerto.... y cómo la arrastra por el suelo ! Corramos á pisar la cola al diablo : ja ! ja ! ja !

Y sacudiendo fuertemente la muñeca con cascabeles bajó precipitadamente las escaleras del palacio , oyéndose aun muy desde lejos , los ecos de sus histéricas carcajadas.

Nuño asomado á la ventana vió atravesar rápidamente la plaza al loco , lo vió desaparecer , y se sentó tranquilo á aguardar la llegada del caballero Garci-Laso.





III.



PENAS había visto el Adelantado Garcí-Laso que el rey y su comitiva habían pasado el puente levadizo de la puerta de Toro, volvió al palacio para ocuparse del logro de sus amores que esperaba de las maquinaciones de Zorel.

Hacia cinco años que Garcí-Laso amaba á Leonor. Cuántos dias había pasado suspirando! cuántas noches sin dormir.... y Leonor lo sabía.

Había el noble doncel hecho todo lo posible, mas en

vano , para dominar su pasion. En vano habia invocado su razon , el ardor de su sangre sofocaba su razon. Noches enteras habia pasado arrodillado sobre el mármol de los monasterios , y el frio del mármol de los monasterios no subia hasta su ardiente corazon. Desesperado , arrastrado por esta fatalidad invencible se habia resuelto á todo.

Nuño se presentó á él entregándole el anillo del bufon y diciéndole , que enterado por él de sus deseos estaba dispuesto á realizarlos.

—Infeliz, le dijo , crees que el secreto que te ha confiado imprudentemente Zorel, y tú podeis vivir juntos..... en tanto que yo exista?

—Yo soy, Nuño, vuestro antiguo servidor , el que os acompañó hasta en la torre de Andújar , reflexionad qué os estará mejor, utilizar á un hombre que tiene la boca cerrada y la mano firme y segura, ó matarle.

—Es verdad, te reconozco, Nuño, sé hoy mi mal genio; mi empresa es desesperada, mi amor es una fiebre, una locura , un delirio....Soy mil veces mas desgraciado que el miserable loco que á mí te envia, porque yo estoy loco de amor, y corre en mis venas en vez de sangre, una ardiente lava que me abrasa, me devora.... pues que el infierno lo quiere qué he de hacer?

—Eso es ya hablar en razon , dijo con tranquilidad Nuño. Escribid en un pergamino la orden de prender á Pero Lopez de Mansilla.

—Qué! dijo algo sorprendido Garci-Laso, una orden para prender á Pero Lopez de Mansilla como traidor? Ah! es cierto que es un traidor? Tengo necesidad de oírtelo repetir.

—Lo es, lo ha sido, y lo será.... porque es preciso que lo sea.... y desde este momento le declaro conspirador en alto grado, á nombre de don Juan el Tuerto, del rey de Aragon, del de Portugal, del Papa, y si es preciso á nombre de Nuño, sargento de los ballesteros del rey, conspirador y atentador á la vida de Alfonso, nuestro amo y señor... Firmad, firmad, firmad.

Acercóse á la mesa Garcí-Laso, cogió indeciso la pluma, y escribió algunos renglones sobre un blanco pergamino, dejó un momento de escribir, tal vez atormentado por sus remordimientos, y levantando la cabeza, dijo á Nuño:

—Antes de firmar su prision, júrame de que me traerás las pruebas convincentes de su traicion.

—Lo juro por mi honor, dijo con afectado tono de solemnidad Nuño.

—Jura por otra cosa, le contestó con desprecio Garcí-Laso.

—Lo juro por Dios, por la Virgen su santa madre, yo os traeré pruebas.... y luego añadió en voz baja, aunque yo deba fabricarlas.

Firmó Garcí-Laso con mano trémula, alargó á Nuño el fatal pergamino, y este, al salir de su estancia, le dijo:

—Dentro de un instante, Pero Lopez de Mansilla quedará arrestado en los calabozos de la torre, y dentro de una hora os enviaré aquí á doña Leonor de Vargas... ya libre!...

—Libre! terrible palabra, dijo Garcí-Laso, y sin embargo el cielo me es testigo de que se alegra mi corazon.... libre! ya desaparece á mis ojos el crimen.... se oculta detrás de esta palabra, Libre! Yo estoy seguro que Pero

Lopez de Mansilla conspira, si pudiese yo adquirir las pruebas!... Hace diez años que Pero Lopez de Mansilla es el alma de las rebeliones de Martos, de Jaen, de Andújar, partidario acérrimo de don Juan.... El rey mismo tenia ya sospechas de él esta mañana!.... Libre Leonor! es decir, mia!... en mis brazos, sus lábios unidos á los míos, su corazon estrechando el mio! Cómo ha de ser! Muera Mansilla, y despues de una hora de amor y de delirio venga la muerte, y una eternidad de tormentos.

En este estado de febril agitacion quedó Garci-Laso, paseando á grandes pasos por el salon, combatido atrozmente por su violenta pasion, y el grito amenazador de su conciencia.

—Dios mio! Dios mio! decia otras veces mirando al cielo, haced que yo olvide este funesto amor á tiempo de que pueda salvar aun á Pero Lopez de Mansilla.... Si! feliz pensamiento. No me abandones.... voy á impedir el crimen, pues aun es hora.

Y al mismo tiempo, al dirigirse á la puerta, para obedecer al generoso impulso de su corazon, se alzó la pesada cortina que cubria la entrada, y vió entrar á su presencia á doña Leonor de Vargas, mas bella á sus ojos que nunca, como una hermosa aparicion se presenta al hombre en medio de un agitado ensueño.

—Yo queria olvidarla, Dios mio! dijo en voz baja corriendo á su encuentro mas enamorado que nunca, yo queria olvidarla y el cielo ó el infierno me la envía...

—Caballero Garci-Laso, dijo doña Leonor haciéndole un gracioso saludo, al atravesar el patio del palacio, para ir á ver una de las damas de la infanta doña Leonor, la her-

mana de nuestro buen rey, se ha colocado cara á cara, enfrente de mi, Nuño, ese terrible sargento de los ballesteros de la guardia de Alfonso, y me ha dicho que teniais que darme una buena nueva, pero al pronunciar sus palabras se veia en sus lábios una horrible sonrisa.

—Leonor, sabeis que hace cinco años que aguardo con ánsia este momento en que os hablo?

Viendo la inquietud que á doña Leonor causaban sus palabras, y que miraba hácia la puerta, continuó diciéndole :

—No mireis con sobresalto, nadie puede venir á interrumpirnos. Escuchadme, Leonor, escuchadme!

Y al mismo tiempo, cogiéndola por el brazo, la hizo sentar, y permaneciendo un momento delante de ella, de pié, con los brazos cruzados y los ojos clavados en el suelo y en profundo silencio

—Jamás os ha ocurrido, dijo, retiraros en la sombra de la noche, cuando estais sola, y pensar en lo pasado?

—Si, muchas veces!

Contestó temblando y con voz débil, y despues de un instante añadió con voz mas baja...

—Y lloro!

—Cuando el tumulto de la córte ha cesado, cuando ya las luces no deslumbran vuestros ojos, ni los poéticos y mentirosos acentos de los cortesanos no zumban en vuestros oidos, no sentís la necesidad de huir de lo presente para recordar lo pasado?

—Ah! si... si, recordar lo pasado!

—Y si volveis la vista atrás para recorrer el sendero de vuestra vida, no habeis encontrado sobre este sendero un

punto en que no estábais sola, Leonor, en que érais dos?.. y donde habeis abandonado al otro para llegar tal vez mas pronto al punto donde os hallais hoy.... á las riquezas? No os ha ocurrido nunca, continuó Garcí-Laso con mas vehemente energía, no os ha ocurrido, Leonor, en medio de vuestra felicidad y vuestras riquezas de hoy, ver si nadie os veia, si nadie os escuchaba, y entonces, ocultando el rostro en vuestras manos, decir muy bajo, tan bajo que apenas pudiese oirlo vuestra conciencia: Me acuerdo del otro?

—Si, si!

Contestó con voz desfallecida Leonor.

—Con que no habeis olvidado el torneo de Segovia? Cinco años hace de esto, y vos teniais quince.... los heraldos, los reyes de armas, habian anunciado con mucho tiempo este famoso torneo en todos los reinos de Castilla.... Martin Pelaez, Osorio, Ruiz Jimenez, Mendoza, habian venido á ganar con sus armas prez y honra á Segovia.... Un solo caballero.... uno solo, ¿no es verdad, Leonor? parecia no escuchar este rumor de gloria y de amor, que llenaba la atmósfera de su pais, y mientras la muchedumbre se apiñaba bulliciosa y en tumulto para oir proclamar el nombre de la mas bella dama de Castilla, que debia ser la reina del torneo y coronar al vencedor en la justa, este caballero estaba solo, sombrío, de pié, en medio de la plaza del Alcázar, y miraba tristemente á una ventana en donde no habia ni divisas, ni trofeos, ni corona, pero donde asomaba la cabeza de una muger! De pronto proclaman á la reina del torneo, y la cabeza de la muger se retira, coloreada con el carmin del pudor

y del placer.... porque era su nombre el que acababa de oír , y este nombre, era el de Leonor de Vargas!... A este nombre, el caballero solitario despierta de su abatimiento, y corre á arrojar su guante en medio del palenque, porque ya entonces queria combatir con Martin Pelaez , con Osorio , Ruiz Jimenez , y Mendoza , con todos á la vez, y este caballero era....

—Erais.... érais vos , Garci-Laso!

—Con que es verdad que os acordais , Leonor?

—Demasiado , para saber que no debiera de acordarme.

—Antes de comenzar la justa me llegué secretamente al tablado, y os dije : «Ved vuestros colores , Leonor, ó mereceré la corona y vuestro amor.... ó moriré en la demanda.»

—Si, pero el cielo me es testigo de que nada os dije, que no di esperanzas á vuestro amor.

—No me dijisteis nada, pero una lágrima brilló en vuestros ojos , pero vuestros ojos me siguieron en medio de todos los caballeros , y bien lo sabeis , cuando Martin Pelaez dió aquel terrible golpe con su espada en mi armadura, y mi sangre enrojció la arena, se oyó un gran grito... y todas las miradas se fijaron en vos.... y la multitud no sabia por quién era aquel grito.... Yo lo sabia , yo, y salí vencedor! y cuando yo os miraba , mis ojos se encontraron con los vuestros , y cuando vuestra mano colocó la corona sobre mi cabeza, sentí temblar vuestra mano en mis cabellos.... Oh! yo sé bien que no me habeis dicho nada!

—Garci-Laso! Garci-Laso! á qué atormentarnos con esos

recuerdos? Sabeis bien que no mentiré. Si, yo os amaba, y fui muy desgraciada cuando mi anciano padre, por reparar los desastres que en su fortuna habia ocasionado la guerra civil, me casó con un hombre á quien jamás habia visto.... Pero yo estimo á Lopez de Mansilla, entendedlo bien, Garcí-Laso!.... Pero Lopez de Mansilla es un hombre honrado, que nada ha dejado de hacer por verme dichosa, que me hubiera hecho feliz si hubiera podido quitarme la memoria.

—Y si Pero Lopez de Mansilla, dijo Garcí-Laso alzando la voz con terrible acento, no es un hombre honrado? si quiere la muerte del rey, su bienhechor, que le ha perdonado sus pasadas rebeldias, si es un ingrato, un traidor, si está ya preso y fuese á morir?

—Morir! dijo levantándose Leonor, con el mayor dolor, yo moriria, para reunirme con él en el otro mundo, y decirle que no soy quien le ha matado.

—Leonor de Vargas! Mansilla se lo ha querido. Es de una familia que hace medio siglo está avezada á las turbulencias de Castilla, él mismo, hoy conspira por sublevar á Toro y Zamora en favor de su antiguo amigo el infante don Juan... No respondo de su vida.

—No, no es verdad! exclamó Leonor cayendo de rodillas á los pies de Garcí-Laso, y tendiendo en ademan suplicante sus manos, no, no es verdad, haced mas bien, señor, que yo muera.

Garcí-Laso, celoso del amor que Leonor demostraba á su marido, la cogió colérico del brazo, y fuera de sí, la dijo:

—Con que amais á ese hombre?



Levantóse Leonor del suelo , y con grande energia, le contestó:

—Os he dicho que ese hombre es mi marido , mi padre.... Creéis que no es nada el deber, la amistad y el reconocimiento? Pero Lopez de Mansilla es desgraciado, Leonor de Vargas no puede ser dichosa. Hace un momento os escuchaba, comprendia vuestro amor, y me acordaba de él,

Garci-Laso, al presente os digo: á Dios por siempre, caballero!...

Y le volvió la espalda, saliendo precipitadamente de la estancia.

—Maldicion! exclamó desesperado al verla marchar Garcilaso! maldicion! ahora que se acuerda, ahora que me ama, corre á buscar á otro!... corre á arrojarle en sus brazos... á... confundir sus lágrimas con sus lágrimas... á confundir tambien sus besos con sus besos... Echada está mi fatal suerte. Hace un momento, mi conciencia me gritaba que iba á cometer una accion aleve, infame..... ahora....

En este momento se alzó la pesada cortina de tapiz flamenco, que cubria la puerta de la sala, y apareció en ella el balletero Nuño, como una fatídica aparicion evocada por los conjuros del infierno.

—Apenas he resuelto el crimen en mi corazon, dijo Garcilaso, se me presenta á la vista el instrumento. Cúmplase mi destino.... el crimen, y despues la felicidad! Corre, Nuño, inmediatamente á la prision, no te detengas, es preciso que Leonor no vea á Pero Lopez de Mansilla... es preciso que llegues antes que ella.... Si lo vé aprisionado, llorando entre cadenas, querrá morir con él.... hoy seria una mártir, mañana una santa, y yo lo que necesito es una muger.

—Y una muger libre! contestó friamente Nuño, ¿con que voy á....

—Sella el lábio.... basta, te comprendo... obra, y pronto, antes de que me arrepienta...

Hizo Nuño un profundo saludo, y salió con paso veloz á dirigirse á la torre.

Garci-Laso, oprimido su corazón con un enorme peso al verle marchar, arrojó un hondo suspiro, y asomándose á la ventana, miraba la velocidad con que Nuño marchaba á ejecutar su terrible misión.

—Marchó, dijo, respiro. Ya no puedo hacer nada..... el crimen se ha consumado!.... qué veo? Leonor.... Nuño intenta detenerla. Leonor corre hácia aquí... y Nuño corre hácia la torre. Ah! ya no le volverá á ver mas! Desgraciado de mí, qué he hecho!

Cubrió su cabeza con ambas manos, pálido y abatido, y despues de un momento de silencio, tomando la resolución que inspira la certidumbre de que ya no es dado volver atrás ni remediar lo hecho, mas tranquilo,

—Qué me importa, exclamó, la vida de un Mansilla?... Quién me ha robado á Leonor? Mansilla.... Quién me ha hecho vivir en la agonía cinco años? Mansilla... Mansilla!... y cuándo al pié del altar estrechaba la mano de Leonor en la suya, y la sentía temblar.... cuando estaba en el templo, de rodillas, á la vista de Dios, su conciencia no le gritaba que habia en otra parte un pobre jóven á quien en aquel momento arrebatava aun mas que la vida?... porque la fatalidad lo ha arrojado en medio del camino de mi vida, camino estrecho, abierto entre dos abismos, porque nos hemos encontrado frente á frente? Era preciso que el uno de los dos pasase sobre el otro, y.... yo he sido el mas fuerte...

Cesó Garci-Laso en sus reflexiones, porque el eco de pasos precipitados en la antecámara, le anunció que Leonor de Vargas iba á entrar en su estancia.

Leonor de Vargas, pálida, descompuesto el semblante, desencajados los hermosos ojos, se arrojó á sus pies, y

abrazaba con convulsivas manos las rodillas del Adelantado mayor de Castilla, del hombre que tanto la amaba, y á quien ella habia tambien amado.

En vano intentaba Garcí-Laso hacerla levantar.

—Señor!... señor! esta vez vengo á hablaros de rodillas... No, no me alzaré de vuestros pies.... Un hombre vá á morir, señor, y este hombre es mi marido... perdon para mi marido! si le amase no os pediria su perdon... si le amase le diria, muramos juntos... Vedme aquí, á vuestros pies, implorando su perdon, ya veis que no le amo, porque os pido gracia, perdon, señor!

Y despues añadia con el acento de la mas amarga afliccion, próxima á desfallecer :

—Su perdon, señor! ó moriré aquí á vuestros pies.... No sabeis lo que media entre ese hombre y yo!.... pues escuchadlo, y comprendedlo bien. Al pie del ara, cuando el sacerdote imploraba sobre nosotros la bendicion del Eterno, yo incliné mi cabeza junto á la suya y me atreví á decirle en voz muy baja: «Pero Lopez de Mansilla, yo no os amo!... Ayer mismo le he dicho: «Pero Lopez de Mansilla, no os amo, porque aun me acuerdo de otro!...» Garcí-Laso! Garcí-Laso! yo le he dicho ayer que ese otro que amaba era... erais vos.... y bien, me comprendeis ahora, os atreveréis á hacer matar á ese hombre?

—No.... no morirá, exclamó Garcí-Laso levantándola del suelo radiante su rostro de alegría, y centelleando de placer sus ojos.... Yo empero, es menester que viva tambien, Leonor!.... y yo moriré si tú no eres mia, porque ya se han agotado todas las lágrimas de mis ojos, y no puedo volver á comenzar de nuevo un delirio de cinco años; y he

ahí porque te digo que moriría.... Leonor sé mia;... y yo viviré.... y el otro tambien vivirá....

Garci-Laso se puso á escribir, de pié, rápidamente, y Leonor continuó suplicante:

—El perdon! el perdon! Garcí-Laso, sed generoso, concededme su perdon!... Tú no querrás proponerme una infame venta... Porque si despues de esto no te amase? Sabes que eso sería perder una amante por poseer una muger?

Soltó la pluma Garcí-Laso, y contemplando á su placer á aquella encantadora muger, embellecida por el poderoso atractivo de las lágrimas, exaltada su cabeza, no siendo ya dueño de sí, resolvió aprovechar aquel momento, tanto tiempo ansiado.

—Leonor, un solo beso de tu boca, que tus lábios se unan á mis lábios.... porque entonces serás mia... lo oyes, un solo beso y firmo su perdon...

Entonces Leonor, con el acento de la desesperacion, le gritó:

—Sea! pues que tú quieres vender el perdon... Desdenñas la amante, y deseas la muger!... Tómala!

Garci-Laso abrazó amorosamente á Leonor, imprimió en su boca el mas dulce beso que pudo haber inspirado el amor, y anublada repentinamente la vista, ahogada la voz, aquella muger adorable cayó en sus brazos. Estrechóla en ellos Garcí-Laso sin que ella se defendiese..... Solo se oía entre los sollozos de la víctima, el estallido de los besos del amante criminal.....

Consumada la infame venta, Leonor, desasiéndose con una fuerza convulsiva de los brazos del Adelantado mayor,

con la vista estraviada , fuera de sí las órbitas de sus ojos,
con las manos levantadas al cielo:



—Dios mio! Dios mio! gritó, he aquí un crimen que salva
la vida de un hombre , y á que no sobreviviré ; y postrada

de rodillas á las plantas de su ofensor.... El perdon! el perdon! gritó de nuevo.

Firmó Garci-Laso, trémula la mano aun de las emociones de placer, y entregó el precioso pergamino á su víctima. Esta mas pronta que el relámpago, lo coge, lo aprieta sobre su corazon, y parte á llevarlo á la prision de la torre.

Al salir de la estancia, testigo pocos momentos antes de su deshonor, tropieza en la puerta con el ballestero Nuño, y esclama horrorizada, como si hubiera pisado un venenoso reptil: Ah! al fin tengo el perdon! y se precipita corriendo por la escalera.

El ballestero Nuño pálido, descompuesto el cabello, rasgada su capilla como si hubiese sostenido una lucha, dijo á Garci-Laso:

—Señor, á dónde corre asi esa muger?

—A la torre, le contestó el Adelantado. Lleva el perdon de su marido, le he otorgado la gracia..... Todo ha concluido bien y sin sangre..... Vá á encontrar.....

—Un cadáver!

Contestó con horrible frialdad el ballestero.....

—Tan pronto! Miserable! gritó confundido Garci-Laso, le has ahogado con tus manos?

—No, mi amo, contestó siempre con la misma frialdad el ballestero, se ha defendido, y han sido precisas dos puñaladas.....

—Sal de mi presencia, malvado..... me causa horror tu vista, le gritó Garci-Laso.

—No griteis tan alto, señor Garci-Laso, porque aunque solo somos dos aquí, las paredes de los palacios

tienen eco que pueden contarlo.... Señor! Garci-Laso, habeis mandado, yo he obedecido.... Me habeis señalado con el dedo una muerte, yo la he cometido.... Me habeis dicho con ódio y cólera, «Nuño, es preciso que ese hombre muera....» y yo sin ódio, sin cólera he hecho morir ese hombre.... vos sois el verdugo, yo la espada, y si tengo sangre en las manos, acercáos, acercáos, señor, y permitidme las limpie en vuestra ropa.

Aterrado quedó Garci-Laso al oír la insolente respuesta de su cómplice, y su terror subió de todo punto al escuchar en aquel momento las señales de las músicas guerreras que anunciaban ya la vuelta á Toro del rey y de su comitiva.

Pasóse varias veces la mano por la cara para encubrir la mortal palidez que reinaba en su semblante, y dulcificando su tono

—No me abandonés, Nuño, le dijo, tú has servido á mis órdenes y te he hecho mucho bien en otro tiempo... no lo habrás olvidado?.... Corre pues, á la torre... porque Leonor vá á encontrar un cadáver, tú lo sabes bien, tú eres quien.... me lo has dicho. Es preciso que no vuelva Leonor aquí, que no lo cuente todo delante del rey.... Corre, vá en ello mi vida.... vá tu vida en ello; Nuño....

—Obedezco, pero no olvideis, señor Garci-Laso, que sois mi cómplice, y que para que suba al cadalso el ballestero Nuño, necesita un compañero; el Adelantado mayor de Castilla!

Hízole un saludo, y salió tranquilo y satisfecho.

Garci-Laso quedó horrorizado del crimen, y por un movimiento impulsado por su conciencia acusadora miró al luciente acero de que se hallaba vestido creyendo verlo manchado con sangre como le había dicho con orgullosa insolencia Nuño.





IV.



ERIFICÓSE la entrevista del rey Alfonso con el infante don Juan á dos leguas de Toro en un castillo que se habia preparado para su alojamiento , y del que aun hoy se ven las ruinas.

Al avistar al rey don Juan, bajó el primero del caballo, besó como un humilde y leal vasallo su mano , y despues le abrazó cordialmente al parecer.

Por toda escolta solo hizo le acompañasen cincuen-



por los CM
 ment con el infante don Juan
 a dos leguas de Toro en un cas-
 tilla que se había comprado para
 su alojamiento, y del que aun
 7
 talanzas, habiendo dejado sus tropas á mas larga dis-
 tancia. Entraron el rey y don Juan en una sala del
 castillo, platicaron un buen rato, y quedó convenido
 entre los dos que al dia siguiente, 2 de noviembre, haria
 su entrada el infante en Toro, comeria con el rey y se ce-
 lebraria su desposorio con la infanta doña Leonor, veri-

ficado este enlace, entrarían todos los pueblos de Castilla en la obediencia de su rey y señor natural.

Contento por demas estaba el jóven don Alfonso viendo cuan acertadamente le iban saliendo los grandes proyectos que para bien de sus reinos revolvía en su cabeza.

El infante don Juan por su parte, también creía que iba en esta ocasión á asegurar su poderío, ó bien por su enlace con la hermana del rey, ó con nuevas sediciones, en que era hombre muy diestro y entendido.

El rey Alfonso estaba mas alegre que de ordinario de vuelta de su entrevista con el infante, familiarmente conversando con los ricos-hombres que á ella le habían acompañado, cuando reparando en la palidez de Garci-Laso le dijo:

—Cómo estais tan palido.... qué habeis hecho durante mi ausencia?

—Estoy pálido, señor?.... es que hace un frio terrible.... He recorrido las murallas.... y esta nieve.... respondió algo turbado.

—Es particular lo que estais diciendo, Garci-Laso, hoy no hay nieve ni en las murallas, ni en el llano, porque sopla un viento del mediodia puro y templado, capaz de ablandar la mas dura conciencia.... No nos podreis decir lo que os ha sucedido?

Zorel dió un salto y se presentó repentinamente como un espectro al lado izquierdo de Garci-Laso, y le dijo casi al oido:

—¿Quieres tú que yo diga lo que has hecho?

—Gran Dios! dijo interiormente Garci-Laso, si en un acceso de su locura irá á revelar?..... Cállate, cállate!

—Qué me das porque calle?

—Tu vida y la mia..... porque si dices una sola palabra morimos.

—Quiero otra cosa.

—Cuál?

—Un loco ama tambien, señor Garci-Laso; el loco quiere á doña Leonor de Vargas.

—Calla desgraciado, le dijo con terror y ansiedad el Adelantado, cada una de tus palabras nos hace subir un escalon del cadalso!

—Un loco ama tambien, señor Garci-Laso! el loco quiere á doña Leonor de Vargas.

—Miserable, le contestó con indignacion, por mas que miro solo veo en tus manos una muñeca de bufon..... Si vieses en ella una espada!

—La verás muy pronto, dijo con enérgico ardor Zorel, y si te mato tendré á doña Leonor de Vargas.

—No hay mas que hablar.... pero te mataré.

En este momento el balletero Nuño, mezclándose á los que formaban la guardia de Alfonso se aproximó al Adelantado como para recibir alguna orden, y le dijo:

—Y á mi será menester que me mateis?

Garci-Laso se vió aterrado, confundido, viéndose en medio de sus dos cómplices.

—¿Qué quieres tú, dijo á Nuño?

—Yo, mucho oro, y me marchó.

—Lo tendrás inmediatamente, y no vuelvas mas.

—Zorel, dijo el rey al bufon, estás confesando al Adelantado, que habla tan bajo y suspira.....

—Estoy, dijo el loco corriendo á donde estaba el rey y

agitando con presteza los cascabeles de su muñeca, estoy contándole la entrevista. Qué día! qué reunion! Aun tengo metido en los oídos el rumor de la muchedumbre, la figura del Tuerto en los ojos, y una docena de golpes de alabarda en los riñones.... Qué mirada la del ojo del Tuerto! tengo para mí, señor, que el traer tan poca escolta como traía encubre alguna maquinacion..... y el no querer entrar hasta mañana en Toro.

— Podría ser que el loco dijese una verdad,

Contestó el rey.

— Señor, ved ahí una prueba, replicó el caballero Pacheco, que destruye ella sola todas las calumnias, dirigidas contra el infante, y si no fuese un vasallo leal y cumplido caballero, no....

En aquel momento entró en la estancia real un caballero todo cubierto de polvo, jadeando de fatiga, y gritando:

— Zamora! Zamora!... El infante es un traidor!... se ha sublevado Zamora!

Cayó sobre un sillón desfallecido del cansancio.

Prodigáronsele los mas activos socorros á fin de hacerle volver en sí, pues Alfonso estaba impaciente por saber los detalles de tan importante nueva que complicaba estremadamente su situacion, y que desbarataba los planes que para asegurar la paz en Castilla hacia largo tiempo meditaba.

Aterrados aguardaron los cortesanos á que hablase el caballero que despues de algunos instantes de mortal ansiedad para todos, volvió á recobrar el sentido.

Contó que emisarios del infante habian excitado la sedicion, que el pueblo habia tomado parte en ella, teniendo que huir el obispo y el Adelantado Juan de Ayala, acosados

por el número de los rebeldes que aclamaban el gobierno del infante Don Juan: el mensajero había podido venir á pesar de estar herido, á traer al rey la fatal nueva de la rebelion. Uno de los que repartian dinero para la sedicion era Juseph....

—Ese maldito judío , su tesorero , exclamó el rey. Ah! traidor! Me envias para escitar la sedicion en mis pueblos á tu tesorero ínterin me dás alevemente el ósculo de paz. Por Santiago! que el judío se ha adelantado imprudentemente , porque le tengo seguro en mi castillo , cerca de Toro..... Adelantado, haced cerrar bien todas las puertas de la ciudad..... y esos revoltosos de Zamora..... ó yo perderé mi nombre , ó los reduciré bien pronto á la obediencia..... Infante traidor , yo veo desde la ventana de esta estancia el castillo en que has venido á entregarte á mí ; y una vez encerrado en ella no han de bastar todos los tesoros que has robado á mis pueblos para corromper mis guardas , para comprar una llave..... Tú has comenzado , ahora me toca á mí..... Condestable , corred inmediatamente á Zamora..... yo os sigo..... Que un heraldo cabalgue delante de vos con la espada en una mano , y una antorcha en la otra. Habrá bastante sangre en esos miserables villanos de Zamora para apagar la ciudad!

—Señor , dijo Pacheco , permitidme que diga una palabra en favor del infante , que ignorante tal vez....

—Al que defiende á un traidor , estoy por hacerle arrancar la lengua por el verdugo , contestó irritado Alfonso.

—Una palabrita aun en favor del Tuerto! dijo el loco á Pacheco con maligna y burlona intencion.

—Un solo hombre, dijo el rey con desabrido acento, un solo hombre es hace quince años causa de cuantos males han sobrevenido á Castilla, lo oís, valientes caballeros?... la cabeza de un hombre so!o!

Paróse el rey aguardando que alguno le hablase, mas como todos observasen el mas profundo silencio, temerosos de incurrir en su cólera, mirándolos con desprecio, dijo Alfonso á media voz:

—No hay entre estos cortesanos quien comprenda ó se atreva.... todos ignorantes ó cobardes.

Y despues, con sequedad les dijo:

—Despejad!

Retiráronse todos despues de haberle hecho un profundo y humilde saludo. Quedóse el último el Adelantado mayor de Castilla, y al ir á salir ya de la estancia real le llamó con la mano el rey, y le dijo con tono resuelto y firme:

—Y tú, Garcí-Laso, que estabas pálido ahora mismo.... te has vuelto tambien sordo?... La cabeza de un solo hombre, lo oís bien, Adelantado mayor de Castilla?

El rey se retiró despues á uno de sus aposentos interiores, y Garcí-Laso quedó algunos momentos inmóvil; diríase al verlo que las palabras del rey habian hecho en él el efecto de las palabras del ángel que convirtió á la muger de Lot en estatua de sal.

—Habré oido bien? dijo al cabo de un rato volviendo de su asombro, el rey quiere la muerte del infante, y es á mí á quien se la pide, porque sin duda sabe ya la muerte de Pero Lopez de Mansilla.... Es preciso que yo sea para él lo que el ballestero Nuño ha sido para mí.... el rey será

el verdugo y yo la espada.... Oh! la espada! no! dijo cubriéndose con horror la cara, seré su puñal.... y contra quién voy á levantarle? contra el que me tuvo encerrado cuatro años en la torre de Andújar, contra el autor de los males de Castilla.... Ah! entonces aun podrá decir el mundo que fué una espada.

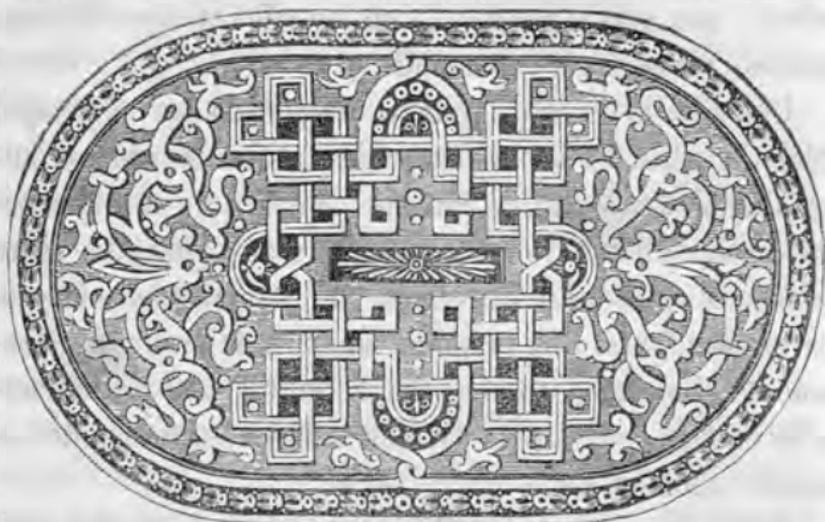
Esta última idea reanimó su valor, y se aprestaba ya á salir á ejecutar su arriesgada empresa, cuando al dirigir sus ojos hácia la puerta vieron á doña Leonor de Vargas. Quedóse parado, frio, como si una funesta aparicion helase la sangre en sus venas de terror.

Doña Leonor de Vargas, cubierta la hermosa cabeza con un largo velo negro, se adelantó pausada y solemnemente al medio de la estancia, donde habia quedado inmóvil el Adelantado mayor, levantó su brazo sobre él, y gritó:

—Infeliz! cualquiera que sea el lugar á donde te refugies, te sabrá alcanzar la venganza de una muger.... Esta muger es la viuda de un mártir, y el que guia sus pasos Dios!

El Adelantado mayor Garcí-Laso, al oír las amenazadoras palabras de Leonor, huyó precipitadamente; siguió sus pasos Leonor, tan pronta, tan rápida como el remordimiento sigue siempre en pós del crimen.





V.



UN hombre pequeño, y algo jorobado, se paseaba á grandes pasos, meditabundo, en una sala medio arruinada de un antiguo castillo, situado á media legua de Toro. Una inmensa ventana, de construcción romana, dejaba ver desde su fondo la ciudad de Toro, confusamente iluminada por la claridad de la luna, descubriéndose desde ella la parda mole de la torre de la ca-

tedral , que servia de atalaya en aquellos tiempos de contiendas , revueltas y agitaciones.

Una sillería de forma gótica, desgastada por el tiempo, dejaba admirar en las ennegrecidas franjas de oro , su antigua magnificencia. Una enorme lámpara de tres mecheros , suspendida de la artesonada bóveda , reflejaba sobre las viejas colgaduras de cuero sus vacilantes y misteriosos resplandores. Una pequeña lámpara de bronce, groseramente cincelada , servia para alumbrar una pesada mesa de encina , cuyos pies estaban tallados en forma de columnas salomónicas.

Sobre la mesa habia un gran tintero de piedra mármol , y varios pergaminos escritos , que sin duda habia estado consultando el hombre que ahora paseaba por el gótico salon, dejando ver en su frente , surcada de anchas y profundas arrugas , marcadas señales de inquietud y agitación.

Otro hombre de su misma estatura , de su misma traza , permanecia de pié , con los brazos cruzados , al lado de la mesa.

Diríase que era la sombra fija, inmóvil, del que se hallaba paseando. Tan exacta , tan perfecta era su semejanza.

El hombre que se paseaba con agitación, era don Juan el *Tuerto* , la sombra inmóvil junto á la mesa, era don Pedro Abarca , favorito de aquel , *tuerto* como él y de tan parecida fisonomía, que pudiera hacer equivocar á los que con mas intimidad trataban al infante.

Tal vez esta particular semejanza habia influido en el favor que le dispensaba don Juan , ó los astutos cálculos del príncipe.

Abarca, viendo el obstinado silencio del príncipe, y para poner fin á sus paseos por la estancia del castillo, le dijo :

—Por qué habeis consentido en esponer asi vuestros preciosos dias? Entre vuestros enemigos y vuestra persona hay un muro arruinado..... Ellos están al otro lado, velan..... se juntan..... se conciertan..... haceis muy bien, señor, en no dormir.

—Vive Dios! que os reconozco en lo que hablais, Abarca, siempre medroso, pero tranquilizáos, si Alfonso tiene su espada hoy mas fuerte que la mia, porque me ha abandonado don Juan Manuel y pasádose á su lado porque va á casar con el rey á su hija Constanza, yo tengo mi genio, que jamás me abandona; si el rey tiene poderosos señores en su bando, yo tengo en mis cofres de hierro cien sacos llenos de oro, y en cada uno de estos sacos hay un rico-hombre de Castilla..... qué digo..... en algunos dos.... Pacheco no me ha costado tanto.

—Pero no habeis podido comprar al Adelantado mayor Garcí-Laso.... contestó Abarca.

Rechinaron de ira los dientes de don Juan, y con una voz ronca por el movimiento repentino de la ira, dijo:

—Oh, á ese.... si llego un dia á poder ponerle la mano encima..... Es el gobernador de Toro... lo sé, y si se atreviese.... pero yo hallaré medio de deshacerme de él.

—Nada mas fácil, mañana quedais reconciliado con el rey y casado con la infanta doña Leonor; en los primeros momentos de la reconciliacion le acusais de una buena traicion.... Decís que os ha querido entregar la cabeza de Alfonso.... por el pronto este le hace encerrar en un calabozo.

zo.... con una llave de oro abris su puerta.... se escapa en la obscuridad de la noche, y cae en una emboscada hábilmente dispuesta, y vuestras gentes le conducen á donde querais, y allí.....

—Escelente idea! eres mas hábil que yo.

Y al mismo tiempo don Juan, cogiéndole del brazo, continuó paseando con su favorito diciéndole:

—Abarca, sabes que te amo de veras?

—Es particular, señor, contestó este, os he dicho tantas verdades.

—Precisamente por eso, yo he escuchado cuanto me has dicho, pero en cambio tú has tenido buen cuidado de hacer cuanto yo he querido.... No sé que secreta influencia me atrae hácia á tí, muchas veces he sospechado de tu madre doña Juana Jimenez de Abarca, ó bien de la infanta doña Blanca.... y soltando una fingida carcajada añadió: si fuéramos hermanos!

—En efecto, señor, contestó siguiendo el mismo tono de chanza Abarca, me habeis repetido tantas veces que nos parecemos mucho, y pues que esto es asi, tened la complacencia de llevar adelante la ilusion, formándome un buen patrimonio como hermano vuestro.... No es verdad, hermano, que querreis? tanto mas que hoy es el último dia de vuestra regencia, pues que mañana vais á desposaros con la infanta doña Leonor, y hacer pleitesía y homenaje al rey. Entonces ya no podreis dar nada á vuestros fieles amigos y leales servidores.

No contestó don Juan, que se hallaba distraido ocupado solamente de una idea que se habia presentado á su cabeza, y que trataba de realizar.

—En qué pensais , señor ?

Dijo Abarca llamándole la atencion.

—Pienso en la emboscada que podríamos armar á Garcilaso.

—Y yo en que asegureis mi porvenir dándome alguna buena villa, pues vos asegurais el vuestro con el matrimonio de la infanta.

—Vive Dios! dijo el infante don Juan, que quiero hacer mas por tí aun. Quiero hacerte regente..... toma esta llave, ve á aquel aposento , y allí hallarás un gaban , un gorro, un calzado igual al mio..... vé y verás cual reimos de la sorpresa de los cortesanos que no sabrán á la escasa luz de estas lámparas distinguir entre el infante don Juan , y Pedro Abarca!

—Muy bien, dijo riéndose Abarca, acepto el poder de la regencia por una noche.....

Y al marcharse iba diciendo entre sí:

—Malo será que el nuevo regente no encuentre un momento favorable para firmar la donacion de dos ó tres villas á favor de don Pedro Abarca. Esta vez ha caido en el lazo el infante.

—Esta vez ha caido en el garlito el bueno de Abarca,

Dijo con maligna sonrisa el infante al verle marchar.

Aguardando la vuelta de Abarca , continuó el infante paseando con agitacion por la estancia, mirando algunas veces por la ventana la ciudad de Toro, en la que y en todo el campo, reinaba el mas profundo silencio , interrumpido solo por el ladrido de algun perro y el monótono canto del buho.

—Garci-Laso!.... Garcilaso!.... decia el infante parán

dose de repente en medio de sus paseos, este nombre no ha cesado de zumbar sordamente en mi oído, y el hombre que así se llama es el gobernador de Toro! Será acaso un mal presagio? Yo le había confiado una terrible venganza, y con qué terribles palabras me respondió!..... «Ejecuta con tus manos tan abominable pensamiento, asesina á tu sobrino, á tu rey, á tu señor!».... Es preciso que al verificar mi reconciliación con Alfonso muera ese hombre. Pero aquí..... á la vista del rey?..... No, no me atrevería á menos que la rebelión que espero de Zamora no me haga dueño de Alfonso..... oh si salgo bien con mi empresa!

En una de las veces que se asomó á la ventana, dos luces brillaron al través de las estrechas troneras de la torre de la catedral de Toro, que en medio de la obscuridad de la noche parecía una inmensa viviente mole que tenía fijos sus ojos de fuego en las tinieblas sobre el castillo donde moraba el rebelde infante.

Por un movimiento de pánico terror separó este la vista de la torre, y agitado su ánimo con los siniestros proyectos que meditaba, creyó en su terror que uno de los lienzos de las paredes de su estancia había crujido como si fuesen á abrirse, escuchó un momento con atento oído, y creyó oír ruido y pasos, estremeciéndose, pero se recobró en el momento pensando que el ruido podía causarlo don Pedro Abarca que se estaba vistiendo en el aposento inmediato.

El pobre Abarca no sabía cuan pesada carga son las vestiduras reales y cuanto esponen al que las lleva!.....

Mas tranquilo don Juan, puso á leer de nuevo el tratado que debía asegurar su reconciliación con el rey Alfonso, y su matrimonio con doña Leonor, parecíanle á su

ambicion insuficientes las villas y castillos que el rey le daba para su acostamiento, y dolíale en el alma ceder el poder real que por tantos años habia arbitrariamente ejercido en casi toda Castilla...

Meditaba su perfidia apoderarse aun de las pocas tierras que quedaban al rey y lo esperaba todo de una sublevacion que debia estallar en Zamora al dia siguiente de su entrada en Toro, donde contaba que sus parciales secundarian el movimiento, y entonces el rey y el infante don Juan Manuel que anteriormente se le habia sometido quedarian en su poder.

Don Pedro Abarca se presentó en aquel momento, y el infante arrojó con desden el tratado sobre la mesa y al ver su perfecta semejanza, mirándose en él como en una diáfana y pulimentada plancha de acero, dijo con gran satisfaccion interiormente:

—Vive Dios! que se me parece á punto de poder engañar el ojo de un verdugo ó el puñal de un castellano!

Esclamacion que revelaba todo el plan que el astuto don Juan se habia propuesto en este caprichoso disfraz.

—Sentáos, señor, dijo el infante haciendo á Abarca un profundo salado, y permítame V. A. que yo me siente á su lado, á la izquierda.

Abarca le contestó:

—Despues que vos, señor?

—Sentémonos á un mismo tiempo.

Y en efecto tomaron asiento alrededor de la mesa.

—Examinemos ese tratado, dijo el infante, que mañana se ha de firmar en la ciudad de Toro.

—Me parece que antes de examinarlo será muy conve-

niente firmar este pergamino, que concede á don Pedro Abarca las villas de Arévalo, Castuera, y las tercias reales de Cigales..... Qué os parece, señor?

—Que don Pedro Abarca tiene mucha priesa. Qué os parece, señor?

Y al mismo tiempo soltó el infante una estrepitosa carcajada.

Tal vez se debió á esto el que no les llamase la atencion el crujido de la colgadura de cuero, que se abrió en uno de los costados al impulso de un secreto resorte, presentando una abertura por donde salió Garcí-Laso con un puñal en la mano. Dirigióse con paso lento detras de los dos, y titubeó sobre cual cabeza debia descargar el golpe, asombrado de ver la semejanza de las dos personas, que habia en la estancia. Aguardó á que sus mismas palabras descubriesen cual habia de ser su víctima.

—Despachémonos á poner el sello á esta merced que concedéis á don Pedro Abarca, dijo este.

Garcí-Laso alzó el puñal sobre la cabeza del infante.

—Imposible es reconocer cual de los dos es el verdadero infante, dijo don Juan dando una estrepitosa carcajada.

Garcí-Laso retiró el puñal.

Al reir tan fuertemente el infante volvió un poco la cabeza, y vió un hombre tras de sí con un puñal, dominó cuanto pudo su terror, no obstante, que perdiendo súbitamente el color, Abarca le dijo:

—Qué teneis?..... estais pálido?

Contestó el infante dando á su único ojo una espresion infernal.

—No creéis que ya es tiempo de que terminemos este

disfraz..... y de que pongais el sello real á las mercedes que concedéis á el nuevo señor de Arévalo , Castuera y Cigales.

Al mismo tiempo y mientras que Garci-Laso levanta su puñal sobre la cabeza de Abarca, dijo este lleno de contento viendo aseguradas sus pretensiones:

—Don Pedro Abarca, os concedemos vuestra demanda...

Y al mismo tiempo lanzó un penetrante grito y cayó cubierto de sangre porque no bien habia concluido de pronunciar las ultimas palabras, engañado Garci-Laso habia descargado sobre su pecho un furioso golpe.

Corrió á salvarse el verdadero infante gritando; que asesinan al regente, al asesino! al asesino!

Acudieron las gentes de la guardia del infante, en tanto que don Pedro Abarca apoyado con una mano sobre el suelo, retenia con la otra fuertemente el brazo de su asesino á quien decia con voz entrecortada y débil:

—No te conozco... Infeliz!..... qué quieres hacer?

—Matar de un solo golpe al verdugo de Castilla, y al traidor de Zamora!

—No soy yo!..... yo soy don Pedro Abarca!

—Asesino del rey Alfonso!

Dijo don Juan presentándose á Garci-Laso al que habian sujetado sus arqueros.

—Hé aquí al infante don Juan.... y vé aquí mis arqueros!

—Leonor de Vargas! ya no te volveré á ver mas!

Esclamó en voz baja Garci-Laso.

Y despues dirijiéndose al infante,

—No soy un infame, le dijo , en este puñal habia una



justicia que cumplir, si este puñal no hubiese sido ciego...

En aquel instante una flecha penetró por la gótica ventana del salon, y vino á caer á los pies de Garcí-Laso ; cogióla uno de los arqueros , y viendo que traia á la pun-

ta arrollado un pergamino, lo presentó al infante, que reconoció en él la letra de Pacheco, y leyó en alta voz:

«Tened mucho cuidado, señor, por vuestra vida. Uno
«de vuestros mas encarnizados enemigos, ha salido esta no-
«che para el antiguo castillo de Toro, todas vuestras lanzas
«y arqueros, no serán bastantes á defenderos. Hay tres
«entradas secretas, practicadas imperceptiblemente en el
«castillo de Toro! Guardáos, señor, guardáos!

—Vive Dios! qué á punto ha estado, continuó el infante, de que llegase el aviso á un cadáver!

Y despues volviéndose al infeliz Abarca, que luchaba con las ánsias de la muerte:

—Consuélate, le dijo, y si curas, cuenta con que tendrás las villas de Arévalo, Castuera y Cigales.

Abarca, pálido, ensangrentado, moribundo hizo un esfuerzo y contestó:

—No quiero ni hé menester ya nada... Me habeis sacrificado! Soy una nueva víctima de vuestra perfidia!

Y espiró.

Retiraron dos arqueros el cadáver de la estancia.

—Miserable!... dijo el infante, dirijiéndose al hombre que habia intentado asesinarle; antes de morir, tendrás valor para responderme?

—Pregunta y lo verás.

—Tu nombre?

—No hay bastante gente aquí para que te lo diga, respondió Garci-Laso echando una mirada al rededor de sí, euando yo te diga mi nombre, se contraerán de cólera tus lábios, infante don Juan!

—Para que tú dejes de existir, solo tengo que pronunciar una sola palabra; estás en mi poder.

—Dila pronto, y no te cuides de mas; la medida de tus crímenes está colmada!

—Insolente y traidor?... yo creía que todos los traidores eran cobardes. Me es igual. Por qué querías asesinarme?

—Para evitar se vierta mas sangre ya en Castilla.

—Si mi justicia ha castigado á los que no reconocen mis derechos, mi justicia emana del mismo Dios... Empero tú eres un asesino, tú caminas en medio de las sombras de la noche, llegas callado, y matas por la espalda.

—Y tú asesinas por delante.

—La espada de un infante, no es el puñal de un asesino.

—Es que yo sabia que tú no te pondrias nunca al alcance de mi espada.

—Matadle! gritó al momento el infante á sus arqueros.

Estos iban ya á ejecutar su órden, cuando el infante suspendió el golpe, diciendo:

—No, tu cadáver me será mas útil mañana; dentro de una hora quizás... lo enseñaré á tu amo y señor, diciéndole: «Mi muy querido y amado sobrino; hé ahí el asesino que me has enviado, para que el mundo todo no te acuse de felonía, y haber quebrantado un seguro firmado de tu mano, es preciso que asegures en mi poder cuanto poseo.» Tu cadáver me valdrá mas que hayas podido valer jamás en vida, bien seas caballero, que lo dudo, ó villano: pero tú no puedes comprender lo que estoy diciendo.... llevadlo, y custodiadlo bien.

—Os volveré á ver antes de morir?

—Si.

—Ah! entonces tal vez tornaré aun á ver á Leonor de Vargas!

Dijo Garci-Laso al salir rodeado de los arqueros, que lo condujeron á uno de los subterráneos, antiguas prisiones del castillo.

—Marcha! dijo al verle partir el infante; tú servirás á asegurar mis proyectos, y despues irás á donde van los traidores.... al infierno....

—Allí os aguardaré,

Contestó Garci-Laso, que oyó al salir las últimas palabras del infante.

Apenas habian salido los arqueros, conduciendo al subterráneo á Garci-Laso, cuando entró despavorido uno de los caballeros de la comitiva de don Juan, gritando:

—Señor!.... señor!.... estamos perdidos. La rebelion ha estallado en Zamora, y los castellanos dicen que quien la ha escitado.... sois vos. La ciudad de Toro está alarmada, han cerrado las puertas, y desde las ventanas de esta torre, se ha visto á la claridad de la luna, brillar multitud de lanzas, que se dirijen á este sitio.... el castillo vá á ser sitiado.... las tropas que os acompañaban están demasiado lejos.... y tantos contra nosotros.... que vá á ser de vos?....

—Vive Dios! contestó el infante, que nunca he recibido tantas malas nuevas juntas como en esta noche. Salgamos de este infernal castillo!

—No es ya tiempo, señor, exclamó Pacheco, que al entrar habia oido las últimas palabras del infante.... están ya

:

encima.... viene detras de mí, temblando sus labios de cólera, con la espada en la mano....

—Quién viene?... Garci-Laso?

Preguntó sin perder su serenidad el infante.

—Vuestros arqueros le han rehusado la entrada.... y se ha puesto furioso.... con su espada ha traspasado á uno de vuestros arqueros.... sangre! sangre! y debajo de vuestra ventana!

—Pero quién es?

Gritó impaciente don Juan.

—Quién ha de ser, sino el rey de Castilla, Alfonso.

—Vendrá á matarme, á violar el seguro que de su mano ha firmado.

—No.... pero tendreis que ceder á cuanto os pida.

—Si, eso es, vendrá á pedirme mis estados, mis castillos, á retractar la oferta que me hizo de la mano de Leonor, su hermana, pero mis alcaides guardarán, mal que le pese, todas mis fortalezas.

—Debeis suscribir á todo si quereis salir vivo de Toro.

—Suscribiré.... suscribiré....

—Yo os seguiré despues á vuestras tierras.

—Ponéos detras de nuestras espadas, señor, dijo el capitan de los arqueros entrando con unos veinte de ellos, todos moriremos antes de que lleguen los que han sorprendido el castillo, violando la fé del seguro.

—Al contrario, les dijo el infante, envainad vuestros aceros; yo me adelantaré solo á recibir á mi sobrino el rey.

En efecto, don Juan se adelantó hácia la puerta de la estancia, solo, desarmado, á tiempo que el rey Alfonso,



seguido de gran muchedumbre de soldados y caballeros, penetraba en ella con la espada desnuda y humeante aun de sangre.

Quedóse parado al ver la tranquilidad del infante, que con la mayor sangre fría

—Mi muy querido y amado sobrino, le dijo, no estoy en seguridad en vuestra ciudad, y el castillo en que me hospedais?

—Mas seguro estais en Toro, que yo lo estaria en Zamora, no es verdad?

—Vive Dios! que la noticia de la sublevacion de Zamora, me ha sorprendido.... yo mismo iré á castigar á esos villanos sediciosos, que siempre toman por escudo en sus revueltas mi nombre.

—Quereis firmar el tratado que os propuse esta mañana?

—Lo firmaré. Estais contento, querido sobrino, y ahora podré estar seguro en vuestra ciudad de Toro?

—Si, pero es preciso antes de que esta noche misma os volváis á Toro conmigo, á morar en mi propio palacio, como mi hermano, el que jureis la observancia de nuestro pacto á ley y usanza de buen caballero.

Sacó el rey un pergamino, el que colocó en las manos de un monge que iba en su comitiva, pusiéronse todos de rodillas, y el monge, sacando una cruz del pecho, pronunció la fórmula de juramento usada en aquella época, y que repitieron el rey y el infante.

—«Juro por Dios omnipotente y por su gloriosísima madre, que todo lo que se contiene en el instrumento y escritura que hemos hecho, lo cumpliremos cada uno de nos, «sin intervenir en ello fraude ni engaño. Qué no iremos el

«uno sin el otro contra nuestros enemigos, ni contravendremos en alguna guisa á lo que aquí se ha establecido. El que primero, á sabiendas, lo quebrantáre, en aquel mismo día, vos, Dios todopoderoso, le quitad en este mundo la vida, y en el otro atormentad su ánima con crueles y eternas penas: hacéd que le falten las fuerzas y las palabras, y en la batalla el caballo, las armas, las espuelas, y los vasallos, cuando mas lo hobiere menester.»

Dicho esto, todos los presentes, de uno y otro bando, contestaron:

—Amen!

—Qué juramento! exclamó en voz baja el anciano Lain Lainez, mensajero de las provincias vascas, parece que cada palabra encierra un perjurio!

Levantáronse todos y el infante dijo al rey:

—De hoy mas, paz á Castilla y reconciliacion entre los hermanos, porque mañana lo seré vuestro, y esposo de Leonor. Haced que vuestras gentes envainen los aceros.

—Guardadlos desnudos, contestó el rey, hasta que esté sometida Zamora.

—Lo estará en breve, y los traidores..... á propósito de traidores, dijo el infante, traedme el hombre del puñal.

Y mirando enérgicamente al rey, prosiguió:

—Me olvidaba..... es preciso que os devuelva á uno de vuestras gentes, habia venido para asesinar-me.... y decian que el que le habia enviado era el rey de Castilla....

—Qué miserable se atreverá..... interrumpió el rey lleno de furor.

—Yo no he creído nunca nada, continuó el infante con

afectada serenidad, el cielo me es testigo de que no he dado crédito á esas voces.

Cuatro arqueros entraron en aquel momento á Garcilaso, desarmado, que con altivez, dirigiéndose al infante,

—Qué me queréis? le dijo.

—Concederte el perdón.

—Yo lo hubiera obtenido ahora mismo, al decirte mi nombre.

—Tu nombre! qué puede importarme tu nombre?

—Os habeis olvidado de mí? Cuando yo os diga mi nombre, rechinarán vuestros dientes, oh infante don Juan!... Me llamo... Garcilaso.

Un movimiento de terror se dejó ver en el rostro de don Juan.

—Si, prosiguió el Adelantado, Garcilaso el de la torre de Andújar.

—Calla, le dijo en voz baja el infante, aproximándose á él.

—Y durante los cinco años, prosiguió sin hacer caso de él Garcilaso, que he estado en esa torre, he meditado sobre vuestro amor á vuestro sobrino Alfonso, porque os acordaréis que una noche me dijísteis, prometiéndome la libertad, cuánto amábais al rey... Ahora os atreveréis, infante don Juan, á decir que soy un asesino?

—No, no, cállate, dijo con terror el infante en voz baja. Ah! si yo llego á cogerte un día entre mis manos!

Y después añadió en voz alta:

—Acercáos sin recelo, Garcilaso, porque os voy á devolver á vuestro señor y amo, que tambien es mi señor,

amo y hermano. Todo queda desde este momento olvidado.....

—Vamos á Toro , dijo el rey, y quede todo olvidado....

—No, no puede quedar todo olvidado!

Gritó con acento terrible una muger , que cubierta de un gran velo negro entró precipitadamente en la estancia y se colocó enmedio del rey don Alfonso y del infante don Juan.

—Justicia, justicia! señor, yo pido justicia..... No os aproximeis á ese hombre, dijo señalando á Garcí-Laso, por qué sus manos están teñidas de sangre. Quereis que yo os diga de quién es esa sangre, no es verdad, señor? Esa sangre es la de Pero Lopez de Mansilla. Preciso es que yo os lo cuente todo, porque al verme con la desesperacion en el corazon y en la cabeza , quizás os dirán : no creais á esta muger... está loca , pero á esta muger le han matado á su marido..... Veis á Garcí-Laso? Me amaba, y me dijo que yo tambien en otro tiempo le habia amado, pero no es verdad. Me acuerdo yo acaso de esas cosas? Ademas comprendereis que es imposible amar á este hombre. Hoy ha acusado á Pero Lopez de Mansilla de una traicion abominable... Yo , señor, que soy la muger de Pero Lopez de Mansilla.... yo he pedido á este hombre el perdon de mi marido... Oh! no puedo hablar, mis lágrimas ahogan mi voz.... He pedido el perdon... y bien, no me lo ha concedido... me lo ha vendido... y yo he tomado el perdon, y al llegar á la prision he gritado: perdon! perdon!.... Pero Lopez de Mansilla estaba echado sobre las losas del subterráneo, en un rincon obscuro, y al ver que me tendia los brazos me he arrojado en ellos... me ha estrechado en su pecho.... Qué horror! era para salpi-

carne con su sangre; porque lo tenia atravesado á puñaladas, y en su agonía me apretaba convulsivamente. Ojalá me hubiera abogado! Al espirar cogió mi cabeza entre sus manos, colocó su boca junto á mi oido, y con voz vacilante, me dijo: Infeliz te has vendido por un cadáver... te has deshonrado.... te maldigo!.... señor, deshonrada, maldita, hacedme justicia y moriré despues!

—Hermosa dama, contestó con frialdad el infante don Juan, me arrepiento de no haber castigado al caballero Garcilaso, pero ya no me pertenece. A mala hora venís con vuestras ideas de venganza, en un momento de alegría y reconciliacion: ademas es tan dulce perdonar!

Leonor de Vargas, volviéndose entonces al rey, se arrojó á sus pies, y abrazando sus rodillas, le dijo:

—No me levantaré de vuestros pies, oh rey Alfonso! interin no me hagais cumplida justicia, porque Pero Lopez de Mansilla la está pidiendo á voces desde el cielo: pues el infante no quiere hacerla contra su enemigo, yo la imploro del rey contra su amigo.

—A mi debias de pedirla, dijo con tono abatido Garcilaso, Leonor! pues que tu ódio es mi muerte!

—Lain el anciano, llegóse cerca de Garcilaso, y en voz baja, le dijo:

—Cuando suene la hora de tu muerte, vuelve la cabeza, y á tu lado hallarás á Lain Lainez.

—Leonor de Vargas! miráos bien en lo que me pedis, contestó el rey con tono severo, reparad en vuestras palabras, porque Alfonso de Castilla vá á recogerlas para no devolvéros las jamás. Leonor de Vargas, qué pedis para este hombre?

Leonor, con voz débil, desfallecida, casi á punto de desmayarse, echó una triste mirada sobre el caballero Garci-Laso, y lanzando un profundo suspiro, respondió con entrecortada voz:

—Ay!..... no os lo he dicho.... justicia!

—Leonor de Vargas, el rey, en presencia de sus caballeros, y de los de mi muy querido tío y futuro hermano el infante don Juan, os dá su palabra real, que antes de que el sol de mañana llegue á la mitad de su carrera, hará justicia de este hombre.... Entremos en Toro.

—Todos los caballeros de ambos bandos se dispusieron á salir de la estancia.

El loco Zorel, apareciendo de repente, levantó su muñeca sobre la cabeza del caballero Garci-Laso, y con tono fatídico, parodiando las palabras del rey, que ya habia salido con el infante y sus comitivas

—Leonor de Vargas! dijo, antes que el sol de mañana llegue á la mitad de su carrera, este hombre habrá muerto! ja! ja! ja!

Y soltó una estrepitosa carcajada.

—Yo me muero!

Esclamó desfallecida Leonor, que no habia podido resistir á tantas y tan vivas emociones.

Su cuerpo hubiera caido en el suelo al desmayarse, á no haberle recogido en sus brazos Zorel, que inclinando su cabeza sobre la de la hermosa Leonor, continuó algun tiempo su histérica carcajada, pero de repente, en medio del ruido de las gentes que salian precipitadamente, siguiendo á sus señores, cesó su risa, y solo se oyó el

estallido de un beso , beso que tanto habia ansiado el pobre loco!



puerta
Ver un
comida



VI.



Los hombres embozados en sus mantos, gris el uno, negro el otro, se encontraron en una sombría bóveda del palacio de Toro, iluminada por una enorme lámpara de cobre; al lado izquierdo se veía una grande escalera de mármol, ennegrecido por el tiempo, y á la derecha una puerta con grandes verjas de hierro. En el fondo se dejaba ver una ancha puerta, cubierta con una doble y pesada cortina de cuero, toscamente labrado de pintados adornos.

El eco de la campana de las iglesias, que llamaba á los monges á maitines y señalaba la media noche, llegaba apagado y débil á la sombría bóveda.

Los dos embozados acababan de subir por la gran escalera, pero el primero se detiene, y volviéndose de frente al que le seguia sus pasos:

—Hombre del manto negro, por qué ocultas asi el rostro? Al subir la escalera tres veces he vuelto la cabeza, y no he visto mas que relucir tus ojos en la obscuridad..... Eres acaso un espía?

—Lo mismo te iba yo á preguntar, respondió el otro embozado, por qué ocultas tu rostro en ese manto gris, y tres veces, cuando has vuelto á mirarme, ni aun has dejado ver el brillo de tus ojos?

—Pues que no eres un espía, quizá tendrás el mismo objeto que yo. A qué vienes?

—A ver el prisionero..... y tú?

—A ver tambien el prisionero.

—Dos á la vez á ver, y á estas horas, al prisionero del rey de Castilla? dijo el embozado en el manto gris. Eres acaso el verdugo?

—No, soy un hombre.

—Entonces, replicó el embozado en el manto gris, quién de los dos va á hablar primero á Garci-Laso?

—Tú si lo permito, contestó el otro embozado, yo si quiero!

—Hola! hablas como si fueras el amo.

—Escucha, quieres oro? te daré mucho, cuanto quieras, pero déjame hablarle primero

Dijo el del manto gris:

—Oro! respondió el otro, y qué quieres que haga con el oro?

—Vive Dios, que en cuarenta años que hace que me parió mi madre, esta es la vez primera que me han hecho esa pregunta!.... Qué quiero que hagas con el oro?..... lo que hacen todos; compra castillos, muchos criados.... caballos, mugeres, y hasta las conciencias.

—Entonces no quiero tu oro,

Contestó con indignacion el del manto negro.

—Pues qué diablos quieres entonces?

—Hablar primero á Garci-Laso.

—No te obstines, porque yo vengo..... pero es verdad que no eres un espía.

—He rehusado tu oro.

—Eso no prueba nada, tal vez querrás comprar mas caro mi secreto.

—Pues bien, mira estos cabellos blancos.

Dijo el del manto negro dejando ver su cabeza encanecida.

—Y qué quieren decir esas canas?

—No sabes que un espía no las tiene?

—Por qué?

Contestó el del manto gris.

—Porque un espía muere por la conciencia ó por el puñal..... los espías no envejecen.

—Es verdad, contestó convencido el del manto gris, vengo para salvar al prisionero.

—Y yo tambien, contestó el otro.

—Tú tambien? y no eres el verdugo? y no eres una muger? quién eres pues?

—Uno que se ha dicho á sí mismo , Garcí-Laso será mi hijo en la prosperidad y en el infortunio , uno que no ha olvidado que la hora del infortunio ha llegado.....

—Pues que dices que es tu hijo , déjame salvarlo , porque yo tengo mas medios que tú. Yo he ganado á los ballesteros del rey que lo custodian , mi oro los ha dispersado y hemos podido llegar libremente aquí , un caballo le aguarda fuera de la puerta de Toro , y antes de una hora , Garcí-Laso estará fuera del alcance del rey Alfonso.

—Yo no he corrompido á ningun balletero de la guardia del rey , ningun caballo aguarda fuera de la puerta de Toro , yo no tengo oro , solo tengo la prision y el prisionero , pero me he dicho á mí mismo , es preciso que salve á este hombre , y le salvaré.

—Entonces , dijo el del manto gris , yo entro el primero , porque tengo mas seguridades de lograr mi empresa.

—Un instante , repuso deteniéndole el del manto negro , tú no estás seguro de lograr tu propósito , yo estoy seguro del mio ; porque me he dicho á mí mismo , es preciso que yo salve á este hombre.

—Te has vuelto loco , anciano ? qué medio quieres emplear ?

—El único que debe emplearse cuando no se tiene dinero , pero sí un corazón resuelto á salvar á un hombre , no me comprendes ?

—No.

—Ya yo lo presumia. Entonces eres un gran señor.

—Por qué ?

—Porque no me has comprendido..... yo quiero morir en su lugar.

—Cómo he de comprender tu locura! y tú me comprendes á mí?

—Tal vez, tú no quieres que ese hombre muera ahora, porque esperas sacar aun alguna utilidad de su vida.....

—No sigas adelante, anciano, un solo hombre puede comprender mis intentos..... y ese hombre soy yo.

—Quieres decirme tu nombre?

—Mi nombre! si mi madre estuviese en este palacio de Toro no se lo diria.

—Quieres que yo te lo diga! Eres el infante don Juan!.. concluyamos: tú eres el infante, yo un hombre del pueblo; tú eres don Juan, yo Lain Lainez, tú quieres comprar á un hombre, yo salvarle; tú quieres vivir con su vida; yo que él viva con la mia, tú enviarle tal vez á buen recaudo á una de tus villas ó castillos; yo enviarle á mis montañas, tú hacer un esclavo, dándole hoy la libertad; yo libertarle..... Y ahora me comprendes?

Y al mismo tiempo retirando bruscamente el manto de don Juan le miró, descubriéndose él al mismo tiempo.

—Lain Lainez, el infante don Juan te cede el puesto. Tienes cabellos blancos..... ya vés que comprendo lo bastante; pues conozco que no me venderás.....

Volvió el infante á embozarse en su manto gris, y bajó rápidamente la grande escalera de mármol.

Las últimas palabras que habian mediado entre el infante y el anciano habian sido en tono mas vivo y animado, y habian atraido al caballero Garci-Laso hácia la pesada berja de hierro que daba entrada á la estancia destinada para su prision. La obscuridad de la bóveda débilmente alumbrada por el reflejo de la gran lámpara sus-

pendida en el techo no permitió á Garcí-Laso descubrir bien quién era la persona que habia en ella.

Abrió el pesado cerrojo que cerraba la berja y hablando desde lejos á Lain

—Es el verdugo?... dijo, tanto mejor, tú vienes á buscarme.

—Cuando suene la hora de tu muerte, caballero Garcí-Laso, vuelve la cabeza, y allí estará Lain Lainez..... yo soy Lain.....

—Vos aquí, Lain Lainez?... á dos pasos de Alfonso XI... Antes de salir de Toro habeis dicho, quiero morir!

—Lo he dicho,

Contestó friamente el anciano.

—Por qué?

—Porque quiero morir por tí.

—Por mí? contestó sorprendido Garcí-Laso, estáis en la córte de Castilla; en dónde habeis aprendido que aquí se podia morir por otro?

—En mi corazon.

—Anciano, ese es un momento de delirio, y no se dirá que Garcí-Laso debe la vida á un momento de delirio. La calentura no dura mas que un dia.

—Y qué me importa, si muero antes de salir de ella?

—Pero sois un estraño para mí, nuestro conocimiento data de un solo dia.

—No eres hombre? luego somos hermanos.

—Nadie jamás murió por un hombre.

—Cristo murió por todos ellos.

—Concibo el querer morir, replicó Garcí-Laso, por una muger, por un amigo, por un padre, por un hijo.....

—Y qué no puedes serlo tú mio, replicó el anciano estrechándole en sus brazos, por eleccion? Mira, yo no he tenido mas que un hijo! Dios me lo ha quitado! y cuando te ví por la vez primera, mi corazon se estremeció de placer, creí ver á mi hijo, tendria tu edad: ay! tu hermosa presencia!.... Tengo setenta años, y un secreto presentimiento me dice que no viviré muchos dias. Si mi hijo no hubiese perecido niño en el saqueo de la villa de Martos, si al resplandor del incendio del castillo no hubiese yo visto consumirse la cuna donde el inocente dormia, y de cuyo sueño fué á despertar al cielo, hubiera creído, Garcí-Laso, que érais mi hijo. Cansado de las luchas civiles en que habia perdido mi fortuna, mi sangre, mi muger y mi hijo, torné á las montañas de Alava de donde habia salido, y allí he vivido ignorado de todos, hasta que vengo hoy á hablar á Alfonso á nombre de aquellos valientes moradores. Vengo á la córte, te veo, y tu vista renueva en mi corazon la memoria de mi perdido hijo. Él debia haber llorado sobre mi tumba. Sé tú mi hijo y llora algun dia sobre ella!

—Que he oido? dijo con la mayor emocion Garcí-Laso. Perdísteis á vuestro hijo en el saqueo de Martos? Visteis incendiada la casa que habitábais?... A mí me salvaron de la muerte, me arrancó de las llamas, niño aun de dos años, el venerable Garcí-Laso, uno de los mas esforzados capitanes de Fernando IV dolido de mi horfandad, y al morir me legó su fortuna y su nombre. Seria posible?

—Si, hijo mio, dijo el anciano Lain cubierto el rostro de lágrimas. Desde que has hablado hace un instante he vivido cincuenta años mas! Déjame tocarte, estrecharte

sobre mi corazon. Hijo mio! el cielo nos ha reunido, no me engañó mi corazon al amarte desde el punto en que te ví!

—Oh, Leonor de Vargas! exclamó Garci-Laso, no soy no, un infame, pues que el cielo me devuelve un padre, y me perdona un anciano venerable. Dejadme besar vuestro vestido.



—Trueca pronto tus vestidos por mis vestidos, hijo mio! y marcha inmediatamente á Alava, al morir te doy á mi pais y á él pagarás el sacrificio que hace hoy tu anciano padre... Marcha, no te detengas ni un instante en el camino..... Al llegar dirás á los habitantes de las montañas: vengo á vivir

libre entre vosotros, á amaros, hermanos míos, á defenderos, porque ahora soy yo Lain Lainez, solamente que soy jóven y valiente, y el otro se moría ya! yo vengo á comenzar de nuevo su vida.... ellos, hijo mio, te la contarán y si tú obras como yo he obrado, mi alma complacida se regocijará en el cielo.

—Ah! padre mio, habeis contado demasiado con mis fuerzas.... no saldré de aquí.

—Me habré engañado? hijo mio. Temes abandonar la córte, las riquezas, los honores! Te asusta la ruda franqueza de nuestros usos y costumbres; tiemblas vivir en la pobreza, y quieres morir mejor aquí?

—Ah! padre mio, no podeis comprenderme.

—Hace un momento, que yo decía eso mismo á otro. Por qué rehusas marcharte?

—Porque rehuso el vivir,.... y rehuso el vivir, porque hay una muger que rehusa amarme, y esa muger es doña Leonor de Vargas..... No insistáis, padre mio, no insistáis, moriré.

—No, no comprendo tu amor, porque soy un anciano... pero soy padre, regaré con llanto las plantas del rey, le diré que soy padre. Padre! hijo mio! si tu supieses cuánto amor, cuánto dolor encierra esta palabra, y el rey te perdonará, y te volverá á mis brazos.

—Ah! no conoceis á Alfonso XI! No imploreis mi perdon pero antes podeis hacer por mí aun mas, podeis decir, yo te perdono, y si me lo decís, mi alma sentirá un consuelo al morir.

—Voy á decirte, hijo mio, dijo el venerable anciano, lo que Dios te dirá muy pronto.

Dobló las rodillas Garcí-Laso, y estendiendo el anciano su trémula y descarnada mano, sobre su cabeza continuó:

—Jóven! tu corazón abrigaba una pasión funesta, llorabas en silencio, empero de repente, esta pasión subió desde tu corazón á la cabeza, y has cometido un crimen, un momento despues hubieras querido borrarlo á costa de tu sangre..... Yo te perdono!.....

—Ah! gracias, gracias, padre mio!

Dijo besando bañado de lágrimas el rostro, las manos del anciano. Alzóle este del suelo y estrechándole amorosamente en sus brazos:

—Abracémonos, hijo mio!..... Adios..... y no será por largo tiempo, porque si no alcanzo tu perdón, dentro de muy pocos dias nos reuniremos..... en la eternidad!

Marchóse con paso precipitado, cuanto lo permitian sus cansados años, el venerable Lain, y antes de bajar la escalera volvió aun la cabeza para mirar al hijo que tanto amaba, que tan pronto iba á llorar de nuevo, y apenas habia tenido el consuelo de conocer.

Garcí-Laso quedó en el mayor dolor despues de la salida de su padre, que merced al cuidado con que el infante para sus fines, habia apartado las guardias, habia podido llegar hasta él.

Era imposible su salvacion, pues que el palacio estaba por la parte exterior vigilado cuidadosamente.

Sin esperanza sentóse Garcí-Laso en el pedestal de una de las anchas columnas que sostenian la bóveda, y cubierto el rostro con ambas manos se entregó á las penosas reflexiones que debia sugerirle la amarga situacion en que se hallaba. No podia en efecto aguardar mas que de

un momento á otro la presencia del verdugo. Tal vez lo hubiera recibido con alegría, si antes hubiese podido obtener el perdon de Leonor, pero la justicia de Alfonso XI, á quien la historia ha conservado el sobrenombre de el *Vengador*, era demasiado ejecutiva, y Leonor no tendria tiempo de olvidar.....

Revolvía en su imaginacion el próximo espectáculo que iba á dar al pueblo que habia mandado tantos años, cuando al lúgubre sonido de las trompetas marchase rodeado de dos monges, y precedido por el verdugo, vestido segun la usanza de aquella epoca, de encarnado, gritase con voz ronca y destemplada: *Esta es la justicia que manda hacer el rey en este hombre culpable de homicidio! Quien tal hizo, que tal pague!* Figurábasele ver la insultante plebe gozosa de ver morir á un rico-hombre, denostarle con dieterios, y que Leonor señalándole con el dedo al través de las celosías de la ventana del palacio decia: Ya pasó el asesino! palabra mas terrible que el caldalo mismo.

Dicen que lo mas horrible es morir..... Lo mas horrible es vivir con un oido que escucha, una cabeza que comprende, y un corazon que sufre todo lo que la cabeza ha comprendido. Asesino! palabra que debia remover hasta el fondo de la conciencia del infeliz Garci-Laso. En aquella hora solemne, la última de la vida, el desgraciado caballero debió sin duda echar una mirada sobre su vida pasada. Ya sentia circular mas lentamente el amor en sus venas, y sentia en ellas comunicarse el frio de la tumba: hizo pasar delante de sus ojos todos los dias de su juventud para prepararlos á sufrir la terrible y penetrante mirada de Dios!

Revolvia en su mente Garcí-Laso su juventud pasada en el estruendo de las guerras civiles, su cautividad por las gentes de don Juan el Tuerto, cuando este le propuso su libertad por un crimen, el asesinar á Alfonso XI, y que á su respuesta negativa habia contestado con cuatro años de agonía en el castillo de Andújar.... Sus amores con Leonor de Vargas, sus atormentadores zelos al verla casada, y habitar cerca de sí en el propio palacio donde él moraba como Adelantado mayor de Castilla, y gobernador de Toro. Los zelos, la rábía, la desesperacion le hacian cada diadesde entonces peor, hasta que el ballestero Nuño pronunció una palabra... una sola palabra, Leonor quedará libre! y apenas habia hecho un signo afirmativo con la cabeza, Leonor quedó libre.... pero para esto fué preciso matar á un hombre.

Entre el caballero Garcí-Laso amante y virtuoso, y el criminal que aguardaba la llegada del verdugo, no hay mas distancia que una palabra, y el tiempo que dura el resplandor de un relámpago. Se arrepintió despues, empero era ya demasiado tarde, su cabeza habia hecho un signo afirmativo, sus pies habian dado un solo paso... y habia caido en el abismo del crimen, de donde no se puede salir.

Tambien se presentaba á la afligida memoria del caballero, el que aquella misma noche habia querido asesinar al infante don Juan el Tuerto, pero el infante habia querido matarle antes á él, y si hubiese salido bien de su empresa, aunque criminal..... tal vez al dia siguiente en vez de morir por un delito, Castilla le hubiera aplaudido como á su libertador; si, le hubiera aplaudido como aplaudió ese mismo dia á Alfonso XI, á quien en vez de asesino aleve, ha llamado la historia el Vengador.

Largo tiempo absorto en estas lúgubres consideraciones estuvo Garcí-Laso inmóvil, contando tal vez los escasos momentos que le restaban de su existencia.

Una muger alzó en tanto la pesada cortina de cuero, y permaneció en pié junto á la puerta mirando desde lejos al Adelantado de Castilla, cuyos tristes pensamientos revelaban de cuando en cuando los tristes gemidos que se escapaban de su ahogado pecho.

—Nadie ha venido á verme en mi fatal y angustioso trance, nadie!.... dijo levantándose el caballero Garcí-Laso!.... Ah! perdon, Dios mio! ha venido un extranjero..... que era mi padre.... pero Leonor no ha venido!!! Héme aquí, al fin de mi vida, treinta y cinco años, despues de estos treinta y cinco años, una hora..... y despues de esta hora una tumba.... qué digo! para los que condena la justicia del rey no hay tumba.... y cuando mi padre venga.... Si, solamente mi padre!.... no reconocerá la tierra que me cubra, sino por la huella del verdugo.

La muger que habia permanecido inmóvil como una estatua á la puerta de la bóveda, alzó los ojos al cielo, y sus rodillas cayeron en tierra permaneciendo silenciosamente en aquella religiosa postura.

—No arrancará, prosiguió Garcí-Laso, el recuerdo de lo bien que antes he obrado..... ni una lágrima..... ni una plegaria? No! el crimen lo he cometido despues de mis buenas é hidalgas acciones, y todo lo olvidan los hombres escepto el crimen. Quién verterá una lágrima por mí, cuya muerte vá á acelerar la de mi anciano padre que he conocido al borde del sepulcro?..... Una plegaria al cielo por mi descanso!..... qué voz la recitará?... Cuán horrible es, Dios

mio, pensar que ninguna voz dirá al morir, Garcí-Laso, yo rezo por tí!

—Garcí-Laso yo rezo por tí!.....

Repitió alzando sus manos al cielo la muger que se hallaba arrodillada á la puerta.

Levantóse Garcí-Laso al reconocer aquella voz tan querida y corriendo á su encuentro dijo :

—Leonor!..... Bendito seais, Dios mio, pues me habeis perdonado!

—Si, Dios te ha perdonado, pues yo te perdono..... he tenido compasion..... miento, he tenido amor, dijo Leonor arrojándose en sus brazos y vengo á morir contigo.

—Un instante..... un instante..... no puedo hablar, estoy soñando..... verdad que solo es un sueño delicioso?... porque, añadió despues aterrado..... es verdad que Mansilla ha sido asesinado en su prision? y que yo soy quien....

—Cállate, cállate! no digas nada, exclamó Leonor tapando la boca á Garcí-Laso..... no digas nada..... yo puedo perdonarte porque vas á morir..... si es un crimen será un crimen de los dos..... y entre los dos será mas llevadera la pena. Escucha, no soy bastante fuerte para llevar adelante mi odio! He llorado mucho por el que no amaba, por el que ha muerto..... por el que ya no sufre..... bien puedo llorar por tí á quien tanto amo, por tí, que sufres, que vas á morir!..... Al acusarte delante del rey me he engañado, era la fiebre, el delirio, y nada mas, me creia inspirada, creia hablar á nombre de la venganza divina, me creia una santa.... ah! y no soy mas que una débil, una pobre muger que viene para amarte!..... para ser tuya por toda su vida, ó morir contigo!

—Morir tú?..... no, no, exclamó enagenado Garci-Laso. Yo tampoco quiero morir ya, pues que me amas. Mi padre vá á implorar piedad por mí..... yo quiero mi perdon! me arrojaré de rodillas á los pies del rey, del infante, de la córte toda: les enseñaré las heridas que he recibido en cien combates..... y no me matarán.

—Y si no te perdona el rey?

Contestó tristemente Leonor.

—Quién se atreverá á matar al que tú amas, Leonor? porque tú me amas, no es verdad?..... pero no me respondas no, porque si llegases á decirme que no, despertaria de mi delicioso sueño..... moriria de muerte mas cruel que el suplicio.

—Si, te amo! contestó Leonor enagenada, te amo, y si me preguntas por que? solo podre decirte, porque te amo!!

El ruido que oyeron detrás de la cortina que cubria la entrada del fondo les anunció la llegada de una persona, y los arrancó de su amoroso éstasis.

—Entra en la estancia que han señalado para tu prision, dijo doña Leonor obligando á Garci-Laso á retirarse, no temas nada. Si es Alfonso XI, callaré porque es escusada con él la súplica, si es el verdugo me arrojaré á sus pies, y quién sabe? quizá tal vez se enternecerá el verdugo.

—Leonor, dijo Garci-Laso despues de haberse resistido un instante por no querer dejarla sola en aquel sitio, te obedezco ciegamente. Hace un momento eras mi juez, ahora eres el ángel de mi guarda. Si fueses una muger yo defenderia la puerta de tu aposento..... tu eres un ángel pues vás á defender la del mio!

Entróse Garci-Laso en su prision, y en el mismo instante

alzando la pesada cortina de cuero entró en la bóveda Zorel que habia oido las últimas palabras de los dos amantes.

—Yo salvaré á Garcí-Laso, pues que el amor de un ángel le defiende!

Corrió á su encuentro Leonor diciéndole:

—Salvar á Garcí-Laso! oh! Leonor amará con todo su corazón, con toda su alma al que salve al caballero Garcí-Laso!

—Y si soy yo quién le salva? respondió con el acento de la mas triste amargura Zorel..... Yo, que soy el loco, el bufon!

—Oh! os amaria! respondió Leonor.

—Yo venia doña Leonor á matarle: al oir cuánto le amábais, he dejado caer de mi mano el puñal; el ruido que hizo al caer os alarmó é hizo retirar á Garcí-Laso: yo entonces me he dicho á mí mismo, Leonor me amará si le salvo:.... pues bien, le salvaré y os le entregaré, porque me améis, Leonor!

—Si, os amaré, contestó Leonor mirando por la primera vez con interés al pobre bufon, no tendreis mi amor, porque sabeis bien que amo á Garcí-Laso, pero tendreis toda la amistad de Leonor..... Leonor será vuestra amiga, y no penseis que la amistad es nada. Se ama á un hombre sin saber por qué.... como yo amo á Garcí-Laso, pero el amor de la amistad es mas sólido, porque yo sabré por qué os amo, porque habeis hecho una accion grande, generosa. Ah! Zorel, no creéis que la amistad vale mas que el amor?

—Salvaré á Garcí-Laso!

Contestó con acerba amargura por toda respuesta el loco.

—Tú salvarme! le interrumpió bruscamente Garcí-Laso saliendo de su estancia, esa es una red infame que me tienden. Infeliz, repite si te atreves eso delante de Garcí-Laso!

—Leonor, salvaré al caballero Garcí-Laso!

Repitió con energía Zorel.

—Piensas que yo he olvidado acaso?....

—Tanto mejor, si no lo habeis olvidado, dijo con tranquilidad y firmeza Zorel, porque entonces tal vez os acordareis de lo que hago por vos.... Pero no, yo nada os pido, ni un recuerdo siquiera; porque no es por vos, es por Leonor por quien lo hago..... Tomad mi manto de escarlata, tomad esta muñeca, no teneis mas que hacer sonar los cascabeles sobre vuestra cabeza, y los ballesteros de la guardia creerán que sois el loco..... No oís?.... las trompetas. Marchad, marchad.

Y como dudase Garcí-Laso, continuó:

—Dudais acaso? miradme bien, tengo yo cara de traidor?

—Y á tí, no te hará morir Alfonso? respondió Garcí-Laso.

—Yo tendré su perdon..... os digo que tendré su perdon; marchad, marchad.

—Bien, marcharé, si, marcharé.

Y al mismo tiempo trocó sus vestidos con el loco:

Mas si fueses un traidor!... hay un Dios!

—Que en este momento juzga al loco, contestó con acento desanimado Zorel; mas huid, huid presto, porque tambien hay un rey de Castilla!

—Adios, dijo estrechando la mano del bufon Garcí-

Laso, por lejos que me lleve la suerte, todas las noches repetirá el desterrado tu nombre.

—Leonora de Vargas! dijo con aire de orgullosa reconvenccion Zorel, un loco no es un juguete, un loco es un hombre! Leonora de Vargas, yo salvo al caballero Garci-Laso y os lo doy.

Al tiempo de ir á bajar por la escalera Garci-Laso, se encontró con Lain que subia precipitadamente por la misma y que abrazándole le dijo:

—Hijo mio! súplicas, ruegos, todo ha sido en vano, vengo á asistirte en tu última hora, porque el rey de Castilla llega ya. A todas mis lágrimas y súplicas ha contestado solo con la palabra, justicia!

—Ya es demasiado tarde.

Dijo Garci-Laso al sentir el rumor de la multitud de gentes que subian por la escalera, y al ver el resplandor de las antorchas de los que acompañaban al rey.

—Garci-Laso, dijo Leonora con la firmeza de la desesperacion, seremos dos para morir.

—Y yo? añadió con desconsoladora tristeza el loco.

—Garci-Laso, dijo el anciano Lain, ven, hijo mio, ocúltate conmigo detrás de esta cortina, y despues que hayan todos entrado, saldremos. Yo marcharé delante, y si alguien osa detenernos, les enseñaré mi cabeza blanca y les diré: dejad pasar á mi hijo!

—Bien pensado! exclamó el loco: Leonora de Vargas se quedará aquí. Yo me ocultaré detrás de ella embocado en el manto de Garci-Laso y todos me tomarán por él.

—Yo me quedaré aquí, dijo Leonora aprobando la idea

de Zorel, no temas nada, amor mio... tuya, ó de la muerte.

El anciano y su hijo se ocultaron detrás de la pesada cortina de cuero; el loco se colocó detrás de doña Leonor de Vargas.

—Silencio! y ocultadme bien detrás de vuestro vestido.... y cualesquiera que sean las palabras de los que vengan á buscar á el Adelantado, Leonor, acordáos que yo soy el caballero Garci-Laso.

—Van á verme temblar! van á descubriros,

Dijo Leonor temblando cada vez mas á medida que oia aproximarse gentes.

En efecto, el rey don Alfonso y el infante don Juan el Tuerto seguidos de su numerosa comitiva, acababan de entrar en la espaciosa bóveda. Sus gentes llevaban las banderas de sus respectivos señores, doce escuderos alumbraban con antorchas encendidas, el obispo de Zamora y algunos de los principales de su clero rodeaban al rey, y varios pages llevaban sobre cogines de terciopelo las espuelas de oro del rey y su espada de batalla. El justicia mayor Osorio traia el sello real, y entre tantos cortesanos veíase tambien el verdugo, vestido segun la época de encarnado, y varios ballesteros con las terribles mazas, verdugos improvisados que mas de una vez ejercian su terrible ministerio á la vista de los reyes y en sus propios palacios.

Al terror que inspiraba aquella imponente comitiva, agregábase el de la hora del amanecer, y el lúgubre sonido de todas las campanas de los templos de Toro, que anunciaban á los fieles el dia 2 de noviembre, dia consagrado á la memoria de los difuntos.

Los lúgubres tañidos de las campanas llegaban en débil eco á aquella gran bóveda, como débilmente penetraban en ella los primeros albores del dia, que combatia el vacilante resplandor de las antorchas.

—Antes de marchar á Zamora, dijo el rey, porque debo marchar hoy mismo, infante don Juan, y antes de cumplir lo que pactado habemos, dándoos la mano de mi hermana doña Leonor, he querido haceros asistir á un acto solemne de mi justicia, porque anoche en presencia de vuestras gentes, una muger deshonrada por un asesino, se arrojó á vuestros pies y á los míos gritando; justicia! Doña Leonor de Vargas, no es al caballero Garci-Laso al que ocultáis detrás de vos, porque sin duda sus ojos no pueden sufrir la mirada de su juez?

Leonor de Vargas temblando, y mirando fijamente á la gran cortina que ocultaba al anciano y á su hijo, contestó temblando:

—Si.... si.... señor!

—Escuchad todos, infante, ricos-homes, hijodalgos y pecheros... una muger ha sido deshonrada por un asesino... esta muger es doña Leonor de Vargas, el asesino era el Adelantado de Castilla. Esta muger ha apelado á nuestra justicia, porque sabia bien, y al mismo tiempo alzó enérgicamente la voz el rey, que no hay señor en la tierra, por alto y elevado que sea, á cuya cabeza no alcance nuestra mano. Atencion todos, porque nuestra justicia comienza! Mandamos que el caballero Garci-Laso dé la mano á doña Leonor de Vargas, y la conduzca al altar, para recibir en él la bendición nupcial, segun manda y ordena nuestra santa madre la iglesia.... obispo de Zamora, ved ahí los dos esposos!

Y al mismo tiempo señaló á Leonor y á Zorel, que detrás de ella se mantenía siempre oculto.

—Benedicidlos, obispo de Zamora!

Adelantóse el obispo para obedecer las órdenes del rey, y Leonor que del exceso del temor habia pasado al colmo de la alegría, dejando al descubierto al bufon Zorel,

—No es él, señor... dijo dirijiéndose hácia donde estaba el rey, no es Garci-Laso.... es vuestro bufon, os engañaban.... piedad! piedad.... es el bufon!

—Ya, Leonor! dijo con acento de terrible amargura Zorel, plegue al cielo que no me hayais negado demasiado pronto!

—Por Santiago! gritó con furiosa cólera Alfonso, donde está el caballero Garci-Laso?

—Vedlo aquí... vedlo aquí, dijo el anciano Lain, en cuyo rostro brillaba el contento y la alegría. Hijo mio, un presentimiento me decia que te salvaria la vida.

—Grande y hermosa justicia habeis hecho, señor, dijo Garci-Laso arrojándose á los pies del rey, el verdugo mata al hombre, pero la clemencia mata al crimen..... Todos los dias de mi vida los consagraré á vuestro servicio...

—Despues.... despues.... le interrumpió el rey. Aun no he concluido. Id al pié del altar, Garci-Laso, y pedid á Dios que borre de la frente de esa muger, la mancha que han impreso sobre ella vuestros lábios.

—Yo le he perdonado, señor! yo le he perdonado!

Esclamó Leonor.

—Al altar, señora!

Respondió con tono severo el rey.

Descorrieron entonces la pesada cortina de cuero, y

abriéronse de par en par dos puertas de maciza encina, que daban entrada á una antigua capilla gótica, en la que habia un altar y un gran crucifijo.

Entraron todos los de la comitiva, y se arrodillaron á los dos lados de la capilla.

El obispo de Zamora, asistido por su clero, pronunció las sagradas palabras de la iglesia, y dió su bendicion nupcial á los dos amantes, en cuyo rostro brillaba la mas pura alegria, trás de tantas congojas y cuidados.

El pobre Zorel, solo, no habia entrado en la capilla; recostado sobre un pilar, cubierto el rostro con ambas manos, estuvo á punto de desfallecer al ver al prelado imponer sus manos sobre los dos esposos, al contemplar á Leonor de Vargas tan bella, tan hermosa al resplandor de las antorchas, al verla estrechar con ánsia la mano de Garci-Laso, y al verla volver muellemente apoyada en su brazo, cuando terminada la sagrada ceremonia salió de la capilla toda la régia comitiva.

El eco funeral de las campanas, que anunciaban el dia de los muertos, continuaba sin cesar, y su lúgubre sonido penetrando aunque débil y lejanamente en la mansion donde se hallaba reunida la córte, en aquel momento era de un triste y fatídico presagio!

—Ya que estais casados, dijo el rey á los dos esposos, entregándoles un pergamino que acababa de poner en sus manos el justicia mayor Osorio, llegáos aquí los dos. Garci-Laso, ved aquí un pergamino que debeis firmar.... Podria acontecer que muriéseis antes que Leonor, no es verdad? y en ese caso quereis dejarla al mismo tiempo que vuestro nombre vuestra fortuna?

—Ah! si señor.

Contestó con la mayor efusion Garci-Laso, porque aun la deberé yo mucho mas.

—Ya sabia yo que diriais que sí... dijo el rey, entonces firmad.

—Firmad vos tambien, doña Leonor!

—Yo quisiera tambien firmar, señor, el juramento de morir por vos, que así sabeis encadenar los corazones.

—No hizo caso de esta lisonja Alfonso, y volviéndose al infante don Juan le dijo:

—Qué os parece de mi justicia, mi muy querido tio y.... hermano?

—Me parece muy bien.... y antes de marchar á Toro, ha de quedar concluido tambien mi matrimonio, y nuestros conciertos.... porque ya veo que vuestra justicia, es mas clemente y benigna que la mia.

—Mi justicia proviene de Dios, exclamó el rey con grande energia, es inflexible, y certera como la justicia divina. infante don Juan, cabal'eros, pueblos todos de Castilla, oid la justicia del rey... Ya que se ha hecho reparacion solemne al honor de esta muger, ordeno yo á mi verdugo, que coja al asesino que aquí veis, y lo arrastre á la prision de la torre, hasta un sitio donde verá sangre y un cadáver, y que allí lo mate de dos puñaladas, como él hizo hacer con Pero Lopez de Mansilla, y que ponga los dos cadáveres en una misma mortaja, y en una misma fosa, á fin de que la víctima conduzca ella misma á su matador, á la presencia de Dios! Quien tal hizo que tal pague!.... pronto!....

Al mismo tiempo el verdugo con sus nervudos brazos, sujetó al caballero Garci-Laso, y lo sacó de la bóveda ayu-

dado de dos ballesteros , sin darle tiempo de hablar una palabra.

Todos quedaron consternados.

El anciano Lain y Leonor se arrojaron á los pies de Alfonso , pero sin mirarlos este siquiera , prosiguió:

—Quiero que la campana grande de la torre anuncie de un solo golpe , á todo mi ejército , la señal de marcha para Zamora , la muerte de los traidores... Si , de los traidores , y la sumision de Castilla.

Zorel , viendo el dolor profundo de Leonor , llegóse á ella , y con lágrimas en los ojos:

—Os habia dicho que era demasiado pronto.... si hubiéseis podido por un minuto dar vuestra mano al loco , el loco hubiera tenido tiempo de morir por vos.... Ahora iré á donde vayais , Leonor.

Y dió un triste suspiro.

—Piedad! señor!

Gritaron á la vez el desolado anciano Lain , Leonor y el bufon.

—Silencio! gritó con severidad el rey , silencio todos , para poder oir la señal.... infante don Juan , escuchad bien la gran voz que vá á deciros como terminan los traidores.

El infante quedó consternado , no sabiendo qué interpretación dar á aquellas terribles palabras , que parecian á él encaminadas , pero que no podia conciliar con las lisonjeras pláticas y conciertos que con él habia tenido el rey toda la noche.

Leonor y el pobre loco se arrodillaron.

El anciano Lain dobló tambien sus trémulas rodillas , y tornándose á Leonor y el loco :

dado de dos ballesteros, sin darle tiempo de háber una palabra.

Todos quedaron consternados.

El anciano Lain y Leonor se arrojaron á los pies de Al-



...de la mano...

...y el pobre...

...Lain dolió...

...y el...

—Oremos, hijos míos! les dijo, oremos por un desgraciado!

—Orad también, Lain, le dijo el rey, por Zamora y por el infante don Juan!!!

Esta palabra produjo un terror general.

Sonó en aquel momento el eco de la gran campana de la torre de Toro, vibrando tan fuerte, que conmovió los pintados vidrios de las ventanas de la bóveda.

—Ved mi justicia, infante rebelde!

Gritó con voz atronadora Alfonso.

Y en aquel mismo momento, dos ballesteros de maza, del rey, atravesaron con sus espadas el pecho de don Juan el Tuerto. Otro acabó de rematarlo con un golpe de maza.

Leonor, sin contemplar el terrible y sangriento espectáculo que tenía á sus pies, ni ver el hacha que brillaba junto á sí

—Voy á reunirme á tí, Garci-Laso!

Gritó dirigiéndose á bajar la escalera.

—El loco vá donde vayais, Leonor,

Dijo Zorel siguiéndola.

—Ved mi justicia, infante traidor!

Repitió el rey al moribundo don Juan.

Espirante este, solo pudo decir:

—Quién hará justicia de tu alevosía, rey de Castilla?

—Dios y su propio hijo!

Contestó en tono inspirado el anciano Lain.

Dos penetrantes gritos se oyeron en aquel momento al pié de la escalera, corrió precipitadamente á asomarse á ella el anciano Lain.

—Marchemos á la sala del consejo, dijo el rey, y de allí á Zamora.

Al ir á bajar el rey, detúvole un momento el anciano Lain Lainez, y con voz terrible, le dijo:

—Cuidado con caer al bajar, rey Alfonso! hay dos cadáveres en los escalones.

En efecto, Leonor no habia podido resistir á tantas emociones, y habia espirado al pié de la escalera.

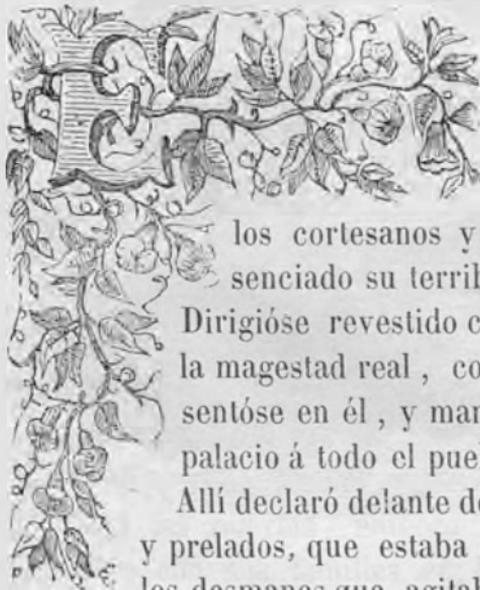
Zorel, el pobre loco, habia cumplido su palabra; habia ido á reunirse con su amada á donde habia ella ido... á la eternidad.

Encontráronse juntos sus cuerpos, y bañado en sangre el de Zorel, que habia clavado, con su propia mano, un puñal en su corazon.





VII.



ENTRÓ Alfonso en el salon principal del palacio de Toro , seguido de todos

los cortesanos y gentes que habian presenciado su terrible justicia en la bóveda.

Dirigióse revestido con todas las insignias de la magestad real , con paso firme, al trono, sentóse en él , y mandó abrir las puertas del palacio á todo el pueblo.

Allí declaró delante de todos los ricos-hombres y prelados, que estaba resuelto á castigar todos los desmanes que agitaban sus reinos , confesó que por órden suya habia sido muerto el infante don Juan, justificando medida tan violenta , representándole como un

rebelde criminal, fuera de la protección de las leyes, y declaró que su muerte sola había podido prevenir una nueva



y prebados, que calaba renuncio á castigar todos
 los desmanes que agitan sus reinos, conser-
 guerra civil, de que la sublevacion de Zamora daba antici-
 padas pruebas.

Manifestó su intento de domar con la fuerza y solo con la fuerza las sediciones que habia tenido que aplacar, aunque con inútil resultado, hasta entonces con la astucia.

Repudió públicamente á la infanta Costanza, niña con quien habia contraído esponsales para atraer á su parcialidad á su padre el infante don Juan Manuel, á quien mandó devolvérsela.

El pueblo, á quien siempre alhagan los grandes golpes de poder, gritó viva el rey! viva la justicia del rey!

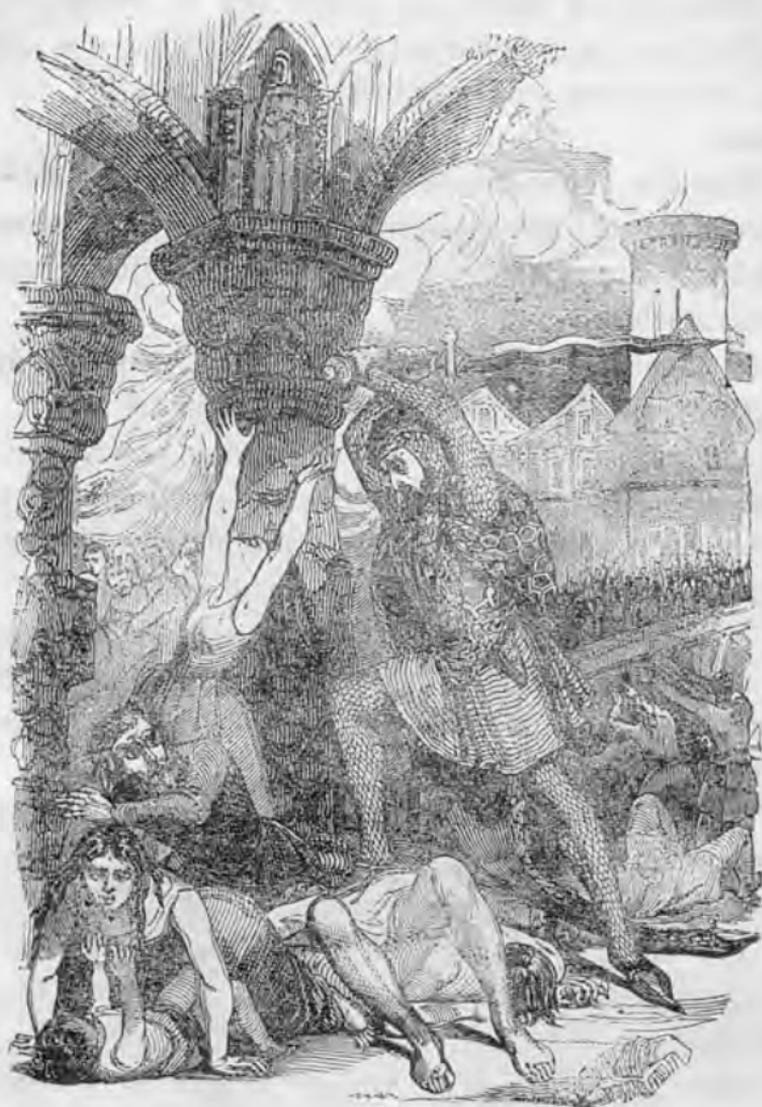
Los ricos-hombres, los prelados todos, escucharon silenciosos y con terror las palabras de su jóven rey, que revelaban un hombre de temple extraordinario, é indomable brio.

Mandó que su consejo examinase si habia sido justa su resolucion, y todos por unanimidad declararon bien muerto al infante don Juan, y cual si antes se le hubiese formado el proceso.

Aquella misma mañana, don Alvaro Nuñez Osorio, anunció desde un alto tablado al pueblo de Toro, lo que habia declarado el rey en el palacio.

Osorio habia quedado encargado del gobierno de la ciudad, mientras Alfonso marchaba á castigar á los zamoranos.

Doce dias se detuvo Alfonso delante de los muros de la sublevada ciudad, que sumisa al cabo de ellos, le abrió las puertas, empero los mas rebeldes se encerraron con sus familias en la catedral, que tomada á viva fuerza, perecieron todos á manos de los soldados del rey.



El ballestero Nuño fué ahorcado públicamente en la plaza de Zamora, á donde se habia refugiado , huyendo de la justicia del rey.



Los mulieres de Alora, que hacen
y acompañaban a vivir por el mundo
esta, que de mucho tiempo antes
de Castilla, en un dia de...

Muerto don Juan el Tuerto, se apoderó el rey de todos los castillos que este tenia, y del señorío de Vizcaya que poseia, y que hizo que por fuerza le cediese su madre doña María, que hacia tiempo se hallaba retirada en el monasterio de las monjas de Perales.

El infante don Juan Manuel, que se hallaba frontero á los moros de Granada, viendo el sangriento fin de su antiguo compañero de rebellion, no solo rehusó venir á verse con el rey, que le habia llamado, sino que hizo liga con el rey moro de Granada. Juntó á sus parciales y penetró hasta lo mas interior de Castilla, haciendo crueles estragos, ayudado de los reyes de Aragon y Portugal. Apoderóse de varios castillos, provocando desde ellos á Alfonso, sin temor de castigo, é imponiendo tributos á las ciudades abiertas; guerra terrible é inaguantable, que duró algunos años, apesar de las propuestas de conciliacion hechas por los emisarios de Alfonso, y los legados del papa.

Alfonso, para privarle de todos sus poderosos auxiliares, se casó con doña María, infanta de Portugal, y dió por muger al rey de Aragon á su hermana la infanta doña Leonor.

Don Juan Manuel, desamparado de todos, tuvo que refugiarse al reino de Aragón.

Lain Lainez, embajador de los pueblos del señorío de Alava, sobrevivió poco tiempo á la muerte de su hijo.

Los pueblos de Alava, que hasta entonces eran libres, y acostumbraban á vivir por sí, excepto Treviño y Vitoria, que de mucho tiempo antes eran ya de la corona de Castilla, enviaron diputados al rey, ofreciéndole

el señorío de aquella tierra, que aceptó confirmá ndoles sus fueros; otorgándoles carta original de ello, y le juraron obediencia en los llanos de A rriaga, poniendo bajo la proteccion del rey la libertad que por tantos siglos mantuvieron inviolablemente, y que el rey Alfonso, y desde entonces todos sus sucesores, han jurado guardarles.

Grande adquisicion, que Alfonso solemnizó estableciendo en 1332 la órden de caballería de la Banda, de que se declaró gran Maestre, órden tenida en grande estima por mucho tiempo y de que ni ha quedado señal en el dia.

Alfonso tuvo porfiadas guerras con los moros, dióse en su tiempo la gloriosa batalla del Salado, comparable solo á la de las Navas de Tolosa.

Durante las agitaciones intestinas de Castilla, los moros habian adelantado mucho en sus conquistas y se habian apoderado de Gibraltar, porque el rey Alfonso tenia que atender á domar la rebelion de los ricos-hombres descontentos.

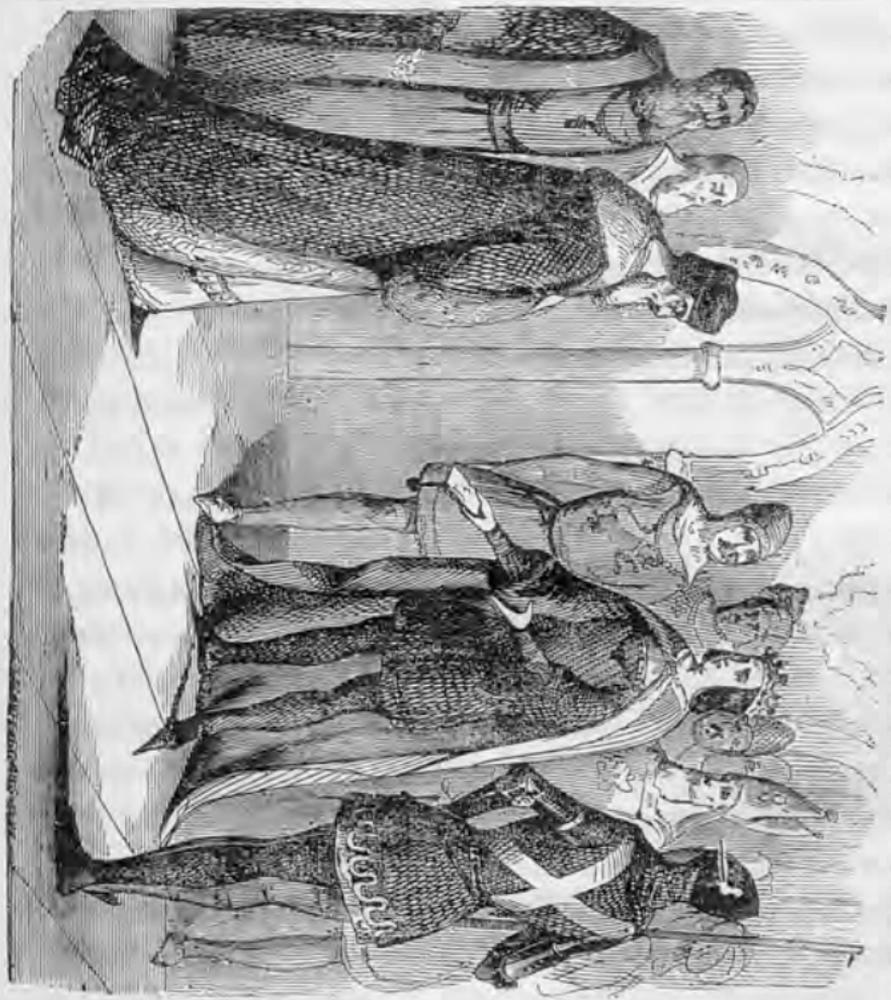
En vano, por el esfuerzo de los castellanos, los hijos del profeta, arrojados sucesivamente de sus conquistas, no formaban sino una viviente cintura en los costados de la península.

En Valencia y Algeciras tremolaba el pendon de Cristo: esto era cortar las puntas de la orgullosa media luna, pero la sangre de los castellanos se derramaba mas en luchas intestinas que en la gran lucha contra los árabes que iban arrojando á las costas del mar.

Los amores de Alfonso retardaron tambien sus operaciones militares, y dieron origen despues de su muerte á

otra nueva vida y una gran felicidad que los que
estaban en su estado en estado.

Cuando Alfonso con don Juan María, uno de sus hijos
de los que solo le sobrevivió al primer cerco de Pedro.



La reina doña María, rodeada por Sevilla, se refugió en
su capilla, rodeada en el corazón de la ciudad, y
allí se refugió de la mano de don Pedro. El primer día
de la guerra de Granada.

otras nuevas tristes y mas grandes agitaciones que las que habian ensangrentado su reinado.

Casado Alfonso con doña María, tuvo de ella dos hijos de los que solo le sobrevivió el primogénito don Pedro.

En una de sus expediciones contra los moros, vió Alfonso por la vez primera en 1330 en Sevilla, á una dama de una de las principales familias, doña Leonor de Guzman, jóven, bella, encantadora, y quedó perdido desde entonces de amores por ella.

Leonor, viuda á los diez y ocho años de su edad, no tuvo virtud bastante para resistir á la pasion amorosa del monarca, oyó sus amorosos coloquios, y le amó de corazon, no por orgullo, no por ambicion.

Fué la inseparable compañera de Alfonso.

En vano la reina doña María, celosa, lloró y reconvinó á Alfonso; la pasion le habia subyugado. El clero apoyado por las representaciones del papa, quiso interponer su poderoso influjo para que apartase de su lado á la bella Leonor; Alfonso lo despreció todo.

Doña Leonor era su Dios, su vida, su existencia. Nuevos vínculos estrechaban cada año mas, esta fatal pasion.

Tuvo hijos de doña Leonor á don Enrique, conde de Trastamara; Don Fadrique, maestre de Santiago; Don Fernando, señor de Ledesma; y don Tello, señor de Aguilar, con otras dos hembras. Esta raza bastarda fué un germen de perpétuas discordias....

La reina doña María, retirada en Sevilla, veia con pena á su competidora, reinar en el corazon de Alfonso, y encendia en el corazon de su hijo don Pedro, el ódio á sus hermanos bastardos.

Alfonso dominado enteramente por los alhagos de Leonor, tal vez prefería en su corazón á Enrique, fruto ilegítimo de su adúltero amor.

Leonor le acompañaba en todas sus empresas, mientras que la reina abandonada en Sevilla devoraba con impaciencia sus ultrajes. Leonor le acompañó también en su última expedición.

Gibraltar que se había perdido en el reinado de Alfonso, era un padrón para su gloria, y resolvió el rey de Castilla á toda costa hacer tremolar en sus altas fortalezas la cruz de Cristo. Puso cerco á la plaza, pero la peste diezmó sus filas y estendió sus devoradoras alas sobre el ejército cristiano. En vano los más esforzados y entendidos capitanes le aconsejaron la retirada. Alfonso era inflexible en sus resoluciones, y resolvió perecer ante los muros de Gibraltar, ó penetrar victorioso en su recinto.

La fiebre amarilla que hacia horribles estragos, acometió al rey. Los médicos reconocieron sus terribles síntomas y anunciaron al monarca castellano su próximo fin.

Leonor desconsolada, envió á buscar á Enrique de Trastámara, y algunos capitanes partidarios deseosos de medrar con el nuevo rey avisaron á don Pedro.

Llegaron ambos á un mismo tiempo.

El campo estaba árido, asolado, parecia un vasto cementerio. Enrique de Trastámara con el dolor de un hijo quiso precipitarse á los pies de su padre y entrar inmediatamente en su tienda. Detúvole don Pedro cogiéndole rudamente del brazo.

—Despacio, le dijo, tiempo teneis de contemplar el rostro lívido y marchito de vuestro padre. Tendreis el dolor

de oír sus últimas palabras , pero primero tengo yo el derecho de entrar que soy su hijo y su heredero.

—Dios mío! mi padre se muere.

Dijo Trastamara , y penetró en la tienda. Siguióle don Pedro.

Al ruido que hicieron los dos infantiles alzó la cabeza el moribundo Alfonso, y sus labios parecieron reanimarse al contacto del beso que imprimió en ellos el conde de Trastamara.

—Han llegado ya mis hijos! quién habla de muerte? No, yo no debo morir! mi sangre se reanima. Que me traigan mis armas; tú Enrique combatirás á mi lado, y tú también, Pedro. Oh! es preciso que esta tarde plantemos el estandarte de Castilla en los muros de Gibraltar.

Don Pedro pálido descolgó la espada que tenía don Alfonso colgada en su tienda, y Enrique lloraba amargamente viendo cuanto le engañaba su ardimiento y los rápidos progresos que iba haciendo la terrible enfermedad.

—Tú me amas y lloras, Enrique! dijo el rey. Dame la espada, Pedro. Creéis que es demasiado pesada para mi brazo? es la misma que venció á Algeciras, que defendió á Tarifa, que ha domado á Castilla.....

Mas al tomarla y apoyarse en ella como en un baston, haciendo un penoso esfuerzo para levantarse, apoyándose en sus dos hijos,

—No importa, dijo, podré morir de pié como soldado á la cabeza de mi ejército. Quiero en mi agonía mandar el asalto, me llevareis aunque sea en vuestros brazos y mi cadáver alcanzará la victoria.

No pudo mas, y cayó otra vez sobre su lecho. Arrojó-

se á sostener su cabeza doña Leonor, y lágrimas de dolor caian de sus ojos sobre aquella cabeza que tanto amaba..... El rey con tono balbuciente solo pudo decir señalando á donde estaba su armadura:

—Hijos míos!.....

Trastamara estaba arrodillado al pié del lecho, el rostro inundado en llanto. Don Pedro de pié mirando fijamente el doloroso grupo y dejando asomar una sonrisa de indignacion contra Leonor y el jóven Trastamara.

Estendió don Alfonso las trémulas manos para bendecir á sus dos hijos. Tocaron las manos del rey los cabellos del conde. Al ir á levantar dolorosamente Alfonso sus ojos apagados, bajó sus yertas pupilas para buscar la mirada de don Pedro, se estinguió en él el último soplo de la vida y dejó caer sus manos sin tocar á don Pedro, y espiró.

Trastamara solo habia sido bendecido!

Doña Leonor cayó desmayada.

—Yo llevo vuestra bendicion, padre mio!

Esclamó sollozando Trastamara.

—Y yo, dijo don Pedro, llevo vuestra corona y vuestra espada. Enrique, hermano mio, llorad á vuestro padre, pero saludad antes á don Pedro I, rey de Castilla y de Leon!!!

Don Pedro tenia entonces quince años.

Murió don Alfonso el 26 de marzo de 1250, á los treinta y nueve años de su edad y treinta y ocho y medio de su reinado. Los moros hicieron una tregua despues de la muerte de Alfonso respetando de este modo la memoria del que tanto habian temido en vida. Don Pedro tan luego como





espiró su padre , montó á caballo para tornar á Sevilla á reunirse con su madre doña María.

—Alfonso XI ha muerto! gritó á los de su comitiva.

—Viva don Pedro I de Castilla!!! contestaron : aclamacion que repitió todo el ejército, en donde por él se levantaron los pendones.

Doña Leonor de Guzman quedó al lado del cadáver de su régio amante, y pocos dias despues fué acompañando los mortales restos de Alfonso á Sevilla, cubierta de luto el corazon.

Fué sepultado Alfonso XI en la capilla real de la catedral, no obstante que el rey en su testamento para su enterramiento habia elegido la catedral de Córdoba.

En el reinado de don Enrique cumpliósese su voluntad, trasladándose sus restos á la catedral de Córdoba donde aun hoy descansan en un magnífico sepulcro.

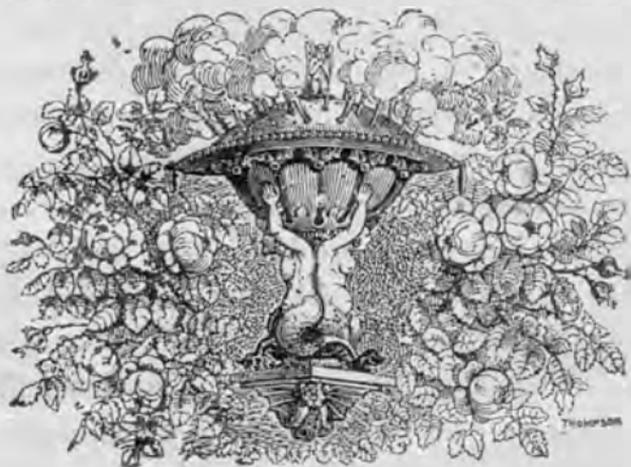
La memoria de Alfonso XI, es la de un gran rey. «Pudiérase igualar , dice el célebre historiador Mariana, con los »mas señalados príncipes del mundo , asi en la grandeza »de sus hazañas como por la disciplina militar y su prudencia aventajada en el gobierno, sino amancillara las »demás virtudes y las obscureciera la incontinencia y soltura continuada por tanto tiempo. La aficion que tenia »á la justicia y su celo á las veces demasiado , le dió cerca del pueblo el renombre que tuvo de VENGADOR ó el »Justiciero.»

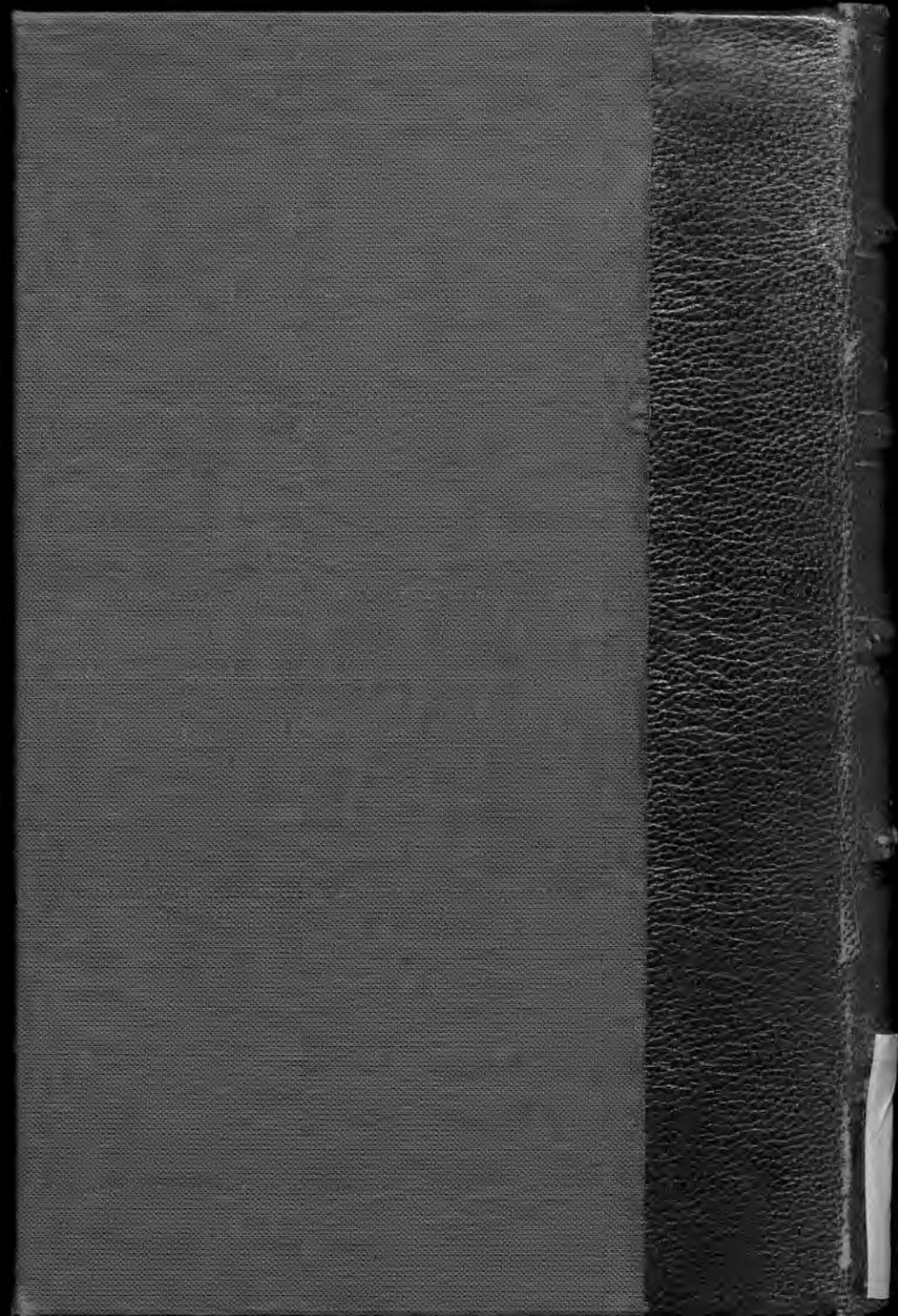
Don Pedro I llamado el Cruel, comenzó su reinado haciendo matar á doña Leonor de Guzman.

Todos saben el fin del reinado de don Pedro I el Cruel.

Enrique de Trastamara vengó en Montiel á su madre, á

sus hermanos, á la humanidad entera, matando á don Pedro y ciñendo al fin en su cabeza, que don Alfonso habia bendecido, la corona de Castilla y de Leon, siendo el origen de una nueva y gloriosa rama de reyes, què debia llevar su dominacion á un nuevo mundo, y cuya serie no terminó sino con la estincion de la dinastia Austriaca en España.





Muñoz
Maldonado

LA ESPAÑA
CABALLERESCA

G 61895